EL SÉPTIMO DÍA



B. Aarón Camacho S.

El Séptimo Día

EL SÉPTIMO DÍA

Primera edición — 2026

Publicación: BACS Estudios.

Copyright © 2026 Bryan Aarón Camacho Serrata.

Todos los derechos reservados.

No se permite reproducir, almacenar o transmitir esta obra total o parcialmente sin autorización previa y por escrito del autor.

Diseño, maquetación y portada: BACS Estudios.

DÍA 1

El pasillo estaba vivo. No por el bullicio, sino por el eco apresurado de los pasos que rebotaban entre los muros, mezclándose con el zumbido amortiguado de las aulas.

Oribita avanzaba a paso firme, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante por el peso de la mochila. Su cabello, largo y castaño, caía libre sobre su espalda, agitándose con cada paso que daba.

De pronto, dos estudiantes que doblaron en una esquina se estrellaron con ella. No fue un golpe fuerte, pero sí lo suficiente como para hacerla tambalear hacia un lado. No se disculparon, ni tampoco esperaba que lo hicieran. Simplemente se limitaron a seguir corriendo.

Aquello no era raro. Cuando alguien iba tarde a su clase, el colegio se convertía en una pista de obstáculos. Todos lo sabían.

Suspiró sin decir nada, y retomó su andar.

Al llegar al aula, empujó la puerta con suavidad. La maestra ya estaba ahí, inmersa en unos papeles, ajena al bullicio.

—¿Puedo pasar? —preguntó Oribita, en voz baja.

La maestra asintió sin mirarla.

Oribita entró y caminó entre las filas. Se sentó en su lugar habitual, junto a la ventana, y fue entonces que notó los murmullos provenientes de sus compañeros.

Los alumnos cuchicheaban entre sí, sin preocuparse por disimularlo. Parecía que algo sucedía, aunque no sabía qué. Aun así, el ambiente se sentía distinto.

—¿Aún no comienza la clase? —preguntó en voz baja.

—No, aún no empieza —respondió Eris, con voz seca, pero no cortante.

El cabello de la chica, recogido en una coleta oscura y limpia, tensaba la forma de su rostro afilado, aunque dos mechones rebeldes suavizaban aquella severidad. Sus ojos, de un tono miel tan profundo que rozaban el dorado, permanecían fijos al frente, inquietos, como si intentaran descifrar algo invisible para los demás.

Oribita se acomodó en su asiento.

—Es raro, ¿no? La maestra casi siempre empieza su clase puntual —susurró, mientras con la vista recorría a los demás compañeros.

Eris no respondió. Sus ojos recorrían el aula en busca de algo fuera de lugar. No parecía desconfiada, pero sí atenta. Como si esperara que algo sucediera.

Entonces, el timbre de un celular rompió los múltiples ecos y murmullos del salón. La maestra, que hasta ese entonces había permanecido concentrada en sus documentos, atendió la llamada sin palabras. Tan solo escuchó. De pronto, su expresión cambió ligeramente y las cejas, al contraerse, le provocaron una arruga sutil en la frente.

Colgó, y una rigidez apenas perceptible se le dibujó en la mandíbula, como si hubiera apretado los dientes por un instante.

—Chicos, chicas... —llamó, proyectando una falsa calma que era fácilmente reconocible—. Por favor, salgan del aula. La clase se suspende el día de hoy.

Algunos se miraron entre sí, confundidos. Al fondo, una estudiante cuestionó.

—¿Eh? ¿Por qué?

La maestra no respondió. No tuvo necesidad de hacerlo. Un grupo de chicos celebró por el día libre.

—¿Qué importa? ¡Tenemos la tarde libre! —mencionó un alumno, emocionado.

—¡Sí! ¿Vamos a la plaza a jugar futbol? —gritó otro mientras levantaba su mochila para colgarla en su hombro.

En el rostro de Oribita se dibujó una sonrisa. Se levantó con calma, recogió las cosas que ya había desempacado, sin apuro, y salió del aula entre la emoción creciente.

A pesar de lo inusual del momento, no le molestó en lo absoluto. Todo lo contrario. Se sintió genuinamente emocionada, pues podría regresar temprano a su casa para terminar de leer ese capítulo que había dejado inconcluso la noche anterior, y quizá, empezar a leer otro manga que tenía pendiente.

Afuera, el sol ya había trepado sobre los tejados, pero la brisa fresca recordaba que el día apenas empezaba.

Al salir del aula, Oribita se percató de que no solo su clase se había suspendido, sino todas las de la escuela, o al menos eso parecía. Los pasillos, usualmente tranquilos en horas de clases, se encontraban llenos de una corriente de alumnos y maestros que se dirigían a la salida, por el pasillo principal.

En su rostro se plasmó una sutil expresión de sorpresa. Aquello sí le parecía raro, y no de la mejor manera. Pero la emoción y alegría de quienes la rodeaban, hicieron desaparecer sus pensamientos.

—Caminen, chicos —pidió la maestra con una sonrisa leve, empujando con suavidad al grupo de estudiantes que guiaba.

—Oribita, ¿tienes tu teléfono? ¿Me lo podrías prestar? —preguntó una voz a su lado, perteneciente a una chica con la que compartía salón.

—Hum, sí, claro —respondió, sacando su celular del bolsillo con un gesto casi automático.

—Gracias. Le marcaré a mi madre para que pase por mí. ¿Tu madre vendrá?

—No, no. Ella está trabajando ahora. Usaré el camión.

—Ya veo...

La chica se llevó el teléfono al oído mientras el grupo seguía avanzando lentamente.

—¿Mamá? Sí, mamá, salimos temprano, ¿podrías pasar por mí?

Oribita dejó de prestar atención a la llamada de su compañera cuando algo en el fondo del pasillo captó su atención.

Detuvo ligeramente su paso, girando la cabeza hacia atrás. A lo lejos, en el otro extremo del pasillo, le pareció ver movimiento, pero no uno usual; una masa de alumnos corría y se amontonaba, empujándose entre sí. Algunos incluso se tropezaban por el caos que comenzaba a surgir.

Frunció el ceño, tratando de entender mejor lo que veía. Entonces, gritos fuertes y cortantes cargados de horror la alcanzaron.

Las pláticas de todos terminaron abruptamente al escuchar aquello. En su lugar, el eco de pasos desesperados que se aproximaban como una ola fue lo que inundó el pasillo.

Estando aún quieta, la respiración de Oribita se hizo más pesada a causa de los nervios crecientes. No entendía qué es lo que pasaba, y tampoco tuvo tiempo para pensar. Los alumnos que la rodeaban comenzaron a correr, y ella, por reflejo, lo hizo también.

—¡Tranquilos! ¡Tranquilos! ¡No corran! —gritó la maestra, intentando recuperar el control.

La maestra se giró al ver que nadie obedecía. Los alumnos que venían detrás la sobrepasaron sin siquiera mirarla, y, cuando por fin entendió lo que todos ya habían notado, también corrió. Sus tacones

resonaron desiguales contra el piso, haciéndola tambalear torpemente.

Oribita apenas podía pensar. No recordaba haber estado nunca en una situación tan inusual como aquella.

Sus piernas se movían por ella, empujada, arrastrada por el mar de cuerpos que la rodeaban. El timbre no había sonado, ni tampoco se había dado algún aviso por el altavoz. No había ni una sola explicación.

Siguió avanzando hasta la salida, pero la gran cantidad de gente le impedía tomar dirección. La puerta que llevaba al patio se encontraba abarrotada por alumnos, creando un cuello de botella que era casi imposible de atravesar.

Giró, empujó, y logró zafarse de la corriente de gente que la llevaba. Observó cómo algunos otros tomaban una desviación que ella no sabía a dónde llevaba, pues tenía apenas un par de semanas en esa escuela.

Su instinto fue seguirlos, confiando en el juicio de quienes conocían el lugar. Para su sorpresa, el camino llevaba a las aulas de primer año. Un camino que vagamente recordaba haber recorrido alguna vez.

Avanzó rápido, pero sin correr, jadeando de esfuerzo a cada paso que daba. El pecho le dolía, no sabía si por el trote o por la ansiedad del momento, pero al menos podía respirar y moverse con libertad.

Mientras caminaba sin dirección, se dio el tiempo de preguntarse qué estaba pasando. Nadie le había dicho nada, ni siquiera para advertirle que corriera. Esa incertidumbre la tensaba aún más.

Aceleró el paso. El aire parecía más espeso en ese pasillo, como si llevara consigo el peso de un miedo colectivo que comenzaba a propagarse. Las paredes, antes insignificantes, ahora se alzaban como testigos de una catástrofe aún sin nombre.

Al doblar en una esquina, sus ojos se abrieron de par en par. Se asustó al ver una figura encogida en el suelo, con las rodillas recogidas y los brazos rodeándolas con fuerza.

Era una chica. No parecía herida, pero sí ausente, ajena a todo lo que ocurría alrededor.

Oribita dudó. Su primer impulso fue seguir, correr, escapar, pero algo la detuvo. Quizá la forma en que la muchacha se hacía pequeña, o, tal vez fue la empatía que le generó el llanto proveniente de la muchacha.

Se agachó frente a ella, con cautela, inclinando un poco la cabeza, y, casi sin pensarlo, le dio dos pequeños golpecitos en aquella cabellera negra intensa que le llegaba apenas a los hombros.

La chica alzó el rostro, despacio, casi como si le costara regresar del lugar al que había huido. Sus humedecidos ojos negros se encontraban tras un par de anteojos, empañados por el llanto.

—¿Estás bien? —preguntó Oribita, en voz baja.

Y en cuanto lo dijo, se sintió tonta. No lo estaba, era evidente. Nadie lo estaba, pero no supo qué más decir.

La chica no respondió de inmediato, simplemente se quedó mirándola, con la cara perdida y el cuerpo aún tenso. Oribita sintió la necesidad de decir algo más, pero todo lo que se le ocurría sonaba igual de ridículo que su pregunta anterior. Optó por quedarse callada.

Fue entonces cuando la mirada de la chica bajó, lentamente, deteniéndose en la corbata larga y roja que colgaba del cuello de Oribita.

—Eres de tercero... —murmuró.

Oribita asintió.

—Sí. Y tú... —dijo, notando cómo la corbata corta de la chica apenas se movía con su respiración— primer año, ¿no?

La chica también asintió, tímidamente.

—La verdad es que no conozco bien estos pasillos... —añadió Oribita, con una sonrisa nerviosa que murió demasiado pronto—. Ni siquiera recuerdo haber pasado por aquí.

Un silencio breve se forjó entre ellas.

—¿Podrías... guiarme? —preguntó, con un gesto suave, casi infantil, como si le costara pedir ayuda a alguien más joven que ella —. Quiero salir de aquí, pero esto se siente como un laberinto...

La chica dudó unos segundos. Miró al fondo del pasillo, donde el sonido de pasos y gritos se hacían más lejanos. Después, se puso de pie frente a Oribita. Era notablemente más baja que ella, lo suficiente como para que sus ojos no le llegaran ni a la altura de su barbilla.

—Sí... por aquí —respondió al fin, sin sonar del todo convencida, aunque el leve movimiento de pies indicaba que estaba dispuesta a caminar.

Empezó a avanzar con paso lento, sin decir nada más. Oribita, a punto de seguirla, bajó la mirada y notó varias mochilas desparramadas por el suelo que parecían haber sido abandonadas con prisa.

—¡Te ayudo con tu mochila! —dijo Oribita, intentando sonar amable y servicial como una forma de intentar devolver el favor.

Sin esperar respuesta, tomó la mochila que había estado más cerca de la chica y se la colgó al hombro.

—Esa no... —alcanzó a decir la muchacha antes de ser interrumpida por el horror.

Unos gritos desgarradores estallaron en el pasillo colindante, lo suficientemente cercanos como para helarles la sangre. Eran gritos humanos, pero cargados de tanto pánico que parecían primitivos. Instintivamente, ambas se estremecieron. La piel de Oribita se erizó, y su corazón comenzó a latir con aún más fuerza.

Sin más palabras, ambas emprendieron el paso con rapidez. La chica lo hacía con urgencia nerviosa. Oribita, más alta, la seguía sin dificultad, aunque con el mismo pulso acelerado por el terror.

Doblaron un par de esquinas hasta toparse con una pequeña multitud bloqueando una salida lateral. Los alumnos discutían entre ellos, presas del pánico.

—¡Necesitamos pasar! ¡Tenemos que salir de aquí! —gritó uno de los chicos desde atrás con una voz cargada de rabia.

—¡Eso estamos intentando, idiota! —respondió otro más adelante. Se notaba visiblemente presionado por la multitud detrás.

El primer chico no respondió. Navegó entre el mar de gente y le soltó un golpe tras la cabeza al otro, buscando abrirse paso a la fuerza. El sonido seco del golpe hizo callar a todos los presentes por un instante.

Entonces, gritos y empujones comenzaron una pelea en cuestión de segundos.

Oribita intentó dar un paso atrás, pero se estrelló contra la chica que la guiaba, quieta, helada, como si el pánico le hubiera cortado el movimiento.

Esperó un par de segundos, pero no reaccionó. La miró con inquietud, queriendo llamarla por su nombre, pero no lo sabía.

Dudó por un instante. Tragó saliva.

—Vámonos —fue lo único que atinó a decir.

Y sin pensarlo más, le tomó de la mano.

La palma era pequeña, temblorosa. Tiró de ella con decisión hacia un pasillo lateral, escapando del brote de violencia que creía a sus espaldas.

Caminaron en silencio unos metros, hasta que las voces quedaron atrás, distantes y sin forma. Solo entonces Oribita soltó su mano.

—Oye... ¿todo bien? Te quedaste congelada por unos segundos —preguntó, con una mezcla de preocupación y curiosidad.

La chica tardó un momento en responder, como si las palabras tardaran en llegarle al cerebro.

—Ah... sí... —dijo, sin mucho convencimiento.

Oribita frunció levemente el ceño.

—¿De verdad?

Hubo un breve silencio antes de responder con voz baja y avergonzada.

—Es un problema de nervios... Soy bastante nerviosa... —se acarició el cabello con una mano—. A veces me pasa.

—Oh... Entiendo... Es normal entonces... Supongo —comentó Oribita sin saber qué más decir.

La chica asintió con suavidad.

—Sí... Eso creo. A veces mis nervios son más intensos que en otras ocasiones —hizo una pausa breve, insegura—. Aunque no sé a qué se debe.

Oribita solo asintió despacio, mirándola de frente. Entonces cambió de tema.

—Bueno... Parece que no podremos seguir por ahí.

—Podemos ir por las aulas traseras, aunque nos llevará algo de tiempo.

—¿En serio? —preguntó con algo de asombro—. Lo siento, es que no tengo mucho de haber llegado aquí.

Una sonrisa amable se dibujó en el rostro de la chica.

—No te preocupes, solo sígueme —dijo con calma.

Ambas caminaron con paso más relajado. El caos auditivo aún no alcanzaba esa parte de la escuela, por lo que se sentían más tranquilas.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? Mi nombre es Oribita —preguntó mientras andaban.

—Soy Nibiru —respondió con amabilidad.

—Oh, es un nombre bonito —dijo, tratando de mantener la cortesía.

—Es un tanto curioso... aunque no tanto como el tuyo. Es la primera vez que lo escucho.

—Sí... Creo que sí. Yo tampoco conozco a otra Oribita.

Nibiru se limitaría a responder con una risilla fugaz. Más por amabilidad que por naturalidad.

Ambas seguirían caminando sin hablar, pero no del todo en silencio, pues los pasillos estaban siendo transitados también por más alumnos.

En cierto punto del trayecto, Nibiru redujo el paso sin previo aviso, hasta detenerse por completo. Oribita, que caminaba un par de pasos detrás, notó de inmediato el cambio y frenó también, con el ceño ligeramente fruncido.

Estaba por preguntarle qué pasaba, pero no hizo falta. Al alzar la vista, notó a un chico detenido unos metros más adelante, justo al centro del pasillo. Era alto, de cabello negro y con una postura relajada, desentonando con el caos de alrededor. Traía puesto el

uniforme del colegio, pero llevaba una chaqueta del club deportivo encima. En sus manos sostenía un bate de béisbol.

Oribita tardó unos segundos en reconocerlo. Se trataba de Ton, de tercer año, aunque de otro grupo. Solía verlo en las canchas, rodeado de gritos, con una sonrisa arrogante que encajaba del todo con su cara.

En otro momento, el bate no le habría causado ninguna alarma, era parte de su rutina. Pero, en ese instante, no pudo evitar notarlo con la madera manchada. No enteramente, pero sí en los extremos, como si alguien hubiera salpicado algo espeso sobre ella. El color rojizo no dejaba mucho a la imaginación.

Ton les sonrió con su manera tan típica; arrogante y agresiva.

—¡Ah! Pero si es mi ciega favorita —dijo con tono burlón, clavando la mirada en Nibiru—. Y viene acompañada de...

Su atención se deslizó hacia Oribita. Entonces su sonrisa se desvaneció lentamente.

—De Oribita... —terminó, con un acento que sonaba a desgane.

—¿Qué quieres, Ton? —preguntó Oribita, con voz firme, aunque no del todo áspera. Quiso sonar segura, pero hubo un leve temblor que ni ella pudo ocultar.

Ton alzó una ceja y sonrió, como si la pregunta lo divirtiera más de lo que ofendía.

—Nada en particular... solo estaba admirando a la belleza que traes contigo —desvió la mirada hacia Nibiru, deteniéndose con descaro en su rostro—. Siempre tan calladita... y tan linda.

Lo dijo con un tono tan burlón que arrastraba las palabras cargadas de doble sentido, buscando deliberadamente incomodar.

Oribita dio un paso al frente, colocándose entre él y Nibiru sin pensarlo. Sintió cómo la chica se refugiaba en su espalda,

escudándose con su cuerpo.

—Allá afuera todo es un desastre —continuó Ton, señalando con el bate de forma vaga hacia algún punto más allá del pasillo—. Pero yo conozco un lugar tranquilo. Podríamos ir juntos. Tú, yo... y tu... amiga —había soltado la última palabra con una sonrisa perversa.

Nibiru, sin decir nada, se aferró con fuerza al antebrazo de Oribita. Ese gesto bastó para que ella lo tuviera claro.

—Gracias, pero estamos buscando la salida —respondió con tono firme, más por Nibiru que por ella misma.

Ton soltó una risa corta con boca y nariz.

—Sí... eso imaginé —murmuró, bajando levemente su voz—. Nos veremos de nuevo —mencionó mientras daba media vuelta.

Aquella declaración había sonado como una amenaza, pero no sería eso a lo que temerían, sino, al hecho de que Ton caminó en dirección contraria a la salida, volviendo al corazón de la escuela.

Cuando Ton ya las había pasado de largo, Oribita no pudo contener su duda.

—Ton... —lo llamó alzando levemente la voz. Lo suficiente para que la escuchara.

Ton se detuvo, girando levemente el rostro.

—¿Qué está pasando? —preguntó Oribita, con una voz que ya no buscaba imponer autoridad, sino inquietud.

Ton le sostuvo la mirada por un segundo, respondiéndole en un tono inesperadamente serio.

—Aún no lo sé.

Y siguió su camino, sin volver a mirar atrás.

Nibiru tardó unos segundos más en moverse. Cuando lo hizo, se colocó de nuevo al lado de Oribita, soltando el aire que había contenido inconscientemente

—No me esperaba que le gustaras a Ton... —dijo Oribita, con verdadera sorpresa.

Nibiru bajó la mirada.

—Ni yo... Desde hace semanas que noto cómo me observa desde lejos. Por la forma en que me ve, acompañada de su sonrisa tan estúpida... —hizo una pausa. Tragó saliva—. Me da miedo. Me acosa.

Oribita no contestó. En su lugar, reanudó el paso sin mirar atrás. No quiso presionarla a hablar del tema. Prefería quedarse con la duda.

Tras aquello, no volvieron a intercambiar palabras. Tan solo se escucharon sus pasos, el eco de otras pisadas lejanas y las respiraciones agitadas de quienes pasaban a su lado.

Perdieron la noción del tiempo por un momento. A medida que avanzaban, el ambiente se tornaba más tenso, más cargado. Con cada cruce de pasillos, más alumnos iban apareciendo, con expresiones tensas y miradas perdidas. Parecía que algunos de ellos sabían algo que ellas no, pero no tenían el valor de preguntar.

A medida que se acercaban a la salida, los gritos se hacían más audibles. No eran gritos de terror, sino de frustración y desesperación que, en conjunto, sonaban como alaridos de dolor.

El corazón de Oribita comenzó a latir con más fuerza. Cada paso que daba parecía arrastrarla más a una verdad que no estaba segura de aceptar, y que nadie parecía estar dispuesto a explicar.

Cuando llegaron a la puerta abatible de una de las salidas laterales, Oribita la empujó con ambas manos. La luz del exterior la cegó por un instante, pero ambas la atravesaron. Lo que vieron en el

patio las impactó al instante; a unos metros, hacia la derecha, frente al portón principal, una masa de alumnos golpeaba con fuerza la reja de metal, intentando abrirla a la fuerza.

Pero el portón no cedía. Estaba completamente cerrado.

Fue entonces cuando notaron que, no se trataba solo del portón principal, sino del todo el perímetro de la escuela. El muro de ladrillo estaba cubierto desde afuera por una inmensa lona blanca. No era pintura, mucho menos parte del colegio, sino una carpa. Una estructura gigantesca, tensa y asfixiante que se extendía por toda la parte externa del colegio. Una carpa quirúrgica.

Detrás de la estructura, aunque difusas, se podían ver luces provenientes de múltiples patrullas policiacas, parpadeando sin descanso.

El cuerpo de Oribita reaccionó antes que su mente; los músculos se le tensaron, el estómago se le encogió y la piel se le erizó como si hubiese sentido una corriente eléctrica. Nibiru soltó un leve jadeo a su lado. Por un instante, ninguna de las dos se movió. Se limitaron a mirar, y a temblar. De pronto, lo que parecía ser un oficial de policía, rompió el estado de shock que las consumía con unos altavoces que retumbaron por todo el patio.

—¡Atención, alumnos del Colegio Estrellado! Les pedimos que se alejen inmediatamente del portón y eviten cualquier intento de forzar la salida. Repito, nadie puede salir en ese momento. La escuela ha sido colocada bajo un estado de cuarentena por protocolo de seguridad.

Sabemos que tienen dudas. Sabemos que tienen miedo. Pero les pedimos mantener la calma y regresar a sus aulas. No están solos. Estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance para que esta situación termine pronto.

En las próximas horas llegará personal especializado para iniciar el proceso de evacuación de forma segura. Hasta entonces, sigan

todas las instrucciones que reciban y permanezcan en lugares seguros.

Esto no es un simulacro —concluyó, con un tono que intentaba sonar firme, pero que apenas lograba disimular el temblor en su voz.

Y fue todo. Ninguna explicación adicional, ni ningún intento de calmar o razonar. Tan solo eso. El único contacto que tuvieron con el exterior.

Lejos de calmar los ánimos, aquel mensaje fue como echar leña al fuego. La tensión del ambiente se intensificó, los gritos aumentaron y los golpes contra el portón se volvieron más desesperados. Algunos retrocedieron, otros intentaron trepar los muros de la escuela. La ansiedad creció sin control.

Sorprendentemente, esta vez sería Nibiru quien rompería el silencio que se había forjado entre ella y Oribita.

—¿Qué hacemos? —preguntó sin rodeos, de forma directa, buscando refugio.

Oribita la miró, pero tardó en responder. Sus ojos dudaron, buscando entre la multitud una señal que no había.

Pasaron apenas unos segundos antes de que la decisión brotara por sí misma, como si la propia situación la hubiese impuesto.

—Volvamos adentro —dijo en voz baja, con resignación. Más para sí misma que para Nibiru.

La chica no protestó. No había acuerdo ni desacuerdo, solo falta de opciones. En el fondo, las dos entendían que tenían que improvisar en medio de aquella situación.

Caminaron despacio, sin prisa, porque no sabían a dónde ir. Tampoco hubo palabras, porque no había nada más qué decir.

Sin planearlo, sus pasos las llevaron hasta la cafetería. Al verla, sus ojos se abrieron por un segundo. No era para nada un refugio,

pero en ese momento, tanto el lugar como la gente dentro, intentando mantener la calma, parecía ofrecer un respiro.

Entraron en silencio, cruzando entre las mesas que yacían llenas de alumnos con todo tipo de emociones, hasta llegar a la barra de comida. Había varias opciones aún disponibles.

Nibiru fue la primera en extender la mano. Tomó un par de barras de chocolate y un jugo de frutas sin pensarlo demasiado. Oribita, aunque no tenía verdadero apetito, imitó su elección, evitando pensar de más.

Entonces se dirigieron hacia una de las pocas mesas aún vacías y se sentaron sin decir nada. Oribita dejó a un lado su mochila y aquella otra que creía que era de Nibiru. No cruzaron palabras, miradas o gestos. Ambas tenían la vista clavada en la mesa, en sus propias manos, en el envoltorio de su respectivo chocolate.

En ese pequeño instante de falsa calma, Oribita llevó la mano al bolsillo de su saco. Al no encontrar su celular, sintió una leve punzada en el corazón. Recordó que lo había perdido cuando se lo prestó a su compañera.

Suspiró.

—Mi madre me va a regañar... —murmuró para sí misma.

Nibiru alzó ligeramente el rostro, notando que Oribita había dicho algo, aunque sin entender qué.

—¿Qué dijiste?

—Mi celular... lo perdí —respondió Oribita suspirando de nuevo.

—Oh... —fue lo único que atinó a decir Nibiru, bajando de nuevo la mirada, sin saber qué más añadir.

—¿Podrías prestarme el tuyo? Quisiera avisarle a mi mamá que no voy a poder volver a tiempo —pidió Oribita, con una pizca de esperanza.

—No puedo traer el celular a la escuela —respondió Nibiru, un tanto avergonzada—. Mis padres dicen que es una distracción para mis estudios.

Oribita no respondió, solo bajó la mirada y tomó un sorbo de su jugo de mango, dejando que el silencio llenara el hueco incómodo que la conversación había dejado.

Pasaron unos minutos. Ambas habían mordido un par de veces su chocolate, y con ello su respiración se normalizaba. Era como si lo dulce sirviera para suavizar los sentimientos, aunque fuera un poco.

Entonces Nibiru colocó sus porciones sobre la mesa, indicando que había terminado.

Oribita levantó del suelo la mochila que creyó que era del Nibiru, y la acercó.

—Lo guardaré por ti —dijo, sin pensarlo demasiado.

Nibiru la miró con cierta confusión.

—Eh... —murmuró con tono dudoso.

Oribita abrió la mochila, pero al mirar dentro, se detuvo en seco. Había muy pocos útiles y cuadernos, y, encima de todo aquello, se encontraba una pulsera junto a una caja de cerillas

—¿Eres parte del club de exploradoras? —preguntó Oribita, alzando la vista con una ceja arqueada, sorprendida.

Nibiru soltó una risilla nerviosa, suave.

—No... Esa no es mi mochila —admitió, sin saber si reír o incomodarse.

El rostro de Oribita se tornó rojizo de inmediato. Se sintió como una ladrona atrapada en plena acción.

—¿¡Y por qué no me dijiste nada antes!?

—Digamos que... los acontecimientos no me dieron tiempo para hacerlo —se excusó Nibiru, con una leve sonrisa mientras se encogía de hombros.

—Bueno... entonces sigamos cargándola. Si encontramos al dueño, o si alguien pregunta por una mochila perdida, la devolvemos —dijo Oribita, más para tranquilizarse a sí misma que a su acompañante.

Terminaría de guardar las porciones de Nibiru en la mochila que había recogido, y luego las suyas en su propia mochila. Entonces se levantó, colgándose ambas en la espalda, una en cada hombro.

Antes de emprender su camino, se dirigió a Nibiru.

—Voy a ir a mi aula de tutoría... Quizá mi compañera esté ahí y tenga mi teléfono. ¿Quieres venir? —preguntó.

—Sí, está bien —respondió Nibiru sin dudar, incorporándose también. No tenía ningún otro plan más que mantenerse cerca de Oribita.

Ambas salieron de la cafetería con el estómago un poco más lleno, y el ánimo levemente elevado. El azúcar del chocolate y el jugo les había dado un respiro momentáneo que les permitió ignorar, por un instante, la realidad que las rodeaba.

—Eh... ¿No hay problema con que te acompañe a tu aula de tutoría? —preguntó Nibiru, con cierta timidez en la voz.

—¿Problema? No, claro que no —respondió Oribita sin entender del todo la duda.

—Es que... ya sabes. Soy de primero, de otro grupo... —añadió Nibiru, bajando la mirada.

—No pasa nada. Vamos.

Nibiru no respondió porque no estaba del todo segura, pero siguió caminando al lado de Oribita, confiando en ella más que en sus

propias dudas.

El pasillo al que salieron parecía ajeno a la calma que habían dejado atrás en la cafetería. De nuevo, los alumnos corrían de un lado a otro, algunos en grupos, otros solos, todos con el mismo pánico y preocupación reflejados en el rostro. La pesadez del entorno fue diluyendo poco a poco la calma que habían conseguido, como si nunca hubiera existido.

Sin notarlo, su paso se volvió más lento, hasta que se detuvieron por completo.

Bastó un cruce de miradas para que entendieran que, pese a haber sido desconocidas hasta hace poco, mantenerse juntas era lo único que podía brindarles algo de consuelo y seguridad emocional.

Nibiru abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero la cerró al instante. Tragó saliva.

—Sigamos —dijo Oribita, que había notado el gesto.

Reanudaron su camino. No tardarían en observar, a lo lejos, una silueta detenida en medio del pasillo. El cabello rubio, largo y suelto destacaba incluso entre el caos. Bastó solo un segundo para que Oribita la reconociera.

Se trataba de Sedna, una compañera de clase con la que jamás había cruzado más palabras de las necesarias. No por enemistad directa, sino porque eran tan diferentes que una simple conversación entre ellas resultaba incompatible.

El encuentro fue inevitable.

—¡Oribita! —exclamó Sedna apenas estuvieron a su alcance—. ¿Qué está pasando? —exigió, con su habitual tono autoritario.

Oribita soltó un suspiro breve y cansado antes de responder.

—No lo sé, Sedna. Yo también quisiera saberlo.

—Pensé que alguien como tú —dijo, señalándola con el dedo— lo sabría. Pero ya veo... te sobrestimé, igual que a otros.

Oribita respiró hondo antes de hablar, midiendo sus palabras.

—Afuera hay patrullas. Dijeron algo sobre una cuarentena... Imagino que es algo médico.

Sedna se cruzó de brazos, pensativa, aunque no parecía tan preocupada como molesta.

—Bueno... al menos sirves de algo.

Oribita contuvo una respuesta que le quemaba la lengua. Sabía que no valía la pena discutir.

—Bien —dijo, reanudando el paso con Nibiru a su lado.

Apenas habían avanzado unos metros cuando un grito desgarrador les heló la sangre, haciéndolas girar instintivamente.

Vieron a varios alumnos corriendo hacia ellas, con los rostros llenos de agonía y la ropa desordenada. Algunos traían manchas rojizas en sus uniformes y prendas rotas, como si hubieran sido atacados.

—¡Ayuda! ¡Ayúdennos! —gritaban, desesperados.

La adrenalina de Oribita y Nibiru estalló de golpe. Sin pensarlo, comenzaron a correr. Sedna lo hizo primero, pegándose a ellas mientras otros estudiantes huían en todas direcciones.

El caos fue absoluto.

Corrieron con todas sus fuerzas, hasta que, en cierto punto, Oribita volteó. Nibiru se había rezagado, sus pasos cortos no le daban para seguirles el ritmo.

La alcanzó con la mirada entre la pequeña multitud que corría detrás, y, con alivio, comprobó que no estaba tan lejos. Pero también vio algo más; los alumnos que venían detrás, aquellos que

pedían ayuda, tropezaban con otros estudiantes que habían corrido en su dirección para socorrerlos.

El choque brutal. Algunos cayeron, otros rodaron por el suelo, acompañados de gritos y confusión.

Oribita se detuvo en seco para esperar a Nibiru. Cuando por fin la alcanzó, la tomó de la mano y volvió a correr mientras la jalaba con fuerza. Nibiru casi tropezó, pero se aferró como pudo. Le costaba seguir el paso, pero no soltó su mano.

Sedna iba adelante, pues las había rebasado cuando Oribita se quedó a esperar a Nibiru. Corría en dirección al aula de tutoría, la misma a la que Oribita se dirigía. No quedaba muy lejos, pero estaba lo suficientemente apartada del bullicio como para considerarse un lugar seguro.

Al llegar, sería Sedna quien empujaría la puerta con fuerza. Oribita y Nibiru entrarían poco después, con el aliento entrecortado y el pecho agitado. Para su sorpresa, no estaban solas. Cuatro estudiantes más ya se encontraban dentro del aula, dispersos en el salón.

Antes de prestarles atención, las recién llegadas se tomaron unos segundos para recuperar el aliento, apoyándose en las paredes. Oribita tiró al suelo las mochilas que había llevado colgadas.

La tensión de la huida seguía presente, latiendo con fuerza detrás de sus costillas.

Una vez más aliviadas, Oribita y Sedna se adentraron más en el aula. Nibiru, en cambio, se quedó cerca de la puerta. Su timidez era evidente. Miraba a los demás con nerviosismo, sin moverse, dudando ante la posibilidad de dar un paso hacia el interior del salón.

Antes de que pudiera decidir, un sonido proveniente del exterior pareció romper el aire. Se trataba de gritos, frenéticos, desesperados. Todos en el interior del aula voltearon con rapidez,

pero Nibiru fue quien reaccionó con más intensidad. Retrocedió de espaldas hacia el interior del salón, con los dedos entrelazados nerviosamente, sin despegar la vista de la puerta.

De pronto, la manija de la puerta se sacudió. Un golpe seco la estremeció, como si alguien del otro lado hubiera intentado entrar.

Nadie se movió. Nadie dijo nada.

El aula entera guardó silencio, tanto como pudo. Intentaban ocultar su presencia, pero el latir desenfrenado de los corazones delataba a quienes habitaban en su interior.

Pasaron unos minutos. El silencio en el exterior se fue extendiendo poco a poco, aunque no traía consigo tranquilidad, sino una calma tensa que parecía ser el presagio de algo peor. Entonces, una chica de lentes, cabello corto y castaño, que se había acercado a la ventana, rompió el silencio que se había forjado.

—No parece haber nada afuera —dijo en voz baja, sin asomar la cabeza más de lo necesario.

Se apartó con cautela, mientras el resto permaneció en silencio. Todos compartían la misma sensación de inseguridad, incluso dentro del edificio.

Pasó un rato hasta que los nervios de todos se calmaron. Entonces, comenzó la inevitable interacción.

—¿Quiénes son ustedes? —soltó Sedna con disgusto, cruzándose de brazos.

Las desconocidas intercambiaron miradas. Hubo una breve pausa.

—Soy Aitné —respondió la chica de lentes, con una voz tranquila, pero firme.

—Y yo, Larisa —añadió otra, más al fondo, con cabello corto y castaño, del mismo tono que el de Aitné.

Sedna entrecerró los ojos al ver sus uniformes. Las corbatas cortas delataban su grado.

—De primer año —dijo con desprecio—. ¿Quién les dio permiso de estar aquí?

—¿Qué dices? Si Nibiru vino contigo —respondió Aitné, sin perder la calma, señalando a la chica que recién se había adentrado al aula —. No le veo el problema

—¿Eh? ¡Si ni siquiera co...! —alcanzó a decir antes de ser interrumpida.

—Han venido conmigo, Sedna —dijo Eris, recargada desde una de las paredes.

Sedna se giró bruscamente hacia ella.

—¿Cómo te atreves a traerlos a esta aula? ¡Es para alumnos de tercero!

—Tranquila, Sedna —intervino Oribita, con una voz suave—. No es momento para preocuparse por esas cosas.

Entonces, Sedna apretó los dientes, miró alrededor y señaló con el dedo a un chico que se encontraba al fondo, como si recién lo hubiera notado.

—¿¡Y él qué!? ¿¡Quién es!?

El joven, alto, delgado, de rostro sereno y cabello negro, se irguió ligeramente.

—¿Eh? ¿Yo?

—Es Febe. También viene conmigo —respondió Eris, sin preocupaciones.

Sedna frunció las cejas con más fuerza.

—¿¡Qué!? ¿¡Cuánta gente has traído!?

—Lógicamente, a todos los que no llegaron contigo —dijo, con sarcasmo.

La molestia de Sedna era evidente. Oribita puso una mano en su hombro para intentar calmarla, pero Sedna se zafó con un movimiento brusco.

—¡Suéltame! —dijo con fuerza. Entonces se fue a sentar sobre el escritorio.

Sacó su celular con movimientos toscos, pero tras unos segundos, comenzó a manotear al aire con frustración.

—¡No hay señal! ¡Nada de señal! —gritó como una niña mimada.

El resto del aula la observó en silencio, sin intervenir. Hasta que, pasados unos segundos, la conversación nació de forma inevitable.

—No esperábamos verte aquí, Nibiru —dijo Aitné con sorpresa.

—La verdad... no sé dónde estaría si no fuera por Oribita —respondió Nibiru con voz baja y temblorosa. Aún se encontraba alterada por la persecución anterior.

Entonces, Eris se acercó a ellas con calma, y Febe, más interesado en alejarse de Sedna que otra cosa, la siguió.

—Ah, una amiga suya... —comentó Eris, mirando a Nibiru y Aitné.

—Bueno, nunca hemos hablado más de lo necesario, pero supongamos que sí. Compartimos aula —intervino Larisa con un tono neutro.

Nibiru no respondió. Se limitó a mirar al suelo.

—Ya veo... Entonces te llamas Nibiru —preguntó Eris mientras le clavaba sus ojos intensos.

—H-hm, sí... —asintió, con la voz aún más temblorosa. Había alzado la vista hasta encontrarse con aquellos ojos color miel que le imponían más de lo que podía admitir.

—Bueno.

Aquella fue su única respuesta hacia Nibiru. Entonces, giró un poco el cuerpo para ver de frente a Oribita.

—La que me sorprende eres tú —mencionó Eris con una sonrisa que Oribita no supo cómo interpretar—. Apenas llevas dos semanas aquí y ya encontraste con quién encajar. Impresionante.

—Así es —respondió Oribita, cortante. No pensaba dar explicaciones.

Entonces, Febe rio levemente, intentando romper la tensión.

—Eso explica por qué comencé a verte de repente, Oribita —comentó, girándose hacia ella—. Sí te llamas Oribita, ¿verdad?

—¿Eh? —alzó una ceja—. Es un poco raro que me digas eso sin conocernos. Especialmente siendo de otro grado —añadió, fijándose en la corbata media del chico, lo que lo delataba como de segundo año.

—Je, lo entiendo —dijo él, con una sonrisa tranquila—. Pero es que siempre almuerzas en la banca junto a la mía. Es difícil no notarlo cuando antes nadie se sentaba ahí.

Eris lo miró de reojo, sin decir palabra.

—Me gusta estar al aire libre —respondió Oribita, bajando un poco la guardia.

—Soy vecino de Eris. Y por lo que veo, ella es tu amiga —dijo Febe, sin pensar mucho en sus palabras.

Oribita y Eris se miraron. Ninguna dijo nada, pero el silencio que se formó entre ellas resultaba incómodo.

—Estás hablando demasiado, Febe —le reprochó Eris, con una media sonrisa que se notaba amenazante.

—Solo intento romper el hielo —respondió él, alzando las manos, jugueteando.

Eris tan solo suspiró.

—Y, ¿cómo fue que ustedes cuatro llegaron aquí? —preguntó Oribita, buscando obtener una respuesta útil, recordando el caos había detrás de las paredes.

—En realidad, nosotros cuatro vivimos cerca; Eris, Larisa, Aitné y yo —explicó Febe—. Por eso vinimos juntos, porque la mayoría del tiempo lo estamos.

Oribita lo miró por un segundo. Parpadeó.

—Bueno, eso no es exactamente lo que pregunté.

Eris se cruzó de brazos. No le agradaba tener que dar explicaciones, ni sobre ella ni los suyos, pero al ver que Febe abrió la boca para hablar, tomó la palabra antes que siguiera hablando de más.

—Cuando la maestra Molinete nos dejó salir, fui a buscar a Larisa, Aitné y Febe. Siempre volvemos juntos —pausó—. Luego, las cosas se salieron de control. Al escuchar que nadie podía salir, volvimos aquí. Me extraña que ningún otro de nuestros compañeros lo haya hecho también.

—Tal vez sí lo hicieron —susurró Larisa, interviniendo—. Pero no los dejamos entrar...

Todas voltearon a verla.

—¿Recuerdas cuando la manija se sacudió hace un rato? Tal vez eran algunos de ellos. Y, tal vez, sea lo que sea que esté pasando allá afuera, los alcanzó.

Hubo un silencio que se sintió pesado. Aitné respiró hondo antes de hablar.

—Yo vi algo por las ventanas cuando aún estábamos en nuestra aula. Había alumnos golpeándose, mordiéndose, arañándose... como si se hubieran vuelto locos.

Oribita la miró con asombro.

—¿En serio? —preguntó, sin poder disimular el escalofrío que recorrió su espalda.

Aitné asintió y señaló a Nibiru.

—Ella estaba contigo. Es de nuestra clase, por lo que también lo vio. Pregúntale.

Oribita volteó hacia ella.

—¿Es cierto, Nibiru?

—Y-yo... no me acuerdo... —susurró, abrazándose a sí misma.

—Cuando todos salieron corriendo, ella se quedó quieta. No sé si fue por miedo o shock —añadió Larisa.

Oribita asintió, atando cabos en su mente.

—Fue entonces cuando te encontré.

—Sí... supongo que sí —susurró Nibiru.

Y fue en ese instante en que reconstruyó el escenario mentalmente, cuando recordó algo importante.

—Cuando intentamos salir, vimos a Ton. Estaba justo frente a nosotras —dijo con un leve temblor en la voz—. Tenía un bate. Estaba manchado... parecía sangre.

—¿Ton? —intervino Eris, quien seguía cruzada de brazos—. Así que también conoces a Ton.

Oribita sintió la necesidad de aclararlo.

—Fue el segundo día. Apenas llegué al colegio y él se acercó a preguntarme cosas. Supongo que le llamó la atención ver una cara nueva.

—Ya veo... —respondió Eris sin añadir nada más.

—Volviendo al tema... hoy lo vi. Estaba parado frente a nosotras. No dijo mucho, solo sostenía su bate —añadió Oribita.

—Bueno, eso sí que sorprende... pero no mucho —Intervino Larisa.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Oribita, extrañada.

—Vimos a algunos alumnos pelearse con los que mencionamos antes... los que parecían estar locos. Algunos traían bates, así que imagino que Ton era uno de ellos.

—¿Será algún tipo de riña entre clubes o pandillas escolares? —sugirió Febe, intentando aportar a la conversación.

Eris volteó a verlo.

—¿Eres idiota o qué? ¿Crees que rodearían la escuela con una carpa si se tratara de una riña entre adolescentes? —mencionó, con una voz un tanto brusca.

Aitné soltó una risa espontánea, sincera, pero se cubrió la boca al instante.

—Yo solo quería aportar... —mencionó Febe con una tristeza fingida.

Eris suspiró con una pesadez que pareció marcar el final natural de la charla.

Larisa fue la primera en alejarse hacia un pupitre. Aitné la siguió aún aguantando la risa. Nibiru se apartó poco después. Eris y Febe intercambiaron una mirada antes de ir a sentarse juntos. Oribita, por

su parte, recogió ambas mochilas del suelo y caminó hasta donde estaba Nibiru.

—Creo que, en este momento, tú y yo somos nuestra mejor compañía —dijo mientras se sentaba a su lado y le ofrecía de nueva cuenta su chocolate y refresco.

Nibiru aceptó los dulces con una media sonrisa.

—Sí... parece que sí —murmuró con un suspiro. Parecía estar de acuerdo con la idea.

Oribita se acomodó en el suelo, apoyando la espalda en la pared. Ambas comieron en silencio, sin necesidad de nada más. A su alrededor, las otras hablaban en sus propios grupos. Sedna, aislada aún sobre el escritorio, no se unía a nadie.

Las horas pasaron sin más novedades. El sol casi se ocultaba en el horizonte. Afuera, en los pasillos, habitaba un silencio que ocasionalmente era interrumpido por gritos, pasos acelerados o golpes.

El encierro se volvió asfixiante.

—¿¡Es que esperan que nos quedemos aquí para siempre!? —gritó Sedna, explotando, mientras se apartaba bruscamente del escritorio. Su voz resonó fuerte en el aula casi a oscuras por la puesta de sol. No podía soportarlo más.

Oribita se levantó y la alcanzó justo cuando se dirigía a la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó, tomándola por la muñeca.

Sedna se soltó con un gesto brusco.

—A buscar respuestas. A salir de aquí. Lo que ocurra primero.

—Ya oscureció. Aquí tenemos un lugar seguro. —dijo Oribita, tratando de sonar firme.

Las demás las miraron en silencio. Sedna se quedó quieta un momento, mirando la puerta.

Entonces, los gritos que a ratos se escuchaban en los pasillos estallaron de nuevo, más cerca, cargados de una desesperación que resonó en los muros del aula.

Sedna dudó. Por primera vez, su seguridad se quebró, aunque no lo admitió. Dio media vuelta con el orgullo medio roto y caminó hacia el centro del aula, dejándose caer al suelo, de espaldas, con brazos y piernas extendidas.

Oribita la miró con desconcierto.

—¿Qué? Traigo short —le dijo Sedna, como si eso explicara todo.

Un suspiro escapó de la boca de Oribita. En las dos semanas que tenía de haber llegado a la escuela, jamás había conseguido entenderla.

—Mañana saldremos de aquí... —susurró más para sí misma que para las demás.

La noche llegó por completo. Los sonidos del exterior no desaparecieron, pero poco a poco fueron espaciándose, como si la mayoría hubiera encontrado un refugio para escapar del horror que reinaba afuera.

—Será mejor que intentemos dormir. Así las horas pasarán más rápido —dijo Eris en voz baja.

—Sí, eso estaba pensando —añadió Aitné, ya acomodada en un rincón.

—Bueno... Que tengan buena noche —dijo Febe, con tono suave. Intentando reconfortar.

—No tan rápido. Alguien tiene que vigilar —intervino Eris.

—Yo puedo hacerlo, no tengo nada de sueño —comentó Oribita desde el lugar en que se encontraba.

—Entonces yo te cubriré en dos horas. Si no me despierto yo sola, despiértame tú —dijo Eris, quitándose el saco para usarlo como almohada.

Una a una todas se fueron acomodando como podían, donde podían. Oribita se quedó sentada en silencio. Nibiru, a su lado, había conseguido dormirse, con los brazos rodeando sus piernas.

La luna ya dominaba por completo el cielo sobre la escuela. Oribita no sabía si aquello debía darle calma o más inquietud. El aula parecía segura vista desde fuera, pero ella sentía que la seguridad era apenas una ilusión, delgada como la luz que entraba por las ventanas.

Mientras hacía guardia, trataba de mantener la mente ocupada con cualquier cosa que no fuera los sonidos del exterior, pero era inútil. Los ruidos, aunque en menor medida, seguían estando ahí. No los podía identificar, pero sonaban tan desgarradores como para ignorarlos. Quería asomarse, pero no tenía el valor.

Apretó las manos. No debía moverse. No debía hacer nada más que vigilar, esperar su turno para dormir y asegurarse de que nadie abriera la puerta. Pero cada minuto era más difícil mantener la calma. Sentía cómo la ansiedad le distorsionaba los pensamientos, lenta e insistentemente. Su cerebro le exigía tomar cualquier posibilidad de cesar la duda.

Entonces se levantó y se acercó con cautela a una de las ventanas del aula. Deslizó apenas unos centímetros la cortina, empujándola con la frente, sin usar las manos. Solo quería mirar, y lo consiguió, pero lo que estaba del otro lado le heló la sangre.

Justo frente a ella, del otro lado del cristal, estaba un alumno, o algo que una vez lo fue. Su piel parecía haber perdido toda pigmentación. Era blanca, casi pura, con manchas oscuras que se

esparcían como venas podridas bajo la piel. Sus ojos no tenían pupilas. Eran dos esferas opacas que, aun así, parecían mirarla directamente. De su boca escurría un líquido negro, espeso, que goteaba lentamente como si cada gota tuviera un peso distinto. Resbalaba por la pared y se deslizaba hasta el suelo, donde comenzaba a acumularse en un charco viscoso. Del cabello le chorreaba lo que claramente era sangre, pegándole los mechones al rostro.

La criatura abrió la boca, con lentitud, sin emitir ningún sonido, mientras del fondo de su garganta brotaba más de esa sustancia oscura. Su mandíbula siguió bajando de forma inhumana, rompiéndole la piel del rostro, como si no tuviera huesos que la limitaran.

El pánico se apoderó de Oribita. Dio un par de pasos atrás, y, en un movimiento torpe, cayó sentada en el suelo, llevándose ambas manos a la boca para no gritar. Respiraba por la boca con fuerza, pero contenía cualquier sonido.

No quiso volver a mirar. No tenía necesidad de hacerlo, porque sabía que eso seguía allí.

Su corazón latía tan rápido que incluso le dolía, pero, aun así, se deslizó por el suelo hasta quedar al lado de Nibiru, acurrucada contra ella, como si su presencia pudiera disipar la imagen de lo que acababa de ver. Pero no lo hacía. Nada podía.

Sabía que, al otro lado de aquella delgada pared de concreto, había algo que no debía existir. Y parecía estar esperando a por ellas.

DÍA 2

El amanecer llegó sin previo aviso, colándose por las ventanas del aula. Los primeros rayos de sol impactaron contra el rostro de Oribita, quien se despertó sobresaltada sin saber en qué momento se había quedado dormida. Al levantarse de golpe, lo primero que buscó fue movimiento, comprobando si alguien más estaba despierta.

Vio a Larisa, sentada cerca de la puerta. Parecía estar haciendo guardia.

—¿Q-qué? ¿Me dormí? ¿Me quedé dormida? —preguntó Oribita, tartamudeando.

—Supongo. Si no, no estarías despertando, ¿no crees? —comentó Larisa, con sarcasmo y una pizca de molestia, sin apartar la vista del pasillo.

—Me refiero a mi turno... cuando tenía que hacer guardia —respondió Oribita, con voz ligera—. No recuerdo haber despertado a Eris, ni que ella se despertara sola...

—Ni idea —dijo Larisa, encogiéndose de hombros—. A mí me despertó Aitné hace un rato. Me dijo que me tocaba vigilar.

Oribita guardó silencio. Por un momento se sintió culpable, como si hubiera fallado en una tarea importante. No quiso seguir hablando, por no despertar a los demás, y porque no sabía qué más decir.

Poco a poco, el aula fue despertando. Primero Febe, luego Nibiru, quien apenas abrió los ojos, se acomodó en su lugar sin decir nada. Sedna, por el contrario, lo hizo con una exclamación tan potente que terminó de despertar a todos.

—¿¡Todavía seguimos aquí!? —gritó, sentándose de golpe en el suelo.

Aitné se levantó de inmediato por el grito, apoyando una mano contra el muro y la otra en su cabeza.

Eris abrió los ojos de golpe y se enderezó como si hubiera caído en una pesadilla.

—¿¡Qué!? ¿¡Qué pasa!? —preguntó, claramente alterada por la forma tan repentina en que se despertó.

Larisa, sin moverse demasiado, levantó la mano y señaló a Sedna.

—Esa loca grita porque aún seguimos aquí.

Eris frunció el ceño. Parecía molesta por la manera en que Sedna la había despertado, pero en el fondo parecía comprender su frustración.

—Bueno... pasamos la noche aquí. Ya debería haber alguna noticia.

—Solo ruidos... nada agradables en lo poco que he estado despierta —añadió Larisa, volviendo a mirar por el costado de una ventana junto a la puerta.

—No muy diferente a cuando yo vigilé —comentó AItné, con un bostezo mal disimulado.

Eris se frotó el rostro, pensativa.

—Al menos ustedes lidiaron solo con ruidos —hizo una pausa, sin estar segura de si debía hablar—. Cuando desperté, en la madrugada, vi algo que no sabría cómo describirles.

—¿En serio? ¿Qué cosa viste? —preguntó Febe, curioso, alzando una ceja.

Oribita sintió una punzada en el pecho al escuchar las palabras de Eris, recordando lo que había visto.

—En realidad, una silueta... aunque parecía que se retorcía allá afuera. No sé qué era porque no lo vi directamente, pero Oribita sí. —dijo, girando la cabeza hacia ella.

El estómago de Oribita se revolvió.

—¿C-cómo lo sabes? —preguntó con una voz tan baja que apenas se había podido escuchar.

—Los ruidos me despertaron. Cuando abrí los ojos, estabas asomándote por la ventana, imagino que buscando el mismo ruido que yo escuchaba... —pausó por un momento, escogiendo sus palabras antes de hablar—. Pero, bueno. Te asomaste, después retrocediste y caíste. Imaginé que fue porque viste directamente a esa cosa. No dije ni hice nada, solo me quedé despierta, mirando las cortinas. La sombra de lo que sea que fuera eso, seguía ahí, proyectada. No se movía mucho, solo... estaba, aunque parecía contorsionarse. —hizo otra pausa. El aula entera permaneció en silencio. Luego, finalizó con un tono más firme—. Oribita, ¿qué viste?

Por un momento, Oribita no supo si hablar. No quería recordarlo, pero no podía quedarse con aquello dentro. Cerró los ojos con fuerza, intentando reunir valor. Entonces habló con voz baja, temblando al recordar la imagen con sus palabras.

—Vi... vi a un estudiante... parecía uno. Se veía golpeado, su piel era pálida, mucho. Sus pupilas... no tenía... solo unos ojos blancos, vacíos... —tragó saliva—. De su cabello escurría sangre... y de su boca... no lo sé... era negro. Parecía espeso.

Sacudió la cabeza con fuerza. Su cabello se movió alrededor de su rostro. Era evidente que no quería seguir recordando aquella imagen.

—Entonces me alejé. Caí al suelo... No pude ver mucho.

Eris se cruzó de brazos, analizando sus palabras.

—Por la forma en que lo dices, debió de ser mucho peor.

—Supongo que sí. No tengo otra forma de describirlo. —admitió Oribita, aún con voz tensa.

—Ya veo... —pensó Eris—. Quizá era alguien que participó en las riñas que mencionaron Larisa y Aitné... Aunque, como dije, se retorcía —dijo, intentando buscar algún tipo de lógica.

—Quizá solo se retorcía de dolor —intervino Aitné—. Es mejor pensar eso, que relacionarlo con lo que sea que tenga que ver la cuarentena.

Eris suspiró profundamente.

—Sí... tienes razón.

La conversación fue apagándose de forma natural. El silencio comenzó a ganar terreno nuevamente, hasta que una voz temblorosa lo rompió.

—Oigan... —dijo Nibiru, con las mejillas completamente enrojecidas—. Necesito... necesito ir al baño.

La vergüenza fue tanta que apenas pudo levantar el rostro.

Sedna giró la cabeza en su dirección, con un suspiro exagerado.

—¡Por eso no deben traer niños aquí! —dijo, con molestia.

Eris intervino, clavando el filo de su mirada contra Sedna.

—Mejor no hables. Tarde o temprano tú también vas a tener que ir.

—Bueno... yo también necesito ir... —intervino Aitné, en un tono tan bajo que por poco y no se escuchaba.

Febe, que parecía no entender del todo el ambiente, intentó suavizar la situación con un chiste mal planteado.

—¡Ah! ¿Esto es prueba de que las chicas con lentes van más veces al baño?

Al instante, todas voltearon a verlo, juzgándolo en silencio con molestia en sus ojos. Nibiru en especial, bajó más la cabeza, deseando desaparecer.

—Idiota —le dijo Aitné, sin rodeos.

—Perdón... A veces digo cosas imprudentes... —murmuró Febe, bajando la mirada, jugando con sus manos—. Ya saben... para aligerar el ambiente.

—¿Imprudentes? Estúpidas, diría yo —mencionó Eris, cortante.

—Lo siento... —dijo, con su mirada completamente clavada en el suelo.

Oribita observaba las interacciones entre ellos con cierta sorpresa. A simple vista, podían parecer frías, incluso agresivas. Pero había algo más que pocos podían notar; una confianza tan rara que les permitía hablarse así sin ofenderse. Un vínculo casi familiar.

—Bueno... ¿Qué hacemos entonces? —preguntó Oribita, volviendo al tema.

—Pues hay que salir. De todas formas, debíamos hacerlo —respondió Eris.

—Bien, pero no deberíamos ir todos juntos —opinó Oribita.

—¿Por? —preguntó Eris, arqueando una ceja.

—Ahora mismo este salón es lo más cercano que tenemos a un lugar seguro. No sabemos si podremos ir a casa ahora. Puede que sea más tarde... o quizá más noche. Sería mejor conservarlo.

Oribita bajó un poco la voz al final. Aunque su argumento era lógico, temía que Eris lo tomara a mal.

Eris imponía. Sus ojos color miel tenían un tono amarillento inusual. Su rostro delgado y fino, y su postura seria, irradiaban un tipo de autoridad que intimidaba, sobre todo a quienes no la

conocían bien, como Oribita o Nibiru. No hacía falta que gritara, una sola de sus miradas bastaba.

—Bueno, sí. Tienes razón —respondió Eris con naturalidad, lo que alivió a Oribita—. Entonces iremos unas primero, y cuando regresemos, irán las otras.

—Está bien. Que vayan Nibiru y Aitné primero —propuso Oribita. Luego hizo una pausa, haciendo el conteo mental—. Aunque somos siete... podría ir alguien más.

—Iré con mi hermana —dijo Larisa de inmediato.

Oribita se giró a verla. No dijo nada, pero la confusión en su rostro era evidente.

—Aitné. Aitné es mi hermana —aclaró Larisa, sin cambiar el tono.

—Oh... Perdón. No lo sabía —respondió Oribita, relajando el gesto al instante.

—Iré yo con ellas —añadió Eris—. Saldremos las cuatro, las llevaré al baño y veré qué puedo averiguar en el camino.

Nibiru se acercó por detrás de Oribita, con pasos suaves y una pizca de vergüenza.

—Oribita... ¿Puedes ir tú también?

Oribita asintió de inmediato.

—Sí, claro.

—¡Yo también iré! —intervino Sedna, levantándose con energía—. ¡No pienso estar aquí encerrada ni un minuto más!

Eris la miró con fastidio, como si le costara mantener una reacción más directa. Pero no le habló a ella, sino a Oribita.

—Tú te quedas —dijo, firme.

—¿Por qué? —preguntó Oribita, sorprendida.

—Seríamos seis. Dejaríamos a Febe solo... y, conociéndolo, saldría por cualquier excusa absurda. Como dijiste, no podemos dejar el aula vacía.

—¿Eh? No, no, Eris. No haría eso en una situación como esta. —contestó Febe con un tono que intentaba sonar firme.

Eris le dirigió la vista por unos segundos, sin girar la cabeza. Después, volvió a girar sus ojos hasta Oribita.

Oribita apretó los labios, resignada.

—Bueno... está bien.

Los ojos de Nibiru la miraron, gritando por auxilio. No se sentía cómoda con la idea de salir con quienes no conocía, pero no podía aguantar más.

—Bien. Vamos —dijo Eris, dando por terminada la discusión.

Las cinco salieron. Aitné y Nibiru por necesidad. Larisa, porque no podía imaginar un momento sin su hermana. Sedna por el simple impulso de salir. Y Eris, porque alguien debía mantener el control.

Oribita se quedó de pie junto a Febe, observando cómo la puerta se cerraba delante de ellos. Y, por un instante, el silencio volvió al aula.

Sin mucho más que hacer, fue a sentarse en un pupitre cercano a la ventana. Febe, por su parte, se quedó de pie unos segundos antes de sentarse también, aunque con cierta incomodidad, pues a pesar de su naturaleza alegre y relajada, no se sentía del todo libre para comportarse como siempre. No conocía a Oribita, y eso lo hacía contenerse.

Pasaron unos minutos. Lentamente el silencio fue dando paso al aburrimiento, y el aburrimiento, empujó la conversación.

—Y, bueno, Oribita... —rompió el hielo Febe, girándose en su asiento— ¿Cómo fue que decidiste entrar a este colegio a medio

curso? ¿Dónde estudiabas antes?

Oribita lo miró de reojo antes de responder.

—En realidad, no quería entrar a este colegio. No quería entrar a ninguno... quería quedarme en el anterior —dijo, bajando un poco la voz—. Fue por el trabajo de mi madre.

—¿Le queda de paso el colegio cuando va al trabajo? —preguntó Febe con curiosidad.

—Algo así. Vivíamos en el lado sur de la ciudad, pero le ofrecieron un mejor puesto aquí, en el norte. Así que nos mudamos.

—Oh... Ya veo... —murmuró Febe, sin saber qué más decir.

—Mi madre dice que es difícil para ambas. Ella se acostumbra a nuevos compañeros de trabajo, y yo a nuevos compañeros de clase. Creo que intenta ser empática... —pausó un momento—, al menos lo intenta.

—Bueno, sí. Supongo que tiene razón. Las dos están empezando desde cero a su manera —dijo Febe, intentando ofrecer algo de consuelo.

Oribita suspiró con cierto pesar.

—Sí... supongo... Aunque yo no quería dejar a mis amigos. Los conocía de toda la vida... —otro suspiro, más cargado—. Todavía hablamos por teléfono... —añadió Oribita, y justo en ese instante, pareció recordar algo importante—. ¡Mierda! ¡Mi teléfono! —exclamó, llevándose la mano a la frente.

—¿Qué pasa con tu teléfono? —preguntó Febe, notando la expresión de sobresalto.

—Lo perdí ayer. Se lo presté a... —hizo una pausa intentando recordar—. No recuerdo su nombre. Aún tengo poco aquí, y no soy buena con los nombres.

Febe tardó un momento en responder. Se levantó, caminó hasta el pupitre junto al de ella y se sentó. Sacó su teléfono del bolsillo, los desbloqueó y verificó la pantalla.

—Pues sigue igual —dijo, refiriéndose a la señal. Luego de unos segundos, sin decir palabra, abrió la aplicación de contactos y se lo pasó a Oribita—. ¿Podrías pasarme tu número? Por favor. Al rato que salgamos de aquí, te escribiré, y saldremos a comer algo con Eris, Larisa y Aitné. Será un respiro después de todo esto.

Oribita tomó el teléfono, dibujando una leve sonrisa en su rostro.

—Ahora entiendo por qué tus amigas te tratan como te tratan —comentó mientras tecleaba.

—¿Eh? ¿A qué te refieres? —preguntó Febe con curiosidad.

—Perdí mi teléfono, ¿recuerdas? Y con este caos, dudo volver a recuperarlo...

Entonces, estiró la mano y le devolvió el teléfono, con un gesto tranquilo.

—Apunté el número de mi madre. Escríbele a ella cuando salgamos y dile que me buscas. Así nos pondremos de acuerdo.

Febe soltó una risa breve, algo nerviosa.

—Cierto... perdón. Por un momento se me olvidó.

—Está bien, no pasa nada —respondió Oribita, ya con un tono más animado—. Y tú... ¿Desde cuándo conoces a las chicas?

—Ah, pues como dije ayer, Eris es mi vecina. Larisa y Aitné viven en la misma calle. La mamá de Eris siempre nos lleva y nos trae. Nos conocemos desde niños.

—Me sorprende que el grupo se haya mantenido tanto tiempo unido... —comentó Oribita, pensativa—. Especialmente porque ellas son tan... serias, y tú muy energético.

Febe soltó una carcajada suave.

—Sí, bueno... en realidad ellas son bastante alegres. Lo que pasa es que esta situación las tiene a todas tensas. Pero en otros momentos, incluso Larisa bromea como yo.

—Puede ser. Yo no traté mucho con Eris, y a las otras apenas las estoy conociendo.

—Es entendible. Lo que pasa es que...

Un golpe seco y violento interrumpió a Febe.

Algo había impactado con fuerza la ventana. No la rompió del todo, pero el sonido fue tan fuerte que los dos se sobresaltaron enormemente.

Ambos giraron la cabeza al instante, sin decir palabras. La conversación se esfumó como si nunca hubiera existido.

Se miraron, solo por un segundo, pero en ese cruce de miradas se dijeron todo. El miedo se reflejaba en su rostro, así como la necesidad de saber qué había sido eso.

Sin decir nada, se levantaron lentamente. Caminaron con pasos cortos, sin asomarse todavía. Parecía que algo estaba del otro lado

Oribita sintió cómo su respiración se hacía más pesada. Febe tragó saliva.

Se acercaron lento, como si el aire mismo intentara detenerlos. Y justo antes de que Oribita finalmente se asomara, como lo había hecho antes, sintió cómo Febe le sujetaba la muñeca, deteniéndola.

—¿Estás segura? —le susurró.

Oribita lo miró y asintió. Tragó saliva. La seguridad en su rostro era fingida.

Con cautela, repitió el gesto de la noche anterior. Se inclinó hacia la ventana y apartó levemente la cortina, empujándola con la frente

mientras contenía el aliento. Su cuerpo estaba tenso, listo para echarse hacia atrás si algo aparecía del otro lado.

No había nada.

Frunció el ceño. Pensó que tal vez no lo veía bien desde ese ángulo, así que se inclinó un poco más, pero continuó sin ver nada.

Finalmente, se agachó de nuevo y se puso de rodillas junto a Febe.

—No hay nada —le susurró.

—¿Qué? ¿En serio? —preguntó él, también en voz baja.

—Sí, sí. En serio —confirmó.

Febe no dijo nada. Se incorporó lentamente asomándose con cuidado, apartando la cortina con las manos. Después de unos segundos, regresó y se puso en cuclillas junto a ellas.

—Pues tienes razón... No hay nada —repitió entre susurros.

Ambos se pusieron de pie al mismo tiempo para mirar con más claridad. A simple vista todo parecía igual. Bajo la ventana, el suelo mostraba una mancha oscura, casi inadvertida, pero ninguno de los dos le prestó atención. Fue la grieta en el cristal, sin embargo, lo que los hizo estremecer.

Se miraron, confundidos, inquietos, pero no hubo tiempo para preguntas.

Un alumno apareció corriendo por el pasillo. Pasó junto a la ventana a toda la velocidad, con la desesperación reflejada en el rostro. Cuando vio que alguien lo observaba desde adentro, se detuvo en seco y retrocedió velozmente hasta la puerta del aula, golpeándola con fuerza.

—¡Ábranme! ¡Déjenme entrar! —gritó con urgencia.

Oribita y Febe se miraron, paralizados. No sabían si debían abrir. Algo en el tono del chico los alertaba, pero también sentían culpa de no ayudar.

Antes de que pudieran decidirse, el chico giró la cabeza hacia el fondo del pasillo. Su expresión cambió al instante y el horror se le dibujó en el rostro. Lo que vio fue suficiente para abandonar la puerta sin insistir más y volver a correr con desesperación.

Ambos se tiraron al suelo, ocultándose tras del muro. No hablaron, solo respiraron, rápido, como si el aire les pesara más ahora.

Pasaron unos minutos. Entonces, una pregunta brotó de la boca temblorosa de Oribita.

—¿Y las chicas?

—Sí, lo sé... —murmuró Febe, con miedo en su voz—. Están bien. Eris está con ellas.

—Sí... tienes razón —respondió Oribita, como si lo repitiera para ella misma.

Se quedaron sentados con la espalda contra la pared, en un silencio que no resultaba cómodo. Era un silencio lleno de tensión, miedo y preocupación creciente.

Los gritos comenzaron a aumentar. Los pasos apresurados retumbaron con más fuerza, como si lo que antes era caos latente se estuviera desbordando de pronto.

Escuchaban carreras, golpes y alaridos. Con cada estruendo era más evidente que la seguridad de la escuela se había desvanecido.

El tiempo pareció avanzar lentamente. De vez en cuando intercambiaban una palabra o un comentario, pero ninguno se atrevía a asomarse de nuevo. El miedo les estaba ganando.

Sin darse cuenta, comenzaron a comerse las uñas en un gesto ansioso que compartían sin hablarlo.

Finalmente, tras lo que parecieron horas, la puerta fue golpeada, pero esta vez con familiaridad.

—Febe, Oribita. Somos nosotras —se oyó la voz de Eris del otro lado.

Ambos se pusieron de pie de inmediato. Febe fue quien se acercó para abrir. Las chicas entraron de golpe, agitadas. Eris cargaba con ella un bote lleno de agua.

—¿Qué pasó? ¿Por qué vienen así? —preguntó Oribita al verles el rostro.

—Afuera es un caos —respondió Larisa, con la voz llena de tensión —. Todos están... estamos comenzando a desesperarnos.

Eris dejó en una esquina el bote que traía, respirando con dificultad.

—No creo que salgamos hoy tampoco —añadió, secándose el sudor de la frente con el antebrazo.

—¿Qué? ¿Por qué? —Preguntó Febe, sin entender.

—Después de ir al baño, nos acercamos al portón. Es un desastre. Ni siquiera estábamos cerca y ya nos empujaban. Hay mucha gente intentando salir... algunos hasta intentan trepar el muro de la escuela.

Oribita sintió un escalofrío que recorrió su espalda. Febe apretó los dientes.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó Oribita, sintiéndose aún más atrapada.

—Esperar... —dijo Eris, seria—. No tenemos otra opción.

—¿Cómo que esperar? ¿No han dicho cuándo nos dejarán salir? —insistió Oribita, comenzando a perder la esperanza.

—No... no lo sé —admitió Eris, bajando un poco la mirada—. No escuchamos ningún anuncio o comunicado. No nos quedamos mucho tiempo ahí. Todos están demasiado alterados... o demasiado ocupados como para explicarnos algo.

Una punzada volvió a hacerse presente en el pecho de Oribita tras escuchar las palabras de Eris.

Sin decir nada, fue a sentarse a un pupitre cercano, buscando calmar la oleada de pensamientos que la agobiaban. Nibiru, que acababa de llegar, se sentó junto a ella en silencio. Larisa y Aitné también se sentaron, buscando recuperar el aliento.

Sedna permaneció junto a la ventana, callada, observando hacia afuera como si buscara algo que nadie más había notado.

—¿Y ese bote? —preguntó Febe, señalando con la cabeza.

—Si tenemos que quedarnos aquí, vamos a necesitarlo —respondió Eris mientras comenzaba a adentrarse al aula—. Es para poder beber agua.

Entonces, se dejó caer contra una pared, apoyando la espalda en el muro y las piernas en el suelo.

Febe se quedó de pie junto a la puerta, mirando de reojo a Sedna, quien seguía observando por la ventana. Pensó en decirle algo, pero no lo hizo. En vez de eso, se fue al fondo del aula y se sentó en el suelo.

Finalmente, Sedna se apartaría de la ventana. Acomodaría la cortina para evitar que se viera hacia el interior, y, sin decir nada, fue a sentarse encima del escritorio mientras revisaba su celular cada vez más carente de batería.

Afuera, los pasos resonaban con fuerza. Dentro del aula, en cambio, reinaba un silencio tenso, y aunque nadie lo admitía, todas tenían miedo en mayor o menor medida.

Así pasó un rato, hasta que Oribita se levantó y tomó su mochila. La ansiedad previa crecía cada vez más en su interior a causa del silencio que todas intentaban mantener. No podía seguir así. Sentía que se estaba volviendo loca.

—No podemos quedarnos aquí para siempre —dijo con firmeza, sintiendo la necesidad de dar explicación mientras se acercaba a la puerta.

Nibiru la miró con atención, algo asustada.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Eris desde su lugar.

—Iré al portón. Esperaré un rato por si hay algo nuevo... —hizo una breve pausa, luego suspiró—. Y si tampoco nos dejan salir hoy, buscaré algo de comida en el camino.

—Nosotras intentamos acercarnos a la cafetería antes —intervino Aitné—, pero era imposible. Había tanta gente que apenas y podíamos caminar.

Oribita solo escuchó.

—Es probable que ya no quede nada —añadió Larisa.

—Quizá sí haya algo aún... Ojalá que sí —dijo Oribita para finalizar con un suspiro.

—Tal vez si nos hubiéramos quedado habríamos tomado algo, no lo sé. Se escuchaban gritos, aunque no supe de dónde provenían. Decidí no exponernos y mejor volver, aunque conseguimos traer el bote —mencionó Eris.

Otro suspiro escapó de la boca de Oribita.

—De todos modos, quiero ir al portón. Y si en el camino puedo pasar por la cafetería, lo haré. Algo debe de quedar.

—Es peligroso, Oribita. No estás sorda como para no escuchar el escándalo de allá afuera —le recalcó Eris.

Hubo un pequeño silencio. Oribita apretó el puño, ansiosa. Eris notó el gesto. Suspiró.

—Pero si quieres ir, entonces iré contigo. Supongo que nada perdemos por ir a echar un vistazo.

La mano de Oribita se relajó. Asintió mientras miraba a Eris.

Entonces, Febe se puso de pie con rapidez.

—No, iré yo —dijo con firmeza—. Tú necesitas descansar.

—Hace un rato que llegamos. No estoy tan cansada —respondió Eris.

—Aun así, creo que debería ir yo. Es mejor que no te expongas.

Oribita miró a ambos antes de hablar de nuevo.

—Creo que es mejor que Febe me acompañe.

Ambos la miraron, confundidos. Oribita siguió hablando.

—Si pasa algo, él puede ayudarme. Tiene más fuerza que nosotras, y, si llego a encontrar comida o algo útil, él puede cargarlo. Creo que es lo mejor.

Eris se cruzó de manos mientras le mantenía la mirada a Oribita, pero no discutió. La sugerencia de Oribita tenía lógica.

Febe se acercó hasta quedar al lado de Oribita.

—Entonces... nos vemos en un rato —dijo, mientras le sonreía a Eris.

Eris solo chasqueó la lengua con molestia.

—Ash... —se les escapó de los dientes.

Sedna, aún sentada en el escritorio, giró el rostro para mirarla. Aquella expresión tan suya no esperaba oírla salir de Eris, y eso le sorprendió, pero no dijo nada.

Oribita y Febe saldrían por la puerta. Ya en el exterior, Oribita se agachó de inmediato junto al muro, justo donde había tenido aquel encuentro la noche anterior. Estiró su mano, temblorosa, hacia el piso. El líquido seguía ahí.

—¿Qué haces? —preguntó Febe al verla en cuclillas, revisando algo contra el muro.

—Mira esto... —respondió Oribita sin despegar la vista del suelo—. Eso salió de la boca de esa cosa que vi anoche. Pensé que tal vez lo había imaginado, pero... aquí está.

El líquido era extraño. Parecía vibrar ligeramente, como si tuviera vida propia. A ratos, pulsaba, y con cada pulso, se desprendían destellos muy sutiles de color, casi imperceptibles por la luz del pasillo.

Febe se inclinó un poco para verlo, frunciendo el ceño.

—¿Qué demonios es eso?

No hubo tiempo para analizarlo más. Afuera, la situación era un caos, y cada minuto perdido resultaba crucial.

—Vámonos. No creo que sea buena idea estar mucho tiempo aquí afuera —dijo Febe mientras recuperaba su postura, en voz baja, pero firme.

Oribita asintió sin dejar de mirar el líquido.

—Sí... —respondió, levantándose con lentitud.

—Vayamos primero al portón. La cafetería queda de paso, así que podemos aprovechar el camino, ¿te parece bien? —preguntó Febe.

—Sí, está bien. Vamos —respondió Oribita.

Ambos comenzaron a caminar juntos, sin separarse demasiado. A su alrededor, algunos estudiantes caminaban sin aparente rumbo fijo, otros simplemente se detenían en esquinas, como si esperaban

algo que nunca llegaba. La tensión se incrementaba a cada metro que se adentraban en el edificio escolar.

Cuando llegaron a la cafetería, la escena era caótica; estudiantes se empujaban, tomaban lo que podían. Algunos discutían e intercambiaban golpes. Había vitrinas rotas, bandejas en el suelo y comida pisoteada. El ambiente parecía estar repleto de ansiedad y desesperación.

Oribita no lo dudó. Se adelantó con determinación y se metió entre la multitud de la cafetería, esquivando golpes y empujones. Apenas tuvo tiempo de ver bien lo que tomaba. Se metió un par de paquetes en los bolsillos del saco, y luego se agachó tras una barra caída, rebuscando más.

Febe la siguió con la mirada desde la entrada, atento. No tardó en notar lo que ella, en su concentración, no veía. Un grupo de al menos ocho estudiantes agresivos, con tubos y bates improvisados, caminaban como si controlaran el lugar. Uno de ellos tiró al suelo una vitrina de plástico con cajas de jugo. Otro empujó con fuerza a un alumno más pequeño que intentaba salir del lugar con una bolsa en mano.

La tensión del ambiente comenzó a escalar rápidamente. Ya no eran solo empujones, sino también ira acumulada y caos a punto de estallar.

Febe sintió cómo se le revolvía el estómago.

—Oribita... —llamó, sin alzar demasiado la voz—. Ya, vámonos.

Ella no respondió. Vio algo más entre los escombros de un estante caído y se estiró con dificultad para alcanzarlo.

—Oribita —insistió Febe, más firme, dando un paso dentro—. Vámonos. Esto se está poniendo feo.

—Espera, solo un poco más —respondió ella, jadeando suavemente—. Aún hay cosas. No es solo para nosotros, también

debemos llevar para las demás. Hay que aprovechar.

Febe no apartaba la mirada del grupo que ahora se acercaba hasta donde estaban. Uno de los tipos había visto a Oribita agachada. Le dijo algo en voz baja a su compañero y ambos rieron. El estómago de Febe se revolvió aún más.

—Mira —dijo, intentando sonar sereno, pero con una urgencia que no pudo esconder—. Si anuncian algo en el portón y no estamos allá, nos vamos a quedar sin comida y sin salida. Solo quiero estar allá a tiempo. Si no pasa nada, volvemos. Te lo juro.

Oribita se detuvo y se giró a verlo, arqueando una ceja con desconfianza. Notó algo en su expresión; una tensión que no había visto antes. Dudó, pero asintió.

—Está bien... —susurró—. Vamos.

Salieron rápido, sin mirar atrás. Mientras avanzaban por el pasillo, fue Oribita quien rompió el silencio.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tenías tanta prisa? —preguntó, directa.

Febe, que caminaba a su lado con la mirada al frente, tardó en responder, analizando cada palabra antes de hablar.

—Necesitamos llegar al portón. Si hay algún comunicado, quiero escucharlo. No quiero que nos lo perdamos por quedarnos demasiado tiempo ahí.

Oribita no quedó convencida con su respuesta, pero tampoco discutió. Se limitó a respirar hondo y tratar de sacar sus propias conclusiones.

—Alcancé a tomar unas cuantas cosas —dijo al cabo de un rato, con voz baja—. Sirven para compartir, aunque sea un poco.

—Eso está bien —respondió Febe, manteniendo el paso—. Si las cosas no mejoran, volveremos por más. Te lo prometí.

Los ojos de Oribita se clavaban en Febe, buscando algo oculto entre sus palabras. Su actitud seguía sin parecerle normal, pero continuó sin decir nada.

Mientras se alejaban, el estruendo de la cafetería quedaba atrás, aunque no del todo. Uno de los tubos metálicos pareció caer al suelo con un golpe seco y sonoro. Su eco resonó por todo el pasillo. Voces comenzaron a elevarse, ya no como murmullo lejano, sino como discusiones que rozaban lo agresivo.

Oribita no miró atrás. Febe sí. Entonces ambos apresuraron el paso.

—Ya casi llegamos —dijo Febe sin voltear a verla. Su voz sonaba distinta, como si no quisiera contagiarle sus propias preocupaciones.

—¿Y qué si no hay anuncio? —preguntó Oribita, intentando obtener alguna explicación—. ¿Vas a esperar? ¿Por cuánto tiempo?

Febe tardó un momento en responder.

—Esperaremos lo justo. Si no dicen nada, preguntaremos —contestó finalmente, sin detener el paso.

—¿Cuándo es justo? Y, ¿A quién vamos a preguntar? Todos están en su propio mundo, ni siquiera nos miran —respondió Oribita, sin ocultar la desconfianza en su tono.

—¿A cuántas personas les hemos intentado hablar? —preguntó Febe, sin levantar la voz. La respuesta era obvia. Oribita apretó los labios y no respondió—. Y no sabría decir cuánto tiempo es justo... supongo que lo sabremos cuando estemos en esa situación —añadió, con calma.

Ese tipo de respuestas, y su forma tan directa de esquivar la confrontación, comenzaron a cambiar algo dentro de Oribita. Hasta ese momento había visto a Febe como alguien relajado, incluso medio torpe a veces. Alguien risueño y poco serio. Pero ahora lo notaba diferente. Controlado, lúcido. Tal vez demasiado.

Eso le hizo recordar algo; era amigo muy cercano de Eris, Larisa y Aitné. Los cuatro compartían esa capacidad de mantener la cabeza fría cuando el momento lo ameritaba.

Cuando llegaron finalmente al portón, esperaban encontrar una multitud incluso mayor a la de la cafetería, pero no fue así.

El espacio frente al portón, que había estado abarrotado el día anterior, ahora parecía vacío. Solo un puñado de personas estaban ahí, dispersas, sentadas en el suelo o mirando al frente como si esperaran un milagro.

Oribita se detuvo en seco.

—¿N-no había dicho Eris que esto era un desastre? Que había gente por todos lados... —dijo en voz baja, como si temiera a la respuesta.

—Sí... sí dijo eso —respondió Febe, con un tono igual de bajo, grave. Parecía estar alerta.

No supieron si tomar aquella situación como una buena o mala señal. No había caos, pero tampoco había consuelo. Era como si la gente ya se hubiera rendido ante la posibilidad de salir.

Entonces, Oribita bajó la mirada. En el suelo, dispersas, casi secas, había pequeñas manchas. Al principio pensó que era suciedad, pero no. Las manchas eran rojizas, algunas salpicadas, otras alargadas, como si alguien hubiera arrastrado algo.

Su cuerpo se tensó.

—Febe... —susurró—. ¿Eso es sangre?

Febe miró de reojo, rápido.

—Pueden ser muchas cosas —dijo, sin sonar convincente. No quería contribuir a la ansiedad creciente de Oribita—. No te fijes en eso, lo importante ahora es averiguar qué está pasando aquí.

Pero la inquietud ya la había envuelto casi por completo.

Para empeorar las cosas, al mirar hacia el portón, notaron que no solo estaba cerrado, sino que parecía sellado. No con candados o cadenas normales, sino con estructuras metálicas reforzadas por fuera. Como si quisieran evitar a toda costa que alguien saliera.

Ambos se quedaron en silencio ante aquello. El portón ya no era una salida. Era una barrera.

—El portón... —susurró Oribita, casi sin aliento, con los ojos clavados en las estructuras de metal que parecían una muralla.

Febe soltó un suspiro.

—Lo sé... —respondió con una voz contenida. No podía darse el lujo de alterarse. No si ella empezaba a quebrarse.

—¿Qué hacemos? —preguntó Oribita, con una voz que comenzaba a temblar.

—Esperar... averiguar algo —dijo Febe con firmeza, pero sin dureza.

—¿Qué? —Oribita lo miró, incrédula. No porque no hubiera oído, sino porque no podía creer que eso fuera todo.

—Oribita... —empezó a decir, pero no terminó.

Oribita dio un par de pasos hacia atrás y se dejó caer en uno de los escalones de la entrada, bajando la mirada.

—Mi mamá... —dijo con una voz a punto del llano—. Pasamos un día entero sin hablarnos... seguro que ahora estará desesperada. No sabe nada de mí. Y yo... yo solo quiero salir de aquí.

Se abrazó las rodillas, como si pudiera contener el miedo, el nudo en la garganta y el torrente de pensamientos que la comenzaban a sobrepasar. No conocía a nadie realmente. Llevaba solo dos semanas en esa escuela. Aún no la sentía suya, aún no parecía un hogar. Su

mundo real, el seguro, estaba fuera de esos muros. Allá, con su madre.

Y ella quería volver.

Febe también sentía la presión de lo que estaba pasando. La tensión le dolía en el pecho, pero mientras Oribita se rompía poco a poco, él se obligaba a mantenerse firme.

Sin decir nada, caminó hacia uno de los pocos estudiantes que estaban ahí, sentados, en los escalones. El chico se notaba pálido, como si hubiera sido testigo de algo que le había robado el alma.

Febe se sentó a su lado.

—Hola... ¿Cómo estás? —preguntó, fingiendo cordialidad—. ¿Qué ha pasado aquí?

El chico no respondió.

—Hola... —insistió Febe.

Nada.

—Oye... —dijo un poco más alto.

El estudiante giró lentamente la cabeza, como si al hacerlo, le doliera.

—Vete de aquí... —dijo con una voz baja y tétrica.

—¿Qué? ¿A dónde? ¿A qué te refieres?

El chico tragó saliva. Su labio inferior temblaba.

—Esas cosas... no sé qué eran... Pero de pronto, sellaron el portón. Estamos atrapados aquí... todos. ¡Tenemos que irnos! ¡Todos! ¡Todos tenemos que irnos! —su expresión y voz cambiaron de golpe. La angustia y el horror parecían apoderarse de él—. ¡Tenemos que irnos!

De pronto, el chico se puso de pie y comenzó a correr hacia el interior de la escuela. No tuvo tiempo de siquiera intentar detenerlo o preguntarle algo más. Todo había transcurrido muy rápido.

Febe se quedó en silencio, pensando en las palabras del joven y lo sucedido. Su corazón había comenzado a latir con fuerza. Algo estaba muy mal, más de lo que creía.

Volteó a ver a Oribita. Seguía sentada, con los hombros caídos y la cabeza agachada, como si el alma le pesara más que el cuerpo.

La dejó unos segundos más. Después, fue hasta ella.

—Oribita... hay que irnos. Debemos conseguir comida para las demás, ¿recuerdas? —dijo como excusa.

Ella levantó la mirada. Sus ojos estaban a punto de inundarse, pero seguía aguantándose.

—Sí... —dijo con una voz tan baja que apenas fue audible. Su respuesta había sido de resignación, no de acuerdo.

Ambos se pusieron de pie y emprendieron camino hacia el interior de la escuela, con pasos lentos, sin ninguna palabra entre ellos.

Oribita caminaba con la vista al suelo.

—Tenía esperanza de poder salir hoy... —murmuró, con una voz que se comenzaba a quebrar.

—Quizá más tarde —dijo Febe, sin sonar convencido.

Ella soltó una risa breve, rápida.

—Viendo el portón... no creo que sea el caso.

Febe no dijo nada. Y esa ausencia de respuesta, le dolió más que una mentira.

A medida que se acercaban a la cafetería, la atmósfera se volvía más caótica, lúgubre. Gritos comenzaban a escucharse. Algunos

eran de discusión, otros de dolor. El comportamiento del alumnado era más acelerado.

—Hay que apresurarnos, tardar lo menos que podamos —dijo Febe, viendo el panorama.

Oribita sacó el pecho. Respiró hondo. Contuvo el aire un momento y después lo soltó.

—Sí está bien. Nos daremos prisa —respondió, con una voz que carecía de confianza.

La mente de Oribita se encontraba llena únicamente del recuerdo de su madre. Pensaba en que necesitaba estar bien para cuando la volviera a ver, en que no debía rendirse. Ese pensamiento era su refugio, la chispa que le daba valor cuando más lo necesitaba.

Y, de pronto, antes de darse cuenta siquiera, estaban ya frente a la cafetería.

Febe se adelantó unos pasos. Buscó con la mirada a los alumnos con bates que había visto antes, pero no los vio. Ni dentro de la cafetería ni en los pasillos inmediatos. Respiró aliviado al no notar a ninguno.

—Entraremos, tomaremos lo que podamos y volveremos al aula. ¿De acuerdo? —dijo Febe, girándose hacia su compañera.

—De acuerdo —respondió Oribita. Una mirada más decidida se notaba en su rostro.

Y así lo hicieron.

Apenas cruzar la puerta de la cafetería, el caos los envolvió como una ola, tibia y espesa. El aire olía a sudor, cartón y desesperación. Algunos estantes ya estaban vacíos, otros eran disputados a gritos y jaloneos. Pero entre todo el alboroto, aún quedaban provisiones dispersas, ocultas en rincones menos transitados o bajo estantes que nadie se había molestado en revisar con atención.

Ambos se lanzaron a la tarea.

Con manos rápidas y ojos atentos, tomaban lo poco que encontraban. Dulces, galletas, panes, cualquier cosa que pudieran cargar en la mochila o guardar en los bolsillos.

El forcejeo fue inevitable. Un alumno les arrebató una bolsa de pan de las manos. Febe la recuperó de un jalón.

Una joven empujó a Oribita para quitarle una bolsa de barras energéticas, pero ella no las soltó.

—¡Cuidado! —dijo Febe al ver que alguien cerca tropezaba con una bandeja.

—Estoy bien —respondió Oribita, apretando los dientes mientras protegía lo que ya había conseguido.

El lugar parecía un campo de batalla.

Pero, curiosamente, no todos peleaban. Algunos simplemente observaban, resignados, como si esperar fuera su única estrategia. Otros lloraban, y un pequeño puñado, mantenían la calma, recogiendo lo poco que encontraban sin ningún tipo de prisa.

Febe y Oribita reunieron lo suficiente. No todo lo que habrían querido, pero sí lo necesario para volver al aula sin las manos vacías y sin daños aparentes.

Hasta ese momento, creyeron estar a salvo.

Entonces, la ventana estalló.

El crujir partió el aire al instante, y, de entre los vidrios rotos, cayó algo. Parecía un alumno, o alguien que lo había sido. Su cuerpo tenía proporciones humanas, pero en su ropa había partes rotas y manchas oscuras que eran una mezcla de sangre seca y algo parecido al alquitrán. Era lo mismo que Oribita había visto fuera de su salón la noche anterior.

La criatura rugió. No fue un grito de hambre, sino de violencia pura. Un alarido que exprimía cada fibra de unas cuerdas vocales humanas al límite de su resistencia.

Y luego se abalanzó.

Sus uñas eran huesos afilados que habían perforado la carne de sus dedos, y con ellos, desgarró al primer alumno que encontró, con una furia que no buscaba alimentarse, sino silenciar.

Lo atacó hasta que dejó de luchar, de moverse. Hasta que los gritos de agonía provenientes de su cuerpo cesaron.

Dos criaturas más irrumpieron desde otras ventanas, uniéndose al ataque.

El caos y la desesperación se extendieron de inmediato.

Febe reaccionó primero. Sin pensarlo, tomó a Oribita de la mochila que llevaba en la espalda y la jaló con la fuerza suficiente como para sacarla del trance, provocando que sus piernas comenzaran a correr, impulsadas por el instinto de supervivencia.

Atravesaron la puerta de la cafetería, mientras los gritos de horror quedaban dentro.

De pronto, por el pasillo principal, apareció un grupo que corría en dirección a la cafetería. Llevaban bates y tubos. Febe los reconoció de inmediato, pues se trataba de los alumnos problemáticos que había visto previamente, y un puñado más.

El grupo cargó contra las criaturas, con gran coraje. Comenzaron a golpearlas brutalmente a la cabeza, al torso, a donde pudieran. Las criaturas no parecían presentar dolor. No se defendían con estrategia. Solo seguían atacando, impulsadas por una fuerza ciega.

Aun así, eran tangibles. Se caían, se rompían, y con esfuerzo, podían ser eliminadas.

Una chica del grupo fue alcanzada en el brazo por una mordida. Otro cayó por el golpe directo de una de aquellas púas de hueso. La carne de las criaturas estaba desgarrada en la boca, y sus dientes, rotos, filosos e irregulares, hacían más daño del que debían.

El enfrentamiento fue brutal, pero breve. Quince contra tres. Hasta que las criaturas quedaron inmóviles, muertas.

Los estudiantes que habían presenciado aquello, celebraron lanzando gritos de alivio y euforia. Febe y Oribita, que aún estaban cerca, se limitaron a quedarse viendo la escena que recién terminaba, sin saber del todo cómo reaccionar.

Entonces, alguien conocido llamó la atención de Oribita.

—Ton... —susurró.

—Y también Holmberg... y los demás —agregó Febe, observando al grupo con ojos abiertos—. Son todos del club de béisbol.

Oribita volteó a verlo. Su rostro reflejaba duda y desconcierto. Ella no conocía a casi nadie, excepto a Ton.

Entonces, la multitud comenzó a acercarse al grupo. Algunos para felicitarlos, otros, intentando pasar de largo para dirigirse a de nuevo a la cafetería.

Pero entonces, la situación cambió de nuevo.

Una chica que se había adelantado tomó una bolsa de galletas del suelo. Ton no dijo nada, solo levantó su bate y la golpeó directamente en la cabeza. El sonido fue hueco, mortal. La chica calló sin haber tenido siquiera tiempo para gritar. Quienes habían presenciado aquello, se quedaron congelados.

—¿¡Está muerta!? —gritó alguien.

Otro joven intentó acercarse. Otro golpe. Otro cuerpo en el suelo.

El resto del grupo de Ton formó un semicírculo alrededor de la entrada la cafetería, con bate en mano y mirada amenazante.

Quienes habían sido salvadores hacía apenas un minuto, ahora se tornaban en los nuevos monstruos.

—¡Idiota! ¿¡Qué te pasa!? —gritó Febe, con impulso, sin pensarlo.

Voces similares se alzaron a su alrededor.

Pero Oribita, que aún tenía los dedos temblorosos por lo que había presenciado, lo sujetó del brazo con fuerza, suplicándole no llamar la atención.

—Febe... no —murmuró, apenas audible por el miedo.

Ton no respondió al abucheo. Se limitó a escuchar los gritos, y luego sonrió. Sus ojos no parpadeaban.

—Acabamos de salvarles la vida... —dijo con una calma que parecía sobrenatural—. Lo mínimo que pueden hacer es adaptarse a mis reglas.

—¿¡Qué clase de psicópata ataca a quien presume haber salvado!? —reclamó Febe, con rabia genuina.

Ton se le quedó viendo. Luego sonrió otra vez, con aún más descaro, y levantó la voz para que todos escucharan.

—La cafetería es mía. Y quien se atreva a tomar siquiera una migaja de pan... lo pagará de una forma u otra —guardó silencio un momento—. No pienso morir de hambre mientras esté aquí. Y si para sobrevivir, tengo que sacrificarlos a ustedes... entonces que así sea —sentenció.

Febe apretó los puños y respiró con fuerza. Quería decir, hacer algo, pero la mano de Oribita lo apretó otra vez, con más fuerza. Él entendió al instante.

No era cobardía, era estrategia. No por él, por ella. Así que solo soltó un chasquido de desprecio y comenzó a alejarse despacio.

Otros no pudieron contenerse. Un par de estudiantes se lanzaron contra ellos, pero no tuvieron oportunidad. Unos golpes bastaron para que el crujir de los huesos resonara y los demás retrocedieran aterrados.

Uno de ellos, una chica delgada, quedó paralizada en el sitio mientras otro era arrastrado entre sollozos por sus compañeros, que intentaban socorrerlo. Nadie se atrevió a acercarse más.

La cafetería se había transformado en una fortaleza llena de sangre. Y como si todo aquello no hubiera sido suficiente, más ventanas comenzaron a romperse. Pero esta vez no solo en la cafetería, también en los pasillos.

El eco de los cristales cayendo fue una campanada que terminó de romper el frágil orden del lugar. En un instante, el alboroto se adornó de gritos, pasos desesperados y cuerpos chocando entre sí.

Febe no lo pensó.

—¡Oribita! ¡Vámonos! —gritó, y ella ya estaba corriendo antes de que terminara la frase.

La escena se volvió un infierno. Algunos intentaban aprovecharlo tratando de recoger algo de comida, pero la mayoría corría sin rumbo. Ton y los suyos gritaban cosas, pero entre todo el caos ya no se entendían.

Oribita, quien había reaccionado casi por instinto, corría sin una dirección clara. Febe la seguía de cerca, aunque le costaba seguirle el paso. La adrenalina le daba a ella una velocidad que él no podía igualar.

Los corredores estaban saturados. La gente se tropezaba y empujaba, desesperada por escapar sin importar a quién dejaban atrás. Fue ese mismo caos el que atrajo a más criaturas.

De pronto, ambos se detuvieron, desorientados. Miraron a su alrededor buscando alguna dirección reconocible, pero a donde voltearan solo había caos. Entonces corrieron sin rumbo, guiados solo por su instinto de supervivencia. No sabían a dónde se dirigían, pero sabían que debían alejarse del epicentro del horror.

Los minutos se volvieron eternos y el cuerpo comenzó a traicionarles.

El cansancio se reflejaba en cada paso, ya menos firme, y en movimientos que carecían de la agilidad inicial. A cada minuto que pasaba, se volvían más vulnerables.

Entonces, Febe comenzó a golpear las puertas de los salones por los que pasaban, una tras otra, sin éxito. Hasta que, finalmente, una se abrió. No hizo falta ninguna señal. Ambos entraron de inmediato y cerraron la puerta tan rápido como pudieron.

Dentro del aula no hubo palabras, solo respiraciones agitadas, el sonido de sus corazones acelerados y la urgencia de recuperar el aliento, aprovechando ese poco tiempo que tenían.

Pasaron un par de minutos así, en silencio, hasta que algo los sacó de esa breve pausa. Se trataba de la puerta, siendo azotada con violencia desde afuera.

—¡Los vi entrar! ¡Déjenme entrar! —gritaba una voz desesperada, cargada de pánico.

Sus súplicas eran tan fuertes que comenzaron a atraer atención no desea. Una de las criaturas comenzó a aproximarse al aula, corriendo.

Los golpes del chico en la puerta se hicieron más insistentes. Su voz, más desesperada.

Oribita y Febe se miraron, dudando. Pensaron en abrir, pero antes de que pudiera decidir, la puerta cedió.

La chapa se rompió y el chico cayó dentro por la repentina apertura de la puerta. Su cuerpo quedó desplomado frente a ellos, tembloroso, agotado.

Lo reconocieron al instante. Era el mismo chico que, hacía apenas un rato, les había pedido refugio en el aula de tutoría. El mismo al que no ayudaron. Pero no hubo tiempo para decir nada, ni siquiera para lamentarse. La criatura llegó, y sin dudarlo, se abalanzó sobre lo primerio que vio; el chico en el suelo.

Todo ocurrió en cuestión de segundos. No hubo oportunidad de rescate, solo gritos, golpes violentos y el sonido de su voz extinguiéndose al igual que su vida.

Oribita cerró los ojos con fuerza. No por falta de estómago, sino por culpa. «Si lo hubiéramos ayudado a tiempo...» pensó. Pero no había espacio para el arrepentimiento. Tenían que seguir corriendo, ponerse a salvo.

Volvieron a internarse por los pasillos, y aunque sus pies se movían, sus mentes ya no sabían con claridad dónde estaban.

—Debemos volver al aula —dijo Febe, sin detenerse.

—¿Estás seguro? —preguntó Oribita con la respiración agitada—. ¿Y si nos siguen?

Febe no respondió. Sabía que ella tenía razón.

—Vayamos —añadió Oribita tras unos segundos—. Sí...

No terminó la frase. El aire se le escapó de golpe, obligándola a detenerse un momento antes de seguir corriendo.

—Si nos siguen, pasamos de largo. Si hay oportunidad, entramos —concluyó al fin.

Febe la miró de reojo y asintió con un leve gesto.

Siguieron corriendo. El plan estaba claro, pero llevarlo a cabo no sería tan simple. Aún estaban desorientados.

A pesar de que Febe conocía cada rincón de la escuela, la adrenalina y el miedo le nublaban por momentos la memoria, y la multitud descontrolada entorpecía aún más su orientación. Aun así, su instinto de supervivencia terminó imponiéndose, guiándolos poco a poco.

Avanzaron entre tropiezos, sobresaltos, giros repentinos y esquives desesperados. Detrás de ambos, una turba de estudiantes corría en la misma dirección, hasta que se toparon con una criatura que bloqueaba el camino.

Al verlos, la criatura comenzó a avanzar hacia ellos, arrastrando los pies con un sonido grotesco.

Los nervios de Febe estallaron de golpe y su instinto de supervivencia se interpuso ante cualquier otro sentimiento. Aun así, en medio de tanta adrenalina, no pensó solo en él, sino también en Oribita. La tomó del brazo, y ambos retrocediendo hasta mezclarse con la multitud. Pero ya no podían retroceder más. Su espalda ya chocaba con quienes tenían detrás, y avanzar significaba ser víctima de la criatura que estaba cada vez más cerca.

Entonces, sin pensarlo demasiado, Febe empujó con fuerza a una chica que tenía delante.

Ella tropezó, cayó, y fue recibida por la criatura sin oponer resistencia, siendo atacada al instante.

—¡Oribita! —gritó Febe, y sin mirar atrás, se lanzó por el costado izquierdo de la criatura.

Oribita salió del shock al escuchar su nombre. Entonces corrió, deslizándose por la derecha sin mirar el horror que yacía a su lado.

La multitud detrás los siguió, aprovechando la distracción.

Y como un regalo macabro del destino, el resto del trayecto transcurrió en calma. Demasiada calma. No había criaturas, solo gritos, el eco de sus propios pasos y respiraciones entrecortadas.

Los cuerpos comenzaron a relajarse. La turba se fue disipando. La adrenalina empezaba a bajar. Pero en Febe, junto al alivio, volvió otra sensación más difícil de soportar; la culpa.

—¡Llegamos! —gritó Oribita al ver la puerta del aula a la distancia.

Comprobó que no hubiera nadie cerca y llamó, desesperada.

—¡Nibiru! ¡Eris! ¡Larisa!

No alcanzó a decir más. La puerta se abrió y entró de inmediato. Febe lo hizo unos segundos después, sin prisas, con una gran pesadez en el cuerpo.

Oribita se dejó caer apenas cruzó, apoyando la espalda en la pared, jadeando en busca de aire. La mochila que llevaba resbaló de sus hombros y cayó al suelo.

Febe, en cambio, permaneció de pie, quieto. En su rostro se reflejaban el agotamiento y la confusión. De su frente escurría sudor. Jadeaba, pero no decía nada.

Las chicas dentro del aula no preguntaron. No hicieron falta palabras.

Las cortinas seguían cerradas. Nadie se movía, nadie hablaba. Todas sabían que algo, allá afuera, se había roto.

Era tarde. El sol se marchaba, y con su ausencia, llegaba la noche.

Tras unos minutos, finalmente Febe se dejó caer hacia atrás, chocando con la pared junto a la puerta. Su cuerpo se deslizó lentamente hasta que sus piernas tocaron el suelo.

Afuera, el caos no se detenía. Los gritos, los golpes y los crujidos seguían retumbando, cada vez más salvajes a medida que la noche

caía.

Dentro del aula, en cambio, reinaba un silencio espeso.

Un silencio que pesaba más que todos aquellos ruidos juntos.

Un silencio que no traía calma.

Sino miedo.

DÍA 3

La madrugada los encontró despiertos. El aula entera era un pozo de ojos abiertos, incapaces de descansar. Afuera, los sonidos no cesaban. Adentro, el silencio era aún peor.

Durante toda la noche, la puerta del salón había sido azotada. No con violencia, sino con una cadencia lenta, tenue, casi débil. Pero en medio de ese ambiente tan tenso, cualquier roce era una alarma. Un solo golpe bastaba para erizar la piel.

Todo el grupo se mantenía dentro, inmóvil, conteniendo la respiración. El miedo las clavaba en su sitio mientras los golpes persistían, hasta que poco a poco se mezclaron con pasos irregulares y voces lejanas que resonaron en los pasillos.

Cada nuevo ruido añadía un peso más a la vigilia insoportable.

Así había transcurrido la noche, lenta, ruidosa, asfixiante.

Cuando los primeros rayos del sol se colaron por las ventanas, nadie despertó, porque nadie había dormido. La luz no trajo alivio, solo acarició los cuerpos exhaustos y vencidos dentro del aula.

El silencio se rompió con unas palabras que Oribita ni siquiera logró identificar. No supo quién las dijo ni qué significaban. Nadie respondió.

Afuera, el día parecía envolverse de una calma fúnebre, como si la noche hubiera sido la única guardiana de los horrores, y el sol, al asomarse, los hubiera obligado a retirarse momentáneamente.

Sedna, quien estaba de pie, se asomó ligeramente por la ventana. Solo un segundo. Al volver al interior, evitó cualquier mirada. Entonces se sentó de nuevo en su escritorio como si nada hubiera ocurrido.

Pero el tiempo, inevitablemente, trajo consigo las preguntas.

—¿Qué vieron allá afuera? —preguntó Eris al aire, con voz rasposa, cargada de agotamiento.

No hubo respuesta.

Febe ni siquiera levantó la cabeza. No se había movido desde que entraron. La culpa que cargaba era demasiado pesada como para permitirle hablar.

Eris esperó unos minutos, pero el cansancio acumulado y la tensión comenzaban a erosionar su paciencia.

—Oribita... —dijo al fin, dirigiéndose a ella. Sabía que Febe no diría una sola palabra. Lo conocía demasiado bien como para insistirle.

Tragó saliva, suspiró. Y finalmente habló.

—Afuera... estaba Ton. Y más estudiantes con él...

—Ajá... ¿Qué más? —replicó Eris, algo impaciente, apenas conteniendo su irritación.

Oribita guardó silencio unos segundos. No era por falta de ganas, sino porque necesitaba reorganizar todo lo vivido.

—Había otras cosas... estudiantes... o al menos su ropa lo era —dijo, con voz baja. Pausó—. Pero esas cosas ya no eran estudiantes.

Sus palabras se esfumaron en el aire, dejando un eco de incertidumbre.

Nibiru, Larisa, todas la observaron en silencio. Incluso Sedna, desde su escritorio, parecía un poco más atenta. Pero fue Aitné quien rompió la tensión con impaciencia.

—¿Y? ¿Qué más?

Inhaló hondo. Sabía que ya no podía seguir dándole vuelta al asunto. Tenía que contarlo todo.

—Fuimos al portón. Ahí nos dimos cuenta de que ya estaba sellado...

—¿Cómo que se...? —intentó preguntar Larisa.

Eris le hizo una seña con la mano, sin mirarla, y ella obedeció.

Oribita prosiguió.

—Intentamos volver a la cafetería. Buscamos comida. Encontramos —señaló con un gesto leve la mochila a su lado—. Guardamos lo que pudimos... entonces aparecieron.

Se llevó una mano a la frente.

—No sé exactamente qué eran. Parecían estudiantes... humanos... tenían uniforme, pero sus cuerpos... sus dedos estaban rotos. Tenían la carne del rostro desgarrada, las mandíbulas dislocadas. Sus piernas, las rodillas... los huesos... todo estaba fuera de lugar. Y, aun así, se movían.

Suspiró.

—Eran tres. Atacaron a quienes tenían cerca. No se detuvieron... hasta que parecieron estar muertos —hizo una pausa breve—. Corrimos. Entonces apareció un grupo y los enfrentaron... pero parecía que esas cosas no sentían dolor. Aun así, pudieron matarlos...

Todas seguían escuchando en completo silencio.

—Después, la mayoría volvió a tomar comida. Entonces... —Oribita bajó la mirada, como si buscara las palabras en el suelo—. Ton mató a alguien.

El aula pareció congelarse. Ni un suspiro. Ningún movimiento.

—Más gente quiso intervenir, pero terminaron igual. Luego aparecieron más de esas cosas... Volvimos a correr. Corrimos mucho. Hasta que llegamos aquí.

Entonces bajó la cabeza, como si con ello terminara su relato.

—Yo también maté a alguien —se oyó de pronto, desde el rincón.

Era Febe, aún con la cabeza agachada.

—Cuéntales esa parte también —añadió, sin emoción.

Oribita giró el rostro con rapidez, sobresaltada.

—Eso no es cierto —respondió, casi al instante.

—Empujé a una chica... hacia una de esas cosas. La destrozaron. ¿Cómo llamas a eso?

Hubo un silencio largo. Luego, Oribita respondió con voz tambaleante.

—Supervivencia...

Febe soltó una risa seca. No tenía burla, pena, ni ninguna emoción aparente.

Eris se cruzó de brazos, intentando recuperar el control de la conversación, como si eso pudiera aliviar la tensión creciente del ambiente.

—Entonces es más grave de lo que pensábamos —dijo en voz baja, intentando cambiar el tema para hacer menos densa la carga de Febe.

—Espera, ¿vas a creer la parte de los monstruos? —preguntó Sedna, alzando una ceja.

Eris giró la cabeza hacia ella, con lentitud. No parecía molesta, pero sí firme.

—No conozco bien a Oribita, pero sí a Febe. Y si él no intervino para corregir nada, entonces es cierto.

Sedna chasqueó la lengua, sin molestarse en disimular su desaprobación.

—¿Y tú crees en esas criaturas? ¿En monstruos? ¿No se te ocurre pensar que Ton y los suyos pueden ser la causa de todo esto? Salimos ayer, ¿lo olvidas? Y yo no vi nada que no pareciera humano.

—Saliste, sí —respondió Larisa, tajante—, y viste lo que había allá afuera. Si después de eso sigues creyendo que es cosa de un puñado de alumnos, entonces estás ciega.

Sedna ladeó la cabeza, y por un segundo pareció estar a punto de reír, pero no lo hizo.

—No sé qué vi exactamente —respondió, en tono neutro—, pero sé que no vi garras, ni cosas que se movieran cuando no debían. Y si los de Ton prometieran un escape a todas ustedes, me uniría a ellos.

—Entonces vete. Nadie te obliga a quedarte —soltó Larisa, sin pensarlo dos veces.

Sedna la miró, seria por primera vez.

—Ya llegará el momento —dijo, sin burla.

—¿Qué momento? —reclamó Larisa—. Hablas como si supieras algo, pero no tienes ni idea. Quieres parecer fuerte, pero en realidad eres una cobarde y estás tan asustada como el resto de nosotras.

La acusación le caló hondo. Sedna no dijo nada, pero se levantó con fuerza del escritorio y caminó con paso firme, sin prisas, hasta quedar frente a Larisa. Su sombra se proyectó sobre ella, como una amenaza.

—La próxima vez que salgamos no será Febe quien empuje a alguien a su muerte. Seré yo. Y será a ti —dijo con voz fría.

Levantando el brazo y apuntando directamente hacia Larisa, con el dedo extendido.

—¡Sedna! —gritó Eris, dejando caer los brazos con violencia—. ¡Basta ya! ¡Las dos!

—Pero ella... —alcanzó a decir Larisa, con el rostro rojo por la rabia.

—¡Que te calles! —mencionó Eris, sin titubear, como una orden que no admitía respuesta.

Larisa apretó la mandíbula, pero obedeció. Sedna tampoco dijo nada más. Solo se cruzó de brazos y se recargó en la pared más cercana, con las cejas fruncidas y los labios apretados.

Entonces, un suspiro largo, cargado de culpa, se dejó oír. Todos lo escucharon. Se trataba de Febe.

—Justo así... —murmuró, sin levantar la cabeza—. Como dice Sedna... Te deshaces de alguien acabando con su vida.

Oribita reaccionó de inmediato, alzando la voz.

—Eso no fue así. Deja de decir e...

Pero Eris alzó la mano, como una simple señal. Y Oribita calló al instante.

Entonces, Eris caminó, despacio hasta Febe. Se dejó caer en el suelo, sentándose cerca, pero no demasiado. Lo suficiente para que notara que estaba ahí. Para que no se sintiera solo.

—Tenía que ser así... —susurró Eris, con voz suave, sin mirarlo directamente—. Si no lo hubieras hecho tú... ella te hubiera empujado a ti. O a Oribita.

Febe tragó saliva.

Su rostro seguía agachado, pero sus ojos comenzaban a humedecerse. Las palabras de Eris no lo reconfortaban por

completo, pero lo acompañaban.

—Quizá tenía un grupo de amigos... como lo tengo yo ahora. Quizá alguien la esperaba en el aula... o en casa... —su voz se quebró—. Y ahora... ya no podrá volver. A ningún lugar.

Sus lágrimas cayeron al fin. No hubo formas de detenerlas. Ni intentó hacerlo.

—Pero tú sí volviste —dijo Eris, mirándolo ahora—. Y gracias a eso, Oribita también volvió.

Oribita alzó la vista, como si acabara de recordar algo.

—Es cierto... Febe, tú salvaste mi vida. Y no solo la mía... —dijo con voz suave, honesta, mientras se acercaba con lentitud—. Más personas escaparon detrás de nosotros... Gracias a ti.

Febe apretó los labios, intentando contener el llanto, pero no pudo. Su cuerpo temblaba y el sonido ahogado de su llanto llenaba el aula.

—Yo también lo hubiera hecho... —dijo Aitné, acercándose sin dudar—. Y lo haría otra vez. Está bien. No importa quién era ella, importa que tú volviste, y que trajiste contigo a alguien de los nuestros.

—Salvaste mi vida, Febe... Lo hiciste —dijo Oribita, ahora sentada cerca—. Gracias por ello.

—Escucha lo que dijo Oribita... —agregó Eris—. No solo la salvaste a ella, también a los que venían detrás de ustedes. Fue una acción necesaria... Dolorosa... Pero necesaria.

Entonces, una voz un poco más alejada y tímida se unió a la escena.

—Estoy feliz de volver a verte, Febe... —dijo Nibiru, casi susurrando, sin atreverse a acercarse.

—Nunca me has caído bien —dijo Sedna, aún recargada en la pared, sin mirar hacia ellos—. Pero eres alguien con sentido común. Yo te sacrificaría a ti para salvarme a mí.

Todas voltearon a verla.

Sus palabras no eran las correctas, pero el mensaje se entendía. Era una forma retorcida de respeto.

Febe apenas levantó la mirada, aún con lágrimas en el rostro.

Entonces Eris se acercó más a él, hasta pegarse. Sus brazos lo rodearon en un abrazo. Y fue en ese instante cuando Febe terminó de romperse. Dejó escapar el llanto sin contenerse. Aitné lo rodeó también, y luego Larisa. Los cuatro amigos de la infancia se abrazaban entre ellos. No para borrar lo ocurrido, sino para sobrevivirlo juntos.

Los ojos de Oribita se humedecieron. Ella no participó en el abrazo. No formaba parte de ese lazo tan antiguo, tan íntimo que los unía a ellos cuatro. Era ajena a ese vínculo familiar.

Sus ojos se desplazaron lentamente hasta encontrarse con los de Nibiru. Ella también la miraba, sentada a unos pasos, con las rodillas alzadas contra el pecho y los brazos rodeándolas. Ambas estaban rotas de formas distintas, y al mismo tiempo, eran lo más cerca que se tenían la una a la otra.

Sin decir nada, Nibiru se puso de pie. Avanzó con suavidad y se sentó a su lado. Entonces, recargó su cuerpo en el de Oribita, apoyando apenas el peso, con confianza, pero sin imponerse.

—También estoy feliz de que tú volvieras —susurró con palabras sencillas, pero verdaderas.

Oribita no respondió con palabras, pero su cuerpo tembló apenas un poco, como si aquellas pocas sílabas hubieran sido justo lo que necesitaba oír. La calidez del cuerpo ajeno le devolvía un poco de calor y la esperanza que sentía desvanecerse. Afuera, la mañana ya

había nacido. La claridad se filtraba por la ventana, acariciándole la piel, y, por un instante, aquella luz que antes había sido indiferente le devolvió algo parecido a la calma.

Y mientras esa calma efímera la envolvía, el día avanzó sin detenerse.

Las sombras en el aula cambiaron de ángulo. El aire se volvió más claro, más templado. El silencio dejó de ser opresivo y se volvió suave, casi dulce.

Cada una buscaba una manera de sobrellevar el paso lento de las horas.

Nibiru se había puesto frente al pizarrón y garabateaba sin rumbo, como si trazar líneas torpes fuera suficiente para mantener la mente lejos de todo. Sedna, en cambio, había regresado al escritorio del profesor, su trono improvisado. Movía el pie con un ritmo nervioso, incapaz de contener la ansiedad que la corroía por dentro.

Febe dormía. Lo necesitaba más que nadie. A su lado, Eris apenas dormitaba, sin atreverse a ceder del todo al sueño, vigilando en silencio su descanso. Larisa y Atiné conversaban en susurros, preocupados por no quebrar la frágil calma que sostenía el aula.

Oribita estaba en el centro, sentada con las piernas recogidas y los brazos cruzados sobre las rodillas. Sus ojos seguían los trazos de Nibiru en la pizarra. No buscaba juzgarlos ni descifrarlos, tan solo quería perderse en ellos, escapar por un momento del peso del mundo.

Así transcurrieron los minutos, dilatados, hasta que Febe abrió los ojos. Lo hizo con lentitud, desconcertado, como si hubiera despertado en otro lugar. Ese pequeño movimiento arrastró también a Eris, que emergió de su sueño ligero al sentirlo agitarse.

Larisa y Aitné también lo notaron.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Aitné con suavidad, casi como una hermana.

Febe tardó unos segundos en responder.

—Estoy bien... —murmuró. Pero todos sabían que no era así.

Entonces, un gruñido sordo escapó del estómago de alguien. Otro lo siguió poco después. Y así, uno tras otro, hasta que la necesidad que habían estado ignorando se abrió paso con fuerza entre todos; el hambre.

Oribita se levantó lentamente. Caminó hasta la mochila, la abrió, y sacó un sándwich y una botella de agua. Nibiru la siguió, sin decir nada, y tomó lo mismo. Después, pasaron la mochila.

Una a una las demás fueron acercándose, tomando algo con cuidado, sin acaparar, sin hablar. Hasta que al final, solo quedaron dos paquetes de galletas y un jugo.

Comieron sin hablar, como si hasta el crujir del pan pudiera romper la calma que el silencio había traído consigo.

Al terminar de comer, el silencio se volvió espeso otra vez. Las miradas se cruzaban a ratos, pero no había palabras, solo la sensación compartida de que no podían seguir así.

Entonces, Febe se puso de pie, proyectando su sombra sobre el suelo. No dijo nada al principio, solo miró la puerta. Luego, con voz firme, como si ya hubiera tomado la decisión horas atrás, habló.

—Voy a salir.

Todas voltearon a verlo al mismo tiempo, pero la que habló fue Eris.

—¿A dónde vas? —preguntó con curiosidad y una pizca de tensión.

—Iré a buscar más comida —respondió sin titubear.

—Aún queda... —dijo Eris, intentando calmarlo un poco.

Febe no tardó en responder.

—Un par de galletas es todo lo que queda. No es suficiente para todos.

Su voz no era molesta, pero sí cargada de realidad.

Eris, aunque quería enfrentarlo, guardó silencio. Sabía que Febe no hablaba solo desde las necesidades humanas, sino también desde la culpa, desde ese rincón que lo empujaba a enmendar lo irreparable. Lo conocía demasiado bien. Ese mismo instinto de proteger era el que, en otro momento, lo había llevado a empujar a alguien a la muerte.

—Y, ¿dónde pretendes conseguir algo? —preguntó, persuasiva—. Oribita mencionó que la cafetería está tomada por Ton y su gente. Tú le diste la razón al quedarte callado, ¿o acaso exageraba?

Oribita levantó la vista y clavó sus ojos en los de Febe, esperando algo. Una afirmación o una negación. Algo que diera claridad.

Febe suspiró.

—Todo lo que dijo Oribita es cierto... Ya encontraré algo —pausó un momento—. Además, ese único bote con agua no es suficiente. Se empieza a acabar... Necesitamos más. Y si es posible, otro bote también.

Eris guardó silencio. Lo miró por unos segundos, y luego asintió con suavidad.

—Entonces iré contigo —dijo con decisión, poniéndose de pie—. Entre los dos podemos traer más cosas.

—Está bien —respondió Febe.

—Nosotras también vamos —dijeron Larisa y Aitné casi al mismo tiempo.

Larisa hizo una breve pausa antes de añadir algo más, bajando un poco la voz.

—Además... necesito ir al baño.

Nadie dijo nada. No por incomodidad, sino por respeto. Solo la miraron y asintieron.

—¿Y tú, Nibiru? —preguntó Aitné—. ¿No necesitas ir al baño?

—No, no... —respondió ella, bajando un poco la vista. Luego rectificó—. Bueno, sí... pero puedo esperar a que vuelvan. Ya iríamos bastantes...

Mencionó con un leve sonrojo, como si le diera pena confesarlo.

—¿Estás segura? —preguntó Eris, mirándola con atención.

—Sí, en verdad. Gracias por preocuparse —agregó, con una pequeña sonrisa nerviosa, pero agradecida.

—Bien —dijo Febe mientras se dirigía a la puerta.

Eris, Aitné y Larisa lo siguieron.

Entonces salieron los cuatro, uno tras otro, perdiéndose tras la puerta, dejando el aula en silencio por unos segundos.

No duró mucho.

Sedna se levantó de golpe del escritorio, haciendo que el mueble rechinara un poco. Su cuerpo entero parecía cargar una energía incontenible, nerviosa.

—Están locas si creen que me voy a quedar encerrada con ustedes. No pienso pudrirme aquí, esperando —dijo mientras comenzaba a caminar hacia la puerta.

Oribita también se puso de pie, sin impulso, con calma. Dio unos pasos y se paró al lado de Sedna, sin bloquear su camino, pero dejando claro que la veía.

—¿A dónde vas? —preguntó, no como una amiga preocupada, sino como alguien que sentía una mínima de responsabilidad.

Sedna la miró de reojo por un instante, como si le pesara tener que responder.

—Eso no es de tu interés —dijo con arrogancia, pero sin veneno.

Después, colocó la mano sobre la perilla y la giró lentamente, sin prisas.

—Nos volveremos a ver... o quizá no —añadió, antes de abrir la puerta y cruzarla.

La puerta se cerró sin que nadie la tocara. El golpe seco contra el marco fue lo único que se escuchó.

Oribita soltó el aire que había contenido sin notarlo. Su mirada se quedó fija por unos segundos en donde había desaparecido la silueta de Sedna.

—Nos volveremos a ver... —susurró, repitiendo lo que había dicho Sedna, como si intentara convencerse de que todo seguía bajo control.

Entonces, Nibiru se puso de pie, justo detrás de Oribita.

—¿Crees que estará bien? —preguntó con suavidad.

Un largo suspiro brotó de los labios de Oribita antes de girarse a verla. Caminó despacio, pasándole de lado, y se sentó en el suelo. Luego, sin decir nada más, dejó caer su espalda contra el piso frío, suspirando de nuevo.

—No lo sé —respondió, al fin—. Me gustaría decir que me da igual... pero no es así —hizo una pausa, mirando al techo—. Supongo que, después de haber pasado tres días juntas... ya es parte de nuestro grupo, ¿no?

Nibiru rio un poco. Era una risa auténtica. La primera vez que Oribita la escuchaba reír así. Después, se sentó junto al muro, meneándose ligeramente para acomodarse, respetando la distancia que Oribita había marcado.

—¿Sabes? Sedna me da miedo —dijo de pronto, con sinceridad.

Oribita giró la cabeza hacia ella, sin dejar de estar recostada.

—Es difícil de tratar, pero no creo que sea mala —respondió, y volvió a mirar al techo—. Creo que se comporta así porque tiene miedo... aunque no quiera aceptarlo.

Nibiru sonrió en silencio, sin emitir un solo sonido.

—No sé si eres muy buena... o muy tonta —bromeó con ternura, con una gracia nacida de la confianza recién plantada.

—¿Eh? —Oribita la miró, confundida—. ¿Por qué lo dices?

—Bueno... quizá estoy siendo injusta al juzgarla, pero tú... eres demasiado amable como para ver el lado bueno de las personas, incluso el de Sedna.

—Ah... —Oribita dejó salir el aire que había contenido—. No lo digo nada más porque sí. Convivía con Sedna a diario desde que llegué al colegio, hace un par de semanas. No hablábamos, pero compartíamos una misma fila. Yo me sentaba detrás de ella —hizo una pausa—. Sedna se comportaba diferente... Seguía siendo molesta, sí, pero no tanto como ahora... Por eso creo que es la situación la que la tiene así.

Nibiru bajó un poco la mirada y suspiró.

—Sí... quizá sea eso. A todas nos afecta de alguna forma.

Se quedó en silencio un instante.

—Yo tengo los nervios al máximo... Me siento como una cobarde —dijo, con cierta tristeza en la voz.

Oribita levantó la cabeza del suelo, lo justo para poder verla.

—No digas eso. Eres valiente. Lo suficiente como para seguir viva —pausó. Volvió a dejar la cabeza sobre el piso, y la mirada hacia el techo—. Si no fuera por ti... no sé qué habría pasado conmigo el primer día.

—Lo hubieras logrado —respondió Nibiru con sinceridad—. Alguien más te habría ayudado... —pausó—. Fuiste tú quien me salvó a mí. Fuiste tú la que le habló a una chica que estaba tan asustada como para quedarse quieta y no hacer nada al respecto.

Entonces Oribita rio, de forma genuina. Igual que lo había hecho Nibiru.

—La verdad es que estaba tan asustada que hablarte fue una especie de terapia, como si pudiera ignorar, por un momento, todo lo que pasaba —guardó silencio un momento—. ¿Sabes? En una situación normal, no te habría hablado. Solía no hablarle a nadie... Irónicamente, estos días he hablado más que en toda la semana.

—Bueno... algo bueno salió de todo esto —dijo Nibiru, y rio otra vez, con más libertad—. Yo tampoco hablaba con nadie... supongo que entre raras nos entendemos.

—¿Raras? —dijo Oribita, fingiendo molestia—. Bueno, supongo que sí.

Entonces rio, y ambas lo hicieron.

Y una vez que las risas se fueron apagando, el silencio volvió a hacerse presente.

El silencio que era cómodo, fraternal, con el paso del tiempo se volvió denso para Nibiru. Estaba sentada aún junto a la puerta, entonces frunció el ceño. Había algo. Un sonido tenue, casi imperceptible, que la obligó a agudizar el oído. Era como una pisada a la distancia, pero muy ligera, confundiéndose entre los ecos del mundo al exterior.

Al principio no dijo nada. Pensó que quizá era su mente jugándole una broma, como un leve tinnitus o una vibración interna. Pero cuando cambió de posición, se dio cuenta de que el sonido no venía de su oído, sino de algún rincón del aula.

—Oribita... ¿escuchas eso? —preguntó de pronto, con una voz cargada de curiosidad y un leve temblor de miedo.

—¿Eh? —respondió Oribita, incorporándose del suelo con cierta pesadez—. ¿Qué cosa?

—Se escucha algo... —murmuró Nibiru, bajando la voz aún más para oír—. ¡Escucha! —dijo.

Entonces, se puso de pie con rapidez y avanzó hacia una de las paredes, buscando con los dedos el origen de aquel sonido.

Oribita se acercó también, pero lo hizo gateando, con cautela, como si hubiera algo allí afuera que solo ella no podía ver. Su intuición le decía que no debía mostrarse.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja cuando llegó hasta Nibiru.

—Escucha... —insistió Nibiru, con los ojos muy abiertos—. Se oye algo muy tenue, como si algo vibrara...

Sin pensarlo, pegó su oído al muro.

—¡Sí! ¡Desde aquí se escucha mejor!

Oribita la imitó. Apoyó lentamente su oído contra el muro, y entonces lo sintió. Era una vibración leve, como si algo estuviera latiendo dentro del concreto. Una pulsación suave, pero viva, que viajaba por la estructura del muro.

—Qué extraño... —murmuró Oribita.

Se puso de pie, se acercó a la ventana, y, con una mano, apartó un poco la cortina. Afuera no había nada, o al menos nada nuevo. El silencio seguía presente, interrumpido solo por los sonidos lejanos

del desorden del colegio. Las manchas secas de los altercados recientes aún decoraban el suelo, pero lo que captó su atención fue otra cosa. Allí, en el mismo punto donde Febe y ella habían estado curioseando el día anterior, se encontraba el mismo líquido negro que aquella criatura había escupido por la boca.

No se había evaporado, ni endurecido. Seguía siendo líquido, o al menos, lo aparentaba.

Oribita lo observó en silencio, con una quietud extraña. Nibiru al notar su actitud, se acercó y miró por encima de su hombro. La luz del sol iluminaba directamente la mancha oscura, lo que les permitía distinguir, apenas, destellos de color que parecían surgir del interior, como si vibrara con vida propia.

—Esa cosa... ¿Está vibrando? —preguntó Nibiru, asombrada.

—Eso creo... —respondió Oribita sin apartar la vista—. La vi salir de la boca de una de esas cosas, la primera noche.

Ambas lo observaron unos segundos más. Entonces, volvió a vibrar en un impulso apenas perceptible, pero que habían logrado distinguir.

—Supongo que era lo que se escuchaba —murmuró Nibiru, casi para sí misma.

Oribita no respondió.

Se devolvió al interior del aula y tomó un lápiz que descansaba olvidado sobre uno de los pupitres. Al regresar, se asomó nuevamente por la ventana.

—Ayúdame a levantarla —le pidió a Nibiru.

Entre ambas empujaron el marco corredizo hacia arriba. El aire que entró no era fresco, se sentía pesado, tanto que parecía quedarse pegado en la nariz, como humedad podrida. Nibiru no pudo evitar hacer una mueca y se cubrió el rostro instintivamente.

—Puaj... qué asco —murmuró, frunciendo el ceño.

Oribita, ajena al comentario, extendió la mano con el lápiz, lo acercó al líquido y lo introdujo con cuidado. La superficie, aunque parecía espesa, no ofreció resistencia alguna. El lápiz se hundió sin dificultad ni sonido.

—Dices que salió de una de esas cosas, ¿verdad? —preguntó Nibiru, atenta al movimiento del lápiz en el líquido.

—Sí. Lo vi claramente —respondió Oribita, moviéndolo dentro del extraño fluido.

NIbiru se inclinó sobre el marco, sacando apenas la cabeza. Acercó la nariz al líquido para olfatearlo.

—Me sorprende que no huele mal... para ser algún tipo de vómito —comentó con cierta repulsión.

—Ahora que lo dices, es cierto... —respondió Oribita, deteniendo el movimiento. Acercó un poco la nariz, con precaución—. Huele como a... no sé, algo químico. No sabría decir con seguridad —hizo una pausa—. Si fuera algo orgánico, ya se habría secado... o comenzado a pudrir, ¿no crees?

—¿Algo químico? —Nibiru ladeó la cabeza, curiosa—. No sé describirlo, pero... me intriga saber con qué clase de personas te juntabas antes como para saber a qué huelen los químicos.

Oribita le dio un leve codazo, sin fuerza.

—¡Oye! —dijo, con enojo fingido—. Eran buenas personas, no es lo que piensas.

Nibiru soltó una pequeña risa.

—Era una broma.

—Lo sé.

—Je... parece que nos vamos conociendo mejor —añadió Nibiru, con una sonrisa ligera.

—Ah, ¿sí? A ver, ¿qué voy a hacer ahora? —preguntó Oribita, divirtiéndose.

—Tampoco tanto. Apenas llevamos tres días —respondió Nibiru, riendo.

Oribita dibujó una sonrisa de lado, como si hubiera tomado una decisión.

—Voy a tocar esa cosa.

—¿¡Qué!? —exclamó Nibiru, alarmada—. ¡No!

Pero ya era tarde. El dedo de Oribita se hundió sin resistencia en el líquido negro.

Nibiru, paralizada por la sorpresa, no fue capaz de detenerla, tan solo pudo observar. Esperaba una reacción, un comentario tonto, una risa nerviosa, incluso un gesto de asco, pero Oribita no decía nada.

Se había quedado quieta, inmóvil. Lo único que demostraba que seguía consciente era su respiración, que de pronto, comenzó a agitarse, a hacerse más rápida, más superficial, como si algo dentro de ella estuviera sucediendo.

Nibiru sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Decenas de pensamientos irracionales le llegaron a la cabeza, y antes de terminar de decidir, la tomó del brazo con fuerza, jalándola hacia atrás, haciendo que el dedo de Oribita saliera de inmediato del fluido.

La reacción fue inmediata. La respiración de Oribita comenzó a calmarse, a ser normal. Pero su rostro se arrugó cuando cerró los ojos con fuerza, como si la luz la lastimara.

Entonces, ambas observaron el dedo de Oribita. No había rastro alguno del líquido. Ni una sola gota, mancha o residuo. Nada. Como si el contacto nunca hubiera ocurrido.

—¿¡Qué tontería acabas de hacer!? —dijo Nibiru con voz alzada, regañándola.

Oribita soltó una risa breve, nerviosa. Bajó un poco la mirada.

—Vi... cosas —susurró, como si le diera pena decirlo en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Nibiru, arqueando las cejas—. ¿Qué cosas?

—Al tocar esa cosa... algunas imágenes pasaron por mi cabeza... —dijo Oribita, un poco más seria.

—Oh... —Nibiru retrocedió un paso—. Entonces sí es algo químico —hizo una pausa, y susurró para sí misma— O psicótico...

—No —dijo Oribita de inmediato, elevando la voz—. No es una broma. Lo digo en serio.

Nibiru la observó en silencio. La forma en que Oribita hablaba no tenía nada de exagerado. No parecía drogada ni delirante. Era como si acabara de despertar de un sueño confuso, pero muy real.

—¿Qué viste? —preguntó entonces, bajando la voz.

Oribita apretó los labios. Dudó, pero al final habló.

—Personas... corriendo. Un salón, creo. Alguien de nosotras gritaba. Disparos. Y... no sé, todo fue tan rápido.

El silencio volvió a hacerse presente, pesado.

—No fue doloroso... —añadió, como si intentara justificar su acción—. Solo confuso...

Nibiru miró nuevamente al líquido. Seguía ahí, vibrando con la misma cadencia casi imperceptible. Algo en su interior le decía que ese contacto traería consecuencias.

—No lo vuelvas a tocar —dijo, demandante.

Oribita asintió en silencio.

—Además, ¿eres tonta o qué te pasa? —añadió, con un tono que oscilaba entre el regaño y la preocupación genuina—. Ni siquiera sabemos qué son esas cosas, y tú ya tocaste uno de sus fluidos —se cruzó de brazos, molesta—. Dijeron los del exterior que era algo médico, ¿no? ¿Y si te enfermas?

Oribita bajó la mirada. Su voz se hizo tan baja que era casi inaudible.

—No... no había pensado en eso...

—Sí, eso me queda claro —respondió Nibiru con sequedad, aunque ya sin dureza. Suspiró. Luego siguió hablando con media sonrisa—. Bueno, si te empiezas a comportar raro, no me quedará más remedio que reventarte la cabeza.

Pero Oribita no le devolvió la broma. Solo asintió, de nuevo, casi imperceptiblemente. Sabía que Nibiru tenía razón.

—Qué vergüenza —murmuró, y se abrazó a sí misma sin mirar a Nibiru—. Creo que estaba mejor cuando era más reservada... Estoy empezando a tomar confianza, y eso no siempre es bueno. Ya viste la tontería que acabo de hacer.

Nibiru la miró, con un ojo más abierto que el otro. Luego, desvió la mirada hacia el líquido.

—Bueno... —dijo—, de alguna forma tenemos que sobrellevar todo esto, ¿no crees?

Oribita suspiró lentamente.

—Sí... tienes razón.

Nibiru ya no respondió.

El silencio volvió a llenar el aula, acompañado por la luz del sol que se filtraba con más fuerza por la ventana, dibujando líneas cálidas sobre el polvo del suelo. Entonces, un golpeteo leve se escuchó en la puerta, seguido por una voz que emergió desde la ventana abierta.

—Chicas, ¿están ahí? —preguntó Aitné, asomándose por la ventana para ver el interior. Su cabeza había conseguido deslizar la cortina.

Oribita y Nibiru reaccionaron al instante.

Al abrir la puerta, Eris, Larisa, Aitné y Febe entraron de inmediato cargando tres botes; uno con agua, otro con tierra y el último vacío. El chapoteo del líquido dio un instante de vida al ambiente, pero apenas dieron unos pasos, Eris se detuvo en seco al notar el marco de la ventana entreabierto.

—¿Por qué tienen la ventana abierta? —preguntó, con una voz firme y seca que denotaba molestia.

Oribita y Nibiru se miraron por un momento.

—Hacía calor... —respondió Nibiru, sin sonar muy convencida.

—Hmm... —murmuró Eris, sin creerle—. Es peligroso tener las ventanas abiertas. No lo vuelvan a hacer.

Su voz no dejaba espacio a discusiones, y tampoco parecía dispuesta a recibir más réplicas. Mientras hablaba, Aitné se acercó en silencio y bajó el marco con cuidado, asegurándose de encajarlo sin hacer ruido.

La tensión aún flotaba en el aire cuando Febe y Larisa llevaron los botes al fondo del aula. Los acomodaron con cuidado, alineándolos junto al que habían traído el día anterior, como si ese pequeño orden pudiera darles algo de control en medio del caos.

—¿Cómo está la situación allá afuera? —preguntó Oribita entonces, con la inquietud latiendo en su pecho.

Eris tardó unos segundos en responder.

—Aceptable —dijo finalmente.

—Eso es bueno —comentó Nibiru, intentando ser positiva.

Pero Eris negó suavemente con la cabeza.

—No lo sé... Me parece raro —admitió, mirando hacia la ventana, ahora cerrada—. Llevamos tres días aquí, y esas criaturas solo han aparecido por la tarde o la noche. Ahora que hay luz, no parecen estar por ningún lado.

Hizo una pausa.

—Y es aún más extraño que solo tú —miró a Oribita— y Febe las hayan visto directamente. Las demás solo las hemos escuchado... o imaginado —se cruzó de brazos, pensativamente—. ¿A dónde irán esas cosas durante el día?

El silencio volvió al aula, hasta que Febe, desde el otro lado del salón, levantó la voz.

—Bueno... su piel es muy blanca. Demasiado. Tal vez el sol les afecta. Quizá se oculten.

Eris asintió levemente, pero su ceño seguía fruncido.

—También es raro que hayan aparecido hasta el segundo día. Si se supone que estamos en una cuarentena por algún tipo de... —pausó un momento para buscar la palabra adecuada— lo que sea, ¿por qué no aparecieron desde el principio? ¿Dónde estuvieron el primer día?

Oribita dio un paso al frente, como si una idea hubiera cruzado por su mente.

—Creo que sí han estado desde el primer día —dijo—. Cuando encontré a Nibiru, y después, cuando nos reunimos todos... Aitné y Larisa mencionaron haber visto ataques desde la ventana que da al patio. También vimos a Ton con el bate sucio... y a algunos alumnos

corriendo, con la ropa destrozada, justo antes de encerrarnos aquí —hizo una pausa—. Aunque, siendo honesta... esos alumnos no se parecían a... esas cosas.

—Errantes —intervino Larisa—. Así les han empezado a llamar. Al menos eso escuché.

—Sí, yo también lo escuché —añadió Febe.

—Errantes, criaturas... da igual —dijo Eris, con un ademán, restándole importancia al nombre.

Y entonces, como si algo se le hubiera escapado hasta ese momento, miró alrededor.

—Por cierto, ¿Dónde está Sedna?

—Salió sin decir a dónde —respondió Nibiru—. Le preguntamos, pero no dijo nada.

—Ya veo... —murmuró Eris. Suspiró con resignación—. Ni hablar. Ya volverá.

Y, como si aquella ausencia no mereciera más palabras, el tema se disipó tan rápido como había surgido.

—¿Para qué es el bote con tierra? —preguntó Oribita, observando los tres recipientes junto al previo, al fondo del aula.

—Bueno, quizá a alguien le den ganas de ir al baño por la noche —respondió Febe, con naturalidad—. Así que usaremos el bote vacío para hacer nuestras necesidades. Le iremos echando tierra encima, para intentar evitar los malos olores.

—Bueno, suena razonable —dijo Oribita, asintiendo. Luego frunció el ceño, con una pizca de curiosidad—. ¿Dónde consiguieron la tierra en primer lugar?

—Febe prácticamente nos obligó a ir hasta el área del club de botánica... De ahí la tomamos —comentó Aitné.

—Je... —murmuró Febe, con un humor tímido. Una risa intentaba resurgir de entre la culpa que aún cargaba en los hombros.

—Así que es tierra fértil... —comentó Nibiru, mirándola con cierta picardía—. Quizá nazca un arbolito con la esencia de alguna de nosotras.

Las demás rieron. La idea era absurda, pero también reconfortante. Una pizca de gracia en medio del caos. Incluso Febe dejó escapar un resoplido breve.

—Pff. Estuvo buena —dijo Aitné, cruzándose de brazos—. Si tenías ese tipo de humor, ¿por qué no hablabas con nadie? No eres tan rara como creí —cuestionó, sin malicia, solo con un poco de intriga sincera.

—Es cierto —añadió Larisa—. Aunque íbamos en el mismo salón, jamás hablaste con nosotras. Y tampoco te vimos hablar con alguien más.

Nibiru se encogió de hombros, sin incomodarse.

—Bueno, supongo que he empezado a tomar confianza —dijo, con una pequeña sonrisa al final, como si ella misma se sorprendiera de eso.

—Puedo decir lo mismo de ti, Oribita —intervino Eris, con los brazos cruzados y una media sonrisa—. Parecías muy seria hasta hace unos días. Últimamente convives más... Aunque no es como si tuvieras otra opción.

Oribita rio suavemente.

—Cuando conozcan cómo soy en realidad, van a extrañar a la Oribita reservada.

—Jum. Ya lo veremos —dijo Eris, con una sonrisa ladeada. Era una expresión nueva en su rostro desde que todo había comenzado. Genuina, breve, pero cálida.

Y, por un instante, el aula pareció menos lúgubre, menos ajena a la vida que conocían. Por un instante, todo pareció un poco más humano.

Pero esa chispa de calidez no alcanzó a Febe. Los ojos de Eris se detuvieron en él, viéndolo callado, rígido, como si el peso de la incertidumbre se aferrara a sus hombros. Bastó esa sola mirada para entenderlo; lo conocía demasiado bien.

Cuando la pequeña alegría se deshizo y el silencio volvió a ocupar su lugar, Eris se acercó a él. Febe se había sentado en el suelo, recargado contra la pared, con el rostro cabizbajo. Ella se dejó caer a su lado sin decir palabra.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja, cuidando que las demás no escucharan, protegiéndolo.

Febe suspiró antes de responder.

—Comida... Necesitamos comida —dijo, sin rodeos. También en voz baja.

—Lo intentamos... —respondió Eris suavemente—. Fuimos a la cafetería, pero tal como comentaron tú y Oribita... Ton y los suyos la tienen tomada —hizo una breve pausa—. No valía la pena arriesgarnos por un pedazo de pan.

—Ese pedazo de pan pudo haberlo necesitado alguien aquí dentro —replicó Febe, sin levantar la vista.

—Sí, tal vez... Pero ¿de verdad valía la pena poner en riesgo tu cuerpo por algo que se iría en un par de segundos? ¿Y si te rompían un hueso? ¿O algo peor? —lo miró con seriedad—. No ibas solo, Febe. Aitné y Larisa también estaban con nosotros.

Él bajó la cabeza un poco más.

—No sabemos cuánto tiempo más estaremos aquí...

Eris lo observó en silencio unos segundos. Sabía que algo más lo atormentaba.

—Febe, te conozco bien. Sé que eres protector, siempre lo has sido, pero esto va más allá... ¿Es por la chica?

Febe la miró por un momento, directo a los ojos. Después volvió a bajar la mirada.

—Sí... Me conoces mejor que nadie —admitió con un tono apagado—. Sabes que me preocupo demasiado... por todas aquí. No quiero que nadie acabe como ella. No quiero perder a nadie... No por algo evitable.

Eris tragó saliva y asintió con suavidad.

—Lo sé... Y por eso estás cargando con más de lo que deberías. Pero estaremos bien, Febe, ya lo verás. Quizá ahora tengamos hambre, pero mañana, cuando salgamos, todas comeremos en mi casa —intentó sonreír—. Mi madre estará encantada de verte, sabes cuánto te quiere... Y ama cocinar para ti.

Febe soltó una risa mínima.

—Sí... amo las milanesas de tu madre... Aunque tu padre, el señor Helio, me intimida un poco.

Luego calló unos segundos, y su expresión se apagó de nuevo.

—Quizá... la chica a la que maté también tenía una comida favorita. Algo que deseaba volver a probar... y ahora...

Entonces, Eris extendió la mano y posó la suya sobre la de él. Lentamente, entrelazó sus dedos con los de Febe, como si ese gesto fuera la única manera de sostenerlo sin romperlo.

—Febe... Hiciste lo correcto. A mí... a mí no me importa nadie más que tú. Que nosotros. Yo daría lo que fuera por verte bien... y estaremos bien. Porque tú estás aquí. Porque sigues con nosotras.

Febe no respondió. Solo cerró los ojos y se dejó caer suavemente hacia Eris, recargando su cabeza en su hombro. Ella bajó un poco la mirada, intentando disimular el leve sonrojo que coloreó su rostro.

Fue imposible que no llamaran la atención.

Ninguna de las demás dijo nada. Todas, en mayor o menor medida, habían notado lo que ocurría entre ellos, pero nadie intervino. Nadie rompió el momento. Solo Aitné, desde el otro lado del aula, sonrió discretamente con complicidad y respeto.

Mientras Febe descansaba su cabeza en el hombro de Eris, envueltos en un silencio que parecía sagrado, Nibiru se inclinó ligeramente hacia Oribita y le susurró al oído con una voz apenas audible.

—Necesito... ir al baño.

Oribita ladeó la cabeza para escucharla mejor.

—¿Quieres que vayamos? —respondió, también en voz baja.

—Sí... por favor —susurró Nibiru, sin mirarla directamente.

Ambas se levantaron con discreción, pero al notar el movimiento, Larisa alzó la voz desde su rincón.

—¿A dónde van? —preguntó.

—Al baño... —respondió Nibiru, intentando sonar natural.

Larisa giró la cabeza hacia la ventana, observando cómo la luz del sol se teñía de naranja entre las cortinas.

—Ya está atardeciendo... Creo que es mejor que usen el bote que trajo Febe.

Nibiru miró a Oribita con incomodidad. Ella le devolvió una mirada tranquila.

—Tú decides... Si quieres ir, vamos —le dijo en voz baja.

Nibiru dudó por un segundo. Luego, asintió con resignación.

—No, está bien... usaré el bote. Es mejor no arriesgarnos.

—¿Segura? —preguntó Oribita con suavidad.

—Obviamente no... —respondió, Nibiru con vergüenza en su voz.

—No te preocupes —intervino Aitné, con un tono amable—. Todos usaremos ese bote tarde o temprano.

—Bien —murmuró Nibiru, un poco más tranquila.

Caminó hasta el fondo del aula, donde estaban los botes. Apartó el que estaba vacío, y con algo de vergüenza, miró de nuevo a Oribita.

—Ven, por favor... Necesito que me cubras.

Oribita asintió sin decir palabra y se acercó, dándole la espalda para resguardarla con su cuerpo. Nibiru comenzó a deslizar su ropa hacia abajo, con manos temblorosas, mientras el aula guardaba un respetuoso silencio.

De pronto, la puerta se azotó con un golpe seco. Un estruendo inundó el aula que yacía en silencio.

Eris reaccionó al instante. Se incorporó con agilidad, y Febe, que aún estaba apoyado en su hombro, hizo lo mismo al notar el peligro.

—¡Soy Sedna! —se oyó desde el otro lado, con una voz que denotaba urgencia.

Febe se acercó con rapidez y levantó la cortina. Al ver que era ella y que estaba sola, miró a Eris y asintió con fuerza. Eris abrió la puerta de inmediato.

Sedna entró sin decir más, visiblemente alterada. Su respiración era agitada, tenía el cuerpo tenso por la adrenalina. Entonces, sin prestar atención al entorno, avanzó directo al fondo del aula, justo donde Nibiru intentaba hacer sus necesidades.

Al verla, Nibiru se sobresaltó. Rápida y torpemente intentó subirse los shorts bajo la falda, pero con la urgencia del momento, la postura incómoda y la falta de confianza con Sedna, se desestabilizó, resbalando a un lado y cayendo al suelo. El bote se volcó con fuerza, golpeando el piso. Por suerte, aún estaba vacío.

Sedna, que hasta ese entonces no había notado lo ocurrido, giró bruscamente ante el ruido.

—¡Tonta! ¿¡Qué te pasa!? ¡No hagas ruido! —dijo en voz alta, al borde del grito, con los ojos bien abiertos.

Nibiru, en el suelo, temblorosa, apenas pudo moverse. Los ojos se le llenaron de lágrimas por la vergüenza. Oribita, que había estado cubriéndola, dio un paso al frente.

—¿¡Qué te pasa!? ¡Ella no ha hecho nada! —le dijo, sin contenerse.

—¡Cállate tú también! ¡No hagas ruido! ¡Esas malditas cosas siguen el ruido! —soltó Sedna. Su voz parecía más un ruego que una advertencia.

Nibiru se puso de pie. Juntó las manos sobre su pecho. Su rostro estaba encendido de vergüenza.

—Pe-perdón… —murmuró, sin levantar la vista.

—¡Que te calles! —gritó Sedna de nuevo, desquiciada.

—¡Oye! —alcanzó a decir Oribita, indignada.

—¿Qué te…? —empezó a decir Eris, pero no terminó.

Un golpe seco retumbó contra la puerta, aún más fuerte que el que Sedna había dado al entrar.

Todas callaron.

—¡Se los dije! —gritó Sedna, retrocediendo hasta pegar la espalda contra el muro—. ¡Les dije que el ruido los atrae!

Su rostro era el de alguien que había visto demasiado, como si aquella criatura hubiera estado siguiéndola.

El azote volvió a sonar, más fuerte que el anterior. La puerta tembló bajo el impacto. Otro golpe la estremeció, esta vez lo suficiente como para agitar la perilla con violencia.

Para ese punto, todas estaban de pie, con un miedo que se sentía en el aire.

La manija giró ligeramente. Los golpes se repetían, y, con cada embestida, el seguro de la puerta parecía ceder un poco más.

Febe miró a Eris. No dijo nada, solo la miró. Profundamente.

Eris lo entendió.

—Por favor… no… —murmuró, casi sin voz. Sus ojos se humedecieron al instante.

Febe tragó saliva con su mirada aún fija y tensa. No parecía tener una decisión clara, pero algo dentro de él le decía que tenía que actuar.

La mano de Eris lo tomó con fuerza.

—No intentes nada… —le susurró, suplicante, sintiendo cómo el miedo la traspasaba.

Hubo otro golpe, más fuerte. La manija empezaba a colgar, floja, a punto de soltarse.

Febe apretó la mano de Eris, como si eso fuera lo único que lo mantenía ahí, con ella. Intentó hablar, pero sus labios no lograron emitir sonido.

Y entonces, como siguiendo un impulso y leyendo un ritmo oculto en los golpes, Febe abrió la puerta rápidamente.

Del otro lado, por apenas un segundo, una figura imposible se pudo apreciar con claridad. Todas la vieron. Tenía la piel pálida como

la cal, mandíbula descolocada y trozos de carne ausentes que dejaban ver músculo, huesos y fluidos viscosos.

Pero Febe no dudó y se lanzó sobre la criatura con todo su cuerpo. Lo tacleó, lo tiró al suelo, y cerró la puerta tras de sí con un estruendo seco.

Eris quedó inmóvil, con una mano extendida en el aire, temblorosa. Como si pudiera alcanzarlo todavía. Su otra mano descansaba sobre su pecho, donde dolía más que nunca. Sus ojos, abiertos de par en par, brillaban como esferas de vidrio al borde de romperse.

—¡Ven! ¡Ven por mí, maldito! —se oyó la voz de Febe desde el otro lado. Rota, firme, valiente—. ¡Ven! —gritó, desafiando.

Entonces, desde la sombra que se filtraba bajo la puerta, vieron cómo el errante se incorporaba. Se escucharon sus pasos arrastrándose, luego corriendo. El eco de la carrera se hizo más tenue a medida que ambos se alejaban por el pasillo.

Todas lo escucharon. Todas fueron testigo de su partida.

El pecho de Sedna subía y bajaba con violencia. Seguía arrinconada contra el muro, con los ojos abiertos de par en par.

—¿S-se fue…? —logró decir, con la voz cortada por el pánico.

Apenas terminó de hablar, Eris comenzó a caminar hacia ella. Paso a paso. Firme.

Nibiru y Oribita, que estaban a su lado, se apartaron con rapidez. No por miedo, sino porque lo entendieron. Sabían que algo estaba a punto de ocurrir.

Y entonces, sin mediar palabra, Eris levantó la mano y le cruzó el rostro con una bofetada seca y brutal que resonó en toda el aula.

Hubo una segunda. Y una tercera.

Cada bofetada era más fuerte que la anterior. Un juicio silencioso, un castigo que contenía todo el miedo y la impotencia por lo recién sucedido.

Sedna abrió los ojos ya húmedos y miró a Eris con rabia.

—¿Cómo te atre…? —alcanzó a decir, pero no terminó. La cuarta bofetada la calló por completo.

—¡Cállate! —dijo Eris, con una voz grave, llena de desprecio y dolor.

Sedna se doblegó. No por el golpe, sino porque no podía responderle a esa mirada.

Los ojos de Eris empezaron a derramarse. No lloraba con sollozos ni temblores, solo con lágrimas que rodaban sin cesar por su rostro, cargadas de miedo y preocupación por Febe.

Larisa y Aitné también lloraban. No pudieron contenerlo. Sin importar cuánto lo intentaron, el llanto, el terror ante lo desconocido y la preocupación por Febe las venció. Se acercaron a Eris y la rodearon, abrazándola con fuerza, compartiendo ese mismo miedo crudo.

Nibiru y Oribita observaban en silencio, con lágrimas en los ojos. No conocían a Febe como las otras, no tan profundamente. Pero eso no importaba. La presencia invisible del horror se sentía en el aire; un miedo nacido de enfrentarse por primera vez a una criatura desconocida, a algo que desafiaba toda lógica y podía devorarlos en un instante. Lloraban por él, por Eris, por todas, por lo que el mundo amenazaba con arrebatarles.

Eris se dejó caer, deslizándose contra el mismo muro donde antes Febe se había recargado, entregándose por completo al agotamiento.

Y entonces, por primera vez, Oribita y Nibiru se acercaron. No como observadoras, no como ajenas, sino formando parte. Se

arrodillaron junto a ellas, se unieron al abrazo, y en esa unión encontraron el único refugio que les quedaba; el calor humano.

Las cinco, unidas, compartieron el mismo espacio, la misma preocupación y el mismo silencio lleno de incertidumbre.

Así cayó la noche. Sin que nadie dijera una palabra más.

El colegio entero pareció contener la respiración, mientras la luna, blanca y muda, comenzaba a asomarse por el horizonte, como un velo de consuelo que no alcanzaba para cubrir todas las penas.

DÍA 4

Oribita no supo en qué momento se había quedado dormida. Quizá fue el agotamiento, quizá la tristeza, o una mezcla de ambas cosas. Su descanso, sin embargo, se interrumpió de golpe, sacudido por un ruido seco que sintió en los pies.

Se removió apenas, aún atrapada en la bruma del sueño, pero un segundo golpe, más claro, le hizo fruncir el ceño, y, poco a poco, abrió los ojos.

Todo estaba oscuro. El aula se hallaba envuelta en sombras, y el mundo más allá de las ventanas sonaba como un caos lejano en una noche que se negaba a terminar.

Parpadeó varias veces hasta que los trazos de la penumbra empezaron a tomar forma. Frente a ella, distinguió a Sedna. Estaba agachada, pálida, pateándole los pies con insistencia.

—¿Se-Sedna? —murmuró, con voz adormilada.

Pero antes de que pudiera decir más, Sedna le cubrió la boca con la mano.

—Ssh... —susurró apenas audible, pegando sus labios al oído de Oribita.

—No hagas ruido —añadió.

Aun despertando, Oribita asintió levemente. Su cuerpo se tensó al notar que Sedna no dejaba de mirar algo.

Siguió la dirección con la mirada y observó la manija de la puerta. Se movía, lenta y repetitivamente, como si alguien del otro lado intentara abrirla con cuidado, sin levantar sospechas.

El candado hacía su trabajo, aguantando, impidiendo el acceso. Pero la chapa se seguía moviendo con insistencia torpe. Como si lo que estuviera del otro lado no entendiera del todo cómo funcionaba.

El movimiento no parecía humano, sino antinatural. Como si se tratara de dedos fríos y rígidos, carentes de voluntad propia. Como si el cuerpo recordara cómo abrirla, pero el alma ya no estuviera presente para guiarlo.

La perilla, floja desde el ataque anterior, se agitaba levemente, pero el sonido era suficiente. El más mínimo crujir retumbaba en sus oídos con alarma.

Sintió el frío recorrerle la espalda. No sabía si debía moverse, o si debía despertar a las demás. Tan solo tenía la certeza de que lo que intentaba entrar no era humano.

El miedo no necesitó palabras. Los ojos de Oribita hablaron por ella, y los de Sedna, respondieron con el mismo temblor silencioso.

Intentó levantarse, y Sedna, al notarlo, se apartó en silencio. Se incorporaron con sumo cuidado, evitando hacer el más mínimo ruido posible.

Se aproximaron al interior del salón, desde donde la silueta de la criatura se proyectaba entre las cortinas, distorsionada por la tenue luz del exterior.

Con un leve gesto, Oribita señaló hacia los botes de agua y tierra al fondo del aula. Sedna asintió un par de veces, comprendiendo la intención.

Avanzaron en silencio hasta el rincón donde estaban los botes. Sedna tomó el bote con tierra. Oribita cargó los dos de agua, uno en cada mano.

Caminaron con lentitud insoportable, cuidando cada pisada sobre el piso frío, como si incluso el roce más leve pudiera llamar la atención de la criatura. Al llegar a la puerta, colocaron los botes con

sumo cuidado frente a ella, tratando de crear una barrera contra lo que acechaba del otro lado.

Pero la manija no se detuvo.

Seguía temblando, insistente.

La ansiedad creció como una niebla que calaba en los pulmones.

Sin otra opción, ambas retrocedieron hasta el extremo opuesto del aula. Se arrinconaron contra el muro, y se sentaron, abrazando sus rodillas, sin apartar la vista de la manija que no dejaba de moverse.

Así pasaron las horas, sumidas en un horror que no hacía más que crecer. Afuera, los gritos se hacían distintos. Ya no eran como los de antes. No había confusión, ni sorpresa, sino sufrimiento puro y visceral.

Alaridos cortados de golpe, súplicas que se ahogaban en jadeos, golpes contra las paredes, pasos corriendo sin rumbo. Cada sonido que llegaba era una confirmación del infierno exterior.

Ambas temblaban, no solo por el miedo a morir, sino por la impotencia de escuchar lo que ocurría tan cerca sin poder hacer nada al respecto.

La noche se arrastró en un castigo interminable, más larga y pesada que cualquiera desde que todo había comenzado.

Pasadas unas horas, la luz del amanecer poco a poco comenzó a colarse por los pasillos, y, como si el sol tuviera poder sobre lo imposible, la insistencia se fue apagando.

El temblor cesó. La manija enmudeció. La sombra proyectada bajo la puerta desapareció, como si nunca hubiera estado ahí.

La luz de la mañana ya había conquistado cada rincón del aula cuando Eris abrió los ojos. Lo primero que notó fue el peso sobre su cuerpo. Larisa, Aitné y Nibiru se habían quedado dormidas acurrucadas a su lado. La escena la enterneció un instante, hasta

que el cosquilleo en brazos y piernas delató que aquello no era tan cómodo como parecía.

Movió los dedos, luego las muñecas, y el leve sacudón bastó para que las demás empezaran a despertar.

—¿Qué hacen allá? —preguntó en voz baja al notar que Oribita y Sedna estaban sentadas contra la pared del fondo, separadas del grupo.

No obtuvo respuesta. Solo el intercambio de miradas cansadas y ojeras profundas que decían más de lo que cualquier palabra podría.

Las demás comenzaron a levantarse, lentamente, estirando el cuerpo, frotándose los ojos.

Nibiru fue la primera en acercarse.

—¿Qué pasó? —preguntó con curiosidad, mirando a Oribita.

Fue Sedna quien respondió, con la voz grave, arrastrada por el cansancio.

—Anoche... estuvimos a punto de morir. Todas.

Solo entonces Eris y las demás notaron los botes que habían sido colocados frente a la puerta. Un gesto que parecía más simbólico que práctico.

—¿Algo intentó entrar? —preguntó Larisa, conteniendo el aliento.

Aitné se inclinó ligeramente hacia adelante, observando con atención ambos botes.

—Bueno... en dado caso de que hubiera intentado abrir la puerta, esos botes no habrían servido de mucho —comentó en voz baja.

El silencio volvió a instalarse por un momento.

—Estuvimos a punto de morir... —dijo Sedna, con la voz tensa de frustración—. Y ustedes ni cuenta se dieron —pasó la mirada por

todas, con un asco disfrazado de reproche—. Se quedaron dormidas como si nada. Un descuido y... estaríamos todas muertas. Igual que Febe.

El ambiente se tensó de inmediato.

Eris alzó la vista, lentamente, hasta que sus ojos se clavaron en los de Sedna.

—¿Qué dijiste? —preguntó con una calma que no le pertenecía.

—Lo que escuchaste —respondió Sedna, bajando la mirada hacia sus propias manos, pero con una sonrisa amarga apenas curvando sus labios—. Ojalá yo pudiera ser tan optimista como tú.

Al escuchar aquello, Oribita se apartó de Sedna, recargándose contra el muro opuesto. Su expresión delataba la falta de energías para discutir.

Eris, en cambio, se levantó y caminó lentamente hasta quedar justo frente a Sedna, quien seguía sentada en el suelo. Inclinó la cabeza para mirarla desde arriba.

—Conozco a Febe desde que éramos niños —mencionó, con seguridad—. Está bien, lo sé. Y tú... no tienes idea de lo que dices.

Sedna alzó la mirada, con los ojos llenos de ojeras y la piel pálida por la tensión, pero con una actitud tan engreída que le era natural.

—Yo también creí conocer bien este colegio —dijo, casi susurrando —. Y sin embargo... esas cosas salieron de lugares imposibles — tragó saliva—. Febe está muerto. Ya lo acepté. Y tú deberías hacerlo también.

La tensión escaló demasiado rápido.

Eris no dudó. Se inclinó aún más hacia ella, con una sonrisa tan falsa como el tono tranquilo en su voz.

—Si sigues diciendo estupideces... vas a ser tú quien termine muerta.

El silencio que siguió fue pesado.

—¿Y ahora por qué te enojas conmigo? —replicó Sedna, con voz quebrada, forzando una risa histérica—. ¿Por decir la verdad? Si todo esto... todo esto pasó por culpa de Nibiru.

Las palabras de Sedna flotaron en el aire por unos segundos hasta llegar a los oídos de cada una.

Nibiru parpadeó, desconcertada. Buscó con la mirada a Oribita y luego a Eris, pero no dijo nada, solo dio un paso atrás.

Eris mantuvo la vista en Sedna. Sus ojos ya no expresaban solo enojo. Era asco puro.

—Tú no estás asustada. Estás podrida por dentro —dijo, mientras volvía a levantarse.

Sedna soltó una risa seca, nerviosa.

—Je... Al menos intento hacer algo por sobrevivir. No como esa de ahí —señaló con la barbilla hacia Nibiru, con voz despectiva—. Ella es la culpable de que Febe esté muerto. Si no hubiera hecho ruido, como lo dije, esa cosa no habría llegado a la puerta. Febe no habría tenido que sacrificarse.

Nibiru se quedó helada, con la boca entreabierta. Su rostro empalideció como si la sangre se le hubiera drenado de golpe. En su cabeza, la acusación empezó a enredarse con dudas. «¿Fue mi culpa...? ¿Fue mi culpa que él tomara esa decisión?»

A Oribita, en cambio, la acusación la encendió de golpe.

—¡Eso es mentira! —estalló—. Nibiru no hizo ningún ruido, ¡fuiste tú la que gritaba mientras pedías que se callara!

—Y no olvidemos algo más —añadió Aitné, con dureza—. Fuiste tú quien trajo esa cosa hasta acá. Volviste mientras te perseguía. ¡Tú la trajiste! Si alguien tiene la culpa, eres tú.

Sedna ladeó la cabeza con una sonrisa torcida, sin estar consciente de su culpa.

—¿Quieren buscar una culpable? La tienen justo adelante. Solo con su existencia ya nos arruina a todas —dijo Eris, sin titubear, refiriéndose a Sedna.

—¡No! —gritó Sedna, con voz quebrada—. ¡Fue Nibiru! ¡Ella! ¡Esa ciega inútil!

Eris no necesitó pensarlo. Volvió a agacharse y alzó a Sedna con una sola mano por el cuello de la camisa, levantándola del suelo.

Sedna se retorció, colgando como un trapo.

—Cállate ya —advirtió Eris, con firmeza.

La escena resultaba demasiado dura para Nibiru, quien retrocedió otro paso, temblando. Su corazón golpeaba su pecho con la cadencia de un tambor enloquecido.

Sedna, aun colgando, no supo frenar su lengua.

—¿Qué ha hecho esa maldita ciega, eh? Ir al baño, quejarse de hambre, querer cagar aquí adentro... Y ahora ha matado a tu noviecito.

Fue demasiado.

Eris la empujó con fuerza contra la pared. Sedna impactó con la espalda y la cabeza. El sonido seco del golpe retumbó en el aula.

Cayó al suelo como un muñeco de trapo, llevándose ambas manos a la nuca mientras empezaba a llorar. No solo de dolor físico, sino también por la presión, el aislamiento y la certeza de quien ninguna

de ellas la quería allí. «Yo tengo razón...» Pensaba. «Yo solo quiero que sobrevivamos...».

Nibiru no pudo mirar más. Su cuerpo temblaba. Algo dentro de ella se había roto.

—Sedna... —intentó decir, pero la voz apenas le salió.

Eris se giró hacia Nibiru. La tomó del brazo con firmeza y comenzó a andar, llevándola con ella.

—No —fue lo único que dijo.

Sedna quedó tirada en el suelo, con las lágrimas escurriendo por su rostro y la respiración entrecortada.

Su cuerpo temblaba en espasmos suaves, como si todo su ser se negara a seguir despierto. Poco a poco los sollozos se volvieron suspiros, y los suspiros se convirtieron en un murmullo casi imperceptible. El cansancio, el dolor físico y emocional, la humillación... todo se mezcló en un cóctel que la arrastró hacia un sueño forzado, pesado. Su único refugio fue la inconsciencia.

Los mechones rubios, casi dorados, quedaron desparramados sobre el suelo polvoriento. Su respiración se volvió temblorosa, y las lágrimas comenzaron a secarse en sus mejillas.

Oribita la observaba desde su rincón, con una mezcla de emociones que no podía nombrar del todo. No le agradaba Sedna, ni lo que representaba. Pero había algo en esa imagen que le golpeaba una fibra en el fondo del pecho. Y, aun así, entendía que era necesario.

Sedna era un lobo con piel de oveja. Si le soltaban la correa, si le permitían decidir por el grupo, no dudaría en entregar a cualquiera de ellas por su propio beneficio. Oribita lo sabía. Todas lo habían visto. La actitud de Eris, aunque excesiva, era lo que necesitaban.

Entonces bajó la mirada con una pena silenciosa. Sedna, tirada en el suelo, como un animal herido, no inspiraba compasión, y, sin

embargo, dolía verla así.

El salón entero guardó un silencio tenso, como si todas hubieran hecho un pacto implícito para no hablar más de lo necesario. No era un silencio de paz. Era un silencio de angustia y agotamiento.

Las emociones comenzaban a filtrarse por las grietas de cada una. El cansancio acumulado, la claustrofobia de estar encerradas en un aula sin ventanas abiertas, la incertidumbre sobre lo que pasaba allá afuera, el destino de Febe que flotaba sobre todas como una nube negra; «¿Dónde estará? ¿Seguirá vivo?». Eran las preguntas que se repetían en cada cabeza, pero ninguna se atrevía a darles voz.

El hambre, por su parte, ya no era una punzada, era una presencia constante, creciente, que empezaba en el estómago. Algunas habían comido más que otras, pero ya todas sentían la necesidad física, urgente, de algo más que miedo y tensión. Y como un recordatorio de lo amargo de lo humano, los malos olores comenzaban a hacerse presentes a causa de pieles sin ducha, sudor acumulado y el encierro de varios cuerpos en un solo lugar durante demasiado tiempo.

La sed, al menos, era lo único que podían mitigar, aunque a medias. Bebían con medida, en sorbos, de los botes que Eris y Febe habían traído consigo. Ninguna sabía cuánto más resistirían.

Oribita permanecía sentada contra la pared mientras sus ojos comenzaban a cerrarse lentamente. No era sueño, era rendición. La noche en vela, las emociones reventando por dentro y el ambiente asfixiante la arrastraban hacia ese letargo que no ofrecía descaso, pero sí un escape que era necesario.

Y poco a poco, sin que nadie lo notara, Oribita cayó dormida, derrotada.

Pasado un rato, un aroma tenue y fuera de lugar logró arrancarla de la inconsciencia. Al principio, no lo reconoció. Su mente tardó en conectar el olor con algo tangible.

Parpadeó un par de veces, desorientada, hasta que vio a Nibiru frente a ella, agachada, tendiéndole una galleta, proveniente de uno de los últimos paquetes que les quedaban.

La tomó con suavidad, como si el gesto la hubiese conmovido más que la comida en sí. Le dio un mordisco lento. El crujir se sintió reconfortante, casi sagrado. No sabía cuándo volvería a probar bocado, y eso hacía que cada migaja supiera a gloria.

Incluso Sedna, todavía dormida y olvidada al lado opuesto del salón tenía su porción reservada. Nadie discutió al respecto. Era lo justo, lo necesario. El mínimo gesto de humanidad. Pero la manera en que se le entregó distó de ser compasiva.

Eris la miró desde donde estaba sentada, tomó la galleta sobrante y, sin moverse demasiado, se la arrojó al rostro. El golpe fue seco, pero no violento. Más que dañarla, buscaba despertarla con desdén.

Sedna se removió, sobresaltada, con los ojos hinchados y enrojecidos. Miró al suelo, luego la galleta, y finalmente la tomó con ambas manos.

La comió sin una palabra, con movimientos casi infantiles. Saboreó cada trozo de la porción que le tocaba para alimentar no solo el cuerpo, sino también para sostener el poco ego que aún le quedaba.

La última botella de jugo pasó de mano en mano. No había vasos ni medida exacta, solo confianza. Todas bebieron con moderación. Cuando llegó el turno de Sedna, fue la última, por decisión táctica. De haber sido la primera, ninguna dudaba que se habría bebido hasta la última gota.

Una vez terminado aquel minúsculo desayuno, fue Nibiru quien rompió el silencio con voz suave, pero firme, sobresaltando a todas.

—Voy a buscar a Febe.

Por un instante, nadie respondió. Solo el crujido de una envoltura vacía rompió la quietud. Luego, fue Eris quien alzó la voz, con una

mezcla de duda y esperanza.

—¿Y qué planeas hacer?

—Salir ahora que hay luz... Buscarlo pasillo por pasillo. Preguntar si alguien lo ha visto —respondió Nibiru, como si el plan hubiera sido armado segundos antes.

Eris tragó saliva.

—Es peligroso allá afuera.

—Lo sé, pero aún quedan horas de sol... y creo que estaré bien —dijo Nibiru, con más convicción de la que realmente sentía.

Oribita se inclinó hacia ella, preocupada.

—Nibiru, nada de lo que dijo Sedna es cierto. Tú no tienes la culpa de nada.

Las demás guardaron silencio. Observaron.

—Tal vez... —murmuró Nibiru— si no hubiera hecho ruido, esa cosa habría pasado de largo.

—No, Nibiru —replicó Oribita, firme—, tú no hiciste ruido. Quien gritaba era Sedna.

—Da igual... Todas han hecho algo por el grupo. Todas menos yo —bajó la mirada—. Quizá esta sea mi forma de ayudar.

—Buscar a Febe es importante —reconoció Oribita—, pero te estarías exponiendo. No tenemos idea de qué está pasando allá afuera.

—Confíen en mí —dijo Nibiru, con una débil sonrisa—. Estaré bien.

—Quizá Febe ya está muerto —dijo Sedna, con frialdad.

La mirada que Eris le lanzó podría haberla cortado en dos.

Sedna desvió la vista y suspiró.

—Nibiru, allá afuera es peligro —intervino Oribita, con un tono contenido, casi suplicante.

—Déjala ir, Oribita. ¿O es que aquí hay favoritismos? —dijo Sedna, despectivamente.

—Todas valemos lo mismo, Sedna —respondió Oribita, firme, sin elevar la voz, pero dejando claro el límite.

Eris soltó una breve risa por la nariz, seca, irónica. Sus ojos se fijaron en Sedna con un vacío que borraba hasta el desprecio.

Sedna notó esa reacción, y no respondió. No porque no quisiera, sino porque, en el fondo, le dolía no encajar, no ser querida. Era una herida que su orgullo no le permitía mostrar.

Entonces, la vista de Eris buscó a la Oribita.

Aunque la situación giraba en torno a Nibiru, sabía que la verdadera decisión recaía en Oribita. Por más que Febe fuera su todo, no podía imponerse. Su lealtad hacia él era absoluta, incluso ciega, pero su madurez le impedía cruzar la línea. No le tocaba decidir, y lo sabía. Así que esperó.

Oribita le sostuvo la mirada. No hubo palabras, pero la pregunta estaba allí. La duda era compartida.

Finalmente, Oribita suspiró.

—Iré contigo.

—No, tú necesitas seguir durmiendo —dijo Nibiru, negando con la cabeza—. No cerraste los ojos en toda la noche, y hoy dormiste apenas unos minutos.

—Entonces iré yo —se ofreció Eris.

—Tampoco. Me gustaría que te quedaras. Que todas se quedaran. Confíen en mí —dijo, con una calma que parecía prestada.

La vista de Oribita volvió a chocar con la Eris. Un silencio tenso se cruzó entre ambas, pero ya estaba decidido.

—Si no vuelves antes del atardecer, iré a buscarte a ti y a Febe —advirtió Oribita.

—Voy a estar bien —aseguró Nibiru con una pequeña sonrisa, mientras se levantaba y tomaba una de las mochilas—. También buscaré algo útil —añadió, sin tener un plan concreto.

Avanzó hasta la puerta. La manija crujió en su mano, floja, como el estado emocional de todas.

—¡Nibiru! —llamó Oribita, poniéndose de pie.

Ella giró.

—Ten cuidado.

Nibiru asintió con dulzura, sin palabras. Y salió.

Oribita se dejó caer de nuevo al suelo. Eris se sentó a su lado.

—Todo saldrá bien —le dijo con convicción forzada.

—Si tarda iremos por ellos —añadió Larisa, desde su rincón.

La cabeza de Oribita se movió de arriba a abajo, levemente, asintiendo. La compañía de las demás era capaz de amortiguar el peso de la espera.

Entonces, un bostezo se le escapó, denotando el agotamiento.

—Deberías dormir un poco. No dormiste nada anoche —le dijo Larisa, en voz baja.

Oribita parpadeó, con los ojos enrojecidos y húmedos, no por tristeza, sino por el propio bostezo.

—Si llega el atardecer y Nibiru no ha vuelto, iremos a buscarlos. ¿Está bien? —agregó Larisa—. Y siendo pesimistas... si hay que salir,

necesitarás estar descansada. No te sirve de nada estar en pie si no puedes sostenerte.

Oribita soltó el aire lentamente.

—Ojalá que no sea necesario... —susurró mientras se tumbaba de lado sobre el piso duro.

Extendió el brazo bajo su cabeza, buscando una posición menos hostil. El suelo le devolvió el gesto con su dureza implacable.

Tenía el cuerpo entumecido, acostumbrado ya a noches sin colchón. El aula estaba en silencio, y el calor parecía pegársele a la piel como una segunda capa.

Cerró los ojos.

El tiempo se tornó en una masa sin forma ni dirección. Cada vez que parecía entregarse al sueño, algo la arrastraba de vuelta; un crujido seco, pasos lejanos, una respiración que no era la suya, el eco de una pesadilla sin forma. A veces, simplemente abría los ojos sin saber por qué. Su cuerpo no dejaba que descansara del todo.

No supo si había pasado una hora o dos. Sentía la garganta seca, los ojos ardiendo, y la cabeza pesada de pensamientos que no llegaban a consolidarse.

Finalmente, se incorporó. Le dolía el cuello. Parpadeó varias veces antes de que la claridad volviera a sus ojos.

—¿Y Nibiru? ¿Y Febe? —murmuró, con la voz rasposa por el silencio acumulado.

Eris, sentada cerca, levantó el rostro.

—Han pasado unas dos horas desde que salió. Casi dan las doce —respondió, mientras revisaba el reloj de su celular con rapidez. La batería agonizaba.

Oribita se incorporó, peinándose con los dedos, sin siquiera notarlo.

—¿Y cómo ha estado todo?

—Movido, más que otros días. Hace rato alguien intentó abrir la puerta —dijo Eris, sin rodeos—. No forzaron nada. Solo... intentaron. Como si quisieran comprobar si había alguien adentro.

—¿Estudiantes? —preguntó Oribita, por el mero hecho de seguir la conversación.

—Seguro. Esas cosas no se muestran a plena luz. O no lo han hecho todavía...

La respuesta cayó como plomo. Afuera, el peligro respiraba tras cada rincón. Y adentro, la espera se volvía una celda más.

—Debería ir a buscar a Nibiru y a Febe —dijo Oribita, aún adormilada.

—Esperemos a las doce, tal como acordamos —le recordó Eris, con voz suave, pero decidida.

—Pero dijiste que allá afuera ha estado movido, ¿no? Entonces deberíamos ir ahora mismo. No sabemos en qué momento todo empeore —respondió, con voz urgente.

Eris calló un momento. Sabía que Oribita tenía razón, pero no quería rendirse todavía a la posibilidad de que Nibiru regresara y trajera con ella a Febe. Necesitaba aferrarse a la esperanza un poco más, aunque fuera por terquedad.

—Esperemos un poco más —dijo finalmente—. Si no vuelve al mediodía exacto, yo iré contigo.

—No hace falta, Eris. Yo acompañaré a Oribita si hay que salir —intervino Larisa, con decisión.

—De hecho... Creo que deberías quedarte aquí, Larisa —guardó silencio por un segundo, buscando las palabras—. Las conozco. Tú y Aitné no deberían separarse. No lo sobrellevarían bien.

Larisa bajó un poco la mirada, sin contradecirla.

—¿Tan obvio es que me preocupo por mi hermana? —preguntó Aitné, con seriedad, midiendo sus palabras.

—No es algo que puedas ocultar —replicó Larisa—. Pero preocuparse no es suficiente si no actuamos con cuidado.

—Lo sé —respondió Aitné, cruzándose de brazos—. Por eso insisto en que deberías quedarte aquí. Te conozco.

Y entonces, las hermanas empezaron a discutir, cuestionando quién sería más eficaz ante cualquier desafío. Era un intercambio de orgullo y competencia, silencioso pero evidente.

Para Oribita y Eris, el intercambio resultaba irritante. Sentían que la discusión desviaba la atención de lo que realmente importaba; encontrar a Febe y Nibiru. Aun así, ninguna de las dos intervino. Se limitaron a observar, conscientes de que la prioridad era otra, y que por ahora solo podían esperar.

Pero la espera se volvió un castigo en sí misma.

La ansiedad comenzaba a desbordarse en Oribita, quien estaba sentada en el suelo, moviendo los pies de arriba abajo. Sin darse cuenta, se estaba mordiendo las uñas, y luego los dedos. Pequeñas autodefensas de una mente al borde del colapso.

Eris, aunque más contenida, también caía en esos gestos; un parpadeo más largo que otro, las manos inquietas. Había puesto todas sus esperanzas en Nibiru. En volverla a ver, y con ella, a Febe.

Por eso, cuando faltaban quince minutos para el medio día, fue ella misma quien rompió el silencio.

—Bien. Es hora.

Al escucharla, Oribita se levantó de inmediato, encaminándose hacia la puerta con rapidez.

Eris hizo lo mismo, quedando frente a la hoja de metal. Pero antes de abrirla, habló con firmeza.

—Larisa, Aitné... Estén atentas. Podemos volver en cualquier momento. Si alguien llama a la puerta, pero no menciona nuestros nombres, no abran. Nosotras los diremos. Así sabrán que somos nosotras.

—Claro —respondió Aitné.

—Entendido —dijo Larisa, con seriedad.

Eris entonces giró el rostro hacia Sedna. Su mirada era dura y fría.

—No hagas nada estúpido si quieres seguir aquí —le advirtió, casi como amenaza.

Sedna no respondió. Solo desvió la mirada.

Entonces, Eris abrió la puerta y la cruzó. Oribita fue tras ella, y la hoja de metal se cerró con un eco sordo que retumbó en el aula.

Una vez afuera, Eris preguntó en voz baja, casi como si temiera que el sonido atrajera algo.

—Bien... ¿a dónde vamos?

—A la cafetería —respondió Oribita, sin dudar—. No es el lugar más seguro, pero sí el más transitado. Estoy segura de que Nibiru fue ahí primero.

—Vamos, entonces —asintió Eris.

Empezaron a caminar con pasos lentos, agudizando el oído, aferrándose a la esperanza de percibir alguna señal de Febe o Nibiru. Sin embargo, lo que dominaba el pasillo era un desastre absoluto que se desplegaba ante sus ojos.

Sangre. Mucha sangre.

Manchaba las paredes, se deslizaba por las puertas, se extendía en el suelo en trazos irregulares. Había marcas de manos que parecían aferrarse a la vida, rastros de arrastre que se perdían en la penumbra, salpicaduras que manchaban incluso a un metro de altura.

En algunos puntos, el líquido había empezado a secarse, volviéndose oscuro, casi negro. Pero no había cuerpos, solo la certeza de que habían estado allí, y algo los había reclamado.

Eris cruzó mirada con Oribita. Ambas estaban nerviosas, con los dientes apretados.

—Esto no está bien... —susurró Eris.

Oribita no respondió, tan solo siguió caminando con cautela, como si temiera romper el silencio sepulcral que de pronto parecía dominar todo.

—La sangre ya está seca... —murmuró—. Pero hay demasiadas pisadas frescas.

—Sí, aunque no sabemos de quiénes son —dijo Eris, conteniendo la respiración mientras esquivaba una mancha particularmente grande—. Hay demasiadas...

La vista de Oribita se posó sobre la de Eris por un segundo. Sus ojos no mostraron miedo, pero sí una angustia creciente.

Continuaron avanzando, y, a medida que lo hacían, el aire se volvía cada vez más irrespirable. El hedor a muerte inundaba todo el pasillo.

La sangre podrida, pedazos de carne en descomposición sobre el suelo y charcos de fluidos humanos contribuían al olor tan fúnebre y vomitivo del lugar. Con cada respiración, los pulmones parecían arderles ante aquel hedor.

Sin dejar de avanzar, Oribita se cubrió el rostro con el cuello de su camisa. Eris la imitó, apretando la manga contra su nariz. El aire les provocaba arcadas con cada bocanada.

Cruzaban lo que parecía haber sido una carnicería.

Al llegar a la cafetería, la atmósfera se volvió insoportable. El hedor que allí había parecía haberse transformado en un gas tóxico y venenoso que invadía cada centímetro de su cuerpo.

Y entonces, la visión empeoró.

La sangre que antes marcaba paredes y suelos ahora lo cubría todo como una pintura grotesca. El rojo seco se mezclaba con marrones y negros, formando capas de muerte reciente y putrefacción. Pero no había solo sangre. Había cuerpos. Varios. Y lo que quedaba de ellos.

Cadáveres mutilados, abandonados como trapos sucios. Algunos aún conservaban el rostro con ojos vidriosos que parecían suplicar en silencio. Otros yacían incompletos, sin brazos o piernas. Muchos no eran más que cuerpos machacados, reducidos a una masa sin forma, como si hubieran sido molidos a golpes en lugar de desgarrados por garras. De sus torsos abiertos brotaban costillas y trozos de carne que se asemejaban a ramas retorcidas.

Pero lo más sorprendente, es que también había cuerpos de errantes. Inconfundibles, pero sin forma clara. Parecían haber estallado en múltiples tumores. El suelo bajo sus cuerpos se encontraba empapado de negro alquitrán.

Había moscas rodeando los cuerpos sin vida, pero solo los humanos. Los restos de errantes en el suelo no desprendían olor, ni tampoco parecían ser huéspedes de podredumbre o insectos.

Aun así, lo más perturbador no era la masacre, sino el movimiento. La gente de Ton aún intentaba mantener el control del lugar. Caminaban entre los cuerpos, cargando baldes de agua sucia, frotando con trapos empapados. Se aferraban a una fortaleza

imaginaria, aunque todo a su alrededor gritaba que aquel sitio ya estaba muerto.

Oribita no pudo soportarlo. Su estómago terminó de revolverse. Se giró sin decir palabra, tropezó un poco y se apoyó con una mano en la pared. El vómito salió sin control, mezclándose con el hedor general.

Eris, que hasta ese momento había resistido, se acercó para ayudarla, pero el simple sonido de las arcadas, junto con el espectáculo frente a ella, la hizo doblegarse también.

Vomitó junto a Oribita, sujetándose el estómago con fuerza.

Ninguno de los hombres de Ton se inmutó, aunque las vieron. Parecía que lo que fuere que había ocurrido les había arrebatado todo rastro de humanidad.

Oribita jadeaba, con la frente pegada a la pared y las lágrimas brotando por puro reflejo.

Eris escupió a su lado, limpiándose la boca con el dorso del brazo.

—Vámonos —fue lo único que atinó a decir, con voz seca, casi sin fuerza.

Y antes de que Oribita pudiera siquiera asentir, Eris la tomó del brazo y la arrastró consigo, con la garganta aun temblando por las arcadas.

Caminaron sin rumbo, sin intercambiar palabra. Guiándose más por la necesidad de alejarse que por una dirección concreta.

El único refugio posible tras aquella macabra escena fue el baño. Un lugar menos contaminado, pero no exento de muerte. Las manchas oscuras en los azulejos, el hedor a humedad y óxido, y el sonido constante de gotas cayendo desde algún grifo mal cerrado eran recordatorios de que ni siquiera ahí estaban a salvo.

Con manos temblorosas, ambas se inclinaron sobre los lavabos y se echaron agua al rostro. El líquido solo limpio parte del vómito y el sudor, pero no el asco.

Había otras personas allí; heridas, calladas, con la mirada perdida, sentadas en el suelo. No hablaban ni lloraban, se limitaban a respirar con calma, como si eso fuera lo único que todavía los reconfortara.

El baño funcionaba como un santuario temporal. Nadie hacía preguntas. Bastaba con mirar alrededor para comprender que todos cargaban con la misma pesadilla.

El interior de Oribita seguía revuelto, aunque su estómago ya no le respondía para seguir vomitando.

Apenas recobraron algo de compostura, salieron. No querían estar ahí más tiempo del necesario.

Caminaron con pasos ligeramente más firmes en dirección a la salida principal. Fue entonces cuando se percataron de que, a medida que se acercaban a las puertas, el entorno se volvía menos turbio, como si lo peor hubiera sido arrastrado hacia el corazón de la escuela.

De pronto, entre el ir y venir errático de los cuerpos aún vivos, una voz cortó el caótico ambiente.

—¡Eris! —llamó alguien.

Eris alzó la vista, Oribita también.

De entre la gente, se aproximó un hombre alto, de complexión media y cabello negro. A diferencia de ellas, él no huía del edificio. Se adentraba en él.

—Callisto... —murmuró Eris.

Cuando estuvieron frente a frente, ambas chicas se detuvieron, guardando un momento para respirar con profundidad.

—Eris, me alegra verte con vida —dijo Callisto mientras se acercaba, con intención de abrazarla.

Eris dio un paso atrás por mero instinto. Callisto no comentó nada al respecto, simplemente bajó los brazos y sostuvo la mirada con una leve sonrisa, resignada.

—También me alegra verte, Callisto —respondió Eris, forzando una voz serena—. ¿Cómo estás?

Oribita se mantuvo en silencio, observando con atención.

Callisto suspiró, lento.

—Me gustaría decir que bien, pero... creo que eso ya no aplica para nadie. Aun así, sigo aquí. Supongo que eso ya cuenta como estar bien.

Eris asintió, con un suspiro similar.

—Sí... todos estamos sobreviviendo, como podemos.

Entonces Callisto desvió la mirada por un segundo, luego volvió a enfocarse en Eris.

—¿Y ella?

—Es Oribita. Llegó hace un par de semanas al colegio.

—Vaya... creo que cambiarse aquí no fue precisamente la mejor decisión —soltó Callisto, con una sonrisa fingida.

—Solo quiero salir y volver a casa —intervino Oribita, con una voz que carecía de esperanza—. No creo que haya una escuela a la que quiera asistir después de esto.

—Te entiendo —dijo Callisto simplemente.

Entonces, sin perder el tiempo, Eris preguntó lo que tenía clavado en el pecho.

—Callisto, ¿has visto a Febe? Salió ayer, al atardecer. No ha regresado.

Callisto frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No lo he visto desde que todo empezó... pero sí estuvo afuera anoche, tuvo que haberla pasado muy mal.

Miró al interior de la escuela, y su silencio dijo más que cualquier explicación.

Eris se tensó. Su rostro se endureció al instante.

—Pero... conocemos a Febe. Es fuerte. Muy alegre, sí, pero fuerte. Él sabe cómo cuidarse —añadió Callisto, intentando dar algo de consuelo.

—Sí... seguro que sí —respondió Eris, con voz temblorosa.

Oribita alzó la vista.

—¿Qué pasó anoche?

—No lo sé con exactitud, pero hubo pelea. Una masacre. Estudiantes, los tipos de Ton, esas cosas... fue una carnicería.

—Eso explica el ruido —dijo Oribita, más para sí misma—. Escuché mucho movimiento en la madrugada. Sedna me despertó. Alguien estaba intentando entrar, pero pusimos botes en la puerta para bloquearle la entrada. Además de eso, los gritos afuera eran muchos más que en otras noches.

Eris la miró.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No había encontrado el momento —respondió Oribita, con sinceridad.

—Yo también lo escuché —intervino Callisto—. Pero nadie con quien estaba quiso asomarse. Ni siquiera yo.

Entonces, hizo un gesto con la mano, como si recordara algo.

—Hablado de eso, tengo que volver. ¿A dónde van ustedes?

Oribita y Eris se miraron brevemente.

—No lo sabemos bien —dijo Eris, sin energía—. Estamos buscando a Febe... y a Nibiru.

—A Febe no lo he visto. Y Nibiru... no me suena. Lo siento.

—Está bien. Seguiremos un rato más —dijo Eris—. Creo que iremos al portón, quizá alguien por allá sepa algo.

Callisto suspiró.

—No es precisamente un lugar seguro, pero... últimamente ha estado tranquilo. Y aunque podría parecer bueno, al decir que está tranquilo me refiero también a que nadie ha dicho nada por los altavoces. Ningún aviso. Nada. Como si nos hubieran abandonado aquí dentro.

Oribita lo miró, algo alarmada.

—¿Cómo? ¿Ya no están las patrullas?

—Sí están, pero ya no intentan hablar con nosotros. No hay comunicaciones, solo se quedaron ahí... quietas. Como si no supieran qué hacer con nosotros.

El joven bajó la mirada y se despidió con una voz apagada.

—Cuídense, chicas. Y no se alejen demasiado... esto puede ponerse peor.

No esperó respuesta. Emprendió el paso apenas terminar de hablar, y desapareció entre la multitud dispersa, internándose de nuevo en los pasillos oscuros.

Oribita tragó saliva con dificultad. Eris lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista.

—¿Vamos a echar un vistazo? —preguntó Oribita, sin saber si quería una respuesta afirmativa.

—No perdemos nada con intentarlo —respondió Eris, sin convencimiento.

Caminaron los últimos metros en silencio, hasta que la gran puerta que daba al patio apareció frente a ellas.

Tal como Callisto había dicho, el ambiente estaba ligeramente en calma. Para sorpresa de ambas, no había grupos desesperados intentando forzar una salida, ni gritos o empujones. Solo había silencio, y una inquietud extraña que se regaba entre todos los presentes.

«Quizá ya entendieron que intentar escapar es inútil...» pensó Eris.

—No ha cambiado casi nada... —murmuró Oribita, con la vista clavada en el piso.

Aparte de algunas nuevas manchas de sangre secándose entre las anteriores, todo parecía idéntico a la última vez que estuvo allí, con Febe. Incluso la cantidad de personas era escasa.

Eris inhaló profundamente, tomándose el tiempo necesario para que el aire llenara sus pulmones.

—Sí... —murmuró, soltando el aire sin prisas.

Oribita la imitó. Respiró hondo, con los ojos cerrados.

El aire seguía oliendo a encierro y podredumbre, pero el viento, colándose por encima de las carpas gigantes, ofrecía un ligero alivio.

A su alrededor, otros alumnos hacían lo mismo. Respiraban, buscando un refugio al infierno dentro de la escuela.

—No veo caras conocidas... —dijo Eris, escaneando a los presentes con la mirada—. Deberíamos volver y buscar en otra

parte.

—¿Estás segura? —preguntó Oribita, sin moverse.

—Sí. Si nadie aquí me resulta familiar, es poco probable que siquiera conozcan a Febe. Él y yo... compartimos a casi todos nuestros conocidos. Pasamos mucho tiempo juntos —explicó, con una sombra de añoranza cruzándole en la voz.

—Entiendo... —susurró Oribita, aceptando la lógica—. Entonces quedarnos aquí más tiempo solo sería perderlo.

—Exacto. Además, deberíamos regresar al aula antes de que comience a oscurecer. Como dice Sedna, los errantes aparecen al atardecer.

Oribita ladeó la cabeza, pensativa.

—¿No te parece raro? ¿Dónde se esconderán durante el día?

—Ya habrá tiempo para pensarlo —respondió, cortante. No le molestaba la duda, pero temía al paso del tiempo—. Volvamos adentro.

Antes de moverse, Oribita se quedó un instante más, aprovechando para llenar sus pulmones una última vez con el aire del exterior.

Contuvo la respiración unos segundos. Entonces, asintió en silencio, temiendo que abrir la boca le hiciera perder ese pequeño alivio. Después, ambas se giraron y regresaron a la inquietud de los pasillos.

Al volver a cruzar por la puerta que separaba el exterior de la escuela, el cambio fue inmediato y violento.

El aire volvió a estar impregnado de muerte. El aroma parecía quemarles el rostro con su sola presencia.

Oribita frunció el ceño y contuvo la respiración apenas por un segundo, pero el cuerpo le exigía oxígeno, y al inhalar, las náuseas regresaron. Eris no dijo nada, pero su expresión tensa hablaba por sí sola.

Aun así, siguieron adelante.

Caminaron por los pasillos aledaños a la cafetería, manteniéndose juntas. Dieron vuelta en cada esquina, se asomaron en cada aula con la puerta entreabierta, cruzaron los corredores de primer y segundo año, y revisaron incluso los lugares donde no esperaban encontrar nada. Pero no había rastro de Febe o Nibiru. Ni siquiera una pista.

La mayoría de las aulas estaban vacías o cerradas con muebles apilados desde adentro. Las pocas personas que aún deambulaban por los pasillos lo hacían en silencio, cabizbajas, sin prestarle atención a nadie.

—Cada vez hay menos gente —murmuró Oribita.

No estaba segura de cómo tomar aquello.

Sentía que la escuela estaba comenzando a apagarse. Como si, poco a poco, se convirtiera en una gran tumba de concreto, donde todos respiraban más por inercia que por instinto.

Terminaron de recorrer cada ala accesible. Hasta los rincones más oscuros que rodeaban la entrada habían sido explorados.

No quedaba nada más qué hacer allí. Ni una pista, ni una cara familiar. Solo muros húmedos, puertas cerradas y un caos auditivo que pesaba.

Finalmente, cuando la frustración ya comenzaba a mezclarse con la resignación, tomaron el único camino que quedaba y regresaron por donde habían venido.

Atravesaron de nuevo la cafetería, cargando con el mismo asco que antes, pero esta vez con la esperanza ligeramente rota al volver

sin pistas. El hedor volvió a revolverles el estómago, obligándolas a contener las arcadas mientras aceleraban el paso.

El trayecto era idéntico, y, sin embargo, se sentía distinto. Las paredes se percibían más estrechas, y el aire, sorprendentemente, parecía más pesado.

Después de unos minutos que se hicieron interminables, finalmente llegaron al aula. Tocaron la puerta con suavidad y llamaron a Larisa y Aitné por su nombre. Desde adentro, el sonido delató cómo unos pasos se acercaron con prisa. Entonces, la puerta se abrió, revelando sus rostros tensos. Eris y Oribita entraron de inmediato.

El aire dentro del aula no era precisamente fresco, pero al menos no estaba cargado de la muerte que reinaba afuera. El encierro prolongado parecía haber preservado una atmósfera menos hostil, aunque seguía siendo densa, como todo en ese lugar.

Apenas se adentraron al aula, Aitné retrocedió un paso con una mueca.

—Dios mío. Huelen horrible —dijo, sin filtro.

La pestilencia del exterior se les había impregnado en la ropa y en la piel.

—¿Y bien? —preguntó Larisa con ansiedad mal disimulada—. ¿Febe? ¿Nibiru?

—Nada... —respondió Eris, bajando ligeramente la mirada—. Ni una pista. Nada.

Un silencio incómodo cayó sobre todas.

Aitné desvió la mirada. Larisa frunció el ceño, pero no dijo nada.

Entonces, habló Sedna.

—Se los advertí. Yo tenía razón... Febe se perdió, y ahora Nibiru también. Le dije que no lo buscara —dijo con un tono cargado de fatalismo.

Eris le dirigió una mirada envenenada. Oribita no disimuló el enojo. Pero ninguna respondió.

—Sedna, habías estado callada todo este tiempo —intervino Aitné con voz firme—. Procura seguir así.

Sedna solo suspiró con arrogancia, se cruzó de brazos y desvió la mirada con una seguridad que nadie comprendía.

Oribita se giró hacia las demás, sintiendo la necesidad de compartir el peso que traía encima.

—Afuera... las cosas no lucen bien —dijo con voz baja, casi rota.

Aitné tragó saliva.

—Hemos visto el pasillo desde la puerta... pero ¿empeora?

Los labios de Oribita permanecieron sellados. No encontró palabras. Fue Eris quien rompió el silencio.

—Sí. Allá afuera... hubo una carnicería —afirmó, sin rodeos.

—¿Qué tan grave? —preguntó Larisa.

—Mucho. Hay muertos. Varios —respondió Eris, fría, conteniendo sus emociones.

Aitné esbozó una pregunta que parecía no querer terminar.

—¿Eso significa que...?

—No —la interrumpió Eris—. Aún no hemos revisado la parte trasera de la escuela, ni las aulas de clubes. Tampoco los edificios de al lado.

Larisa negó con la cabeza, pesimista.

—Esta es una de las primeras aulas, no quedan muchas más al fondo. Y con los clubes es lo mismo —hizo una pausa—. Uno de los edificios es la antigua biblioteca. El otro ni siquiera está habilitado —terminó, con un suspiro cansado.

—Aún hay posibilidades —dijo Eris, aferrándose a la idea para no derrumbarse.

—Si... —concedió Larisa, aunque su voz no sonaba convencida.

Eris se giró hacia la puerta.

—Solo veníamos de paso. Iremos a la parte trasera de la escuela.

Oribita la siguió sin dudar.

—Ya no falta mucho para que oscurezca, tal vez un par de horas. ¿Están seguras? —preguntó Aitné, en un intento por detenerlas.

—No te preocupes, solo daremos un vistazo rápido. Volveremos pronto —respondió Eris, mientras apoyaba la mano en la manija.

La giró lentamente, abrió la puerta y salió. Oribita salió tras ella, arrastrando un miedo que no podía esconder. Le temía al sol. A su ausencia.

Una bocanada de aire crudo las golpeó de lleno en el rostro. El hedor parecía haberse vuelto más pesado tras haber respirado el relativo alivio del aula.

—No tardaremos mucho —susurró Oribita para sí misma, buscando darse valor.

—Volveremos pronto, tranquila —le aseguró Eris. Luego hizo una pequeña pausa—. O si prefieres quedarte...

—No, no es eso. Solo... no perdamos de vista el sol —dijo Oribita.

—Bien. Vamos —añadió Eris.

Y sin mirar atrás, ambas emprendieron camino.

El pasillo por el que se adentraron era distinto; más silencioso, más desolado. A cada paso, el eco de sus pisadas resonaba por todo el lugar. Pronto notarían que aquella era la zona menos transitada de toda la escuela, pero no por eso estaba exenta de horror.

Las manchas de sangre, aunque más escasas, seguían presentes. Algunas secas y otras más recientes marcaban las paredes e inundaban el suelo.

—Parece que esta zona es más segura que el resto —comentó Oribita, observando a su alrededor con cautela.

No conocía bien el colegio. Para ella, todo era territorio incierto.

—Lo es... más o menos —respondió Eris, bajando un poco la voz —. Toda la escuela es vieja, pero estas aulas en particular tienen aún más años que el resto. Por eso casi nadie pasa por aquí.

—Y eso que los pasillos de primer año ya se ven bastante antiguos —dijo Oribita, con una mezcla de sorpresa y nerviosismo.

—Esos son los más recientes si hablamos de antigüedad. No me sorprendería si mi abuelo hubiera estudiado aquí —añadió Eris, con una sonrisa amarga.

Oribita soltó una risa breve, seca, casi incrédula. No fue más que un escape de aire.

Hablar, aunque fuera de trivialidades, era una forma de resistir. Aquella conversación improvisada no era más que una armadura frágil contra la ansiedad y el miedo. Era su manera de empujar al miedo hacia atrás. De confiar en que encontrarían una señal de sus amigos antes de que el atardecer se los tragara por completo.

Pasaron algunos minutos intercambiando frases y comentarios breves, hasta que el silencio, inevitable, se asentó otra vez sobre ellas. El eco de sus pasos fue la única constante que las acompañó mientras avanzaban entre ventanas rotas y puertas selladas.

—¿Escuchas eso? —preguntó Oribita de pronto, deteniéndose en seco.

Eris asintió levemente, sin mirar atrás.

—Desde hace un rato —respondió, agudizando el oído—. No suena como un errante... ni como algo vivo, en realidad.

Ambas se quedaron inmóviles por un momento, atrapadas entre el miedo y la curiosidad.

—¿Echamos un vistazo? —propuso Eris.

Oribita tardó unos segundos en responder. Respiró hondo. Luego, asintió.

El sonido provenía desde más adelante, resonando entre las paredes con una cadencia artificial.

Siguieron caminando con paso cauteloso, dejando que el eco las guiara. No tardaron en llegar a una desviación angosta entre los pasillos, de donde el sonido provenía con más claridad.

Sin dudarlo, ambas se adentraron.

Caminaron unos metros más hasta que sus ojos se clavaron sobre una tubería rota, colgando del techo.

El agua caía en gotas constantes, formando un charco amplio y resbaloso que se extendía por todo el suelo. El concreto, agrietado y húmedo mostraba el punto donde un fragmento del techo se había desprendido, dejando al descubierto la tubería oxidada. En ella, manchas rojizas se desvanecían lentamente, diluidas por el agua que las empapaba.

—¿Cómo es posible que eso esté roto? —preguntó Oribita, alzando la vista hacia la fuga con expresión incrédula.

—Supongo que le dieron un buen golpe... —murmuró Eris, acercándose con cautela.

No alcanzó a dar más de dos pasos cuando resbaló bruscamente y cayó de espaldas. Su falda quedó empapada, igual que sus zapatos y la parte baja de su saco y camisa. El agua se filtró hasta su piel con una frialdad que le caló hasta los huesos.

—¡Eris! —exclamó Oribita, avanzando a toda prisa para ayudarla.

No hizo más que repetir el accidente. Al dar unos pasos más, perdió el equilibrio y cayó de lleno al suelo, golpeando el agua con el cuerpo entero, quedando completamente acostada.

Eris fue la primera en ponerse de pie, empapada, temblando. Tendió la mano a Oribita y la ayudó a incorporarse.

—Ay... —gimió Oribita, con el rostro torcido por el leve dolor del golpe. Luego, bajó la mirada, avergonzada—. Lo siento.

—Ojalá que no nos enfermemos —murmuró Eris, sin ocultar la preocupación en su voz.

—Sí, lo sé —respondió Oribita, con resignación, sacudiendo inútilmente la humedad de sus mangas—. No es como que podamos quitarnos la ropa o cambiarnos... Bueno, podríamos, pero no creo que sea buena idea andar con la piel al aire por toda la escuela.

Eris dejó escapar una risa seca que se deshizo en el aire con un suspiro cargado de agotamiento.

—Bueno, hay que seguir. No falta mucho para que empiece a atardecer.

Oribita asintió sin palabras.

Entonces, reanudaron el paso en silencio, refugiándose en sus propios pensamientos, sintiéndose solas en un sitio que carecía de amplitud.

Aunque sabían que detrás de muchas de esas puertas cerradas probablemente había otros como ellas, refugiados en lo que

quedaba del colegio, el pasillo se sentía desolado. Demasiado quieto y vacío.

Caminaron un tramo más, mientras el sol comenzaba a esconderse en el horizonte. Los rayos que entraban por la ventana ya no eran suficientes como para cubrir todas las baldosas polvorientas.

—Creo que deberíamos volver ya... —dijo Oribita, deteniéndose.

Eris también se detuvo.

Frente a ellas, el pasillo continuaba, pero estaba sumido casi por completo en penumbra. Las ventanas mostraban el cielo teñido de un naranja enfermo, en un indicio claro de que habían tardado demasiado.

—Sí... tienes razón —respondió Eris, apenas audible.

Oribita bajó la mirada, derrotada. Había querido hallar algo, cualquier cosa que los llevara hacia Nibiru o Febe, y, sin embargo, lo único que habían encontrado era el frío que les ocasionaba su ropa empapada.

Dio un paso atrás para volver sobre su propio camino, pero en cuanto se giró, su cuerpo se tensó por completo.

Allí, de pie en mitad del pasillo que acababan de recorrer, un errante se mantenía inmóvil. No las miraba directamente, su vista estaba en dirección a la ventana. El rostro desfigurado le era iluminado por la luz del tenue atardecer.

Una descarga eléctrica pareció recorrer el cuerpo de Oribita. Su piel se erizó por completo ante la certeza de que cualquier movimiento en falso, cualquier crujido de suelas mojadas, podría hacerlo voltear.

Al notar su actitud, Eris también se giró. Un nudo de terror le apretó el pecho al ver lo mismo que ella, dejándola inmóvil por un instante. Lo único claro era que estaban atrapadas.

El primer impulso fue instintivo, infantil. Sus manos se buscaron a ciegas, y cuando finalmente se encontraron, se aferraron con desesperación. El simple contacto físico era capaz de anclar sus cuerpos a la realidad y mantener a raya el pánico que les arañaba el pecho.

Retrocedieron un par de pasos, lentos y silenciosos. El aire les faltó. El tiempo se esfumó por un momento.

Y entonces, la criatura volteó.

El movimiento sobre su cuello fue antinatural. La cabeza se torció con un temblor, como si el hueso crujiera bajo el peso de la podredumbre. Sus ojos, opacos pero ardiendo con un instinto salvaje, se clavaron en ellas. No supieron si había sido el leve roce de sus zapatos mojados, un susurro de ropa húmeda o simple instinto ciego de la criatura. No importaba. Ya las había visto.

De su garganta brotó un rugido aberrante. No era un grito humano. Era un estruendo cavernoso, gutural, hecho de carne desgarrada y odio puro.

Entonces, la criatura comenzó a correr hacia ellas.

Sus pasos retumbaron en el pasillo, sin ritmo y brutal, quebrando las sombras en su carrera. El terror era absoluto, pero no había tiempo. Tenían que huir.

El único camino libre era hacia la oscuridad, hacia el pasillo que el sol ya no alcanzaba. Y, sin otra opción, corrieron. Se lanzaron a la penumbra con el corazón en la garganta y los latidos retumbándoles en los oídos. Las manos se soltaron al primer paso apresurado, y con ello, también se fue la seguridad del contacto.

La oscuridad no era absoluta, pero sí traicionera. Lo suficiente para distorsionar las formas, volver borrosas las esquinas y hacer que el pasillo se sintiera interminable.

Detrás, el horror tenía forma de monstruo. No necesitaban mirarlo para saber que seguía ahí, tras ellas. Su presencia era un peso ardiente en la nuca. Su respiración gutural, un recordatorio constante en los pasillos. Y sus pasos, pesados y erráticos, marcaban el ritmo de su persecución.

De pronto, Oribita resbaló.

Fue un segundo, un parpadeo, pero bastó. Sus zapatos mojados perdieron tracción al pisar un charco viscoso de sangre que se extendía sobre el suelo. Cayó con un golpe sordo y las manos extendidas. El aire en su pecho escapó junto al impacto.

Eris no lo notó. El estruendo de sus propios pasos, el pánico, la falta de luz y el estrépito de la criatura que rugía detrás eran demasiado, por lo que siguió corriendo, sin saber que su compañera ya no estaba junto a ella.

Oribita, aún en el suelo, giró la cabeza vio al errante.

La silueta deforme de la criatura se perfilaba contra la penumbra, acortando la distancia con una velocidad antinatural.

Se obligó a moverse sin pensarlo. Las piernas le dolían, el pecho le ardía por la falta de aire, pero se puso de pie como si alguien la levantara con violencia desde adentro.

Sus ojos, abiertos al máximo, buscaron desesperados entre las sombras.

—¡Eris! —intentó gritar, pero el terror le cerraba la garganta.

Giraba la cabeza de un lado a otro, buscando una señal, una silueta, una luz. Cualquier cosa. Pero solo había oscuridad y pasos que se acercaban.

No podía más.

Su pecho ardía, los pulmones parecían implorar por aire entre jadeos rotos, y a cada paso, sentía un dolor agudo que amenazaba

con derrumbarla.

Giró bruscamente en la primera esquina que encontró, aun sabiendo que eso significaba perder la dirección que posiblemente Eris había tomado. Pero no podía pensar en ello en ese momento. Su cuerpo ya no obedecía a la lógica, solo a la urgencia de sobrevivir.

La oscuridad, la misma que la había desorientado, por un momento se volvió su aliada. El errante, al perderla de vista, se detuvo por un instante, confundido. Apenas un segundo, pero suficiente.

Oribita embistió con el hombro la primera puerta que encontró, obteniendo fuerza de la desesperación. Pero la lámina no se movió, estaba completamente cerrada.

Avanzó al siguiente marco y volvió a golpear, pero la puerta no cedió.

Su respiración se volvió un torbellino, sus manos temblaron, y los ojos se le llenaron de lágrimas de pánico puro.

La criatura no necesitó verla. Los golpes contra las láminas de metal bastaron para ubicarla. Gruñó, furioso y giró por donde ella había desaparecido.

Al verlo detrás, en un acto de desesperación, Oribita tomó un libro tirado en el suelo y lo arrojó contra una ventana cerca. El vidrio estalló en un estruendo cortante. El monstruo, confuso, se detuvo unos segundos más, guiado por el sonido equivocado.

Oribita aprovechó. Apenas unos pasos más y dio con una puerta entreabierta. Entró con rapidez, cerrándola tras de sí con toda la fuerza que le quedaba. Pero al buscar el seguro, su corazón se desplomó. Estaba roto.

Sus ojos se dirigieron al interior del aula, escaneándola con desesperación.

El salón estaba vacío, en penumbras, pero el escritorio del profesor, grande y pesado se alzaba al fondo. No lo pensó. Corrió hacia él y se deslizó bajo su estructura de madera, encogiéndose como un animal herido.

Su pecho subía y bajaba descontroladamente. La ropa mojada la hacía temblar. El sudor se deslizaba lentamente por su rostro hasta encontrarse con el suelo.

Entonces, el infierno la alcanzó.

La puerta del aula explotó hacia adentro, azotando con un crujido seco contra la pared. La criatura irrumpió el salón como un castigo demoniaco. Sus pasos eran lentos, pesados. Su respiración gutural llenaba el aire. Sabía que algo había ahí, aunque no podía verlo.

Oribita se llevó una mano a la boca, conteniendo un sollozo. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso, congelado por el terror. El sonido que provocaba su sudor cayendo al suelo resonaba en su cabeza con más fuerza de la que realmente tenía.

El monstruo se movía, lentamente. Parecía que podía olerla, aunque aún no la encontraba.

Desde la ranura entre el suelo y el mueble, Oribita lo observaba.

La figura del errante se deslizaba dentro del aula. Sus pies pisaban con torpeza húmeda, dejando tras de sí un rastro de sangre y algo parecido al alquitrán. Cada paso parecía medir el silencio, como si la criatura escuchara algo más allá del oído humano.

Oribita contenía el aliento. Su corazón latía con tanta fuerza que temía que la criatura pudiera escucharlo. Tenía la garganta reseca y la boca abierta apenas lo suficiente para no sofocarse. El cuerpo comenzaba a tensarse debido a la inmovilidad, provocándole un dolor que comenzaba a recorrerla por completo.

Entonces, lo vio de espaldas, o eso creyó. Desde su limitado ángulo de visión, apenas distinguía la forma encorvada del

monstruo.

No hubo tiempo para pensar en lo que estaba a por hacer.

Contuvo el aliento, y, con movimientos tan suaves como desesperados, comenzó a deslizarse fuera del escritorio. Centímetro a centímetro, sintiendo cómo el mundo entero se contraía en torno a su cuerpo. El miedo no le daba tregua. Pero lo hizo, salió.

Y en cuanto sus rodillas estuvieron libres, se incorporó de golpe y huyó.

Corrió con todo lo que su cuerpo agotado aún podía darle, sin mirar atrás.

Antes de cruzar la silueta de la puerta, con un gesto instintivo, lanzó su peso contra dos pupitres alineados, volcándolos en el suelo con un estruendo metálico. Las sillas cayeron en desorden. Sabía que aquello no detendría por mucho tiempo a la criatura, pero esperaba poder comprar un par de segundos.

La criatura rugió en un sonido salvaje, lastimero, lleno de furia.

El ruido de los muebles volcando no hizo más que confirmar su presencia. La persecución se reanudó, pero Oribita ya estaba fuera.

Avanzar le dolía, pero no se detuvo.

Corría, y lo único que cruzaba su mente era el nombre de Eris y la idea de sobrevivir, de escapar, de seguir viva para cuando el último rayo de sol desapareciera.

El pasillo parecía estrecharse mientras la penumbra lo consumía con lentitud. Fue entonces cuando distinguió una puerta de lámina, angosta y desgastada por el tiempo. No lo pensó. Se arrojó hacia ella con desesperación, empujándola con ambas manos hasta que se abrió.

Se deslizó dentro justo cuando el errante comenzaba a salir de la trampa improvisada, dándole tiempo apenas para cerrar la puerta

tras ella con un sonido seco.

El mundo se redujo al hedor a cloro, a humedad rancia y metal oxidado. Estaba dentro de un cuarto de intendencia, rodeada de trapeadores aún húmedos, escobas sucias y cubetas mal apiladas. No había espacio para moverse, pero se acomodó como pudo, con las rodillas dobladas y la espalda encorvada, encajada entre una repisa baja y un depósito de plástico que se hundía bajo su peso. La lámina, helada, le raspaba la piel a través de la ropa empapada.

Afuera, el errante recorría el pasillo con cadencia maldita.

Oribita no se atrevía a mirar por la rendija inferior de la puerta, pero podía oírlo.

Entonces, hubo silencio, y supo que eso era peor.

El errante se había detenido a pocos metros de donde ella estaba. No avanzaba ni gruñía, solo estaba ahí, acechando en la quietud absoluta, esperando a que cualquier estímulo lo activara.

Pasó una hora. Una eternidad disfrazada de sesenta minutos.

El sol se había ido por completo. Lo notó por la forma en que la luz artificial, sucia y temblorosa de las lámparas comenzaba a colarse por la rendija bajo la puerta. Apenas alumbraban.

Oribita temblaba. El frío le atravesaba los huesos como un mal constante. La respiración se le volvía errática, sostenida por puro instinto. Su cuerpo agotado empezaba a rendirse, pero apretaba los dientes y se mordía el interior de la mejilla para no dejar escapar un solo sonido.

Hasta que su pierna cedió.

Llevaba demasiado tiempo encogida, comprimida, sin circulación. Primero había sido un hormigueo, luego dolor. Después dejó de sentir. La pierna había dejado de ser suya.

En un espasmo involuntario, su pierna se venció de lado, golpeando con estruendo el borde metálico de una cubeta oxidada que chocó con la lámina de la puerta.

El ruido fue breve, pero suficiente. Al otro lado, el errante despertó. Y entendió que la muerte no había dejado de ir a por ella.

No pasó ni un segundo antes de que la puerta del cuarto de aseo estallara hacia adentro con un estruendo seco, doblándose como si fuera cartón mojado.

El errante intentaba alcanzarla, lanzando manotazos alocados, cegados por su furia inhumana. Sin embargo, el reducido espacio del cuarto y la puerta doblada sobre Oribita le estorbaban.

Oribita, acorralada, se defendía a patadas. Su espalda estaba pegada por completo a la pared del armario, sin posibilidad alguna de esconderse más.

Los movimientos torpes de ambos derribaban las herramientas en el interior. En un manotazo del errante, un palo de escoba se partió con un crujido seco. Al principio, aquello no marcó ninguna diferencia, pero en una de las patadas de pánico de Oribita, el filo astillado del palo roto se incrustó bajo la garganta de la criatura.

El errante no emitió sonido alguno. Sangre comenzó a escurrir de su garganta, y, sus intentos por alcanzar a la chica, por un momento, parecieron carecer de fuerza, como si aquella arma improvisada estuviera tocándole algún punto débil.

Fue imposible no notar aquello.

Oribita, con el corazón latiéndole a mil por hora, volvió a patear aquel palo astillado. La escoba rota volvió a clavarse, y con cada patada, era empujada más adentro. El leve chorro de sangre se convirtió en una cascada de fluidos pegajosos y horriblemente espesos que la salpicaron. Primero en los brazos, luego en todo el cuerpo.

De pronto, la criatura dio un espasmo distinto; un temblor anormal. Sus movimientos se volvieron más lentos, como si algo dentro de él comenzara a apagarse. Oribita lo supo. No con certeza racional, sino con un instinto salvaje que le indicaba que aquello estaba funcionando.

Así que lanzó una última patada, brutal, desesperada, con todo el peso de su cuerpo.

El extremo astillado del palo se hundió por completo. Desde la garganta, atravesó carne y hueso podrido hasta romper con un sonido húmedo la base del cráneo.

Aquel crujir fue acompañado de los brazos del errante, cayendo como cuerdas recién cortadas. Su cuerpo se desplomó de rodillas y luego se venció hacia un lado, muerto.

Oribita gritó de horror, de asco, de agotamiento... Pero no se movió.

El impacto final había hecho estallar una última ráfaga de sangre que empapó su rostro. Y, aunque aquella sustancia no tenía ningún olor, el asco le invadió la garganta, haciéndola toser, vomitar y llorar.

Sus lágrimas se mezclaron con la sangre. Su llanto fue silencioso, casi infantil.

No tuvo tiempo para seguir llorando, ni para pensar más. Ni siquiera para respirar con calma.

Desde el fondo del pasillo, se escucharon nuevos rugidos. Más errantes se aproximaban, atraídos por el forcejeo.

Su pequeña victoria había tenido un costo muy alto.

Oribita se puso de pie como pudo. La pierna entumecida apenas respondía, pero no le daba opción. El cuerpo le seguía doliendo y las lágrimas seguían marcando surcos sobre su rostro lleno de sangre. Aun así, corrió con pasos torpes, tambaleándose, arrastrando su sombra entre las luces parpadeantes.

El pasillo le pareció eterno, un laberinto sin salida. Golpeó puertas cerradas, una tras otra, suplicando con el alma que alguien la ayudara. Empujó, jaló, pateó, pero nada. Todas resistían. Todas estaban selladas como tumbas.

Entonces, en el reflejo de una de las ventanas, alcanzó a ver un rostro al otro lado del cristal; una alumna joven, asustada, con los ojos abiertos de par en par.

Sus miradas se cruzaron, separadas por el vidrio. Y en ese instante, Oribita supo que aquella chica no abriría la puerta. No debía hacerlo, no podía. Porque lo que la joven veía frente a ella ya no era solo una alumna más, sino algo irreconocible; una figura temblorosa, con la ropa empapada de sangre y el rostro pálido deformado por el pánico. Oribita parecía estar muerta. O a punto de estarlo.

No la culpó por negarse.

Siguió corriendo, aunque ya no sabía por qué ni hacia dónde. Cada uno de sus pasos era más lento, más inútil, como si la escuela se hubiera convertido en un ciclo cerrado del que no podía escapar.

De pronto, una familiaridad llegó a su mente. El pasillo, las paredes, y el sonido lejano del goteo le hicieron saber que había vuelto. Estaba justo donde la persecución había comenzado.

Se dejó caer, como si el alma se le hubiera escapado por completo. Su espalda chocó con la pared de un salón que estaba detrás, y se deslizó hasta el suelo, con las piernas vencidas y los ojos inundados de lágrimas.

Entonces, cerró los ojos y deseó que todo acabara. Que el final llegara rápido.

Pero una mano que surgió desde la oscuridad detrás de ella interrumpió su rendición.

Se posó sobre su boca con firmeza, sin violencia, pero con autoridad. Otra más se deslizó bajo sus axilas. No tuvo tiempo de gritar ni de reaccionar. En un solo movimiento, ambas manos la elevaron hacia una de las ventanas entreabiertas del aula a su espalda y fue absorbida hacia adentro.

Entonces, el cristal volvió a cerrarse.

Oribita no gritó ni se resistió. Sus ojos permanecieron cerrados.

Y en lo más profundo de su mente... Solo deseaba estar muerta.

DÍA 5

El tiempo pasó, aunque Oribita no lo sintiera.

Sumida en un letargo pesado, su cuerpo apenas se mecía con suaves movimientos, como una hoja arrastrada por una corriente invisible.

El dolor era difuso, general, extendiendo en cada centímetro de su ser. Le dolían los hombros, la espalda, las piernas, los pies, incluso los párpados los sentía pesados, como si cargaran con todo el miedo de la noche anterior.

El zarandeo se hizo más insistente, pero ella no abría los ojos. Algo, o quizá alguien, agitaba su cuerpo con firmeza, pero sin brusquedad.

Una voz, lejana al inicio, rompió la bruma de su inconsciencia. Era una voz que conocía, que había escuchado en momentos de calma, cuando todavía existía la calma. Una voz que pronunciaba su nombre, suplicando por ella.

—¡Oribita!

La palabra la sacudió por dentro, más que el meneo físico. Y entonces, sus párpados cedieron.

Tenues rayos de luz se filtraron entre sus pestañas mientras su visión se iba aclimatando. Frente a ella, hincada, estaba Eris, con el ceño fruncido y el rostro encendido de preocupación, sujetándola aún de los hombros, temblando levemente.

Oribita intentó incorporarse, pero antes de lograrlo por ella misma, los brazos de Eris la jalaron, envolviéndola en un fuerte abrazo. Ella le respondió, con una necesidad que no pensó que aún tuviera.

Aquella era la primera vez que compartían algo más que palabras o gestos de pánico.

—Estás viva... —susurró Oribita, con la voz rota, tan cerca del oído de Eris que apenas fue un soplo.

—Sí... y me alegra que tú también lo estés —respondió Eris con ternura, aunque pronto comenzó a apartarse para dejarla respirar.

Oribita se apartó también, y en ese instante, notó que su camisa estaba completamente desabrochada. Tenía el torso al descubierto y su sujetador a la vista. Su piel estaba cubierta de manchas secas y mugre.

Sintió el calor encenderle el rostro como una llamarada, y se cubrió instintivamente con los brazos antes de comenzar a abotonarse con torpeza.

—¿Q-qué? ¿Por qué tenía la camisa desabrochada? —preguntó, con voz temblorosa, incapaz de sostenerle la mirada a Eris.

—Tenías la ropa llena de sangre... Solo queríamos asegurarnos de que no estuvieras herida —respondió Eris, tranquila, sin apartar la vista.

«Queríamos»

Oribita se quedó con esa palabra resonándole en la mente. Entonces alzó la vista, curiosa, mirando alrededor. Fue ahí cuando la vio.

Una silueta se iluminaba por una de las ventanas. Era alta, más que cualquiera de sus compañeras. Delgada, como ninguna otra. Su piel morena y tersa contrastaba con el cabello negro y lacio que caía en silencio por su espalda.

Desde su lugar en el suelo, Oribita la veía aún más imponente. Y, aunque no había dicho una sola palabra, su sola presencia llenaba el salón.

—¿Q-quién es ella...? —preguntó Oribita, nerviosa, mientras abrochaba el último botón de su camisa.

Antes de que Eris pudiera responder, la chica dio un paso al frente.

—Soy Eupa —dijo, con voz seca.

Oribita guardó silencio.

—Ella me salvó a mí... y también a ti —añadió Eris, con un tono más suave.

El cabello de Oribita apenas se agitó cuando asintió ligeramente con la cabeza. En ese instante, una nueva incógnita se formuló en su mente.

—Eris... Nos perdimos. ¿Cómo me encontraron?

Eris bajó la mirada y suspiró antes de responder. La culpa pesaba en sus palabras, aunque tratara de disimularla.

—Me di cuenta tarde de que ya no corrías conmigo. El errante fue detrás de ti... imagino que porque eras la más cercana. Corrí, pero no podía regresar. Entonces... escuché un golpe en una ventana. Me giré y fue ahí cuando vi a Eupa.

Guardó silencio por un instante, reorganizando el recuerdo.

—Entré aquí con ella. Cuando te vimos pasar, tocamos la ventana para que nos vieras, pero, no nos escuchaste, pasaste de largo. Desde entonces estuvimos atentas a tu recorrido por los pasillos. Te seguíamos a través de las ventanas, con la esperanza de que encontraras un refugio. Pero cuando dejaste de aparecer... pensamos que... —su voz se quebró ligeramente, pero se recompuso enseguida—. Bueno... afortunadamente te recargaste justo en la pared de esta aula. Entonces Eupa abrió la venta y te arrastró adentro.

Oribita no dijo nada al inicio. Tan solo tragó saliva con esfuerzo, cerró los ojos y respiró hondo. Sus palabras emergieron en un

susurro cargado de cansancio.

—Gracias a las dos... por salvarme.

Aquello distaba de ser un agradecimiento cargado de sentimiento genuino, simplemente se trataba de una muestra de educación vacía de emoción. Todo lo que había vivido la llevaba a cuestionarse si de verdad valía la pena seguir respirando, pero apreciaba el gesto de quien lo había hecho posible.

Eris asintió con suavidad al agradecimiento, sin añadir más.

—Deberíamos volver ya —murmuró Oribita—. Larisa y Aitné deben estar preocupadas.

Pero entonces, frunció el ceño, recordándolo.

—¿Y el errante? —preguntó—. El que venía siguiéndome... ¿Dónde está?

—Afortunadamente te desmayaste justo cuando te arrastramos adentro —respondió Eris—. No hiciste ruido. Ninguna de nosotros lo hizo.

Eupa intervino desde el otro lado del aula, con voz clara.

—Esas cosas, si no reciben estímulos, suelen quedarse quietas. Cuando cerramos la ventana y las cortinas le bloquearon la vista, simplemente se quedó ahí, inmóvil, hasta que comenzó a salir el sol. Entonces se fue. —dijo mientras se agachaba para buscar algo entre unos muebles al fondo—. Pero, aunque parecen ser sensibles a la luz, también las he visto activas durante el día.

Eris parpadeó, incrédula.

—¿De verdad? Creíamos que durante el día se ocultaban o algo por el estilo.

—Sí, es en serio —afirmó Eupa, sin emoción, mientras se acercaba con paso ligero y preciso. En sus manos traía dos pequeñas barras

integrales que entregó sin ceremonias. Una para cada una—. Salgo seguido. Estas aulas están aisladas. Aun así, he visto más de lo que quisiera —mencionó, y luego se sentó en el suelo, sin prisa.

Eris y Oribita aceptaron la comida al instante. El rugir en su estómago no daba espacio para el orgullo.

Al observarla con la luz del día, Eris se percató de un detalle; su ropa parecía estar impecable en comparación las de ellas. Incluso conservaba la sudadera del uniforme.

—¿Es más tranquilo por aquí? —se atrevió a preguntar, con cautela.

Eupa giró lentamente el rostro hacia ella. Sus ojos, inexpresivos, no parpadearon.

—Sí, lo es. Por eso, como dije, salgo seguido.

—Ya veo... —respondió Eris, bajando la mirada, sin tener el valor de mencionar lo que realmente le había impresionado.

—Salgo por comida y agua. Poco más. No me entretengo más de lo necesario —añadió Eupa, sintiendo la necesidad de aclarar.

Hubo un silencio incómodo, hasta que Oribita lo rompió con un tono más suave.

—¿Y tus compañeros?

—Estoy sola —dijo Eupa, sin titubeo.

—¿Salieron? —preguntó Eris.

—No.

La respuesta, cortante, dejó una tensión suspendida en el aire. Ninguna de las dos se atrevía a preguntar más. Pero al final, la curiosidad de Oribita ganó.

—¿Entonces...? ¿Estás sobreviviendo sola? ¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

No hubo más palabras.

Oribita y Eris se miraron la una a la otra. Después, se concentraron en comer, en masticar con lentitud, intentando prologar cada bocado. Tenían hambre, y no sabían cuándo se volverían a llevar algo a la boca.

Cuando finalmente terminaron, Oribita volvió a preguntar.

—Eupa, ¿dónde consigues qué comer? La cafetería está controlada por Ton y los suyos.

Eris levantó la mirada, atenta a la respuesta.

—Hay formas de tratar con Ton —se limitó a responder, sin levantar la voz.

—¿A qué te refieres? —insistió Eris.

Eupa tardó en responder. Suspiró, desviando ligeramente la mirada, lo justo para observarla desde el rabillo del ojo.

—No importa. —mencionó, seca.

El silencio volvió, tan espeso como el humo.

Aunque agradecidas, Oribita y Eris empezaban a sentir que no eran del todo bienvenidas. Algo en la postura de Eupa, en sus respuestas breves, en sus ojos duros, les dejaba claro que, aunque les había salvado la vida, no estaba interesada en compartirla.

Decidieron que era momento de irse.

Eris se puso de pie, con lentitud, tanteando el equilibrio. Oribita la imitó, aunque lo hizo con una mueca de dolor al incorporarse, sujetándose el costado.

—Eupa, gracias por todo —murmuró Eris—. Pero debemos volver a nuestro refugio.

Antes de que diera un paso, recordó.

—Antes de volver, quisiera preguntarte si has visto a Febe. Es un chico de segundo año, con cabello negro y alborotado. Ni flaco ni gordo.

—Y a Nibiru —añadió Oribita con urgencia—. Cabello negro, no muy largo. Baja estatura, usa lentes... Es de primer año.

Eupa bajó ligeramente la mirada, analizando cada palabra. Luego habló.

—No he visto a Nibiru.

La frase, simple, provocó un leve sobresalto en ambas. Eso significaba que la conocía.

—Y a Febe... lo siento. No lo conozco. Pero por su descripción, podría ser cualquiera del cincuenta por ciento de la escuela —añadió, con frialdad.

Guardó una breve pausa. Entonces reparó en el rostro de Eris, que comenzaba a apagarse lentamente ante la pérdida de esperanza.

Suspiró.

—Sin embargo... hace dos días, mientras estaba en el pasillo sur, mucha gente comenzó a reunirse. Imagino que buscaban el club de béisbol que queda por ahí, no lo sé. Como dije, por la descripción de Febe, podría ser cualquiera... pero, sin duda, había unos cuantos con su apariencia en ese grupo —añadió, más por humanidad que por aportar información.

Eso bastó. Fue suficiente para encender una chispa tenue, pero viva, en el corazón de Eris. Una chispa que la empujaba con urgencia.

—Muchas gracias, Eupa. Tal vez ya no esté ahí, pero quizá encontremos pistas sobre lo ocurrido o su paradero. Cualquier cosa basta —dijo, con impaciencia.

Para entonces su vista se había desviado hacia la puerta, deseando ya estar en camino.

Pero antes de partir, Oribita quiso aliviar su duda.

—Eupa, ¿Conoces a Nibiru?

—Sí. Es de las pocas personas que me hablar —respondió con su recurrente tono cargado de seriedad.

Oribita no insistió, sabía cuándo era suficiente, y, notando la urgencia de Eris, se apresuró a acompañarla.

Ambas se dirigieron a la puerta. Eris extendió la mano hacia la perilla y la giró. Pero justo antes de salir, volvió el rostro hacia Eupa.

—Otra vez, gracias. Por lo de anoche... y por la información que nos diste. Nos vamos —dijo, con una voz suave, cargada de una sinceridad que no necesitaba adornos.

De pronto, una frase más se cruzó entre ellas.

—Oye... ¿No te gustaría acompañarnos? —preguntó Oribita, con tono casual, casi superficial. No era una verdadera invitación, solo un gesto de cortesía. Un modo de no cerrar la escena en frío.

Eupa parpadeó, sorprendida. Luego, calló durante unos segundos, como si estuviera debatiendo en su interior.

Finalmente, suspiró y se puso de pie.

—Sí, ¿por qué no? —dijo, con naturalidad.

Oribita abrió los ojos con sorpresa. No lo esperaba. Ni ella, ni Eris. La actitud de Eupa les había hecho creer que no le agradaban.

—Bien. Entonces... vayámonos —respondió Oribita, con un tono diferente. Algo en ella se había suavizado.

La perilla terminó de girarse por la mano de Eris.

La puerta se abrió con un leve crujido, y las tres salieron. El pasillo las recibió con un silencio extraño, ajeno a todo lo ocurrido.

Eris fue la primera en avanzar, guiando con determinación, aunque sin pronunciar palabra. Oribita la seguía de cerca, aun procesando lo ocurrido, con la mirada fija en los pasos de su amiga. Eupa iba al final, con las manos hundidas en los bolsillos de su sudadera escolar.

En silencio, Oribita desaceleró ligeramente el paso hasta colocarse junto a Eupa. La duda que había quedado suspendida en su mente momentos antes finalmente encontró voz.

—Eupa, ¿cómo sabes que buscaban el club de béisbol?

—No lo sé —respondió sin titubeos—. Dije que lo imaginé... —hizo una breve pausa—. Por Ton. Él y los suyos son, en su mayoría, del club de béisbol. Quizá lo buscaban a él, o quizá buscaban a alguien más, no lo sé. No me acerqué lo suficiente para averiguarlo. Volví a mí aula en cuanto vi cuánta gente se estaba juntando.

No hubo nada más que decir. Oribita asintió en silencio, y ambas continuaron su camino sin cruzar más palabras.

Los pasos de Eris, que hasta ese momento habían conservado una firmeza obstinada, comenzaron a perder convicción a medida que se aproximaban al pasillo que Eupa había mencionado. El suelo, antes inofensivo, se encontraba manchado por rastros oscuros que inconfundiblemente se trataban de sangre seca, en distintas tonalidades. Las paredes no ofrecían refugio visual; estaban salpicadas por los mismos tonos pardos, con marcas de manos que parecían resistirse.

El corredor entero era una nube pesada, cargada de un silencio malsano que alteraba cada una de sus emociones.

Eris no podía creer que ese era el camino. Tragó saliva, y, forzándose a mantenerse serena, hizo una pregunta.

—Hem... Eupa, ¿por dónde queda el club de béisbol?

Su tono fue seco, casi cortante. Un intento de cubrir la grieta emocional que comenzaba a abrirse en su interior. Quería aferrarse a la esperanza, a la idea de haberse equivocado de camino.

Eupa la miró en silencio, con un dejo de desconcierto al principio, pero pronto comprendió. Supo, sin necesidad de más palabras, que Eris le pedía una mentira, una dirección distinta, que le señalara un error en el camino. Pero no podía dárselo.

Sin pronunciar nada, inclinó levemente la cabeza, señalando con la barbilla aquel pasillo estrecho que se abría a su derecha.

El olor las alcanzó en ese instante. Era agrio, un vapor invisible que se pegaba a la garganta y al alma. El pasillo, largo y sombrío, parecía no tener final. Aquel corredor, ahora teñido de muerte, había sido testigo de algo monstruoso, carente de toda humanidad.

Eris volteó hacia el lugar, y su vista se nubló por un momento. Todo su cuerpo tembló, sutil, pero constante. Un miedo que había estado suprimiendo desde que salieron, el día anterior, comenzó a germinar dentro de ella, cruel y silente.

Oribita, movida por un impulso que ni siquiera comprendió, se adelantó. Dio un paso, luego otro, hasta que el cuadro se reveló. Y entonces se detuvo, con los ojos abiertos como si algo hubiera explotado dentro de ella. Un grito intentó escapar de su garganta, pero fue ahogado, forzado a morir antes de nacer. Se llevó las manos a la boca, como si pudiera impedir que aquel horror le entrara por la piel, por la vista, por los recuerdos.

Eris seguía quieta, clavada al suelo, incapaz de moverse.

Eupa pasó a su lado, sin prisa, y se detuvo junto a Oribita. Lo que vio no le arrugó el rostro. No hizo mueca, no frunció el ceño. Su expresión permaneció igual de natural, pero, aun así, llevó una mano a su rostro, cubriendo nariz y boca. No por horror, por necesidad. El olor era demasiado fuerte, incluso para alguien como ella.

Finalmente, Eris reunió el valor que le quedaba y avanzó. Cada paso parecía dolerle, como si sus piernas fueran de cristal a punto de romperse.

Llegó junto a las otras dos, y entonces, lo que vio hizo que su alma cayera al suelo.

Cadáveres. Demasiados. Tantos como para llenar el aire con sus voces apagadas. Pero no eran como los de la cafetería, no había errantes ahí, ni rastro de caos provocado por una amenaza externa. Solo alumnos. Todos muertos, despedazados.

La sangre cubría el piso como una alfombra nueva. Había cuerpos que aún conservaban su forma, pero lo que se había hecho con ellos era otra cosa. Rostros destrozados, cráneos hundidos, torsos abiertos, ojos fuera de órbita, costillas atravesando la piel, miembros en ángulos imposibles, espasmos congelados en la muerte. Aquello no había sido una pelea. Había sido una carnicería.

Una entre iguales.

La escena se sentía más cruel, más aberrante, precisamente por eso. No había invasores externos. Todo eso lo habían hecho ellos mismos, con sus propias manos.

Eris sintió que el estómago se le retorcía, pero no lloró, no gritó. Tan solo se obligó a avanzar por el pasillo cargado de muerte, con pasos rígidos que buscaban ganarle segundos al dolor.

Comenzó a buscar alguna señal. Lo que Eupa le había dicho antes le había dado una ligera esperanza, pero ahora, en cambio, anhelaba no hallar rastro alguno de Febe en ese lugar.

Revisó los cuerpos sin mirar del todo. Su mano cubría la mitad de su rostro, buscando detener el hedor. Algunos cuerpos los giraba apenas con la punta del pie, sin delicadeza. No por desprecio, sino por terror a encontrarse con algo que no quería.

Entonces se detuvo.

El mundo se inclinó en silencio mientras su corazón, que hasta entonces había estado palpitando frenético, se detenía de golpe. En el suelo, boca arriba, un cuerpo yacía con medio rostro irreconocible. La otra mitad conservaba apenas la forma de un ojo fuera de sitio, petrificado, como si en el instante final no hubiera tenido tiempo de cerrarse. Un brazo roto, desarticulado, se extendía en una dirección absurda, cubriendo el vacío, como un último e inútil intento de defensa.

Se dejó caer de rodillas al sentir que las piernas ya no le respondían. El suelo la reclamó, al igual que al peso de su dolor.

Las lágrimas no tardaron. No hubo ruido ni drama, tan solo un amargo silencio.

Apretó los labios con fuerza. Una línea de temblor cruzó sus mejillas. Entonces, con manos temblorosas, comenzó a rebuscar entre los restos de aquel cuerpo, deseando no encontrar lo que buscaba.

Le desabrochó la camisa con manos rotas por el miedo, y ahí estaban; dos lunares sobre el pectoral izquierdo, dos pequeñas constelaciones que ella conocía mejor que cualquier cielo nocturno.

No había duda. Era Febe, su amigo, su cómplice. Su amor jamás confesado.

No gritó, no cayó sobre él, no suplicó al cielo ni maldijo a la tierra. Solo bajó la cabeza y se permitió llorar con la respiración entrecortada, como si el aire le faltara.

Entonces, su espíritu se quebró. Su corazón no fue capaz de seguir soportando todo lo vivido, todo lo perdido.

Pensó en cada paso compartido junto a Febe, en cada charla trivial que ahora le parecía un tesoro. Pensó en bromas internas, en las miradas cómplices, en los silencios compartidos sin incomodidad.

Pero, sobre todo, pensó en lo que no le dijo.

En esas palabras que se le habían podrido en la garganta, que nunca se atrevió a pronunciar por miedo, por orgullo, o por no arruinar lo que ya era perfecto.

Y entonces, su llano se volvió sonoro, desgarrador.

Su rostro se contorsionó bajo un dolor tan crudo, tan primitivo, que parecía gritar por cada célula rota en su interior. Cayó sobre el cuerpo sin vida de Febe, lo abrazó con desesperación, sin asco, sin temor, como si aún pudiera devolverle el alma con el calor de su pecho.

La mitad del rostro destrozado del joven se apoyó contra su camisa, dejando una mancha oscura, pegajosa, tibia. Pero Eris no se movió.

Sus manos se aferraron a su espalda, con el incesante deseo de volver a escuchar su corazón latir. De su boca escaparon gritos dolosos que resonaron en el pasillo como lamentos de ultratumba.

Oribita no soportó verlo más.

Sintió el dolor como si fuera propio. Lloró por Febe, por ese nuevo amigo que nunca alcanzó a serlo del todo. Pero lloró aún más por Eris, por verla así.

Para Oribita, Eris era como una montaña; firme e invencible. Una líder silenciosa que, con su temple, le daba estructura a lo incierto. Y ahora, esa montaña se desmoronaba. Pedazo a pedazo. Grito a grito.

Se acercó. La vio cubierta de sangre, vísceras y lágrimas. Entonces la abrazó por detrás, sin pensarlo.

Se manchó también, pero no le importó.

Apoyó su mejilla contra el hombro tembloroso de Eris mientras la rodeaba con los brazos. Ambas temblaban, ambas lloraban. El llanto de una alimentaba a la otra.

Eupa observaba desde la distancia. Sus ojos recorrían la escena sin emoción aparente, pero por dentro, algo le oprimía la garganta. No era incomodidad, tampoco debilidad. Era humanidad, escondida bajo capas de hielo. Pero no dijo nada. Les permitió llorar, romperse, despedirse.

Pero el momento no podía durar para siempre.

Un ruido interrumpió su atención. No lo escuchó con claridad, pero estaba ahí. Un eco en la lejanía, tan bajo que parecía esconderse entre los cadáveres.

Entrecerró los ojos, ladeó la cabeza, analizó. El llanto de Eris, el temblor de sus voces, todo era demasiado escandaloso, demasiado llamativo.

Y entonces lo supo. Debían irse.

—Hay que irnos ya —dijo, en voz alta, sin voltear, con los ojos puestos en el pasillo.

Ninguna respondió. Oribita aún lloraba. Eris, estaba desconsolada.

Eupa frunció los labios.

—Oigan... debemos irnos —repitió, alzando más la voz, con urgencia.

Nada. La muerte había silenciado todo, excepto el dolor.

—¡Oribita! —llamó, con firmeza.

Oribita alzó el rostro. Sus ojos empapados en lágrimas se encontraron con los de Eupa. No respondió con palabras, pero en su mirada temblorosa había atención.

—Algo viene hacia acá. Quizá errantes —anunció con rapidez, cortante.

—¿Qué...? —mustió Oribita, aún con el temblor en la garganta.

Agudizó el oído y contuvo la respiración. Entonces pudo escuchar los pasos que se aproximaban

—Sí... sí. Lo escucho —añadió, en voz baja.

Se incorporó con dificultad, con el alma hecha pedazos, y buscó tomar a Eris por los brazos.

—Eris, debemos irnos —le dijo, con ternura quebrada, intentando que su dolor se tradujera en empatía.

Pero Eris no se movió, seguía aferrada al cadáver de Febe.

—¡Debemos darnos prisa! ¡Rápido! —exclamó Eupa, cada vez más tensa, con el cuerpo preparado para correr en cualquier momento.

Oribita intentó tirar de Eris de nuevo, pero ella se resistió, sacudiéndose con fuerza.

—¡No! ¡Déjame! —gritó con una mezcla de furia y desesperación. Parecía estar fuera de sí misma.

—Hay que irnos, ¡Ya! —repitió Eupa, con voz dura, sin dejar lugar a discusión.

Pero Eris continuó sin reaccionar.

Eupa dio un paso hacia atrás, luego otro. Sus ojos se mantuvieron fijos al fondo del pasillo. La sombra de la amenaza ya se alcanzaba a percibir, y a cada segundo crecía.

Iba dejarlas.

Giró sus talones con decisión para volver por el pasillo por el que habían llegado, pero entonces se detuvo.

Su mandíbula se tensó.

—Maldita sea... —murmuró entre dientes, envenenada por la impotencia.

Entonces volvió sobre sus pasos con rabia y se agachó sin pedir permiso junto a Oribita, comenzando a jalar a Eris entre las dos.

Les costó trabajo, pues su cuerpo se resistía con una fuerza nacida del dolor, aferrándose al cuerpo Febe como si aún pudiera traerlo de vuelta. Sus rodillas raspaban contra el suelo mientras gritaba y lloraba, suplicando por regresar. Para Oribita y Eupa, arrastrarla era como forcejear con una niña en plena rabieta, aunque la escena estuviera bañada en sangre y muerte.

El pasillo, pegajosos y áspero les robaba fuerzas en cada paso, y el alma de Eris parecía quebrarse aún más con cada metro de distancia.

Al principio, sus piernas eran un peso muerto, pero poco a poco comenzaron a responder. No por convicción, sino por reflejo, por un instinto ciego que se aferraba a la vida. Primero se arrastraba con torpeza, luego con un ritmo tambaleante, hasta que sus pies terminaron por seguir la carrera.

Fue entonces cuando la carga se alivió para Eupa y Oribita. Eris aún lloraba, pero corría.

No hizo falta ver lo que venía detrás para saberlo, los delató el eco de sus gritos guturales e inhumanos. Errantes. Y cada vez más cerca.

—¿A dónde vamos? —preguntó Oribita, entre jadeos. Apenas capaz de coordinar su mente con sus pies.

—A mí aula —respondió Eupa, con la voz entrecortada por el esfuerzo.

Doblaron en la izquierda, sin detenerse. El sudor les recorría el cuello. El corazón golpeaba fuerte, como si advirtiera de un peligro inminente.

Pero en cuanto comenzaron a adentrarse en el pasillo que conducía al salón, Eupa se detuvo de golpe.

Un par de errantes ya venían por ahí. Al verlas, se alzaron con movimientos irregulares y comenzaron a correr, lanzando chillidos desgarradores que les resonaron en la mente.

—¡Mierda! ¡Mierda! —exclamó Eupa, girando sobre sí misma con tanta brusquedad que casi se cayó. Luego, empujó a Oribita y Eris hacia el lado contrario—. ¡Por allá!

Las tres cambiaron su dirección abruptamente. Eris tropezó, pero Eupa la sostuvo del brazo sin detenerse.

Sus pies golpeaban el suelo con fuerza, sus respiraciones eran jadeos desordenados. Cada vez más cerca, los pasos de los errantes retumbaban con garantía de una muerte segura.

—¡Por las escaleras! —gritó Oribita, apuntando hacia una puerta lateral entreabierta.

Las demás la vieron y asintieron. Se lanzaron hacia allí, derrapando con torpeza al girar.

Empujaron la puerta con el hombro y descendieron a toda velocidad por las escaleras de servicio, donde la luz era tenue, casi ausente. La humedad del suelo hacía todo más resbaloso.

Uno de los errantes las siguió, tambaleante, estrellándose contra la barandilla, rugiendo como un animal herido. Después, comenzó a seguirlas muy de cerca.

Eupa pensó rápido.

—¡Cuidado! —gritó, y en un acto desesperado, tomó un viejo extintor colgado en la pared, lo liberó de su anclaje y lo lanzó escaleras atrás. El objeto impactó contra la criatura que iba bajando, haciéndolo tropezar y caer rodando por los escalones.

—¡Sigue! —ordenó con firmeza.

Las tres salieron del otro extremo de las escaleras, emergiendo a un pasillo lateral del edificio.

Los sonidos parecieron un poco más distantes. Los errantes parecían haberse desorientado ante la oscuridad de la escalera, o haber tomado otro camino. Pero no todos. Algunos seguían bajando, buscándolas.

—¡Por aquí! ¡Nuestra aula! —jadeó Oribita.

No necesitaron más. Corrieron por el pasillo como si cada paso fuera el último, con una desesperación que las sobrepasaba.

No tardaron mucho hasta que alcanzaron a visualizar a la distancia el lugar que Oribita había mencionado.

Apenas estuvieron cerca, Eris y Oribita comenzaron a gritar desde afuera con desesperación.

—¡Larisa! ¡Aitné! ¡Abran la puerta! —gritaron casi al unísono, entre sollozos y jadeos.

Desde adentro, Aitné apenas alcanzó a quitar el seguro cuando la puerta se abrió de golpe. Había sido empujada con violencia. Oribita había envestido la entrada con el hombro, abriéndola por completo.

Las tres se precipitaron al interior con urgencia. Eupa, con una rapidez brutal, cerró la puerta en cuanto cruzó y colocó el seguro. La traba de metal chirrió, cediendo un poco, floja y desgastada.

La reacción inmediata fue el silencio. Uno casi absoluto, solo interrumpido por las respiraciones pesadas y agitadas de las recién llegadas.

Eris, al sentirse al resguardo de aquellas paredes, junto a sus amigas, se dejó caer de rodillas al suelo. Su cuerpo tembló y las lágrimas volvieron a brotar, arrastradas por un dolor que le comprimía el pecho.

Apenas unos metros las habían separado del desastre. Los errantes que las perseguían se habían detenido, atrapados en la frontera invisible que imponía la luz. El ventanal, en el extremo

opuesto del aula, bañaba el pasillo con un resplandor que, sin que ellas lo supieran, les había salvado la vida.

Larisa y Aitné se miraron un instante antes de volver la vista hacia Eris. Aquella escena era dolorosa. En todos sus años de amistad, pocas veces la habían visto tan rota.

—¿Q-qué pasó? —preguntó Larisa, dirigiendo la pregunta a Oribita.

Oribita la miró con los ojos a punto del llanto, pero no respondió. Tragó saliva, y el gesto le raspó la garganta.

La mirada de Larisa, exigente, aunque muda, pedía una respuesta. Entonces se giró hacia la figura de Eupa. Nunca la había visto antes, pero su expresión hablaba más que cualquier presentación.

Eupa sostuvo la mirada de Larisa un par de segundos, aun jadeando por la carrera. Luego la apartó. Sabía que no era ella a quien le tocaba contar lo ocurrido.

No hacía falta saber qué había pasado para comprender el dolor.

Aitné fue la primera en acercarse. Se arrodilló junto a Eris y la abrazó sin decir palabra. Larisa, aún paralizada por el impacto, lo hizo segundos después. Ninguna de las dos lloró, no por indiferencia, sino por el shock. Era la intuición de que, si Eris estaba así, algo horrible había pasado.

Oribita, aún agotada, apoyó la espalda en la pared y se dejó caer lentamente hasta quedar sentada en el suelo. Su respiración se estabilizaba poco a poco. Sus ojos seguían húmedos, pero no brotaban lágrimas.

Eupa, incómoda, sintiéndose como un cuerpo extraño en medio de ese dolor íntimo, imitó el gesto de Oribita y se sentó también, apartando la vista.

Sedna, como un espectro silencioso, había presenciado todo desde su lugar habitual. No habló, no intervino, pero su mirada clavada con

frialdad sobre Eupa era inequívoca. No le agradaba que ella estuviera ahí.

Pasó un largo rato antes de que la calma regresara. Pero no era una calma real, era una falsa, superficial. Un tipo de silencio que no nace de la paz, sino del cansancio.

Nadie se había atrevido a hablar. Lo único que llenaba el aula eran los sollozos entrecortados de Eris, que, poco a poco fueron debilitándose hasta que se apagaron del todo cuando el dolor la venció y cayó dormida.

Larisa y Aitné permanecieron a su lado. Con cuidado, la movieron un poco hacia una esquina del aula, lejos del paso, procurando que no quedara tan expuesta. Fue entonces cuando Aitné, aún arrodillada junto al cuerpo dormido de su amiga, alzó la voz por primera vez.

—Ahora sí, ¿qué pasó allá afuera? —preguntó con todo firme, sin rodeos.

Oribita y Eupa no respondieron. Se miraron, pero ninguna dijo palabra. Fue Sedna quien rompió ese nuevo silencio, con una voz cargada de desdén.

—Supongo que algo muy malo... lo suficiente como para haber traído a la rara —mencionó, con los ojos aún clavados en Eupa.

—Cállate, Sedna. Nadie está hablando contigo —respondió Aitné, sin disimular su fastidio.

El enojo, en su caso, era una forma de no quebrarse. Una armadura improvisada.

—Si hubiera sabido que estabas aquí, no hubiera venido —replicó Eupa con frialdad, sin siquiera mirarla.

—Tú... —Aitné apretó los labios. Luego, suspiró hondo—. No le sigas el juego a esa estúpida —dijo, bajando la voz. Sabía que Eupa no tenía la culpa de nada.

De pronto, Larisa, con voz baja, interrumpió la tensión.

—¿Se trata de Febe... y Nibiru?

Oribita alzó la mirada, y en sus ojos se dibujó la culpa, tan nítida como una confesión.

—Solo de Febe... —murmuró. Su voz se quebró al decirlo.

—Oh... —susurró Larisa.

Se llevó la mano al pecho y se dejó caer lentamente contra la pared. Sus ojos se humedecieron, pero no lloró.

Aitné bajó la cabeza.

—Lo imaginé —dijo en voz baja—. Ver a Eris así... era de esperarse.

Guardó silencio unos segundos.

—¿Por qué... no siento nada? —preguntó al aire, como si buscara una respuesta que no sabía si quería escuchar—. Pensé que al confirmarlo me rompería en llanto, pero...

Su voz se quebró. Sus ojos brillaron. El silencio se impuso de nuevo, pesado como el dolor que ninguna sabía cómo nombrar.

Eupa, con voz más suave, rompió la pausa.

—Estos días... todas hemos tenido demasiado. Es tanto lo que sentimos que, a veces... simplemente dejamos de sentir.

Mencionó sin reproche, pero con empatía genuina.

Aitné no alzó la vista. Solo se escuchó cómo aspiraba por la nariz, conteniendo lo que no podía expresar con palabras.

El silencio volvió a ceder sobre el aula, pesado, interminable.

Entonces, Aitné lo quebró con su voz. No porque el dolor hubiese menguado, sino porque los pensamientos de cada una, agotadas, se

replegaron momentáneamente cuando la quietud se vio interrumpida.

—Febe era muy hiperactivo... Si estuviera aquí, encerrado con nosotras, probablemente ya se habría vuelto loco. O estaría haciendo alguna estupidez para pasar el rato —murmuró, casi como un intento torpe de consuelo.

Hablar de él era su forma de procesar la ausencia. De no dejarse arrastrar por la tristeza.

Larisa asintió con una sonrisa tenue, casi nostálgica.

—Sí... A veces su energía era su peor enemigo. Como aquella vez que se le zafó la rodilla jugando fútbol. Quiso patear con fuerza, pero falló, y con la velocidad que traía... la pierna se le dislocó.

Rio brevemente al recordarlo, y Aitné la siguió con una risa corta, teñida de melancolía.

—Lo recuerdo. Cuando sus padres vinieron por él, lo regañaron delante de todos. Decían que cómo era posible lesionarse de una forma tan ridícula.

Ambas compartieron una risa fugaz, como si el recuerdo tuviera aún calor, aunque distante.

Oribita, que había escuchado en silencio, dibujaba una sonrisa en su rostro. Una que era usada para no parecer fuera de lugar. Una que se notaba falsa si se miraba con atención.

Larisa lo notó.

—Tal vez es una pregunta tonta, pero... ¿Estás bien, Oribita?

Oribita suspiró, larga y pesadamente.

—Han pasado tantas cosas... —volvió a suspirar—. Y después de lo que pasó hoy, solo... bueno. Nibiru sigue sin aparecer.

Las palabras le salieron sinceras, quebradas. Se trataba de una necesidad por ser escuchada.

—Lo sé —respondió Larisa, con suavidad— No lo hemos olvidado.

—El hecho de que no la hayan encontrado deja abierta la posibilidad de que esté viva —añadió Aitné, sin mucha seguridad.

—Tenía la esperanza de que al regresar estuviera aquí, en el aula... esperándonos. Pero no fue así —dijo Oribita. Su voz se quebró ligeramente al final—. Solo espero que esté bien.

Las tres guardaron silencio. No porque se hubieran quedado sin pensamientos, sino porque no sabían cómo ponerlos en palabras.

La pausa se alargó lo suficiente como para volverse incómoda, hasta que Larisa, quizá buscando aliviar el ambiente, o simplemente por cortesía, cambió de tema.

—Y... ¿Cómo te llamas? —preguntó, dirigiéndose a Eupa, con un tono amable.

Eupa dudó un segundo antes de responder, como si evaluara si valía la pena decirlo.

—Soy Eupa —dijo al fin, con firmeza, aunque sin hostilidad.

—Oh. Es un nombre muy... original —comentó Larisa, intentando sonar neutra, aunque en su expresión se reflejaba cierta extrañeza.

—Ese no es su nombre —intervino Sedna, con voz seca—. Su nombre real es mucho peor —añadió, con desprecio.

Sedna no era cercana a ninguna de ellas, pero con Eupa parecía tener un resentimiento particular. Uno que no necesitaba contexto para notarse. Le caía mal. Genuinamente mal.

—Sedna, por favor... cállate —dijo Aitné, sin disimular su molestia.

—¿Callarme? ¿Por qué? Solo digo la verdad. Ella les está mintiendo, y aun así me atacan a mí, ¿en serio? —respondió Sedna,

ofendida, sin comprender por qué la recriminaban.

Pero Eupa no le dio más espacio.

—¡Eupa sí es mi nombre! —interrumpió de golpe.

La chica, que hasta entonces se había mostrado ajena y distante a la mayoría de los roces sociales, dejaba entrever, por primera vez, una grieta en su escudo. Sedna lograba irritar incluso a quienes rara vez reaccionaban.

—Solo que... es un diminutivo —añadió después, bajando la voz con cierta vergüenza.

No le gustaba dar explicaciones, pero entendía que, si no lo hacía, Sedna se encargaría de hacerlo por ella.

—¡Ja! Se los dije —triunfó Sedna, con una sonrisa ladeada. Su tono no intentaba aclarar nada, sino imponerse.

Eupa suspiró, y, por primera vez, su postura se vio menos firme.

—Me llamo Euporie... —murmuró con desgano. Luego, bajó la mirada—. Eupa es el diminutivo que me pusieron... así que lo uso.

Su voz, siempre seca, ahora cargaba una pena mal disimulada.

—No te dicen 'Eupa' por cariño —intervino Sedna, saboreando cada palabra con crueldad—. Te dicen Eupa porque es menos horrible. Así no tienen que pronunciar la tontería que llevas por nombre cada vez que se refieren a ti... Euporie —remató, escupiendo el nombre con puro veneno.

—¡Basta ya! —estalló Oribita, poniéndose de pie con un golpe de impulso.

El ambiente se tensó de inmediato.

—Sedna, más vale que te calles de una vez... porque para la próxima, no respondo —advirtió con firmeza.

Sedna se quedó muda por un instante. Sus ojos se abrieron con sorpresa.

Oribita, que hasta ese momento había sido la más diplomática, acababa de dejar en claro que su paciencia tenía un límite.

Entonces, una sonrisa nerviosa e involuntaria escapó de Sedna.

—Je. Ni creas que...

Pero no alcanzó a terminar la frase.

Aitné se levantó de golpe y cruzó el aire entre ellas dos con una cachetada seca, precisa. Un chasquido rotundo que pareció romper algo más que el silencio.

—Cállate ya —dijo con voz grave, sin gritar—. Eres la manzana podrida de este grupo. Si fuera tan despreciable como tú, ya te habría echado para que esas malditas cosas te despedazaran allá afuera. Pero no, soy tan estúpida que siento lástima por una persona tan miserable e inútil como tú.

Guardó silencio solo un segundo. Lo justo para que cada palabra clavara su aguijón.

—Y si no te arrojo ahora, es porque, con suerte, algún día podrías servir como carnada mientras escapamos —concluyó, harta, con firmeza.

Sedna se quedó congelada. Su mano temblaba sobre la mejilla enrojecida y ardiente. No respondió, no podía. Desvió la mirada, y aunque nadie en esa habitación lo sabía con certeza, lo cierto era que debajo de todo aquel cinismo agresivo, Sedna era profundamente sensible. Su actitud desafiante no era más que un escudo, una barrera desesperada para ocultar la debilidad de su alma.

Aitné soltó un suspiro largo, se giró sin mirar a nadie y volvió a sentarse junto a su hermana y Eris, quien seguía dormida.

—Perdón... por causar molestias —dijo Eupa en voz baja, agachando la cabeza. No supo qué más decir.

—No, no, Eupa —respondió Larisa de inmediato—. Esto no es culpa tuya.

Entonces su rostro giró en dirección a Sedna, quien seguía inmóvil, muda, humillada.

—La verdad es que... ya nos tiene hartas a todas —añadió, sin titubeos.

Oribita volvió a sentarse también, acomodando su falda con torpeza.

El tejido endurecido por la humedad y la sangre del día anterior ofrecía resistencia a cada pliegue. No se había secado bien después de haberse empapado en aquel charco y ahora su textura era áspera y rígida.

Con una mano intentaba alisarla, forzando una caída natural que ya no tenía.

—Oribita... ¿de quién es esa sangre? —preguntó Aitné al cabo de un momento—. No había querido ser impertinente, pero no parece ser tuya. Te ves...entera.

Oribita la observó con cierta distancia, como si aún decidiera si responder.

—Es de un errante —dijo, con voz baja—. Me cayó encima.

Aitné asintió sin más. Pero entonces, Larisa se inclinó un poco hacia adelante, mirando a Eris, dormida a un lado.

—¿Y la de Eris?

La pregunta quedó suspendida por un momento en el aire. Oribita sostuvo la mirada de Larisa, pero no respondió. No hacía falta.

Aitné comprendió de inmediato.

—Entiendo... —dijo, bajando la vista.

Ninguna insistió. No era necesario. Las manchas hablaban por sí solas.

El ambiente en el aula volvía a sentirse pesado. No solo por la tensión emocional, sino porque todas apestaban. El hedor era una amalgama sorda de sudor seco, botes olorosos y ropa sucia.

Afuera, residuos orgánicos en descomposición dejaban en el aire un olor fétido que se les pegaba a la ropa como un recordatorio de que la muerte siempre estaba cerca. Y adentro, la falta de higiene había creado un ecosistema de podredumbre sutil.

A esas alturas, sus narices se habían acostumbrado, como lo hace el cuerpo ante cualquier tortura prolongada. Pero no por eso el olor se había ido. Seguía ahí, latente, aunque nadie lo comentara.

De pronto, el cuerpo de Eris se sacudió con un movimiento suave, esporádico, como si su subconsciente luchara contra algo que no podía nombrar. No fue alarmante, pero sí inquietante.

—Pesadilla, quizá —murmuró Larisa, respondiendo a una pregunta que nadie había hecho.

Sin decir más, su mano se deslizó con lentitud por el cabello enredado de su amiga en una caricia constante y sutil, buscando aplacar con el roce de su mano los horrores que la mente de Eris le proyectaba entre sueños.

Así paso un rato, silencioso, denso. Hasta que un espasmo más violento agitó el cuerpo de Eris, haciéndola dar una patada seca al aire. Por suerte, no golpeó a nadie, pero fue suficiente para arrancarla de su pesadilla.

Sus ojos se abrieron de golpe, como si emergieran de un pozo demasiado profundo.

Tardó unos segundos en ubicarse. Luego, al notar que su cabeza descansaba sobre las piernas de Larisa, se incorporó con cierta

torpeza.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Larisa, en voz baja.

Eris tardó en responder. Su mano se deslizó lentamente por su cabello, aparentando detener el eco de un dolor invisible.

—Me duele la cabeza —dijo—. ¿Cuánto dormí?

—No lo sé... —respondió Larisa con un suspiro—. Ha pasado un rato desde que llegaron, pero no sabría cuánto exactamente. Ya todos nuestros teléfonos se quedaron si batería.

Eris soltó un suspiro largo.

—Últimamente he estado durmiendo demasiado...

—Sí. Todas lo hemos hecho —añadió Aitné.

—Desnutrición, ansiedad, cansancio... Todo eso influye —intervino Eupa, con un tono mesurado. Poco a poco, su voz empezaba a fluir con más seguridad entre las demás.

—Sí... tienes razón —asintió Eris, sin mirarla—. Si no nos matan los errantes, lo hará el cuerpo.

No hubo respuesta, solo pesadez en las miradas. La verdad en las palabras de Eris pesaba más de lo que cualquiera quisiera admitir.

El silencio pareció volver, pero no duró mucho. El gruñido de un estómago hambriento se hizo audible, rompiendo la quietud que cada vez se tornaba más incómoda.

—Lo siento... —murmuró Larisa, avergonzada. Como si sentir hambre fuera una indecencia en medio de tanto dolor.

Nadie dijo nada. Ni una sonrisa, ni un gesto amable. Tan solo el vacío del aire entre ellas.

En aquella aula convertida en prisión, solo quedaban mujeres deterioradas, por dentro y por fuera, muriendo lentamente en

cuerpo, mente y espíritu.

Entonces, se escuchó un suspiro pesado. Venía de Eupa, quien se había levantado del suelo con decisión.

—¿A dónde vas? —preguntó Eris de inmediato, sin ocultar su inquietud.

—Apenas es medio día. Quizá puedo conseguir algo de comida —respondió Eupa, con una seguridad inesperada.

El asombro fue general, aunque ninguna dijo nada.

Recién se había unido, y ya pensaba arriesgar la vida por quienes apenas conocía. El gesto era noble, pero también temerario.

Solo Eris reaccionó.

Desde su sitio, sentada, alzó la mano con suavidad y tomó el brazo de Eupa. No lo hizo con fuerza, sino con una súplica silenciosa que habló más que sus palabras.

—Es peligroso allá afuera —dijo, y por primera vez, su tono no sonó firme, sino roto. Desprovisto de esa falsa calma que siempre usaba para proteger a los demás.

Eupa no respondió, solo tragó saliva. Aquel simple comentario, dicha desde la vulnerabilidad de Eris, le llegó más hondo de lo que habría imaginado.

De pronto, Oribita tomó la muñeca de Eris con la suavidad de quien acaricia una rama quebrada. La apartó con delicadeza y se puso de pie.

—Tranquila, Eris. Iré yo con ella —mencionó, convencida.

Eris también se incorporó, las miró a ambas, y, por primera vez, sus ojos siempre agudos y seguros, estaban ligeramente arqueados, empañados por una preocupación auténtica.

Nada en su rostro era una máscara. Esa era su expresión real, tanto como el miedo que le había hecho hervir el pecho.

—Ya... Ya no está Febe —dijo, con una voz que se quebró apenas tocó el aire. Su rostro, siempre sereno, se fragmentó en una expresión que solo pudo nacer del duelo. No logró contener las lágrimas, y cuando alzó la mirada, sus ojos se clavaron en los de Oribita—. No quiero perderte a ti también... —añadió, con una honestidad que le rasgaba el pecho.

Luego, su mirada se desplazó hacia ambas. La angustia no era selectiva, era total.

—No quiero perder a nadie más...

El silencio que siguió no fue de incomodidad, sino de un peso compartido.

Oribita sintió como algo se anudaba en su garganta, como si las palabras se le hubieran vuelto demasiado grandes para salir.

Eupa, aunque no mostró reacción visible, también sintió el peso de aquella confesión.

—Eris, lo entiendo... —respondió Oribita, con una voz tan delicada como frágil—. Pero necesitamos comer algo... y quisiera aprovechar para buscar a Nibiru otro poco.

El suspiro de Eris fue largo, obligándose a respirar para no desmoronarse.

—Quizá más tarde... o mañana —dijo—. Tal vez estemos cerca del final. Tal vez solo necesitamos resistir un poco más... No se arriesguen.

Entonces, Oribita tomó la mano de Eris, apretándola con firmeza, pero sin fuerza. El gestó bastó para hacerle saber que la comprendía.

—¿Y si no? —preguntó Oribita—. ¿Y si esto no termina todavía? No hemos escuchado nada desde hace días... ni siquiera por los altavoces.

—Oribita... —susurró Eris, suplicando con su nombre.

—Estaré bien. Estaremos bien —afirmó, buscando converse tanto como a ella—. Además... falta Nibiru.

Eris ya no pudo contradecirla. Lo entendía, todas importaban, incluso Eupa, esa figura todavía ajena, pero que, en poco tiempo, había demostrado gran voluntad.

Pero el miedo de Eris no era racional, era visceral. Temía ver a la muerte llevárselo todo otra vez.

La pérdida de Febe había roto algo en ella.

Su fachada serena y resolutiva había cedido, y su mirada, antes afilada, ahora se encontraba apagada. En ese instante, dejó entrever un frágil destello noble, dolido, imposible de ocultar.

Entonces se acercó a Oribita sin pensarlo y rodeó su cuerpo con sus brazos, fundiéndose en un abrazo. Oribita correspondió el gesto con la misma intensidad.

—Prométeme que volverás —le susurró Eris al oído, sin disimularlo, con la voz quebrada de quien ya no puede fingir fuerza. Todas la oyeron.

—Te lo prometo, Eris —respondió Oribita con los ojos cerrados, intentando ocultar el brillo que le llenaba las pestañas.

Eris se apartó despacio, como si temiera que el tacto desapareciera. Asintió dos veces frente a Oribita, con los ojos apretados, reteniendo el sentimiento que todavía quedaba por salir. Luego miró a Eupa.

—Cuídala mucho... y cuídate tú también. Las dos deben volver.

Lo dijo con un tono un poco más firme, pero no por ello menos sentimental. Era una orden disfrazada de ruego.

El cabello de Eupa se agitó ligeramente cuando asintió ante la petición, y, sin añadir más palabras, ambas se encaminaron hacia la puerta, abriéndola y saliendo sin despedirse.

Apenas cruzaron, el aire rancio del pasillo llenó los pulmones. No tuvieron más opción que soportarlo y seguir adelante.

Eupa avanzaba con paso firme, aunque en sus hombros se notaba un peso invisible.

Oribita la siguió en silencio, al menos al principio.

Tras avanzar unos metros, no pudo contenerse y habló. La inquietud había sido más grande que la curiosidad.

—La cafetería está tomada por Ton y los suyos...

—Lo sé —respondió Eupa, casi al instante.

—Dijiste que había una forma de tratar con Ton. ¿Es verdad?

—Sí —dijo, seca, casi cortante.

Oribita apretó el paso, aunque seguía detrás de Eupa.

—Y... ¿Cuál es esa forma?

Eupa se detuvo.

Oribita no alcanzó a frenar y terminó chocando levemente contra su espalda. Eupa no se giró de inmediato, tardó un par de segundos. Cuando finalmente lo hizo, su rostro estaba en sombras, enrarecido por algo parecido a la vergüenza.

—Te lo diré directo. Ton puede darte algo de comida, a cambio de... —hizo una pausa que pareció extenderse más de lo que realmente fue—. ... de tu cuerpo —finalizó, sin orgullo en su voz.

Los ojos de Oribita se abrieron con brutalidad. Su mandíbula tembló antes de que las palabras salieran. Rotas, incrédulas.

—¿Qué...? ¡Euporie! ¿¡Estás hablando en serio!?

Eupa bajó la mirada. Sus puños se apretaron, buscando fortaleza.

—Sí... es en serio.

—Pero ¿¡Cómo!? ¿¡Por qué!? —mencionó Oribita, exaltada. No por saber que el trato existía, sino por enfrentar su realidad.

Eupa alzó la mirada. Sus ojos, aunque serenos, cargaban por detrás un océano estancado.

—Porque estuve sola. Porque incluso antes de todo esto, nadie quiso estar cerca de mí. No era bienvenida en ningún lugar. No tenía a nadie. —pausó—. Y el hambre... —miró al techo—. No quería morirme. No quería sufrir. No quería pudrirme en un salón vacío como un perro. Así que hice lo que fue más sencillo... para seguir viva.

Oribita se limitó a escuchar, y, aunque no dijo nada, su aliento irregular delataba la inquietud de sus pensamientos.

El silencio se prolongó hasta que volvió a hablar.

—Lo que hiciste no fue fácil —dijo, al fin, en voz baja, sin juicio en su voz.

Eupa bajó la mirada.

—A fin de cuentas... se han perdido tantas vidas, que... ¿Qué más da? —mencionó antes de girarse y darle la espalda a Oribita—. Vuelve de una vez. Te prometo que conseguiré algo.

Oribita no se movió. Sus ojos se deslizaron por el pasillo, entre las puertas cerradas y el aire lúgubre que parecía envolverlo todo.

Pensó en Eris, en su rostro quebrado. En Febe, y en sí misma; en las veces que creyó que moriría, y en las que lo deseó.

Entonces entendió que no quería morir, no cuando todavía existía una posibilidad de sobrevivir.

Suspiró.

—Quiero vivir, Eupa, aún si eso significa tener que ensuciarme... —tomó aire—. No te dejaré sola.

Los ojos de Eupa se abrieron ligeramente. Asintió despacio, y, entonces, por primera vez, sus ojos se suavizaron.

—Gracias —murmuró.

Continuaron por el pasillo, comprendiendo que las decisiones no siempre surgen de la pureza o la nobleza, sino también de impulsos tan primitivos como el simple deseo de seguir viviendo.

La reflexión se disipó pronto, y solo quedó el eco de sus pasos resonando entre los pasillos viejos.

El silencio entre ambas no resultaba incómodo, sino todo lo contrario; por dentro las revolvía un vértigo emocional que no sabían cómo nombrar.

Fue Eupa quien rompió el mutismo, sintiendo la necesidad de hablar para no asfixiarse con todo lo que llevaba dentro.

—Cuando ingresé a esta escuela, tenía grandes expectativas —dijo, con una voz suave—. Pero con el paso del tiempo, entendí que no sería diferente a otros lugares.

Mientras avanzaban, Oribita giró la vista hacia Eupa, clavándola en ella con atención.

—¿Qué pasó?

Eupa sonrió ligeramente. No estaba acostumbrada a ser escuchada, y, por un momento, pareció no saber qué hacer con esa atención.

—Igual que en las otras escuelas... nadie me hablaba. Intentaba integrarme, hacer amigos, pero nada funcionaba. A veces me empujaban, me ignoraban, o simplemente me usaban para reírse —pausó. Su voz le apretó la garganta—. Al menos aquí... no me golpeaban.

Oribita sintió un leve estremecimiento recorrer su cuerpo. No era lástima, era entender, por fin, que la frialdad de Eupa no era indiferencia, sino un escudo para sobrevivir.

—¿Por qué eran así contigo? —preguntó con sinceridad—. Lo lamento... no deberían haber sido así.

Eupa negó con la cabeza.

—Suena drástico, lo sé, pero ya me acostumbré, así que ya no me afecta tanto. Toda mi vida ha sido así, sencilla. No salgo mucho de casa. Mi madre siempre trabaja y casi no la veo. Y mi papá... ya no está —hizo una pausa larga—. Así que, aunque me traten mal, la escuela es una especie de escape. Al menos aquí puedo ver gente, escuchar sus voces... fingir que pertenezco a un lugar, aunque sea desde la distancia.

Oribita la miró más a fondo. Como si con cada palabra la viera realmente por primera vez.

—Eupa... ahora ya no estás sola. Me tienes a mí, a Eris, y estoy segura de que a Larisa y Aitné también —sonrió con dulzura—. Incluso si Sedna se pone insoportable.

Eupa soltó aire por su boca. No se supo si fue un suspiro o una risa fugaz.

—Sedna es así con todos, pero conmigo, parece que es personal.

—Lo sé —replicó Oribita con calma—. Pero también sé que eso no es justo.

No hubo respuesta por parte de Eupa, el asunto le causaba cierta incomodidad. Oribita, al notarlo, cambió de tema.

—¿Y por qué crees que te molestaban? —preguntó.

Eupa tardó en responder. Sus pasos se hicieron más lentos.

—No lo sé. Tal vez por todo o por nada. Por mi color de piel, por mis gustos... por existir en el lugar equivocado. A veces siento que soy solo un blanco móvil para el odio ajeno.

Las palabras de Oribita se le atascaron en la boca; no hallaba la manera de expresarlas.

—Tu piel es hermosa. Como tú.

Los párpados de Eupa pestañearon dos veces con rapidez. Entonces bajó la mirada. No era incomodidad lo que sentía, sino una vulnerabilidad inesperada.

—¿Qué cosas te gustan? ¿Qué música escuchas? —preguntó Oribita, con genuino interés, intentando aligerar el ambiente entre ambas.

Una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de Eupa.

—¿Quieres terminar viéndome como una rara?

—Ya te veo —respondió Oribita, con una pequeña sonrisa—. Y no me pareces rara, me pareces real —detuvo su paso, sintiendo la necesidad de explicarlo mejor—. Nunca pensaría que eres rara. Eres la chica que salvó mi vida, la que está arriesgando la suya por las demás. Quizá no te conozco tanto como quisiera... pero sé lo que vales. Eres alguien con quien compartiría mi día a día. No solo por lo que haces, sino por quién eres.

Los puños de Eupa se apretaron. Un sentimiento que pocas veces había experimentado antes se anudó en su pecho. Entonces bajó la mirada, como si las palabras de Oribita hubieran entrado directo a un lugar oculto que siempre mantuvo blindado.

—Ahora entiendo por qué buscas a Nibiru de la forma en que lo haces —dijo, con la voz más cálida que antes—. Es como tú. Como

una extensión de ti. Nibiru era la única persona que me hablaba en esta escuela. La única que nunca me juzgó —pausó por un momento —. Se sentó a mi lado cuando estaba sola, en aquella banca del patio donde parecía ser invisible. Ella... fue mi primera amiga. Y hasta ahora había sido la única.

Oribita respiró hondo antes de responder.

—La conocí apenas hace cinco días, pero parece que lleva toda la vida conmigo... No sé qué habría hecho si no fuera por ella.

—Parece que a ambas nos salvó a su manera —murmuró Eupa, dejando escapar una ligera sonrisa.

El pecho de Oribita se contrajo. Llevó una mano a su pecho, como si algo apretara su corazón desde dentro.

—Espero que esté bien —susurró.

—Lo está —respondió Eupa, firme, sin dudar—. Dios no dejaría que alguien tan buena como ella sufriera aquí. No en un lugar como este.

La vista de Oribita se clavó en la de Eupa. Deseaba con todas sus fuerzas que tuviera razón.

Eupa le sostuvo la mirada por unos segundos. Después, continuó hablando.

—Y... me gusta el power metal —añadió.

Un suspiro escapó de la boca de Oribita. Aunque no lo dijo, agradeció el cambio de tema. Se sintió menos tensa.

—Eso sí no lo veía venir —respondió—. Pero ahora tiene mucho sentido.

Ambas rieron, y por un momento, el aire pareció más ligero. Tomaron un breve respiro antes de reanudar el paso.

Mientras avanzaban, la silueta de la cafetería apareció frente a ellas, con sus ventanales rotos y un silencio inquietante.

Parecía abandonada.

Los cuerpos que habían cubierto el suelo el día anterior ya no estaban, pero las manchas de sangre seca aún marcaban el suelo como advertencia de muerte.

—Está... muy tranquila —murmuró Oribita, alerta ante cualquier movimiento.

—Y no creo que eso sea buena señal —respondió Eupa, en un tono similar.

Se acercaron. Entonces, Oribita asomó la cabeza para mirar al interior, luego a la salida. Tragó saliva.

—¿Qué hacemos? —preguntó, esperando, en el fondo, que Eupa dijera que volvieran.

Pero Eupa no dudó. Su mirada se volvió dura, resignada.

—¿Damos un vistazo rápido? —propuso, aunque tenían la sospecha de que, si entraban, no habría vuelta atrás.

Un suspiro prolongado fue la primera respuesta de Oribita. Después, como si no hubiera sido suficiente, asintió ligeramente con la cabeza. Sabía que no habría lugar para arrepentimientos si todo salía mal.

Eupa se adentró en la cafetería a paso lento. Oribita la siguió de cerca, con los puños cerrados y el corazón latiendo a un ritmo enfermizo.

Las ventanas que daban al exterior habían sido cubiertas con pedazos de madera, sábana, y cualquier otra cosa que hubieran encontrado. La poca luz que entraba dejaba ver el polvo en el aire, y algo más.

Una figura sentada sobre una mesa al fondo del recinto.

Un hombre descansaba con un bate apoyado en el hombro. Al verlas, se incorporó con lentitud. Su silueta se recortó contra el débil resplandor que entraba por un hueco en la pared.

—Vaya, vaya... —dijo, con una sonrisa ladeada—. Miren nada más lo que tenemos aquí. Hola, muñecas.

El corazón de Oribita casi estalló en su pecho. Sus manos se aferraron instintivamente a la manga de Eupa, buscando la protección de su calor.

—¿Qué las trae por aquí...? —preguntó el sujeto mientras avanzaba con lentitud, disfrutando cada segundo del momento.

Antes de que pudieran responder, dos siluetas más aparecieron detrás de ellas, cortándoles el paso. La puerta, su única salida, había sido bloqueada.

Eupa respiró hondo.

—Buscamos a Ton —dijo, con una firmeza forzada, pero convincente.

—Ah, ¿sí...? —murmuró el hombre, antes de torcer una sonrisa repugnante—. Entonces vinieron al lugar correcto.

De pronto, una voz más grave se alzó desde las sombras al fondo.

—Así que la rarita ha vuelto —dijo Ton, emergiendo de entre las penumbras—. Y esta vez trajo compañía.

A medida que se acercaba, un haz de luz rozó su rostro. Sonreía de una manera enferma. Su bate colgaba despreocupadamente a su lado.

—Siempre supe que eras una fácil, Euporie... —dijo, con repudio —. Pero tú, Oribita... tú me sorprendes. ¿Será que ya eras una zorra desde antes o solo estás aprendiendo de tu amiguita?

Las palabras quebraron el orgullo de Oribita. La humillación le quemó el rostro, y por un instante, el miedo fue eclipsado por una rabia feroz que se le encendió en el pecho.

Estuvo a punto de hablar, de gritar, pero la mano de Eupa se apoyó suavemente sobre su pecho. Oribita entendió el mensaje sin necesidad de palabras y calló. No porque estuviera de acuerdo, sino porque no estaban ahí por orgullo, sino por el deseo de sobrevivir.

—¿Tienes algo? —preguntó Eupa, sin rodeos.

Intentó sonar firme, pero sus manos temblaban ligeramente.

Ton sonrió.

—Oh, sí, claro que sí. Tengo de todo un poco —entonces, comenzó a caminar hacia ellas con pasos lentos mientras enumeraba —. Pan, frijoles, tortillas, carne... mucha carne —añadió, con una sonrisa que se torció en algo más animal que humano.

Eupa tragó saliva y dio un paso adelante.

—Buscamos intercambiar —dijo, con firmeza, aunque en su interior, cada palabra cargaba repulsión.

Ton soltó una carcajada hueca.

—¿Intercambiar? ¿Tú crees que tienes la posibilidad de ofrecerme algo? Si hace días te tomé, fue por mero morbo. Ahora que ya te probé, no he de darte nada. —pausó. Miró de frente a Eupa—. ¿No te has dado cuenta en dónde estás? Estás en mi territorio. Si me diera la gana, podría hacer lo que quisiera con ustedes aquí mismo y no darles nada. Ni siquiera el lujo de volver a ver el sol.

El ambiente se volvió aún más tenso.

La sangre de Oribita se le heló en las venas. Su respiración se volvió entrecortada.

—Solo... solo queremos comer —mencionó, casi suplicando.

Ton la miró con calma grotesca.

—¿Y por qué habría de compartir mi comida contigo, muñeca? Nosotros también comemos... y acaba de llegar el postre.

Avanzó un paso más.

Oribita retrocedió instintivamente, pero Eupa se interpuso, tomándola del brazo y empujándola hacia atrás, protegiéndola con su cuerpo.

—Si no tienes nada para intercambiar, entonces nos vamos —dijo, forzando el final de una conversación que ya había ido demasiado lejos.

Ton no respondió.

Detrás de él, sus hombres soltaron risas roncas. Ton, en cambio, sonrió con descaro.

—No tan rápido —susurró, casi con dulzura enfermiza—. Últimamente hemos estado muy aburridos. Ustedes van a entretenernos un rato.

El asco trepó por la garganta de Oribita como bilis ardiente. Instintivamente, sus manos se aferraron aún más a las prendas de Eupa en un gesto de desesperación.

—Estás enfermo si crees que te voy a dejar poner un dedo sobre ella... o sobre mí. Estás loco —escupió Eupa, temblando de rabia.

Ton soltó una carcajada seca, corta.

—Esa boca tuya... —dijo, sonriendo— extrañaba tu lengua, Euporie. La chica de los lentes no hablaba así... —hizo una pausa venenosa—. era más dócil, más callada, aburrida, ¿sabes?

Oribita sintió que el mundo se derrumbaba bajo sus pies. Eupa apretó los dientes con fuerza.

El horror no era lo que había dicho, era lo que había insinuado.

No hubo espacio para protestas. Un gesto de Ton seco e impersonal bastó para que sus hombres actuaran. En segundos, manos bruscas se aferraron a los brazos de Eupa y Oribita, arrastrándolas por el piso cubierto de polvo.

Ambas forcejearon, pero cada intento por liberarse era castigado con una sacudida violenta o una risa asquerosa.

Mientras eran arrastradas hacia la cocina, sus ropas se veían manchadas y jaloneadas como carne en un mercado. Un par de botones de la camisa de Oribita saltaron, rebotando contra el suelo con un sonido seco y humillante.

Su torso había quedado parcialmente expuesto.

Eupa, protegida por el suéter que aún no le quitaban, resistía con más firmeza. Cada intento de separarla de su ropa era entorpecido por su fuerza rabiosa.

Una vez llegada al área de cocina, las arrojaron dentro, como si fueran despojos. El suelo estaba húmedo y olía a una mezcla de humedad y hierro.

Los hombres no cruzaron la puerta, en su lugar, se quedaron observando desde el marco, como buitres esperando el festín.

Oribita se incorporó con torpeza, tan rápido como pudo. Le costaba respirar. A su alrededor, el cuarto parecía un lugar de pesadilla.

Pero entonces, algo llamó su atención desde el rincón más oscuro de la cocina.

Una figura.

Una mujer, completamente desnuda, tirada de lado, con la piel pálida, manchada e inconsciente.

—No... —susurró Oribita

Corrió, más por impulso que por uso de razón, y cayó de rodillas junto a ella.

—¡Nibiru! —gritó, con la voz rota.

La sujetó.

Su piel estaba pegajosa; una capa viscosa la cubría como una prueba de la brutalidad de lo que había vivido. Respiraba con dificultad, casi imperceptible, y su cuerpo se estremecía en espasmos leves y esporádicos.

Oribita la sacudió con desesperación, incluso la abofeteó, buscando despertarla.

—¡Despierta! ¡Nibiru! ¡Por favor! ¡Despierta!

Pero Nibiru no reaccionaba.

Desde la entrada, Ton y sus hombres seguían observando sin intervenir. Tan solo se escuchaban sus risas burlonas.

La sangre de Oribita hervía. Su miedo se mezclaba con una repulsión sofocante, y debajo de todo ardía una ira imposible de contener.

Eupa escaneó el lugar con los ojos muy abiertos, hasta que un destello metálico junto a una olla sucia llamó su atención.

Se acercó y lo tomó; se trataba de un viejo tenedor oxidado.

Sus dedos se cerraron en torno al mango con una fuerza temblorosa. Aquel pedazo de metal era lo único que se interponía entre su dignidad y la perdición.

Retrocedió sin apartar la vista de aquellos hombres, cubriendo a Oribita y el cuerpo inerte de Nibiru con el suyo.

El sudor se mezclaba con la sangre seca del suelo. La garganta se le cerraba con un nudo áspero que no era miedo, sino impotencia pura.

Entonces, Ton se adentró a la cocina con una sonrisa torcida, seguido de varios de sus hombres. Avanzaron con pasos lentos, como si pudieran oler el miedo en el aire, saboreando la fragilidad.

—¿Vas a hacerlo difícil? —preguntó Ton, con voz grave, divertida —. Terminarás peor que ella.

Eupa no respondió. Su cuerpo lo hizo.

Lanzó un tajo con toda su fuerza. No falló. La punta del tenedor se hundió en el hombro de Ton, haciendo brotar la sangre como una respuesta tardía a su valor.

El grito de Ton fue un rugido breve, pero pronto se convirtió en una risa lenta, ronca, humillante.

Antes de que Eupa pudiera reaccionar de nuevo, los hombres de Ton se le echaron encima. Uno le torció el brazo hasta hacerla soltar el cubierto, mientras el otro la empujaba de espaldas contra la pared, sosteniéndola con fuerza.

Eupa gritó de rabia, no de dolor.

Ton se le acercó con clama, inclinándose frente a ella. Entonces, sin decir palabra, deslizó sus manos bajo el suéter y la camisa de Eupa, levantándolas con lentitud.

La piel de Eupa quedó expuesta al aire rancio de la cocina. Entonces, Ton se inclinó más sobre ella y deslizó la lengua por su abdomen, lenta, húmeda, invasiva, hasta detenerse en el ombligo. No había deseo en su gesto, era solo una forma de recordarle quién tenía el control.

Eupa se quedó paralizada. La mirada se le quebró, los labios le temblaron. El asco no fue solo físico; la sensación le caló hasta dentro, como si algo impuro le hubiese tocado el alma.

Apretó los dientes. No lloró, pero por dentro, algo se quebró.

Ton se apartó, satisfecho de su propia depravación.

—Es una lástima —murmuró—. Pero reconozco tu coraje. Fuiste capaz de herirme. Y eso... eso me gusta —dijo, mirándola directo a los ojos.

Se giró hacia sus hombres.

—Suéltenla.

Ellos lo miraron, confundidos.

—¿Que? —preguntó uno, sin comprender.

—¿Estás seguro? —añadió el segundo, con rabia.

—Dije que la suelten —repitió Ton, más firme, con una mirada que no admitía respuesta.

Los hombres obedecieron.

Apartaron a Eupa de la pared y la lanzaron hacia el interior de la cocina, como si fuera un saco vacío, cayendo cerca de Oribita, quien seguía inmóvil, destruida. Aferrada al cuerpo inconsciente de Nibiru.

—Llévatelas antes de que cambie de opinión —ordenó Ton.

Oribita ni siquiera escuchó. Seguía atrapada en una espiral de horror, perdida en un mundo donde el tiempo se había detenido.

Eupa, en cambio, no se permitió el lujo de quebrarse.

Su cuerpo reaccionó incluso antes que su mente. Se inclinó y tomó a Nibiru por debajo de los hombros, arrastrándola con urgencia hacia la salida.

Al ver aquel impulso de acción, Oribita se activó por reflejo, arrodillándose a su lado y comenzando a ayudar, movida por la inercia del instinto, no por la voluntad.

—Déjenlas pasar —dijo Ton a los hombres que aún custodiaban la puerta de la cocina.

Los guardias se miraron entre sí, desconcertados.

La frustración se percibía en sus ojos. No lo entendían, y claramente no estaban de acuerdo, pero sabían bien que la única ley en ese lugar era la voluntad de Ton. No tuvieron más remedio que obedecer.

Cuando las chicas pasaron entre los guardias, uno de ellos le soltó una nalgada a Eupa, que avanzaba inclinada, arrastrando el peso muerto de Nibiru.

El golpe fue seco, violento.

Eupa sintió un ardor caliente bajo la piel, seguido por una oleada de asco que le trepó hasta el estómago y le tensó los dientes. Quiso girarse, arañarle el rostro, hundirle los dedos en los ojos, pero no lo hizo. Sabía que el más mínimo gesto podría significar una sentencia.

Al estar cerca de la salida, Eupa se detuvo.

—¡Espera! No podemos salir al pasillo con Nibiru así —dijo mientras colocaba el cuerpo inmóvil de Nibiru en el suelo.

Entonces se quitó el suéter y trató a ponérselo a Nibiru, pero su cuerpo rígido dificultaba cada movimiento.

—¡Ayúdame! —le pidió a Oribita, que obedeció sin mencionar palabra, ausente.

De pronto, Ton apareció otra vez, desde la penumbra, arrojando dos barras de chocolate al suelo. El sonido del plástico al chocar con el concreto fue tan insultante como una carcajada.

—Uno es por la diversión que nos dio su amiga —dijo Ton, con una sonrisa sin alma—. Fue emocionante, excitante... ver cómo se resistía, cómo peleaba, pero, aun así, fue nuestra.

Eupa frunció el ceño. El pecho se le encendió con un odio puro y abrazador que le pedía a gritos actuar, pero contuvo el aliento, apretando los dientes sin decir nada.

—Y la otra —continuó Ton, con una mirada directa hacia ella—, por tener la valentía de hacer lo que hiciste. Aunque te lo advierto... la próxima vez, no correrás con la misma suerte.

Giró entonces, satisfecho, y se perdió de nuevo entre las sombras de su propio infierno.

Eupa se agachó con rapidez y tomó las barras de chocolate, guardándolas en el suéter que ahora cubría el cuerpo de Nibiru. Luego, junto a Oribita, la alzó con esfuerzo, acomodándola sobre sus hombros.

Sus piernas temblaron, pero avanzaron lo más rápido que pudieron. El miedo y su deseo de sobrevivir impulsaban cada uno de sus pasos.

Mientras Eupa y Oribita se alejaban con Nibiru, dentro de la cafetería, la voz de uno de los hombres de Ton se elevó, reclamando.

—¿¡Qué te pasa!? ¡Ya las teníamos! —dijo, visiblemente molesto.

Ton no se volteó. Su voz fue calmada.

—Tranquilos. Les aseguro que lo que está por venir será más divertido. No se recuperarán, en especial ella —señaló con la punta del dedo, refiriéndose a Nibiru—. Las volveremos a ver, y la próxima ocasión, será mejor... porque ya sabrán lo que les espera.

Sus hombres no quedaron convencidos. Aquella lógica perversa no era compartida, pero tampoco cuestionada.

Afuera, las chicas avanzaban sin mirar atrás. Nibiru permanecía inconsciente sobre sus hombros, ajena al mundo que las rodeaba.

Al llegar frente al aula, no hubo timidez ni protocolo.

—¡Abran! —gritó Eupa, golpeando la puerta con desesperación.

—¿¡Oribita!? —se oyó la voz de Aitné desde adentro, cargada de sorpresa.

—¡Somos nosotras! ¡Abran! ¡Por favor! —insistió Eupa, con la voz temblando entre furia y la súplica.

Aitné se apresuró, asomándose por la rendija de la ventana; sus ojos se agrandaron apenas comprendió lo que veía.

En apenas segundos, giró la cerradura y empujó la puerta hasta abrirla por completo.

Eupa y Oribita entraron tambaleantes por el peso muerto de Nibiru.

Inmediatamente, Aitné cerró la puerta tras ellas. El aula se inundó en un silencio siniestro, casi fúnebre.

Con cuidado reverencial, como si un movimiento brusco pudiera quebrarla aún más, Eupa y Oribita recostaron a Nibiru en el suelo.

Todas las miradas se clavaron en su cuerpo inmóvil. Incluso Sedna parecía petrificada ante la visión.

—¡Nibiru! —exclamó Eris, ahogada en angustia, corriendo hacia ella.

Eupa levantó una mano con firmeza.

—¡No! —ordenó, deteniéndola con una sola palabra.

Eris se frenó en seco, conteniendo el impulso en su pecho.

—¡El bote con agua! —exigió Eupa, con voz urgente.

Larisa y Aitné se quedaron inmóviles ante la escena, incapaces de procesar aun lo que estaban presenciando.

Fue Eris quien reaccionó a la petición, corriendo a un rincón y tomando el bote para llevarlo junto a Eupa.

Cuando el bote estuvo finalmente a su alcance, Eupa no perdió tiempo. Se arrodilló junto a Nibiru y comenzó a retirarle la sudadera que momentos antes habían usado para cubrir su desnudez.

El tejido se aferraba a sus brazos inertes, y pronto comprendió que no podría hacerlo sola.

—¡Oribita! —llamó con urgencia—. ¡Ayúdame con las mangas!

No obtuvo respuesta, solo silencio.

—¡Oribita! —gritó de nuevo, con desesperación en su voz.

Pero Oribita no reaccionaba.

Permanecía quieta, con los ojos abiertos, fijos en un punto más allá del presente. Dentro de ella, el caos había estallado en silencio absoluto. Su mente se había disociado del dolor, y su cuerpo, aunque presente, parecía no pertenecerle a nadie.

El día anterior había estado a punto de morir a manos de un errante y ya entonces algo en ella se había quebrado. Pero aquello no era lo mismo. Ya no era solo el miedo a las criaturas del abismo, era la revelación brutal de que el peligro no provenía únicamente de los monstruos, sino también de los humanos; de los otros que sobrevivían allí, del deseo enfermizo, de la dominación, del instinto salvaje y repulsivo.

Recordaba las palabras de Eupa, su fe inquebrantable en que Dios jamás dejaría sufrir a alguien como Nibiru. Pero la duda la mordía por dentro; «¿Y si también se equivocó con Dios? ¿Puede existir siquiera algo divino en medio de este infierno?».

Nunca había sido devota, y ante tanto horror su incredulidad se endurecía, transformándose en certeza.

«Dios no está aquí. Tal vez nunca lo estuvo».

Eupa, aún sin ayuda, logró finalmente quitarle la prenda. Luego, sumergió la mano en el bote, improvisando un cuenco con la mano,

y comenzó a verter agua sobre el cuerpo ultrajado de Nibiru. Una y otra vez. Con una delicadeza desesperada, como si en ese gesto hubiera una forma de redención. De devolverle algo que jamás podría recuperarse.

Después, tomó un calcetín que Aitné se había quitado del pie derecho. Aquello era lo más limpio que pudieron hallar en medio de tanta miseria. No era ideal, pero en ese momento, era lo único que tenían.

Frotó la piel de Nibiru con él, sin descaso, con firmeza, pero con cuidado. Quería borrar cada huella, cada rastro de vileza. Arrancar de su piel lo pegajoso, lo invasivo, lo imperdonable.

Todas observaban. Las expresiones en su cara variaban desde el horror hasta el dolor. Incluso Oribita, poco a poco, comenzó a parpadear, saliendo del trance.

Y al final, cuando sus manos ya temblaban de agotamiento, Eupa lo consiguió. Nibiru quedó tan limpia como le fue posible. Su cuerpo, aunque frágil, ya no gritaba la violencia con tanta crudeza. Había, al menos, una dignidad restaurada. Aunque solo fuera superficial.

Entonces, Larisa se quitó su saco sin pensarlo y lo ofreció en silencio. Con él, secaron con cuidado la piel húmeda de Nibiru, intentado devolverle algo de calor humano.

Una vez seca, Eupa y Eris volvieron a colocarle la sudadera, procurando cubrirla con la poca dignidad que la situación les permitía. De pronto, las dos barras de chocolate que Eupa había guardado en la prenda resbalaron de entre la tela y cayeron al suelo con un golpe leve, pero inconfundible.

Oribita las vio, y su rostro se contrajo de inmediato en un gesto de furia.

—¿Por qué las aceptaste? —preguntó, con la voz temblando de rabia.

Eupa no dudó.

—Porque las necesitamos —respondió con firmeza, sin apartar la mirada.

El ambiente se tensó. Todas estaban pendiente, inmóviles. La conversación, aunque apenas comenzaba, ya se sentía como una chispa en un campo reseco.

—¡Viste todo lo que sufrió Nibiru! —gritó Oribita— ¡Y aun así te atreves a aceptar la causa de su sufrimiento!

Eupa frunció el ceño, pero no dijo nada aún. Eris intentó suavizar el momento, tocándole el hombro con delicadeza.

—Oribita, tranqui...

—¡No te metas, Eris! —vociferó Oribita, sin siquiera mirarla.

Eris retrocedió, herida, pero no sorprendida. Sabía que Oribita estaba al borde del colapso.

Eupa respiró hondo antes de responder.

—Las acepté precisamente por todo lo que sufrió Nibiru —dijo, manteniendo el control.

—¿¡Qué!? ¡Haber traído esas cosas contigo es como haber aceptado el pago por lo que le hicieron! —gritó, con la voz quebrándose entre cada palabra.

El rostro de Eupa se endureció.

—¿Entonces hubieras preferido que sufriera para nada? —alzó la voz—. ¡Al menos conseguimos algo! Si no las hubiera tomado, ¡su tortura habría sido en vano! ¡Ahora, por lo menos, podemos llevarnos algo a la boca!

Su respuesta retumbó entre las paredes, áspera y violenta. Las palabras golpeaban como piedras, pero no con malicia, sino con la rabia de quien había visto demasiado.

Oribita apretó los dientes. No quería ceder, pero sabía que no podía refutarla.

—¡Pero...! —gritó, con la voz rota, y al no hallar más palabras, terminó en un alarido frustrado—. ¡Aaah!

El peso de su impotencia fue más fuerte que cualquier argumento.

Se llevó ambas manos al rostro y gritó en un lamento animal que pronto se quebró en llanto. Nadie se acercó, nadie la interrumpió. Solo se escuchó su sollozo crudo, seco, sin consuelo.

Lloró por unos minutos que parecieron una eternidad.

Cuando el sonido de su dolor se fue apagando, fue reemplazado por el respirar entrecortado y el sonido húmedo de su nariz intentando contener el llanto.

Eupa miró las barras de chocolate que aún sostenía, y al notar la mirada fija de Larisa sobre ellas, entendió que no era deseo, sino hambre lo que había en sus ojos.

Cuando Oribita logró calmarse, entendieron que había llegado el momento de romper el silencio con lo único que tenían. Eupa abrió una de las barras; el plástico crujió en medio del silencio con un sonido tan pequeño que pareció una falta. Luego partió el chocolate en cuadritos y lo repartió.

Oribita no tomó su porción. Su dolor era tan genuino que le impedía siguiera tocar algo a costa del sufrimiento de una de las suyas. Eupa no insistió.

El otro paquete permaneció cerrado.

—Guardémoslo para mañana... —murmuró, deslizando la barra intacta en el bolsillo de su camisa.

El silencio fue más denso que antes. Ninguna agradeció. Ninguna sonrió. El chocolate se deshacía en sus bocas con una dulzura amarga, espesa, que parecía aferrarse a la garganta como si se

negara a descender. Cada bocado era un recordatorio del infiero que Nibiru había atravesado. Un pedazo de culpa que todas compartían en silencio.

Mientras comían el escaso chocolate, Sedna soltó una frase que cayó como ácido sobre una herida abierta.

—Está medio muerta, ¿puedo tomar su parte? —dijo con frialdad, refiriéndose a Nibiru.

El silencio se quebró en un instante.

Oribita se puso de pie con rapidez impulsiva, dominada por una mezcla brutal de rabia, angustia y hartazgo. Sus ojos, rojos por el llanto anterior, se clavaron en Sedna. No dijo palabra, solo cruzó el espacio entre ambas y descargó una bofetada con tal violencia que el sonido seco del golpe pareció desgarrar el aire. El rostro de Sedna se giró por completo, desviado por la fuerza del impacto.

—¡Estoy harta de ti! —gritó Oribita, con la voz desgarrada.

El aula entera se quedó paralizada. Ninguna se atrevió a moverse.

Sedna, endurecida tras tantos días de tensiones acumuladas, no lo toleró más. Se apartó del escritorio en el que reposaba, y, con ambas manos, empujó con furia a Oribita, que cayó al suelo tras tropezar con los pies inconscientes de Nibiru.

El impacto retumbó, hueco y cruel.

—¡Y yo estoy harta de todas ustedes! —vociferó Sedna. Sus ojos estaban clavados en Oribita—. He intentado razonar, ¡he intentado hacerlas entender! Pero siempre soy la mala, ¿no? ¡Siempre me acusan a mí! ¡Idiotas!

Cada palabra brotaba de un rincón profundo, donde la rabia y la soledad se entrelazaban.

Oribita se incorporó de inmediato, con una furia que la sobrepasaba. Eupa, que estaba cerca, la sostuvo del brazo.

—Oribita, tranquila... —dijo, con voz firme, intentando detener el incendio antes de que devorara a todas.

Larisa hizo lo mismo con Sedna, colocándose frente a ella. Pero Sedna la empujó sin miramientos.

—¡Quítate!

Con un manotazo, Oribita se soltó del agarre de Eupa. Sus ojos estaban aún más enrojecidos, ya no por el llanto restante, sino por una rabia que crecía sin control.

—¡Es que incluso ahora tengo razón! —gritó Sedna—. Lo mejor para ella es que esté muerta. ¡No se va a recuperar de esto! ¡Es débil! ¡Nos arrastrará con ella! ¡Es un peso muerto!

La frase terminó de encender la sangre de Oribita, quien avanzó con pasos firmes.

—¿¡Quién te crees para decidir sobre la vida de las demás!? —gritó, alzando la mano con intención de volver a golpearla, pero Eris intervino a tiempo, sujetándola.

—¡Cálmense las dos! —gritó Eris, con voz temblorosa.

Oribita se zafó bruscamente.

—¿¡Verdad!? Si alguien aquí debe morir, ¡entonces deberías ser tú! —lanzó la frase como una daga, directo al pecho de Sedna.

El rostro de Sedna palideció. Por un instante, su máscara de dureza se resquebrajó. A pesar de sus gritos y de su arrogancia, esas palabras la alcanzaron con brutal precisión.

Trató de golpear a Oribita, pero Eupa se interpuso.

Las dos quedaron cara a cara, con los ojos incendiados. La fricción entre ambas era tanta que el aire parecía estar a punto de estallar en llamas en cualquier momento.

—¿¡Cómo te atreves!? —alcanzó a decir Sedna, pero Oribita no le dio espacio.

—¡Desde que llegaste has sido un mal constante! —gritó Oribita. Lágrimas de ira comenzaban a empaparle el rostro—. ¡Un veneno que nos mata a todas lentamente! ¿Nibiru es un peso muerto? ¡Pues te tengo noticias! ¡Tú también lo eres! ¿Qué has hecho desde que estamos aquí? ¡Nada! ¡Solo seguir aferrándote al glamur podrido que aún crees tener! ¡Eres una molestia para todas!

Sedna abrió la boca, temblando.

—Ori...

—¡Cállate! ¡Cállate! —vociferó Oribita, con la voz a punto del desgarramiento—. ¡Incluso ahora sigues molestando!

El rostro de Sedna se fracturó en un gesto de dolor. Lágrimas comenzaron a recorrer su rostro, como si finalmente hubiera alcanzado su límite.

—¡Basta ya, Oribita! —exclamó Eris, con firmeza, sujetándola con fuerza.

—¡Suéltame! ¡Déjame en paz! —espetó, con la voz ya ronca y quebrada de tanto gritar.

—¡Ya es suficiente, Oribita! —alzó la voz Eupa, imponente.

—¡No! ¡Estoy harta! ¡Estoy harta de Sedna! ¡Me tiene harta! ¡Me tiene harta! ¡No quiero volver a verla! —gritó, con una furia infantil, desesperada, mientras sus piernas comenzaban a ceder bajo el peso de sus emociones.

Su cuerpo descendió lentamente, como si el alma se le derritiera por dentro. Eupa la sostuvo desde atrás, impidiendo que se desplomara por completo.

El rostro de Sedna se había transformado. Ya no era furia lo que mostraba, sino una tristeza impenetrable. Observaba a Oribita con

ojos vidriosos, con una mezcla de culpa y desolación.

Finalmente, Sedna comenzó a caminar hacia la puerta.

Aitné, silenciosa hasta entonces, la detuvo sujetándola del brazo. No le dijo nada, pero su mirada le imploraba que no se fuera.

Sedna la observó durante unos segundos. Apretó los labios, frunció el ceño, y se soltó del agarre.

—Es lo que todas quieren, ¿no? —murmuró, con la voz hecha trizas.

Abrió la puerta.

La luz anaranjada del atardecer entró en el aula, tiñendo de fuego las paredes.

—¡Sedna! —la llamó Eris, con una autoridad que intentaba ser una orden.

Pero Sedna no se detuvo. La única respuesta fue el golpe seco de la puerta cerrándose tras ella.

El silencio que siguió pesaba como el plomo.

Oribita se había dejado caer del todo, su llanto era un alarido desgarrado. Eupa permanecía a su lado, acompañándola en el suelo como si pudiese contenerla con el cuerpo. Eris se arrodilló cerca de ambas, mientras Larisa y Aitné se limitaban a observar, desconsoladas, impotentes ante lo que acaban de presenciar.

El llanto de Oribita crecía y se volvía más agudo, más desesperado.

—Tranquila... calma... —murmuraba Eupa, colocándole una mano sobre los labios.

—¿Qué haces? —preguntó Eris, extrañada, al ver la acción de Eupa.

—Está haciendo mucho ruido... podría llamar la atención.

Eris volteó hacia la ventana cubierta por las cortinas teñidas de naranja.

—Aún hay luz. Esas cosas solo salen de noche... ¿no?

—Sí, hasta ahora sí. Pero no quiero arriesgarme.

—De todos modos, ya hicimos demasiado ruido, ¿no crees?

Eupa no respondió.

De pronto, todo cesó. Oribita quedó en silencio. Sus párpados cayeron de golpe, inconscientes.

Todas la miraron con un sobresalto.

—¿Oribita? ¿Oribita? —llamó Eris, agachándose más, tocándole la mejilla.

Pero para Oribita ya no existía sonido alguno. Su vista se nubló hasta sumirla en la oscuridad absoluta.

No resistió más.

Su cuerpo y su mente, agotados por días de tensión, se derrumbaron bajo el peso del dolor, la rabia y la impotencia. Su corazón no estaba solo roto, sino reducido a polvo. Las esperanzas que aún le quedaban se habían hundido hasta lo más profundo, como si rozaran el mismo infierno. En ella no quedaba voluntad de continuar, ni vestigio alguno de alegría. El futuro, incluso el inmediato, se había vuelto inconcebible.

Entonces, la mente actuó como último refugio, engañándola en medio de su miseria.

Le ofreció un sueño, una mentira hermosa.

Se vio de nuevo en casa, junto a su madre, envueltas en un cálido abrazo. Su comida favorita sobre la mesa. Compartían la cena

mientras conversaban sobre trivialidades. No era un recuerdo glorioso ni un momento extraordinario, pero en medio de su fragilidad, se transformó en un hermoso tesoro.

Por un instante, Oribita olvidó dónde estaba y lo que había vivido. Al final, incluso olvidó que existía.

Alrededor de media hora más tarde, sus ojos volvieron a abrirse.

El techo oscurecido del aula la recibió, difuso, y a su lado sintió la quietud de Nibiru. Voces flotaban en el aire, lejanas al principio, pero que poco a poco fueron cobrando nitidez.

—¿Qué? ¿Y las dejó irse así nada más? —preguntaba Aitné, incrédula.

—Sí, aunque amenazó con que la próxima vez no sería así —respondía Eupa, con un dejo de tensión.

—Espero que no haya una próxima vez —dijo Larisa.

—Y yo —añadió Eupa.

Oribita se incorporó con lentitud. Todo su cuerpo dolía, como si hubiese sido arrastrada por una tormenta.

Su vista aún estaba nublada, pero entre las sombras, distinguía el contorno de sus compañeras.

—¡Oribita! ¿Estás bien? —mencionó Eris tan pronto la vio moverse, inclinándose junto a ella.

—Me duele... —murmuró, tocándose la sien. Cerró los ojos y el recuerdo de sus gritos y los de Sedna la golpearon sin previo aviso.

Abrió los ojos de golpe.

—¿¡Y Sedna!? —exclamó, exaltada al rememorar la escena.

Todas guardaron silencio por un segundo. Eris intercambió una mirada con las demás antes de responder.

—Salió.

—¿Qué? —Oribita parpadeó—. ¿Cómo que salió? ¿Cuándo?

—Después de la discusión. No dijo nada. Solo... se fue —respondió Eris, con una pizca de impotencia en la voz.

Oribita procesó la información en un instante. Luego, la urgencia regresó como una ola.

—¡No! ¡No! ¡Debo ir por ella! —dijo, con una súbita sacudida.

Intentó ponerse de pie, pero la mano de Eris la detuvo.

—No. No irás —dijo, con una calma inflexible.

—¡Pero está allá afuera! ¡Por mi culpa! ¡Necesito traerla de vuelta! Si algo le pasa... ¡No me lo voy a perdonar! —rogó, desesperada, luchando por liberarse del agarre.

—Y yo no me voy a perdonar si te dejo ir y te pasa algo a ti —contestó Eris.

Aquellas palabras la paralizaron.

Eris suspiró, con cansancio y compasión.

—Ya casi termina de oscurecer, Oribita. Salir ahora sería demasiado peligroso.

—Precisamente por eso de ir... —respondió, susurrando, suplicando.

—Sedna es muy popular. Seguro alguien le dará refugio —mencionó Eris, con tono persuasivo.

—Pero... se fue por mi culpa... —repitió Oribita, con una voz quebrada.

—Se fue porque quiso irse —intervino Aitné—. Intenté detenerla, y Eris también. Fue su decisión.

—Es verdad, Oribita. Tú no tienes la culpa de nada —añadió Larisa.

Oribita bajó la mirada, resignada. Pasó un momento hasta que volvió a hablar.

—Espero que no le pase nada...

—Estará bien —dijo Eupa, con una seguridad que brotaba más del deseo que de la certeza—. Estoy segura de que estará bien. Hierba mala nunca muere.

—Salir ahora sería una sentencia de muerte para ti —añadió Eris —. Sedna estará bien. Eupa tiene razón, hierba mala nunca muere... y Sedna es de las más malas.

Oribita suspiró, quebrada.

—En serio... si algo le pasa, no me lo voy a perdonar.

Ninguna lo expresó en voz alta, pero la ausencia de Sedna no pasó desapercibida. Había estado allí desde el principio, resistiendo junto a ellas, día tras día. Su partida dejaba, inevitablemente, un vacío; el de alguien que había compartido la misma lucha por sobrevivir.

Sin embargo, esa ausencia también trajo consigo una consecuencia inesperada. Sedna poseía una forma de impregnar el ambiente con desconfianza y amargura, de apagar las pocas fibras de esperanza que aún permanecían. Y en aquel grupo ya desgastado, su desaparición se percibía como un alivio silencioso, un respiro necesario, aunque nadie quisiera reconocerlo abiertamente.

—¿Y Nibiru? —preguntó Oribita de pronto, rompiendo el frágil silencio que se había instalado.

Eris negó con la cabeza.

Como si escuchar su nombre hubiera tenido algún efecto, Nibiru se estremeció levemente. Un espasmo sutil, casi imperceptible, pero suficiente para que todas lo notaran.

—¡Nibiru! —exclamó Oribita, inclinándose de inmediato hacia ella.

Sus manos temblorosas tocaron el cuerpo inmóvil, moviéndolo con suavidad, temiendo romperla. No hubo respuesta.

Posó su palma sobre la frente de la chica y frunció el ceño.

—Tiene fiebre —añadió.

Eris comprobó el calor tocando su mano.

—Es verdad... —mencionó.

Luego, recogió el saco empapado con el que antes habían secado a Nibiru. Desgarró un fragmento, lo sumergió en el agua del bote y lo posó con cuidado sobre la frente de la joven.

—¿Crees que funcione? —preguntó Oribita con cierta impotencia.

—Espero que sí... —murmuró Eris, sin desviar la mirada.

El silencio se estiró unos segundos, rotos solo por el murmullo del agua en el bote. Fue entonces cuando Larisa se asomó por una de las ventanas, dibujando su silueta contra el tenue resplandor del anochecer.

—Ya es de noche —informó, con un todo apagado—. Intentemos ya no hacer tanto ruido...

Eupa asintió.

—¿Cómo se organizan aquí por las noches? ¿Alguien se queda despierta para vigilar? —preguntó.

Era su primera noche fuera de su propio salón, conviviendo en el de ellas. Todo era nuevo.

—Se supone que sí... —respondió Aitné, sin mucha convicción—. Aunque ya van un par de noches en que no lo hacemos...

—Si tienen sueño, duerman. Yo puedo quedarme atenta un rato — se ofreció Oribita, con una tranquilidad que apenas empezaba a

recuperarse.

—Yo no tengo sueño —intervino Larisa—. No se ustedes. Aunque... aún es temprano.

—Yo tampoco tengo sueño —añadió Aitné, cruzándose de brazos.

Eupa y Eris no dijeron nada, pero sus miradas, tranquilas y vigilantes, bastaron para dejar en claro que estaban de acuerdo.

Entonces, como si el aire mismo se negara a circular, las voces fueron apagándose una tras otra, sofocadas por un silencio que no pertenecía a la paz, sino a su máscara. Afuera, la noche avanzaba con paso incierto, respirando sola, como un animal que se oculta antes de abalanzarse.

Los gritos se habían debilitado, los ecos se hundían en la distancia, y, sin embargo, la calma que quedaba tenía un filo oculto, imposible de ignorar.

En el aula, la oscuridad fue reclamando cada rincón hasta volverse dueña absoluta. El agotamiento, más fuerte que cualquier promesa, derribó los párpados de todas, una tras otra, como hojas que se desprenden en la penumbra sin hacer ruido.

Oribita resistió cuanto pudo. Había prometido permanecer atenta, ser la vigía cuando las demás ya no pudieran, pero la noche también reclamó su parte de ella.

Los párpados le pesaron, la cabeza se inclinó, y el sueño la arrastró sin permiso, sin violencia, con un susurro inevitable.

Así murió el día. El aula quedó sumida en un silencio espeso, con la última guardiana vencida entre sus compañeras. Afuera, la noche seguía despierta. Y el amanecer, todavía lejano, parecía seguir guardando secretos.

DÍA 6

Su sueño fue interrumpido por un sonido que quebró el silencio de la madrugada y sacudió a todas las que dormían.

Aún no amanecía del todo. La luz de la luna aún se colaba por las ventanas, tiñendo el aula con un resplandor sereno.

Entonces, el estruendo volvió. Se trataba de las bocinas de los pasillos, con una voz metálica y autoritaria.

—A todos los estudiantes; han sido tiempos difíciles, pero su resistencia ha sido admirable. Mañana, domingo, llegará el personal de salud gubernamental para garantizar su bienestar y atender cualquier necesidad médica. Se ha trabajado incansablemente para asegurar que cada uno de ustedes reciba la ayuda que merece. Pronto podrán volver a casa. Solo un día más.

—¿¡Lo escucharon!? —dijo Larisa, siendo la primera en incorporarse con los ojos bien abiertos y el corazón desbocado.

Oribita se levantó con lentitud, aún adormilada, frotándose los ojos. No estaba segura de haber entendido bien, hasta que la bocina repitió el mensaje.

El anuncio se escuchó con total nitidez. Un suspiro colectivo recorrió el aula.

Los vítores y gritos de alegría no tardaron en estallar, no solo entre ellas, sino también en el resto de la escuela. Entre risas y voces emocionadas, un murmullo de esperanza pareció devolverles el alma al cuerpo.

Larisa abrazó a su hermana con fuerza. Eris sonrió con una expresión que no mostraba desde hace días. Eupa soltó un suspiro largo, como si por fin pudiera descansar. Oribita se llevó ambas

manos al pecho, sintiendo cómo el corazón le latía con fuerza renovada.

—¿Qué... qué pasa? —escuchó Oribita a su lado.

Giró la cabeza.

Nibiru estaba despierta. Sus ojos la miraban con desconcierto.

Oribita no lo pensó. Se abalanzó sobre ella, abrazándola con fuerza por los hombros, pegando su mejilla a la suya. Lágrimas comenzaron a correr sin control.

—¡Nibiru! —dijo, con la voz quebrada por la emoción.

Nibiru, aún desorientada, rodeó también a Oribita con los brazos.

—Oribita... —susurró, con voz débil—. No creí que volvería a verte.

Las manos de Nibiru se aferraron con fuerza a la espalda de Oribita, como si temiera que desapareciera.

El llanto de Oribita pronto se convirtió en una nariz que aspiraba para contener el escurrimiento.

—Pronto saldremos de aquí, Nibiru. Ya acabó.

Entonces, Eris se agachó junto a Nibiru. No porque no hubiese notado, al igual que Oribita, que había despertado, sino porque quiso darles ese breve instante solo para ellas dos.

—Nibiru, me alegra tanto que estés bien —dijo, con una voz cargada de melancolía mientras rodeaba a ambas con sus brazos.

Nibiru esbozó una sonrisa débil, pero verdadera.

Larisa y Aitné se acercaron con prisa.

—¡Nibiru! —exclamaron casi al unísono antes de agacharse junto a ella.

—¿Cómo estás? —preguntó Larisa con una alegría que parecía no caberle en el pecho.

—¿Cómo te sientes? —añadió Aitné, con la voz tan viva como nunca.

—Estoy bien —respondió Nibiru, sonriendo otra vez mientras intentaba incorporarse.

Eris y Oribita se apartaron con suavidad, solo lo suficiente para darle espacio, y enseguida la sostuvieron entre sus brazos para ayudarla a levantarse.

Al mover la cabeza apenas un instante, su mirada se topó con ella, sentada en una esquina del aula.

—Euporie... —murmuró con asombro—. Qué sorpresa verte aquí.

Eupa sonrió, sin contenerse. Su tono fue el más sereno de todas.

—Me alegra que estés bien.

Esa simple frase pareció quebrar algo en el aire. Larisa se inclinó primero, envolviendo a Nibiru con sus brazos. Aitné la imitó enseguida. Eris soltó un suspiro profundo, y, como si necesitara reunirlas a todas, jaló a Oribita para que juntas se unieran al abrazo, fundiéndose las cinco en un mismo gesto.

Eupa las miraba desde su rincón. No necesitaba estar en medio para sentirse parte de ellas.

—Al fin está a punto de acabar... al fin se acabó —susurró Eris, con una voz que parecía no creérselo aún.

Hubo suspiros. Largos, contenidos durante días enteros. Respiraciones plenas, como si al fin fuera posible llenar los pulmones.

Afuera, la celebración crecía. Una alegría se extendía más allá de las paredes, más viva que los primeros rayos del sol aún escondidos

tras el horizonte.

Entonces, el infierno interrumpió.

La penumbra del amanecer apenas comenzaba a ceder, y en ella encontró refugio el demonio.

Los gritos de júbilo se quebraron sin aviso, sustituidos por alaridos de horror.

La esperanza recién nacida dio paso al pánico, siendo aplastada bajo el brutal peso de la realidad.

Las cinco se separaron del abrazo de inmediato, como si una fuerza invisible las hubiese empujado. Eupa se incorporó al instante de su lugar. Todas entraron en pánico, arrinconándose instintivamente entre sí, como si el estar pegadas las unas a las otras hiciera más llevadero lo que se avecinaba.

—¿Qué? ¿¡Qué ocurre!? —preguntó Lariza, con la voz temblorosa, casi sin aliento

La respuesta llegó antes de que alguien pudiera pronunciarla.

Las ventanas estallaron a la vez, con un crujido semejante al de huesos quebrándose. El vidrio llovió en todas direcciones, y de aquellas aberturas rotas comenzaron a irrumpir los errantes.

No hubo tiempo para pensar.

Aitné se precipitó hacia la puerta, forcejeó con el picaporte y la abrió de un jalón. Salió de inmediato, volteando apenas para comprobar que no iba sola. Las demás la siguieron de inmediato, empujadas por el mismo pánico ciego.

Todas menos Nibiru.

Ella se quedó atrás, paralizada por algo más que el miedo. Dio un paso hacia la puerta, pero bajó la vista. La sudadera, aquella única prenda que llevaba, apenas le cubría medio muslo, nada más. Nada

debajo. Nada que ocultara lo que el pudor y el dolor reclamaban esconder.

Oribita se detuvo en seco al verla.

—¡Nibiru! —la llamó, casi quebrándose.

—¡Me van a ver! —respondió Nibiru, con una vergüenza que no parecía propia de ella.

Oribita no respondió con palabras. La jaló con fuerza, sin dejar espacio a la duda ni al pudor.

Entonces corrieron. Todas. Y detrás de ellas, los errantes.

El pasillo era puro caos. La gente se desbordaba sin rumbo, como agua fuera de cauce.

A veces se perdían unas de otras entre empujones y gritos, pero siempre volvían a encontrarse, empeñándose en mantenerse unidas.

Todas corrían con el corazón en la garganta, excepto Nibiru. Sus piernas se movían sin voluntad. Oribita la arrastraba del brazo, mientras ella intentaba con la otra mano bajar una sudadera que no alcanzaba a cubrir su piel.

—¡Todos me están viendo! —decía entre sollozos, humillada, rota por dentro.

La respuesta de Oribita fue rápida y cruda, empujada por la presión del momento.

—¡Nadie te está viendo, Nibiru! ¡A nadie le importa eso ahora!

Sus palabras no fueron consuelo. No fueron ternura. Fueron un grito desesperado por hacerla avanzar.

La corriente humana las arrastró por el pasillo principal. Al pasar frente a la cafetería, vieron una escena que, bajo otras circunstancias habría sido imposible de ignorar; un grupo de

hombres resistía a los errantes con todo lo que tenían. Ton estaba entre ellos, aunque Nibiru no lo vio.

Nadie les ayudaba, nadie se detenía. Nadie podía.

La multitud, como una marea enceguecida, continuó su curso hasta la entrada principal. Y allí, como un muro infranqueable, los esperaba la realidad.

Una masa de estudiantes se agolpaba contra el portón. Algunos gritaban, otros intentaban treparlo desesperadamente, muchos simplemente empujaban, esperando que la fuerza del cuerpo fuera suficiente para romper el metal.

—¿¡Qué hacemos!? —preguntó Larisa, jadeando, con la voz temblorosa por el esfuerzo y el terror.

—¡Seguir corriendo! —respondió Eupa al instante, sin permitir que el miedo les clavara raíces—. ¡Quedarnos aquí, apiladas, solo empeorará nuestra situación!

—¿¡Y a dónde!? —exclamó Oribita, mirando alrededor. La pregunta no era retórica, era real.

Aquel instante de duda fue suficiente.

La oleada de estudiantes que salía del edificio principal las alcanzó como una avalancha humana, arrollándolas sin piedad. No hubo tiempo de apartarse, de gritar, ni siquiera de reaccionar.

El impacto fue brutal.

Cayeron en montón.

Oribita golpeó el suelo con el pecho, perdiendo el aire en seco. Sintió como si sus costillas se comprimieran en un abrazo cruel. Nibiru, aún presa de su agarre, cayó de espaldas con un grito ahogado. Larisa y Aitné rodaron un par de metros, desorientadas. Eris también fue separada, empujada por la marea. Eupa había

alcanzado a apartarse un poco antes del impacto, pero no lo suficiente. Había caído de rodillas, pero de inmediato se puso de pie.

Sin perder tiempo, corrió hacia Nibiru y la levantó del suelo con fuerza, arrancándole el cuerpo al desastre. Luego hizo lo mismo con Oribita, que apenas podía sostenerse. Jadeaba, buscando aire que no llegaba. Sus ojos estaban vidriosos por el mareo. Eupa la sostuvo, firme, hasta que pudo volver a respirar.

Y mientras la ayudaba a estabilizarse, su mirada se alzó.

Lo que vio le heló la sangre.

Alumnos corriendo como locos, chocando entre ellos, cayendo, gritando. Algunos eran pisoteados sin que nadie pudiera ayudarlos.

El suelo se manchaba de sangre, los rostros se llenaban de terror. Los errantes comenzaban a apreciarse, el pánico los anunciaba con cada alarido. El sol, que ya comenzaba a alzarse, bañaba la escena tal cual un testigo cruel, iluminando el horror con su luz dorada.

No podían quedarse allí.

—¡Atrás! —gritó Eupa—. ¡Vamos a las aulas traseras!

No era una orden, era una opción. La mejor que tenían en ese momento.

Todas, apenas recompuestas, siguieron su voz. Rodearon el edificio, alejándose de la entrada principal.

Y aunque había menos gente en aquella parte del colegio, también significaba menos distracciones para los errantes y más peligro para ellas.

Sus piernas temblaban, los pulmones ardían y cada latido golpeaba como un tambor en los oídos. Ya no corrían por decisión, sino por puro instinto de supervivencia. Pero estaban al límite. Sabían que, si no encontraban pronto un refugio, la siguiente caída sería la definitiva.

De pronto, entre jadeos y miradas frenéticas, Oribita distinguió una silueta familiar en la distancia.

—¡Ahí! ¡Tu amigo, Eris! —exclamó, señalando con la mano temblorosa hacia la figura de Callisto, que subía a toda prisa los escalones de un edificio junto a la librería.

—¡Callisto! —gritó Eris, con una mezcla de alivio y súplica.

Él se giró al escuchar su nombre. La sorpresa lo dejó rígido un instante, pero su reacción fue inmediata.

—¡Eris! ¡Oribita! ¡Aquí! —les gritó, haciéndoles señas desesperadas.

El grupo aceleró, aferrándose a esa chispa de salvación. Pero el grito no las había atraído solo a ellas.

Un errante dobló en la esquina, decrépito y corrompido, con un instinto feroz que contrastaba con su aspecto. Sus ojos vacíos se clavaron en Callisto, y se lanzó hacia él con una velocidad antinatural.

Las chicas lo vieron. El corazón de Oribita se le encogió en el pecho.

Callisto también lo vio. Y justo cuando la criatura saltó sobre él, levantó la pierna y descargó una patada brutal en su pecho, haciéndolo rodar cuesta abajo por los escalones de la entrada.

—¡Deprisa! —llamó Callisto.

El grupo llegó apenas segundos después. Subieron los escalones a trompicones, jadeando. Y justo cuando la salvación parecía al alcance de la mano, sucedió.

Aitné, sin su calcetín derecho, pisó el borde del escalón con la planta del pie sudada bajo su zapato y resbaló.

Todo ocurrió en un instante.

Un grito desgarrador estalló en su garganta mientras caía y el pie se le doblaba de manera antinatural contra el suelo. Un chasquido seco, inconfundible, partió el aire como un látigo. El hueso había cedido. La visión fue aún más atroz cuando intentó incorporarse y otro alarido, desgarrador, se le escapó entre dientes.

—¡Aitné! —chilló Larisa, frenando en seco y devolviéndose hacia su hermana.

Eupa se le unió sin pensarlo. La sujetaron de los brazos, intentando levantarla, pero Aitné apeas resistía el dolor.

Entonces, un nuevo horror.

El errante al que Callisto había derribado volvía a alzarse, tambaleante.

Intentó subir los escalones, torpe, arrastrando su peso muerto, pero sus ojos carentes de vida no miraban a nadie más que a Aitné.

De pronto, lanzó un zarpazo con una mano grotesca. Los huesos de los dedos se asomaban como cuchillas amarillentas, y con ellos, desgarró la espalda de Aitné. Cuatro surcos profundos se abrieron en su carne. La piel cedió como papel mojado. Su grito atravesó el aire, agudo, insoportable. Un sentimiento de pánico se hundió en el estómago de todas las presentes.

—¡NO! —gritó Larisa, fuera de sí.

Callisto no lo pensó. Salió al encuentro con furia animal, y, de una patada, arrojó al errante de nuevo contra el suelo, comprando apenas unos segundos.

Mientras tanto, Larisa y Eupa tiraban de Aitné con toda su fuerza.

Lograron arrastrarla hacia el interior, justo cuando Callisto dio un salto atrás y cerró la puerta de golpe, colocando el seguro con tal violencia que el hierro chirrió como si fuera a partirse.

El silencio cayó de inmediato, roto solo por los alaridos desgarradores de Aitné, que yacía boca abajo, retorciéndose. Fue su dolor, curdo e ineludible, lo que quebró el shock y encendió de nuevo el instinto de supervivencia

Larisa fue la primera en reaccionar. Se arrodilló junto a su hermana con desesperación, presionando con ambas manos la espalda ensangrentada.

—¡Está sangrando mucho! —gritó con la voz temblorosa, desesperada por hacer algo que sirviera.

Eris reaccionó. Se arrancó el saco de encima, lo lanzó al suelo y comenzó a romperlo en tiras junto a Eupa, que se había acercado en cuanto vio la magnitud del daño.

Juntas empujaron con fuerza las telas contra las heridas abiertas, en un intento urgente por detener la hemorragia.

—¡Presiona más! —ordenó Eris con firmeza.

Eupa obedeció sin vacilar, a pesar de que Aitné chillaba bajo sus manos.

Sus gritos eran agudos, feroces, como si en cada uno se le fuera un trozo del alma.

Oribita observaba desde un par de metros atrás, inmóvil, pálida ante la escena. Junto a ella, Nibiru se encogía, abrazándose a sí misma, incapaz de apartar los ojos del sufrimiento de Aitné.

Al fondo, Callisto presenciaba la escena el silencio, con la mandíbula apretada de impotencia. Otros alumnos de su grupo, acurrucados entre las paredes del edificio, miraban enmudecidos, tragándose el pánico. La escena les había robado las palabras.

Entonces, un golpe seco y violento retumbó por el lugar. Todos alzaron la vista hacia la puerta. La escotilla vibró bajo el primer impacto, y volvió a hacerlo con el segundo.

Al otro lago, el errante que había atacado a Aitné embestía con furia salvaje.

—¡Debemos irnos! —bramó un chico al fondo con la voz cargada de pánico.

—Sí... sí... —murmuró Callisto, todavía indeciso.

Dio un paso hacia atrás, luego miró a Oribita con urgencia.

—¡Vámonos! ¡Tráete a tu amiga! —dijo, refiriéndose a Nibiru.

Oribita parpadeó, como si recién saliera de un sueño denso.

—¿Qué...? —balbuceó—. ¡Pero Aitné está herida! ¡Esperemos un poco más, por favor! —suplicó.

Callisto tragó saliva. Su mirada se clavó en las manos manchadas de Eris y Eupa, el rostro pálido de Larisa y la sangre aun goteando por las vendas improvisadas.

—Está infectada —dijo, seco, con cierto dolor en la voz—. Y ellas también lo estarán. Están tocando su sangre... —su mirada se endureció. Su voz se volvió dura—. ¡Ustedes dos deben venir con nosotros!

La boca de Oribita se entreabrió, sin emitir sonido. La sorpresa le golpeó como una ráfaga. No se había planteado aquella posibilidad.

Recordó sus propias experiencias; había tocado con sus propias manos aquel líquido negro y viscoso que los errantes desprendían, y seguía siendo ella. Pero eso era distinto. Aitné no solo había tenido contacto directo con un errante, había sido rasgada por él. Un zarpazo directo. El hueso de la criatura dentro de ella, desgarrándola.

Sintió cómo una gota de miedo resbalaba por su espalda. El pensamiento hecho raíces, lento pero insistente, incrustándose en su piel y su garganta.

—¡Oribita! —la llamó Callisto, con urgencia, extendiendo su mano hacia ella.

Pero Oribita no se movió. Solo giró lentamente la cabeza.

Nibiru se aferró a su brazo, sosteniéndolo con fuerza. Una presión tibia, humana, desesperada. Una súplica sin palabras.

Oribita quería irse, dejar de sufrir y rendirse ante la posibilidad de sobrevivir. Ansiaba ver el sol, respirar el aire limpio tras los muros. Aquella inquietud provocaba que su corazón latiera con fuerza bajo su pecho. Entonces cerró los ojos, y la imagen de Eupa ofreciéndose a salir sola en busca de comida para quienes entonces eran desconocidas, volvió a su mente.

Aitné gritó. El dolor de su voz rompió cualquier fantasía. Había tomado una decisión.

—Adelántense... —dijo, sin mirar a Callisto—. Los alcanzaré en un momento.

Su voz fue débil, cargada de miedo.

Callisto la miró unos segundos. Bajó la mano. Asintió.

—Suerte —murmuró antes de darse media vuelta y echar a correr, seguido de su grupo.

Oribita giró la cabeza para verlos desaparecer por el pasillo, sintiendo cómo su pecho se tensaba con cada paso que se alejaban. Su cuerpo quería moverse, pero sus pies se mantuvieron firmes.

No podía hacerlo.

No podía abandonar a quienes no la habían abandonado a ella. No podía dejar atrás a las únicas personas que tenía.

La voz de Eris la trajo de vuelta.

—¡Oribita! ¡Amarra esto! —gritó, sin apartar sus manos de la espalda de Aitné.

Con la ayuda de Eupa, presionaba la espalda ensangrentada. Larisa sujetaba con fuerza los brazos de su hermana, que se debatía entre espasmos de dolor.

Oribita se lanzó hacia ellas. Sus dedos temblaban, pero actuaban.

Arrancó una de las tiras del saco desgarrado de Eris, la pasó por debajo del torso de Aitné y la amarró en su espalda con toda la fuerza que pudo reunir. Repitió el gesto una vez más, y otra, hasta que cinco nudos ciñeron la herida.

La sangre continuó fluyendo, pero ya no con la misma urgencia. Las vendas improvisadas habían cumplido su propósito.

Cuando finalmente las manos de Eris y Eupa se apartaron, Aitné soltó un suspiro tembloroso. La presión había cedido, y con ella, un instante de alivio.

Pero no duró.

La puerta seguía retumbando con cada impacto. El errante seguía allí, golpeando con una furia ciega, empeñado en derrumbar la frágil barrera que los separaba.

El seguro vibraba, amenazando con ceder. No resistiría mucho más.

—Tenemos que irnos —dijo Eupa, con una voz grave que no dejaba espacio a objeciones.

Aitné trató de levantarse por su cuenta. Apoyó las manos en el suelo, pero su cuerpo no respondió. La espalda lacerada le arrebataba el aire, y su pie roto era un hierro candente que mordía cada intento de movimiento.

Larisa no dudó y se agachó para levantarla. Eris la ayudó, colocando el brazo de Aitné sobre sus hombros. Eupa intentó asistirlas, pero la diferencia de estatura entre ella y Aitné hacía la tarea inútil.

—¿A dónde se fueron Callisto y los demás? —preguntó Eris, jadeando por el esfuerzo.

—No lo sé. Solo... siguieron avanzando —respondió Oribita, girando la vista al pasillo vacío.

—Entonces vamos a alcanzarlos —dijo Eris, y echó a andar.

Los pasos lentos comenzaron a sonar en el corredor, mientras el estruendo del errante quedaba atrás. Golpeaba con furia, pero ya era solo ruido.

—Gracias... —susurró Aitné, apenas audible.

—No hables, hermanita —le respondió Larisa, con dulzura fingida —. Solo déjanos llevarte. Vas a estar bien.

Aitné sonrió con la comisura de los labios. Su cuerpo estaba destrozado, pero no del todo vencido.

—Gracias por quedarse conmigo... —mustió, antes de cerrar los ojos, dejándose arrastrar por un letargo que no era sueño, pero sí refugio.

Los pasillos que recorrían estaban sumidos en penumbra. La mañana había llegado, pero densas nubes habían oscurecido el cielo, robando la luz y cargando el aire de amenaza. Un retumbar sordo presagiaba la lluvia inminente.

Al estar en los edificios traseros, los pocos rayos de luz que aún quedaban apenas se filtraban entre los ventanales sucios, proyectando sombras largas que se arrastraban como espectros.

La oscuridad, aunque parcial, agudizaba los sentidos.

Todas caminaban en silencio, alertas. Sus cabezas giraban constantemente, conscientes de que el siguiente horror podía surgir de cualquier rincón.

Unos metros más adelante, el pasillo se dividía. A la derecha, unas escaleras subían al segundo piso. Al frente, el corredor seguía su curso, con la misma luz opaca y amenaza latente.

—¿Por dónde habrán ido? —preguntó Eris, rompiendo el silencio con voz baja.

Nadie respondió.

Larisa miró hacia adelante y dio un paso. Sabía que subir escaleras con Aitné era inviable.

Eris captó la decisión sin necesidad de palabras y reforzó el paso junto a Larisa, soportando el peso de Aitné que parecía multiplicarse con cada metro. Las demás las siguieron.

El pasillo las condujo hasta una sala amplia, con sofás maltratados y escritorios cubiertos de polvo. Varios monitores viejos estaban apagados, quebrados, como si hubieran sido golpeados en algún ataque de furia. Aquel espacio guardaba la huella inconfundible de lo que alguna vez fue un área de cómputo.

—No recuerdo haber venido aquí antes —comentó Eris, mientras recorría el lugar con la mirada.

—Yo tampoco... —añadió Eupa.

Con movimientos torpes y medidos, recostaron a Aitné en uno de los sofás. El mueble, cubierto de polvo, crujió bajo su peso. Eris y Larisa se dejaron caer a su lado, buscando descansar el cuerpo. Aunque no lo decían, sus hombros ardían por el peso y el esfuerzo.

Nibiru, en cambio, permanecía cerca de Oribita. No intentaba sentarse ni descansar; parecía que cualquier distancia entre ellas pudiera quebrarla. Sus pasos la seguían de manera casi instintiva, como si ese vínculo fuese lo único que aún la mantenía erguida.

Oribita, con la respiración aún alterada, dejó que su mirada recorriera cada rincón.

—Algo pasó aquí —murmuró

—Sí... —asintió Larisa.

—¿Les habrá ocurrido algo a Callisto y su grupo? —preguntó Eris.

—No lo creo... No escuchamos gritos mientras estábamos con Aitné, ni cuando veníamos en camino —respondió Eupa.

—Quizá simplemente no les pusimos atención... —intervino Larisa — Estábamos concentradas en mi hermana. Ni siquiera notábamos los golpes del errante en la puerta, y lo teníamos justo al lado...

—Puede ser —murmuró Eupa, caminando con cautela hacia el fondo del aula—. Pero no hay manchas de sangre.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Eris.

—No lo sé... quizá —respondió Eupa, casi susurrando.

Entonces, el cielo se rasgó con un relámpago.

La luz entró por cada rendija, revelando con crueldad lo expuesto que estaba el lugar. No hubo trueno inmediato, solo el silencio denso tras el destello.

Eupa se acercó a uno de los ventanales grandes. Oribita y Nibiru la siguieron sin decir nada.

—Estamos muy expuestas aquí —dijo Eupa, sin despegar la vista del exterior.

—Sí... pude notarlo —respondió Eris, aún desde el sofá.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Oribita.

—El pasillo termina aquí. No hay más camino. O volvemos por donde vinimos... o salimos al patio —contestó Eupa, sin dramatismo.

Larisa no dijo nada, solo bajó la mirada y tensó la mandíbula. No necesitaba palabras. Su hermana apenas podía mantenerse consciente. Subir escaleras era impensable, pero no protestó.

Eris se percató de su angustia. La conocía lo suficiente como para saber qué decía su silencio.

—¿Y si... nos quedamos? —preguntó, casi susurrando, sin estar segura de lo que estaba diciendo. Sus palabras eran un intento de alivio hacia con Larisa y Aitné—. Solo por hoy... hasta que amanezca.

Miró a Eupa, buscando una señal, una aprobación, algo. En el poco tiempo que tenía de conocerla, había demostrado ser alguien sensata. Algunas veces, más que ella.

Eupa no respondió de inmediato. Inspiró por la nariz y sostuvo el aire unos segundos antes de hablar.

—No lo sé. Este sitio parece que ya fue refugio antes... —dijo, mientras caminaba hacia el fondo del lugar— si lo abandonaron, debieron tener una razón. Y esa ventana —señaló con la mano izquierda, sin siquiera mirarla—, está rota.

Eris comprendió. Sabía que lo que Eupa decía era cierto, pues ella no había visto la ventana hasta que le fue señalada.

Giró el rostro hacia Larisa por un instante, y luego suspiró.

—Sí... tienes razón —murmuró, para después ponerse de pie—. Larisa —llamó.

Larisa alzó el rostro, mirando a Eris.

Aitné abrió los ojos cuando Eris se inclinó hacia ella.

—Debemos movernos ahora que parece estar todo tranquilo —dijo mientras tomaba a Aitné del brazo.

Larisa le ayudó. Aitné intentó cooperar, aunque gimió de dolor una vez que ambas la alzaron.

Eupa observó mientras ambas ayudaban a Aitné a ponerse de pie.

—Solo nos queda volver —mencionó.

—Lo sé, por eso nos vamos ahora. Es mejor subir las escaleras con calma —respondió Eris con una voz convencida.

Eupa solo asintió y se dispuso a caminar.

Oribita las siguió, y detrás de ella, Nibiru.

Avanzaban con un ritmo tan contenido que la tenue claridad del amanecer terminó por desvanecerse. El cielo, cubierto por nubes intensas, había sumido el pasillo en una penumbra que rozaba lo negro.

Las primeras gotas comenzaron a resonar a los lejos, golpeando el exterior, acompañando su andar silencioso.

El recorrido las condujo de vuelta a la intersección que ya habían pasado antes. Se detuvieron unos segundos para analizar la situación, y después actuaron. Eris y Larisa sujetaron a Aitné por los hombros, mientras Eupa llamó a Oribita para que le ayudara a cargar sus piernas.

Oribita sujetó la izquierda sin mayor problema, pero Aitné soltó un grito de dolor apenas los dedos de Eupa rozaron su pantorrilla derecha.

Eupa la miró al rostro con el ceño fruncido, cargando en sus ojos la incomodidad de la empatía. Sabía que aquello era cruel, pero no había alternativa. Sujetó a Aitné por el muslo, en la zona donde el dolor parecía ceder un poco. Al alzarla, el pie colgó inerte, meneándose como un péndulo. La piel alrededor de la fractura estaba marcada por tonos violetas que se extendían como una herida de fuego apagado.

Las seis subieron por las escaleras que conducían al segundo pasillo. Nibiru, incapaz de ayudar a cargar a Aitné, se adelantó unos pasos y aguardó en lo alto, vigilante, con la ansiedad escrita en cada movimiento.

Al llegar arriba, se detuvieron un instante. El aire se llenó de jadeos cansados, como si cada una expulsara en voz baja el peso del esfuerzo. Luego, uno a uno, los suspiros cedieron, resignados, obligándolas a continuar.

Reanudaron la marcha como antes, despacio, con Aitné sostenida únicamente por Eris y Larisa.

El pasillo se extendía amplio y silencioso, terminando en un puente cerrado recubierto de cristal que conducía a la biblioteca, el único edificio moderno de aquella escuela.

Pasados unos minutos, en el pasillo inferior donde habían estado antes, comenzó a escucharse un alboroto lejano. El murmullo apenas alcanzaba sus oídos, ahogados por las gotas de lluvia que golpeaban con más fuerza a cada instante. Con el tiempo, el aguacero se volvió tan intenso que el ruido dejó de ser reconocible. Nadie pronunció palabra, pero todas comprendieron que haber abandonado aquella sala había sido la decisión correcta.

El recorrido se alargó hasta que cubrieron casi todo el pasillo. Cuando estuvieron a punto de alcanzar el puente que conectaba con la biblioteca, un relámpago iluminó todo el lugar, revelando, por un instante, la sombra de un errante a unos metros delante de ellas. La tormenta, con su estruendo, había ocultado los pasos del grupo y los gemidos de Aitné, dándoles un instante de ventaja antes de ser descubiertas.

De inmediato se arrinconaron en un cuarto estrecho; el penúltimo antes del puente. El lugar estaba vacío, antiguo, olvidado bajo capas de polvo.

El horror seguía allí, latente, aunque no tan punzante como otras veces. Tal vez era el consuelo de la lluvia que golpeaba sin tregua, o la empatía que todas compartían hacia Aitné, cuya condición empeoraba a ojos vistos.

Las vendas improvisadas sobre su espalda estaban empapadas en sangre, ya no roja, sino guinda. Las ataduras en su torso comenzaban a hundirse en la piel, dejando marcas de asfixia. Su pie seguía colgando como una campana rota, y cada movimiento, hacía que los fragmentos de hueso desgarraran el músculo. El frío se adueñaba de su pierna, mientras el resto del cuerpo ardía en una fiebre abrasadora, como si en su frente pudiera cocinarse alimento. Aitné era ya un cuerpo entero de sufrimiento.

Al levantarle la camisa, descubrieron que la herida había dejado de sangrar. Era un alivio engañoso, pues lo demás seguía destruyéndola desde adentro.

El pie fracturado era ahora lo que más preocupaba. Ninguna sabía de medicina, pero intuían lo obvio; un hueso roto debía inmovilizarse. No habían tenido oportunidad, y el dolor al moverla era tan atroz que un solo grito suyo bastaría para atraer al errante del pasillo.

La impotencia las atravesó a todas. No podían hacer nada por ella, no en ese momento.

Con el mayor cuidado le bajaron la camisa, procurando no causarle más daño. Aitné temblaba, de frío, de dolor, de fiebre... y aún resistía. Su valentía estaba en ese silencio frágil, interrumpido apenas por gemidos que se escapaban en contra de su voluntad.

De los ojos de Larisa brotaron lágrimas silenciosas. Quiso decir algo, cualquier cosa que pudiera aliviar a su hermana, pero las palabras no existían. Eris también se quebró. Su rostro se contrajo y las lágrimas se abrieron paso sin permiso. No podía aceptarlo. No quería aceptarlo. Primero Febe, luego Aitné. Se repetía a sí misma que todo estaría bien, que solo tenían que resistir hasta el día siguiente. Pero esa esperanza era frágil, casi hueca. No sabía qué traería el mañana, solo se aferraba al deseo de que el comunicado matutino fuera cierto.

Eupa bajó la mirada. Si seguía contemplando la escena, sus propios ojos acabarían nublados.

Oribita cerró los párpados, con la frente inclinada hacia el suelo, buscando un instante de tregua. Nibiru, con su semblante casi desprovisto de emoción, se sentó junto a ella y se pegó tanto como pudo. Oribita levantó el brazo y lo posó sobre sus hombros, en un gesto cercano a un abrazo, más silencioso que reconfortante.

El silencio se extendió entre ellas todo lo que fue posible. Solo los sollozos quebrados de Larisa y Eris, y los gemidos ahogados de Aitné, interrumpían el aire.

Entonces, la lluvia comenzó a golpear con más fuerza, llenando el vacío con un murmullo constante. Su sonido no era neutro; parecía triste, como si el propio cielo llorara por quienes aún luchaban por sobrevivir.

—Deberían irse y dejarme aquí —murmuró Aitné, rompiendo la falsa quietud con una voz tan temblorosa como pesada.

Larisa reaccionó de inmediato.

—¿¡Qué!? ¡No! ¡No vamos a dejarte aquí!

Aitné gimió de dolor.

—Ya no aguanto más, Larisa... Hermana... No sobreviré a esta noche.

Los ojos de Larisa se humedecieron aún más.

Eris bajó la cabeza, incapaz de sostener aquella verdad.

—¡No digas eso! —insistió Larisa, aferrándose a su brazo con desesperación—. ¡Mañana estarás bien! ¡Mañana podremos salir de aquí!

—No... estoy sufriendo mucho... ya no puedo... —la voz de Aitné se quebró antes de terminar de hablar.

Larisa cerró los ojos con fuerza. Las lágrimas recorrieron su rostro, silenciosas. Apretó el brazo de su hermana, como si con ello pudiera retenerla en vida.

—Intentémoslo... Por favor... Mañana las cosas estarán bien... —imploró, sin levantar la vista.

Aitné, con la mirada cansada, observó a su hermana. Luego a Eris. Después a todas. Nadie la miraba directamente.

—Estoy infectada... —susurró, con un nudo en la garganta—. Una de esas cosas me atacó. Lo sabes... lo sé. No quiero convertirme en uno de ellos. No quiero hacerles daño a ustedes.

Larisa negó de inmediato.

—¡No! ¿Cómo sabes eso? ¡No lo sabes! ¿Cuántos infectados hemos visto? ¡Ni uno!

Sus palabras rebotaron en la mente de Eupa, tanto que levantó la cabeza de golpe.

—¡Es cierto! —exclamó, con energía—. ¿¡Cuántas veces hemos visto algún infectado!? ¡Nunca! ¡Todos se ven igual! Tan sucios y demacrados que parecen haber aparecido al mismo tiempo. Si hubiera nuevos, se notaría en su ropa, o en su aspecto... ¡Pero se notaría!

Todas la miraron, incluso Aitné.

—¿De verdad? —preguntó Eris, con voz rota, inhalando con fuerza para contener sus fluidos nasales.

—¡Sí! ¡Es en serio! Además... si esas cosas infectaran, ¿por qué a los que atacan permanecen muertos? ¿No deberían levantarse también? —razonó Eupa, casi convencida de su propio hallazgo.

Las palabras aliviaron.

A Oribita le devolvieron un respiro que no sabía qué contenía. Cuando Aitné mencionó la infección, su mente había regresado al recuerdo de aquel líquido negro y espeso proveniente de los errantes. Ella había estado en contacto con el fluido en más de una ocasión. Si fuera contagioso, tal vez ya estaría convertida o al menos mostrando síntomas. Y no era así. Habían pasado días y seguía siendo ella.

La tentación de confesarlo fue breve, ahogada por la sombra de una duda mayor; «¿Y si sí es infeccioso, pero con efectos tardíos?» pensó.

La posibilidad la paralizó, sumiéndola en un mutismo cargado de preguntas que solo la voz de Larisa pudo disipar.

—¡Es verdad! —dijo, con una sonrisa entre lágrimas—. ¿Lo ves? ¡No estás infectada! ¡No tienes nada!

Aitné tragó saliva, girando lentamente la cabeza hacia su hermana.

—No quiero seguir siendo una carga...

—¡No lo eres! —la interrumpió Larisa, con firmeza—. ¡Ni para mí ni para nadie!

El rostro de Aitné buscó a Eris, y luego a Oribita. Entonces cerró los ojos, gimiendo de dolor.

—Solo tengo que aguantar hasta mañana... —susurró, tan bajo que apenas se oyó.

Larisa sonrió entre lágrimas, apretando las manos de su hermana en un gesto que pretendía ser de consuelo, pero que no lograba ocultar su propio temblor.

Eris levantó la cabeza, dejando escapar un suspiro que no era del todo alivio, sino más bien la aceptación cansada de una tregua temporal.

Por un momento, solo el ruido de la lluvia quedó en el aire.

Entonces, Oribita tragó saliva. Sentía que su pregunta sería una intrusión en aquella intimidad dolosa, pero la incertidumbre pudo más, y al final, con una voz mucho más baja de lo habitual, se dirigió al grupo.

—¿Nos quedaremos aquí?

—No... no creo —respondió Eupa casi de inmediato—. Quedarnos aquí haría que no podamos salir.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Oribita.

—Porque si la lluvia continúa hasta mañana, el errante no se moverá de ahí al no haber sol... y si no se mueve, no podremos seguir avanzado. Y regresar... bueno, todas escuchamos el ruido de abajo —dijo, convencida.

—¿Y qué hacemos entonces? —cuestionó Eris, todavía inhalando con fuerza para contener su nariz.

—No... no lo sé —dijo Eupa para después dejar caer la espalda contra el muro más cercano.

Su torso se sacudió, y sin querer, la barra de chocolate que llevaba en el bolsillo de su playera se deslizó al suelo.

La recogió con la mano, la observó por un momento, y luego alzó la vista hacia las demás, ofreciéndola con un gesto silencioso. Pero ninguna aceptó. Larisa desvió la vista hacia Aitné, que yacía con los ojos cerrados. Eris negó con la cabeza en un movimiento casi imperceptible. El hambre había sido reemplazada por una náusea sorda y un sentimiento de impotencia que se extendía entre todas.

La mano de Eupa se dirigió entonces al bolsillo de su camiseta, guardando de nuevo la barra de chocolate.

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier quejido. No había consuelo qué ofrecer, ni energía para repartir. Solo el sonido

áspero de la lluvia y el fantasma de la sed que ya comenzaba a agrietar sus labios.

Los segundos se acumularon, pesados e incómodos, mientras cada una se hundía en sus propios pensamientos sin encontrar salida alguna.

De pronto, como si las palabras se le escaparan antes de haberlo pensado bien, Larisa rompió el vacío.

—¿Y si llamamos su atención? —propuso, con una voz ronca que pretendía sonar más clara de lo que era.

La idea se estancó en el aire. Solo un trueno, tan potente que hizo temblar las ventanas de la escuela, interrumpió el constante sonido de la lluvia.

—Suena bien, pero... ¿cómo lo movemos? —preguntó Eupa.

El mutismo siguiente fue más prolongado.

Entonces, Eris metió la mano en su bolsillo, sacó su teléfono e intentó encender la pantalla, sin éxito.

Oribita la observó con curiosidad.

—No tienes batería... —murmuró.

—Lo sé —respondió Eris—. Pero se me ocurrió una idea.

Se levantó y caminó hacia la ventana. Asomó apenas la cabeza, lo suficiente para distinguir la figura inmóvil del errante frente al pasillo.

Eupa se puso de pie tras ella. Oribita también, acercándose ambas a la misma ventana.

—¿Qué se te ocurrió? —preguntó Oribita.

—Puedo lanzar mi celular para hacer ruido y atraerlo a otro lugar —dijo Eris, convencida.

—¿Por qué tu celular?

—Porque no hay nada más que pueda arrojar aquí. El cuarto está vacío.

—¿Y a dónde lo vas a lanzar? —quiso saber Eupa.

Eris recorrió con la vista el pasillo bajo la escasa luz.

—Allá —apuntó con el dedo hacia un salón más atrás, con puerta de aluminio.

Eupa la miró con cautela.

—Tendría que pasar a lado de nosotras...

—Lo sé, pero... ojalá esté tan distraído como para que no nos vea —replicó Eris.

Eupa guardó silencio un momento. Luego suspiró.

—Es arriesgado, pero supongo que es nuestra mejor opción.

Aceptado el plan, Eris se dio media vuelta y se acercó a Larisa, Aitné y Nibiru. La lluvia amortiguaba las voces, así que consideró necesario repetirlo. Larisa protestó enseguida.

—Pero... mi hermana... no podemos moverla bruscamente.

Aitné calló, sin fuerzas para decir nada.

—Lo sé... —Eris trató de sonar firme, aunque su voz cargaba dolor y empatía—. Oribita y tú tendrán que sujetarla con fuerza y correr tan rápido como puedan.

Oribita la miró apenas escuchó esas palabras. Tenía sentido, sería ella quien tendría que ayudar a Larisa a cargar a Aitné mientras Eris distraía al errante.

Sin estar del todo convencida, Larisa asintió. Sacó su celular y también el de Aitné, entregándoselos a Eris para multiplicar las distracciones. Eris los tomó de inmediato.

Todas se acomodaron, preparadas para moverse. Aitné gimió de dolor cuando Oribita y Larisa la alzaron con cuidado, listas para correr.

—Nibiru, solo síguelas a ellas —indicó Eris, señalando al trío.

Nibiru asintió un par de veces con rapidez, sin emitir palabra.

Eupa abrió la ventana apenas lo suficiente. Eris levantó la mano, contuvo el aire y lo lanzó. El celular salió disparado y ambas se apartaron enseguida. Un golpe seco contra el aluminio bastó para saber que habían acertado.

Entonces Eupa se movió con agilidad hacia la puerta, lista para abrirla.

Esperaron unos segundos, pero nada sucedió. No escucharon los pies del errante moverse, solo el golpe constante de la lluvia en el exterior. La silueta de su carrera no se reflejó dentro del aula como habían esperado.

Eris se colocó en cuclillas y asomó ligeramente la cabeza, solo lo suficiente para ver con sus ojos al errante. Y ahí estaba, en el mismo lugar, pero ahora volteaba hacia ellas.

—Está mirando hacia acá —susurró.

—¿Qué? —preguntó Eupa, más por incredulidad que por falta de audición.

—Sí. No se movió, pero se giró hacia acá —dijo Eris, manteniendo el tono bajo.

—Eso es malo.

—Voy a lanzar otro —anunció.

—¿Qué? ¿En serio? ¡Te va a ver!

—Está oscuro, espero que no —replicó Eris, sin estar convencida.

Antes de que nadie pudiera detenerla, Eris lanzó el segundo celular. El impacto fue aún más brutal que el anterior. Había acertado en un cristal del aula, quebrándolo en mil pedazos.

El errante, atraído por el estruendo y los destellos del vidrio cayendo, rugió y comenzó a correr hacia el origen del ruido.

Al notarlo, Eris se agachó al instante, intentando ocultarse, rogando por aún no haber sido descubierta.

La silueta del errante se dibujó entre sombras al pasar frente a las ventanas del pequeño cuarto donde se encontraban. Era la señal.

Eupa abrió la puerta con rapidez, y todas salieron en silencio. Aitné mantenía la boca apretada, reprimiendo cualquier gemido de dolor.

Una vez fuera, Eris lanzó el tercer y último celular en la misma dirección, prolongando la distracción unos segundos más antes de unirse a la carrera.

A media carrera, Nibiru resbaló, pero no cayó. Eupa la sujetó a tiempo.

La lluvia había comenzado a filtrarse por un par de ventanas rotas, empapando el suelo. El reflejo del susto hizo que Nibiru emitiera un pequeño grito, suficiente para atraer la atención del errante, que giró hacia ellas y se lanzó con rugidos hacia el grupo.

No hubo más tiempo para delicadezas. Oribita y Larisa aceleraron aún más, olvidado por momentos las heridas de Aitné mientras corrían desesperadas por el pasillo.

Llegaron al puente elevado y lo cruzaron con rapidez, sintiendo cómo la brisa húmeda se colaba por los cristales rotos. Atrás, el errante que las perseguía había resbalado con el mismo charco que había hecho tambalear a Nibiru, cayendo al suelo, otorgándoles valiosos segundos.

Al otro lado, la calma duró poco. Más errantes se encontraban allí, inmóviles, pero con la mirada fija, atentos a cualquier estímulo.

El ajetreo de las chicas fue suficiente para encender su salvajismo.

Sin alternativas, se lanzaron al único lugar que aún estaba libre del horror; las escaleras junto al ascensor.

—¡El elevador! ¡Usemos el elevador! —exclamó Larisa con desesperación. Sabía que subir escaleras era imposible para su hermana.

—¡No! ¡Nos quedaríamos encerradas! —gritó Eupa mientras comenzaba a correr escaleras arriba. Eris la siguió de inmediato.

Oribita y Larisa habían metido a Aitné en el elevador, presionando el botón para subir con rapidez. Nibiru entró con ellas.

El panel brillaba con luz tenue, pero las puertas no terminaban de cerrarse. Cada movimiento del elevador producía un rechinar metálico que parecía amplificar la tensión.

—¡Qué...! ¡Ciérrate, maldita cosa! —exclamó Larisa, con la adrenalina en la garganta.

—¡No funciona! ¡No funciona! —gritó Oribita, consumida por el caos.

De pronto, Nibiru sacó medio cuerpo del elevador, movida por un impulso más fuerte que el miedo o el trauma que aún la comprimía por dentro.

—¡Las escaleras! —gritó mientras tomaba el brazo de Oribita, jalándola.

Oribita intentó avanzar con Aitné, pero Larisa se interpuso.

—Mi hermana no podrá... Nos alcanzarán —dijo, con voz rota y seria.

—¡Vámonos de aquí! ¡Nos alcanzarán si no te mueves! —insistió Oribita, con energía.

El silencio de Larisa fue suficiente para que Oribita comprendiera que la decisión no cambiaría.

Con el alma desgarrada, Oribita soltó el brazo de Aitné y corrió hacia las escaleras, volteando una última vez, con los ojos húmedos por la decisión que acaba de quebrarle el pecho.

Apenas ella y Nibiru salieron del elevador, el mecanismo comenzó a cerrarse con un chirrido lento y áspero. El peso había cedido, y la máquina, ahora libre, volvía a moverse.

El sonido metálico se expandió por el pasillo y capturó la atención de los errantes, que se abalanzaron hacia las puertas. Uno logró introducir la mano entre la rendija, retorciendo los dedos como garras, pero el resto del cuerpo quedó afuera.

Al ver aquella imagen, Oribita soltó un alarido visceral, un "¡No!" que no nació de la voz, sino de lo más profundo de su garganta, como si su propia alma se desgarrara.

No esperó a ver más. Junto a Nibiru ascendió los últimos escalones, mientras el eco apresurado de sus pisadas se confundía con el crujir del elevador.

Arriba, el piso parecía vacío, salvo por Eupa y Eris que aguardaban inmóviles al borde de la entrada, incapaces de dar un paso más.

Entre muebles dispersos, un grupo de alumnos refugiados las observaba con ceños fruncidos y miradas duras. Uno de ellos levantó la mano en un ademán seco que las expulsaba sin decir palabra.

—¿Y Larisa? ¿Y Aitné? —preguntó Eris en voz baja, apenas audible. Su voz se quebró al ver los rostros tensos de sus amigas.

Oribita no respondió. Solo la miró. Sus ojos brillaban con un dolor demasiado profundo para ser pronunciado.

La quietud duró apenas un instante.

Desde abajo, los gritos guturales de los errantes rompieron la tensión, avivando la adrenalina en todas. Pronto, el eco de sus pasos resonó en las escaleras, anunciando que se acercaban.

No hubo tiempo para explicaciones ni lágrimas. Bastó una mirada para sellar el acuerdo y echarse a andar por el pasillo inmenso, demasiado largo para cruzarlo sin ser alcanzadas. No había aulas ni puertas a los costados, solo muebles desperdigados en lo que claramente era una antigua sala de conferencias.

Un par de urnas viejas tiradas en el suelo ofrecieron un refugio improvisado. Las cuatro se agacharon detrás de ellas, de rodillas, aguantando la respiración.

Entonces, lo oyeron. La campana del elevador quebró el silencio como un golpe metálico en el pecho. Todas giraron el rostro al unísono.

Desde su escondite, alcanzaban a ver el del pasillo. El ascensor acababa de llegar. La puerta izquierda del elevador forcejó con un chasquido, abriéndose apenas a la mitad para luego atascarse.

Dentro, visibles en la penumbra, estaban Larisa y Aité, sorprendentemente vivas. Larisa había arrinconado a Aitné contra una esquina, mientras, desesperada, intentaba abrir la puerta con las manos, pero el metal no cedía.

Un grito se ahogó en la garganta de Eris. Quiso salir a ayudar, pero Eupa le sujetó el hombro con firmeza.

Entonces, desde la escalera irrumpieron los errantes, desbocados, gritando tal cual bestias enardecidas. El ruido del elevador los había atraído nuevamente, lanzándose contra la puerta a medio abrir.

Los gritos de Larisa y Aitné estallaron en el aire. El angosto hueco fue su salvación. El metal bloqueaba el paso a las criaturas, pero no sus tajadas.

Larisa, en un intento desesperado, pateó hacia afuera, pero uno de esos huesos afilados la alcanzó en la pantorrilla. No había sido una herida profunda, pero sí lo bastante dolorosa como para arrancarle un alarido y congelarla de miedo.

Eris se movió al verla. Intentó levantarse, pero la mano de Eupa volvió a retenerla.

—¿A dónde crees que vas? —susurró, con más reproche que pregunta—. Eres una sola contra cuatro. ¡Te van a matar!

—No pude salvar a Febe... —su voz quebrada apenas le permitía pronunciar palabra—. Al menos quiero intentarlo con ellas.

Entonces salió, sin estrategia, sin cautela. Gritando y aplaudiendo, haciéndose escuchar.

Desde la muerte de Febe, Eris ya no era la misma. El cálculo había dado paso a la herida. A veces seguía pensando con estrategia, pero en situaciones como en la que se encontraban en ese momento, el sentimiento pesaba más que la razón.

—¡Aquí, malditos! ¡Aquí estoy! ¡Mírenme!

Tres errantes giraron al instante. Sus ojos vacíos la captaron y se lanzaron tras ella. Eris corrió hacia el fondo de la gran sala de conferencias, alejándolos del elevador, pero una de las criaturas permaneció arremetiendo contra Larisa y Aitné.

—¡Está loca! ¡La van a matar! —vociferó Eupa con una mezcla de rabia y preocupación, antes de ponerse de pie.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Oribita, desde el suelo, con voz temblorosa.

—Ayudarla.

Entonces corrió hacia el elevador y le propinó una patada brutal al errante que se colaba entre las rendijas, logrando desplomarlo contra el suelo.

—¡Déjalas en paz, maldito!

No esperó a ver si obedecía. Se giró y comenzó a correr también hacia el fondo del pasillo, provocando que la criatura se levantara y fuera tras ella.

Oribita sentía la sangre helada en las venas mientras observaba a sus compañeras desde el escondite. Sus nervios estaban a tope, pero Nibiru estaba peor. Temblaba sin control, con la piel fría y los ojos vacíos del pánico. Al fondo, Eris y Eupa corrían sin rumbo, lanzando objetos y esquivando zarpazos, tratando de ganar segundos contra los errantes.

Pronto, los alumnos refugiados comenzaron a intervenir. Primero con dudas, luego con rabia. Golpearon y empujaron, haciendo lo posible por contener a las criaturas.

—¡Oribita! ¡Chicas! ¡Alguien! —la voz de Larisa hizo eco en la cabeza de Oribita. El sonido provenía desde el elevador.

Al ver el que el peligro se había dispersado, Oribita reunió valor y corrió hacia ella.

Encontró a Larisa y Aitné atrapadas detrás de la puerta entreabierta.

—¡Empuja! —gruñó Larisa, forcejeando—. ¡Más fuerte!

No era por ella, podía salir con esfuerzo, pero Aitné, en el estado en que se encontraba, no tenía opción. El empeño de abrir provenía de la necesidad de ayudar a su hermana.

Finalmente, la rendija cedió lo suficiente y entre ambas lograron arrastrar a Aitné hacia afuera.

—¡Rápido! —exigió Larisa, aferrándose al brazo de su hermana. Oribita ayudó y juntas la llevaron hasta las urnas que servían de improvisada protección.

De pronto, un estruendo pareció estremecer el aire. Un vidrio del ventanal se hizo añicos, y la lluvia irrumpió con violencia. Uno de los errantes había caído desde la altura al haber fallado su embestida.

Los demás fueron reducidos poco a poco. El grupo, en superioridad numérica, aprovechó la ventaja para acabar con ellos.

Extintores, sillas, y madera rota fueron sus armas. La sangre oscureció el suelo mientras las criaturas, insensibles al dolor, eran despojadas de la vida a golpes hasta quedar inmóviles.

No hubo celebración. Solo respiraciones agitadas y un silencio denso, quebrado al fin por un grito.

—¿¡Están locas o qué!? —dijo un alumno desconocido, con el rostro enrojecido de furia—. ¡Trajeron a esas cosas hasta acá! ¡Pudieron habernos matado a todos!

Oribita y las demás, apartadas, no escuchaban cada palabra, pero bastaba con ver los gestos para entender que aquello no había terminado bien.

—Vayamos —mencionó Oribita, saliendo del escondite mientras emprendía el camino cargando con Aitné, junto a Larisa.

Nibiru tardó un momento en seguirlas. Aún no se tranquilizaba del todo, pero era incapaz de quedarse atrás.

Al llegar con las demás, fueron recibidas con insultos.

—¡Encima traen a una medio muerta! ¿No lo entienden? ¡Está infectada! —escupió una mujer del grupo.

Aitné bajó la cabeza, herida por las palabras.

—¡Nadie aquí está infectado! —argumentó Larisa—. ¡Estamos tan vivas como ustedes!

—¡Maldita mocosa! ¡Lárguense de inmediato o tiren esa cosa por la ventana! —bramó un hombre, el mismo que había hablado

primero, señalando a Aitné con desprecio.

—¡Ni lo pienses! —intervino Eris, con filo en su voz—. ¡Están locos si creen que vamos a dejar a Aitné!

El aire se tensó. Las manos se aferraron a las armas improvisadas. Las miradas se volvieron amenazantes.

—Es la última vez que lo digo —gruñó el que parecía el líder—. Vá-yan-se. ¡Ahora!

—No. —mencionó Eris, seca, contundente.

El choque era inevitable, hasta que un rugido desde las escaleras heló a todos. Más errantes.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Tanto ruido! —gimió uno de los alumnos, corriendo a esconderse tras una barricada de muebles.

El líder sostuvo la mirada con Eris unos segundos más. Chasqueó la lengua y retrocedió hacia la fortaleza improvisada.

—Arréglenselas como puedan —soltó con frialdad, dándoles la espalda.

Las chicas se miraron, buscando un refugio inexistente. Eupa soltó una maldición, barriendo la sala con la vista.

—¡Ahí! —señaló un hueco estrecho entre los muebles apilados. No podrían entrar del todo, pero al menos no serían visibles desde la entrada.

Se arrinconaron como pudieron. El espacio era estrecho, pero daba una falsa sensación de cobijo. No tenían nada más.

Los dos grupos quedaron juntos, pero no revueltos.

Así permanecieron, quietas y en silencio, aguardando el paso de las horas que se tornaban pesadas. Afuera, la lluvia seguía azotando los muros con un coro siniestro, y los truenos, desgarraban el cielo con rugidos que hacían vibrar el suelo bajo ellas.

Poco a poco, el aguacero fue menguando, convirtiéndose en un goteo tímido, hasta extinguirse por completo, dejando un silencio demasiado denso para ser descanso.

Nadie se atrevía a hablar. Nadie se movía. El miedo, aunque menor, seguía flotando como un humo invisible en la estancia, pero, entre sus pliegues, anidaba también la frágil esperanza de que el amanecer trajera consigo el final del horror.

Intentaron dormir. Solo Nibiru y Aitné lo consiguieron, más por agotamiento que por calma. Las demás permanecieron despiertas; la adrenalina seguía corriendo por sus venas y la incertidumbre del futuro pesaba como una losa imposible de apartar.

Oribita cerraba los ojos, pero lo único que encontraba eran sombras tras los párpados. Errantes que emergían de la nada, cuerpos desplomándose, gritos que se clavaban en los huesos, recuerdos de veces en que la muerte estuvo a un respiro de alcanzarla.

Eris se imponía la disciplina de contar respiraciones, buscando la calma en un ritmo que siempre se deshacía en el mismo número.

Eupa, incapaz de rendirse al sueño, mantenía la mirada fija en la oscuridad, vigilante, como si con los ojos abiertos pudiera conjurar la amenaza.

Larisa no apartaba los suyos de su hermana, la sostenía entre sus brazos con una firmeza que bordeaba lo desesperado, como si pudiera impedirle desvanecerse con solo no soltarla.

Aitné se consumía poco a poco. La fiebre la devoraba por dentro, alzándose en oleadas que sacudían su cuerpo entero. No era frío lo que la hacía temblar, sino algo más terrible. La herida, aunque cerrada de forma improvisada, no había sanado como debía. Supuraba en secreto. Y su pie, torcido y roto, colgaba como si ya no le perteneciera.

Sudaba, jadeaba, murmuraba palabras que nadie lograba descifrar. En su delirio, parecía conversar con fantasmas.

Los ojos de Oribita se abrieron, dejando de lado la idea de poder descansar. Al girar la cabeza, se encontró con la imagen de Larisa, inclinada sobre Aitné, limpiándole la frente con una tela húmeda en un intento desesperado de sostenerla en su mundo.

Fue entonces cuando Oribita se incorporó y se acercó, movida por el impulso de no dejarla sola en aquella tarea.

—No te vayas... No me dejes sola —escuchó que Larisa susurraba a su hermana.

Aitné no respondió, pero un leve estremecimiento recorrió su cuerpo ante aquella súplica.

Oribita prefirió no interrumpir aquel momento. Dio un paso atrás y regresó a su sitio, con la amarga certeza de que nada de lo que hiciera podría aliviar realmente a ninguna de las dos.

Pasaron unos minutos. Fue entonces cuando notó un temblor en sus manos, tan sutil que quiso culpar al cansancio o al frío. Pero el temblor creció, extendiéndose como un aviso que no podía ignorar. La espalda se le doblaba con esfuerzo, la cabeza comenzó a girarle como si el mundo hubiera decidido moverse en otra dirección.

La fiebre llegó sin anunciarse en una ola que no ardía en la piel, sino en lo profundo. Cada vez que cerraba los ojos, los volvía a abrir en otro lugar. Imágenes inconexas y pensamientos sin orden inundaron su cabeza, y por un momento, las náuseas invadieron su garganta.

Eris fue la primera en notarlo. La observó entrecerrando los ojos, molesta por la luz de la luna que se filtraba a través de las ventanas.

—¿Estás bien? —preguntó, en voz baja.

Oribita tardó unos segundos en responder.

—Sí, descuida —mintió, sin saber siquiera por qué.

Eris no lo creyó. Alzó la mano y le tocó la frente, con una suavidad que contrastaba con la tensión del momento.

—Estás ardiendo —dijo, más para sí que para las demás— No es normal.

Larisa levantó la mirada. Sus ojos se oscurecieron apenas un instante al posarse sobre Oribita.

—¿Te enfermaste? —preguntó, serena.

—Estoy bien. No se preocupen... debe de ser el cansancio —respondió Oribita, intentando negar con la cabeza, aunque el movimiento le hizo perder el equilibrio por un instante.

Su mente, que tantas veces la había salvado, ahora giraba sin rumbo. De pronto, el recuerdo del líquido oscuro cruzó por su cabeza otra vez; lo había vuelto a olvidar. Una punzada en la sien le advirtió que la fiebre regresaba, más alta. Entonces, una idea que se negaba a aceptar se arrastró por su conciencia y le dejó un hueco en el estómago.

Larisa volvió la vista hacia su hermana, que seguía en silencio.

—Aitné también tiene fiebre... —murmuró, con una tristeza imposible de ocultar.

—Debe ser el agua —dijo Eris—. Cuando fuimos a buscar a... Febe, nos caímos. Tal vez ya nos esté pasando factura.

Los ojos de Oribita se abrieron, como si aquella explicación le ofrecieran una salida.

—Sí, eso fue. Solo es eso.

—Quiero pensar que esa es la razón... porque a mí también me duele la cabeza —confesó Eris.

—Oh... —murmuró Oribita.

Eris estiró el brazo y tocó la frente de Larisa.

—Tú también —añadió, sin dramatismo.

Larisa cerró los ojos un instante y asintió con un suspiro.

—No importa. Aitné es mi prioridad ahora.

El silencio se espesó, casi tangible. Nadie lo dijo en voz alta, pero algo no encajaba. Dolores de cabeza, en mayor o menor medida, se repetían como un eco entre ellas. En más de una mente se deslizó la misma idea incómoda, aunque ninguna se atrevió a pronunciarla.

—A mí no me duele la cabeza —dijo Eupa de pronto.

Todas giraron hacia ella. El asombro las unió en una sola mirada. Nadie contestó, ninguna quiso indagar más en el asunto, ni siquiera Eupa, aunque en su interior vibraba una sospecha que prefería negar.

—A mí me duelen los huesos... —añadió, en un murmullo de derrota.

Nadie le contestó.

El silencio volvió a instalarse, más espeso que antes. Estaban envueltas en un miedo compartido que germinaba en cada pecho, aunque ninguna supiera aún cómo darle forma.

Los minutos pasaron en silencio, y poco a poco, los párpados comenzaron a ceder. El calor se confundió con un frío que se filtraba bajo la piel. Las manos ardían por fuera, pero por dentro, parecían hechas de hielo.

La mente de Oribita fue la primera en rendirse. Los recuerdos se agitaron sin orden ni sentido, hasta volverse incomprensibles; voces, luces, fragmentos que se apagaban uno a uno. Su cuerpo, pesado, comenzó a soltarse, como si todas sus anclas se hubieran desprendido.

Por un instante, creyó estar flotando, o cayeno. No supo distinguirlo.

Y entonces, dejó de resistirse, rindiéndose de manera silenciosa ante el vértigo del sueño.

Durmió con una profundidad que no sentía desde que el infierno había comenzado.

Durmió sin saber si despertaría.

Y, por primera vez, eso ya no le importaba.

DÍA 7

Los primeros rayos del amanecer se filtraron entre los cristales tal cual cuchillas incandescentes, desgarrando la penumbra del piso. Afuera, el mundo despertaba con estrépito. El eco de los ruidos y movimientos que trepaba hasta lo alto del edificio les recordaba que la amenaza seguía allí, latente.

Oribita abrió los ojos con lentitud. Cada parpadeo le raspaba como si tuviera arena bajo los párpados. Estaba empapada en sudor, pero sentía la piel árida, tirante, y tenía los labios tan agrietados que le dolían al rozarse entre sí. El mareo la envolvía, la cabeza le latía como un tambor, y apenas recuperó el hilo de la conciencia, los recuerdos cayeron sobre ella; el elevador, los gritos, la embestida de los errantes, y sus compañeras.

Alzó la vista en su búsqueda. Nibiru seguía dormida, igual que Aitné. Larisa permanecía despierta, con los ojos hundidos en ojeras, sosteniendo la cabeza de su hermana sobre sus piernas. Eris descansaba contra la pared con una rodilla recogida y la mirada fija en el techo, sin dormir. Sus ojos, oscurecidos y vacíos, parecían atravesar la losa como si buscaran algo más allá. A unos pasos, Eupa sostenía con firmeza un tubo metálico que había recogido del suelo, anteriormente perteneciente a los otros refugiados.

La fiebre no se había ido. No en Oribita, ni en ninguna. Todas temblaban, con una fragilidad que les recorría hasta los huesos.

Oribita intentó incorporarse, pero un latigazo le atravesó la cabeza y el mundo giró bajo ella. De no haber apoyado la mano en el suelo, habría caído de lado. Estaba peor que el día anterior. Todas lo estaban.

Entonces Eris la miró, y su voz fue la primera en romper el hielo.

—Buenos días —dijo, con voz firme, sin rastro de sarcasmo.

—Hola, Eris... ¿Qué ha pasado? —murmuró Oribita, aún aturdida.

—Afuera hay movimiento. Mucho —intervino Eupa desde el ventanal, sin apartar la vista—. Hoy saldremos.

Oribita giró la cabeza hacia el cristal, pero desde su ángulo no alcanzaba a distinguir nada.

Reuniendo fuerzas, se levantó con dificultad y avanzó hasta colocarse junto a Eupa. Entonces lo vio.

Afuera, una multitud de alumnos se movía con sorprendente disciplina, casi como si un instinto común los guiara. Entre ellos aparecían errantes, pero esta vez nadie huía. Se enfrentaban a las criaturas en grupo, y vencían.

Por primera vez en días, los cuerpos tendidos en el suelo eran solo de aquellas criaturas.

Una sonrisa temblorosa se dibujó en los labios de Oribita, aunque se deshizo enseguida bajo la punzada de su cabeza. Al girarse hacia Eupa, encontró en ella una sonrisa breve. Un reflejo de complicidad.

Eris se levantó también y caminó hasta ellas con paso lento, cansado, utilizando las últimas fuerzas de su cuerpo. No las abrazó, simplemente se acercó tanto como pudo hasta que su cuerpo se pegó al de ambas, buscando calor en silencio.

—Hoy acaba... —susurró, aunque Oribita y Eupa no la escucharon.

Oribita se giró para verla. Eris tenía una sonrisa cansada en el rostro. Después, miró el fondo del pasillo vacío, y le pareció extraño.

—Y... ¿Los demás? —preguntó algo confundida.

—Salieron muy temprano, incluso antes de que saliera el sol. Quizá hace una hora o un poco más —respondió Eupa.

—Quizá iban hacia allá —sugirió Eris, apuntando con la barbilla a la multitud que había debajo.

—Quizá —añadió Eupa.

—Tal vez ya es hora de que nosotras vayamos también. Solo esperábamos a que despertaras —dijo Eris.

—¿A que despertara yo? —preguntó Oribita— Pudieron haberme despertado.

—Sí bueno, pudimos haberlo hecho, pero parecías estar durmiendo tan profundamente que preferimos no hacerlo. De todas formas, estar ahí entre la multitud no iba a ser bueno para Aitné —mencionó Eris, con voz suave.

Oribita asintió.

—¡Ah! entonces estaban haciendo tiempo más que esperándome —argumentó, con molestia fingida—. Además, ¿cómo saben que estaba durmiendo profundamente? Quizá estaba desmayada, o muerta. Qué sé yo —jugueteó. El hecho de pensar que todo acabaría le devolvía la esperanza.

Eris rio ligeramente. También sentía esperanza, pero no se sentía mejor físicamente.

—Bueno, los muertos no roncan —dijo, jugueteando también.

Las mejillas de Oribita se enrojecieron, aunque con la fiebre, ella no lo sintió.

Larisa sonrió ante los comentarios de sus compañeras. El umbral de la esperanza empezaba a alcanzarla también.

—Por fin... —dijo, susurrando, cerrando los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás.

Eris se acercó a las hermanas. Se arrodilló, y con su mano acarició el rostro de Aitné, buscando despertarla.

Lo consiguió.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, con voz maternal.

Aitné tardó un momento en responder. Se encontraba confundida.

—Eris... —susurró— Estoy bien —dijo, mientras tocaba su mano con la de ella.

—¿Lista para nuestra última aventura?

Un intento de sonrisa se dibujó en las mejillas de Aitné, pero se sentía tan mal que solo pudo mover los labios un poco.

—Sí...

Fue lo único que atinó a decir. No porque no hubiera más palabras, sino porque ya no tenía fuerzas para hablar.

Entonces, sin dejar tiempo a dudas, Eris coló su brazo bajo el de Aitné.

—Tranquila, yo te sostengo —le susurró con dulzura, y entonces intentó levantarla junto a Larisa.

Aitné se alzó, pero gimió de dolor. Sus heridas dolían más que nunca.

Oribita dio unos pasos hacia ellas, y al ver a Larisa vencida por el cansancio, supo que debía intervenir.

—Larisa, déjame llevar a Aitné junto a Eris. Tú descansa el cuerpo, ni siquiera dormiste anoche.

Larisa la miró con ojos cansados, pero aceptó.

Pasó con cuidado el brazo de Aitné a Oribita, y ella se estiró. Tenía el cuerpo entumecido por haberlo usado como almohada para su hermana, y la falta de sueño le estaban cobrando factura.

Entonces se agachó a un costado.

—Nibiru, despierta, hay que irnos —dijo mientras la zarandeaba por los hombros.

Nibiru abrió los ojos, confundida.

—¿Eh? ¿Qué? —dijo, sin saber muy bien qué es lo que pasaba.

—Es hora de irnos —respondió Larisa con calma, estirando su brazo hacia ella para ayudarla a levantarse. Nibiru aceptó su ayuda y se puso de pie.

Una vez listas, las seis se pusieron en marcha.

Sus pasos se deslizaron con la misma cautela que el miedo les había enseñado desde el primer día. Cada sonido que hacían parecía flotar en el aire, como si el edificio ya hubiese exhalado todo su aliento de peligro.

Bajaron por escaleras con barandales rotos, se adentraron entre pasillos cubiertos de polvo, vacíos, destruidos. No había ruido ni errantes, solo el eco lejano de lo que parecía un campo de batalla a la distancia, detrás de los muros de vidrio y concreto.

—Parece que... se encargaron de todo antes de irse —dijo Eris, observando manchas en el suelo que no estaban ahí la última vez que pasaron.

—¿Habrá sido el grupo de ayer? —preguntó Oribita.

—Probablemente.

Siguieron caminando. El ambiente se sentía distinto, menos hostil, pero no por ello más tranquilo.

Mientras avanzaban por el pasillo iluminado por los rayos oblicuos del sol matutino, la mente de Oribita comenzó a apartarse, como si el cansancio y la fiebre la hundieran poco a poco en su propio interior. A cada paso, el recuerdo de las palabras de su madre resurgía, claras, como si las hubiera escuchado apenas el día anterior.

«Nos va a costar al principio, lo sé, pero es lo mejor para nosotras, mi amor, Oribita... Este trabajo es nuestra oportunidad... y esa escuela queda a unas cuadras nada más».

«¡Pero no quiero dejar a mis amigos, mamá! ¿Por qué no entiendes eso?»

La conversación le volvió de golpe.

Recordó la cocina de su casa, el sonido de los platos en el lavavajillas y el olor a café recién hecho en el aire. Recordó incluso la frustración con la que solía mirar a su madre mientras ella hablaba con una voz firme, pero serena.

«Podrás seguir viéndolos, mi amor... Además, harás nuevos amigos... incluso mejores».

En ese momento no lo creyó. «¿Cómo podrían ser mejores que mis amigos? Si ni siquiera conozco a nadie...» pensó.

Al principio, se sentía sola y perdida en un colegio nuevo, lleno de caras desconocidas y pasillos impersonales. Aquel Colegio Estrellado le parecía más una condena que una oportunidad.

Pero entonces, ahí estaba. Caminando como una sombra entre ruinas, rodeada de chicas que no solo eran compañeras, sino aliadas, confidentes, hermanas de tragedia.

Miró a Eris, que sostenía con esfuerzo a Aitné. A Eupa, atenta a cada paso del grupo, vigilante sin que nadie se lo pidiera. A Larisa, que, aunque temblaba lentamente, no decía una sola palabra de debilidad, y a Nibiru, que, herida física y mentalmente, seguía caminando en silencio con una serenidad casi ajena al caos.

Una sonrisa cansada se dibujó en sus labios. No por felicidad, sino por lo irónica que había sido la vida. «Al menos sí tengo mejores amigos...» pensó, con una calidez breve, pero honesta en el pecho.

Sus pasos se mezclaron con los de las demás, firmes pero frágiles, como una cuerda tensa que resiste a romperse. En medio de la fiebre, el miedo y la sangre seca, la soledad había cedido su lugar a algo más fuerte.

Fue justo entonces cuando la salida apareció frente a ellas.

Apenas cruzaron la puerta, una ráfaga de viento seco les golpeó el rostro, arrastrando consigo el olor metálico de la sangre y el sudor ajeno.

El cielo, aunque despejado, conservaba una tensión grisácea que no terminaba de disiparse.

El caos seguía presente, pero algo había cambiado.

Ya no eran gritos desesperados ni llantos de angustia los que dominaban el aire, sino voces que se organizaban entre el estruendo. Grupos de estudiantes corrían de un lado a otro, armados con palos, tubos de metal e incluso extintores usados como armas improvisadas.

Larisa fue la primera en reaccionar. Giró el rostro lentamente de un lado a otro, evaluando el terreno.

—Parece que están... peleando —dijo, más para sí misma que para el grupo.

Frente a ellas, varios estudiantes formaban una línea conteniendo a un pequeño grupo de errantes que intentaban cruzar desde la zona deportiva. No eran muchos, pero la amenaza seguía ahí.

Eris asintió en silencio, sosteniendo con más firmeza a Aitné, que respiraba con dificultad, pero aún permanecía consciente. Nibiru se cubrió los ojos un instante, aturdida por la luz repentina, aunque logró mantenerse en pie.

Oribita se limitaba a mirar, con la cabeza un poco nublada por la fiebre, pero lo suficientemente despierta como para notar que la situación había cambiado.

La esperanza, aunque tenue, comenzaba a nacer de entre los escombros.

Reanudaron el paso, despacio, con sus cuerpos temblando por el agotamiento, la fiebre y las heridas. El camino hacia el portón principal se sintió más largo de lo que realmente era, como si el

tiempo mismo se estirara a propósito solo para poner a prueba su voluntad.

A lo lejos, la reja principal apenas alcanzaba a distinguirse. Y, con cada paso que las acercaba, crecía su fe e ilusión.

Y entonces, con una voz suave, apenas audible pero cargada de emoción, Aitné susurró.

—Ya acabó...

Sus palabras salieron entrecortadas, como si no se las creyera del todo, pero habían sonado sinceras. Por primera vez, desde el ataque, su voz había recuperado algo de luz.

Curveó los labios en una sonrisa cansada, y en sus ojos brilló, aunque fuera por un segundo, un destello casi infantil de esperanza. En medio tanto sufrimiento, imaginó estar viendo al fin la puerta de su casa después de un viaje demasiado largo.

Todas la miraron, pero ninguna dijo nada. Porque por un segundo, todas quisieron creerle. Porque querían que se acabara.

Avanzaron hasta donde la multitud se reunía. El portón principal, aún cerrado, ya se alzaba frente a ellas, tan cerca y tan lejos a la vez. La reja oxidada, a comparación de días anteriores, no parecía particularmente resistente, pero nadie se atrevía a tocarla. Frente a ella, una cantidad de estudiantes mucho mayor de la que esperaban se amontonaba en silencio, dejando un amplio espacio sin pisar entre ellos y el metal.

Las chicas se miraron entre sí, con una mezcla de emoción y ansiedad. Por primera vez en días, sentían que al final estaban realmente cerca.

Sin entender del todo la dinámica, comenzaron a avanzar por uno de los costados. No tardaron en llamar la atención.

—¡Eh, atrás!

—¿¡Qué se creen colándose hasta el frente!?

—¡Todos estamos esperando, no se adelanten!

Los reclamos no se hicieron esperar. Las miradas eran duras, cargadas de rabia y frustración acumulada. En cuestión de segundos, se vieron rodeadas por la misma masa de jóvenes que, aunque igual de exhaustos, no estaban dispuestos a ceder el lugar que habían ganado al llegar primero.

Oribita parpadeó, confundida. No habían querido adelantarse. No sabían que había una fila. Solo quería llegar. Solo querían salir.

Entonces, un chico de rostro serio, delgado y con una venda en la frente les lanzó una mirada cansada.

—Tranquilícense —dijo, con voz seca—. Hay que formarse, ¿ven la fila? Todos están esperando. No les toca colarse, vayan hasta atrás.

La forma en que lo dijo no fue agresiva, pero sí molesta. Como si cada palabra le costara más paciencia de la que le quedaba. Aun así, fue más de lo que los demás habían ofrecido.

Larisa intentó decir algo, pero Eupa la detuvo con un gesto sutil. Sabía cuándo no valía la pena discutir.

A pesar del desconcierto, dieron media vuelta y comenzaron a alejarse por la acera, rodeando el edificio con pasos lentos, procurando no incomodar a nadie más.

Avanzaron en silencio, sin enfrentarse a la multitud, buscando un rincón dónde quedarse sin llamar la atención. Terminaron arrinconadas cerca de una de las esquinas del edificio, junto a una entrada lateral casi en desuso.

Eupa, aún tensa, se acercó con cautela a una de las ventanas. Se asomó, entrecerrando los ojos para ver a través del reflejo. Sus dedos temblorosos se apoyaron en el marco del vidrio, y, con un leve movimiento de cabeza, llamó a las demás. Larisa fue quien se acercó.

—Está lleno... —susurró Eupa—. Hay tanta gente que sería imposible colarse por el frente.

—Si... eso veo —murmuró Larisa.

De pronto, la hoja de metal se abrió y dos estudiantes de tercer año salieron a toda prisa, pasando junto a ellas sin detenerse.

Larisa dio un paso al frente.

—¡Hey! ¿A dónde van?

Las dos se voltearon apenas un instante, sin frenar el paso.

—¡A tomar un lugar! —respondió una, con la voz ronca de tanto gritar—. Por la parte trasera. Es imposible entrar por el frente.

Y sin decir más, siguieron su camino. Eupa las observó hasta que desaparecieron, doblando en la esquina del edificio.

—Por la parte trasera... —murmuró Oribita, intentando recordar a qué puerta se referían las dos chicas.

—Vayamos de una vez —añadió Eris, echando a andar detrás de ellas.

Nadie se opuso. Una a una, comenzaron a seguir el rastro de las dos estudiantes, rodeando lentamente el edificio y alejándose del tumulto de la entrada principal.

El recorrido las llevó por el patio lateral. Más estrecho que el principal, se extendía vacío, sin nada que las protegiera del cielo abierto.

El silencio pesaba tanto que cada paso parecía retumbar en losa desnuda. Pero aquel frágil sosiego se quebró de golpe con un rugido ensordecedor que estalló sobre sus cabezas.

Una ráfaga brutal descendió con el estruendo. El viento les azotó el rostro y sacudió sus cabellos, obligándolas a entrecerrar los ojos. Casi al unísono, levantaron la vista. Un helicóptero militar cruzaba

tan bajo que por un instante creyeron que sus patas metálicas rasparían el techo del edificio.

Larisa se detuvo en seco. Eupa se cubrió el rostro con el antebrazo. Nibiru apenas logró mantenerse en pie.

—¿Un helicóptero? —mencionó Larisa, con asombro.

—Más de uno —respondió Eupa, entre dientes—. No los había notado hasta ahora...

Entonces, como si el zumbido hubiese despejado una niebla invisible, comenzaron a ver con claridad lo que realmente las rodeaba.

Se quedaron inmóviles, con los ojos fijos en el horizonte. El gran cerco blanco tras los muros seguía envolviendo la escuela, pero distaba de lo que había visto los días anteriores.

La estructura parecía haberse transformado. Parecía más sólido, más opresivo. Amenazante.

En los extremos ahora se erguían torres de vigilancia con precisión geométrica, observando sin descanso. Detrás del perímetro, alineados en formación militar, se distinguían vehículos militares, quietos y expectantes, como si custodiaran no un rescate, sino una contención.

Un zumbido eléctrico vibraba en el aire, sordo pero constante, que les hacía cosquillear la piel como una descarga leve.

Nadie habló. Era imposible decir qué helaba más; la idea de que estaban rodeadas por completo, o que todo un ejército esperaba afuera, vigilando, pero sin entrar.

El silencio entre ellas se estiró unos segundos más, hasta que la realidad volvió a imponerse. Debían seguir, así que se aferraron a esa idea y retomaron el paso con cautela, expectantes.

Aunque ya no lograban distinguir a las dos estudiantes que habían seguido, no tardaron en encontrar el mismo acceso. Se trataba de una puerta metálica, sin letrero ni indicios de uso regular, apartada en uno de los costados del edificio.

Al acercarse, el chirrido oxidado del metal quebró la calma, arrancando un respingo involuntario en más de una. Sin intercambiar palabras, cruzaron el umbral una tras otra.

El contraste fue inmediato. Dentro, el pasillo las recibió con un silencio inquietante, roto apenas por las voces lejanas de la multitud, como un eco atrapado al otro lado de los muros.

—Qué extraño... —murmuró Larisa, frunciendo el ceño mientras giraba el rostro de un lado a otro— ¿No deberían estar por aquí las chicas que vimos hace un momento?

El grupo se detuvo por un segundo. Oribita escaneó el entorno en silencio, como si aquella observación hubiese activado una inquietud latente.

—Tal vez entraron por otra puerta —sugirió Eris, sin estar convencida.

—O se perdieron entre los pasillos —añadió Eupa, con voz baja, como si no quisiera darle más forma a la sospecha.

No era imposible. Con decenas de estudiantes dispersos, heridos o escondidos, cualquiera podía desvanecerse entre pasillos y escaleras.

No insistieron más. Se limitaron a reanudar la marcha.

El corredor que las recibió era angosto, con casilleros abollados a ambos lados y huellas recientes del caos marcadas en el suelo. Con cada pisada, la tensión crecía en cada una de ellas.

No hizo falta que alguien lo dijera; el aire lo gritaba por ellas. Algo estaba mal, pero sin otra alternativa, siguieron caminando.

El grito fue apenas un susurro de alerta antes del impacto. Un errante emergió desde un rincón oscuro, como una sombra con garras, lanzándose sin pensar, sin estrategia. Eupa y Larisa apenas alcanzaron a saltar hacia los costados; la adrenalina superó, por un instante, la fatiga acumulada.

Nibiru no tuvo la misma suerte.

El peso muerto de la criatura la derribó de lleno. El golpe contra el suelo resonó seco, y un jadeo se le escapó cuando el aire le fue arrancado de los pulmones. El errante cayó sobre ella con la mandíbula abierta, desesperado por alcanzar su rostro, su cuello, o cualquier pedazo de carne viva.

—¡No! —gritó Eupa, con una furia que no tuvo tiempo de procesar.

Corrió sin pensar, como si sus piernas recordaran una agilidad que su cuerpo ya creía perdida. En un solo impulso, giró sobre su eje y lanzó una patada directa al cráneo de la criatura. El impacto resonó como madera astillada. El errante se desplomó a un costado de Nibiru, aturdido, emitiendo gruñidos guturales que ya les resultaban demasiado familiares.

—¡Rápido! ¡Ayúdame a levantarla! —gritó Eupa, ya inclinada junto a Nibiru.

Larisa, aún aturdida, reaccionó al instante.

Entre ambas intentaron alzarla del suelo, pero las piernas de Nibiru temblaban, incapaces de sostenerla por completo. Estaba pálida. Sudaba frío.

—¡Vamos! ¡Vamos! —apresuró Eris con energía, cargando a Aitné con la ayuda de Oribita.

Eupa y Larisa corrieron de espaldas, arrastrando a Nibiru por los brazos, sin dejar de mirar hacia atrás.

Al doblar en una esquina, encontraron una puerta entreabierta. La empujaron con fuerza y la atravesaron como un solo cuerpo,

tropezando apenas en el impulso.

Ya adentro, Eupa soltó el brazo de Nibiru y cerró la puerta de un golpe.

El silencio que siguió fue total. Solo se oían las respiraciones agitadas y el golpeteo irregular de los corazones latiendo con fuerza.

Oribita, temblorosa, ayudó a acomodar a Aitné sobre un pupitre con la ayuda de Eris, cuyas manos también se negaban a mantenerse firmes. El sudor frío se acumulaba en la frente de ambas. Aitné temblaba más que antes. Nibiru cubría su rostro con las manos, conteniendo las lágrimas del susto.

Aquel sitio no era un lugar seguro, pero al menos ofrecía una tregua breve frente al horror del pasillo.

—Esto no va a parar —murmuró Larisa, y nadie se atrevió a contradecirla.

Pocos segundos después, unos pasos torpes y acelerados retumbaron por el pasillo. Eris fue la primera en oírlos. Sus ojos se agrandaron al comprender lo que se avecinaba.

—¡Ahí viene! —exclamó, con la voz entrecortada.

No hubo tiempo de reaccionar.

El cuerpo del errante se estrelló contra la puerta como una masa sin control. El marco de metal vibró con violencia. El picaporte tembló, sacudido por dentro como si estuviera a punto de desprenderse.

El sonido retumbó seco, denso, como un tambor de guerra.

La criatura siguió embistiendo con fuerza, y no estaba sola.

Del fondo del pasillo, se oía el arrastre rápido de un segundo errante. No corría, avanzaba con un ritmo errático, animal, guiado solo por el ruido.

—¡Sujeten la puerta! —ordenó Eupa, plantándose al frente. Puso su hombro contra el metal. Sus botas patinaron por un momento antes de detenerse.

Oribita corrió junto a ella. Aún con el cuerpo débil, temblando, empujó con fuerza. Larisa, Eris y Nibiru hicieron lo mismo, sin pensarlo. Incluso Aitné intentó incorporarse, ayudar, pero su cuerpo apenas respondía.

La puerta de metal vibraba con cada impacto. Las bisagras crujían. La manija se sacudía de un lado a otro, aferrada al mecanismo con una resistencia que parecía estar a punto de ceder.

—¡Se va a abrir! —soltó Eupa entre dientes, usando todo su peso.

—¡No va a entrar! ¡No va a entrar! —repitió Larisa, con los dientes apretados, conteniendo con más fuerza.

Los golpes aumentaron. El errante hacía de todo por entrar, y un segundo errante ya se acercaba. La ansiedad y el desespero creció, compacta, como si ocupase el mismo espacio que sus cuerpos empujando contra el metal.

De pronto, el forcejeo en la puerta cesó.

Todas permanecieron en su sitio inmóviles, con los cuerpos pegados a la puerta, empujando con el peso entero de sus cuerpos. El sudor les caía por la frente. El corazón les latía tan fuerte que apenas podían oír otra cosa. Pero el siguiente golpe no llegó, solo el silencio.

Aflojaron un poco la presión. Siguió sin haber golpe desde el exterior.

Entonces Eupa se deslizó hacia una de las ventanas, con cuidado, y se inclinó solo lo suficiente para asomarse al pasillo.

—¿Qué...?

El segundo errante se había lanzado contra el primero, embistiéndolo con torpeza, pero con brutalidad, como si no distinguiera entre presa o enemigo. Lo derribó en un instante, y ambos se revolcaron en el suelo en una maraña de gruñidos, mandíbulas abiertas y golpes secos contra el concreto.

Eupa frunció el ceño.

Aquello no era una pelea. Era impulso puro.

Eris se acercó junto a ella, y al ver la escena, abrió los ojos, incrédula.

—¡Se están atacando!

Larisa se aproximó, apoyándose contra la pared. Oribita llegó después, temblando aún por la tensión acumulada.

Desde el otro lado del cristal, observaron cómo el primero intentaba zafarse mientras el segundo lo sujetaba por el cuello, mordiéndolo con fuerza ciega. El ruido que había provocado contra la puerta lo había marcado como objetivo, sin distinción entre semejantes.

—Están justo aquí... Si salimos ahora, nos van a alcanzar enseguida —susurró Eupa, con una mezcla de esperanza y terror. La idea de escapar le parecía tan absurda como quedarse.

Entonces, desde el fondo del aula, Aitné habló.

—A mí sí... pero a ustedes no —dijo, con voz baja, pero firme.

Todas voltearon al instante.

Estaba recostada contra el respaldo del pupitre. Tenía el rostro pálido, los labios resecos y la respiración pesada. No lloraba, no suplicaba, solo observaba, con una quietud extraña. Exhausta, pero consciente.

—Ni se te ocurra —murmuró Larisa, apretando la mandíbula—. No vuelvas a decir eso.

—Solo... estoy diciendo lo que todas están pensando —dijo Aitné, con una sonrisa breve, rota. Sin dramatismo.

El momento fue interrumpido por un cambio súbito.

Los gruñidos cesaron, el jadeo áspero se apagó y el estrépito de los cuerpos contra el suelo se hundió en un silencio brutal.

Desde la ventana, Eupa vio a los dos errantes erguirse con torpeza, piel desgarrada y rostros empapados en sangre. Vacilaron un par de pasos, como marionetas rotas, hasta detenerse en seco.

Quedaron allí, inmóviles, con la mirada perdida. No había intención ni conciencia, solo una quietud antinatural, tan tensa que parecía preludio de algo peor.

Las chicas se miraron entre sí, conteniendo el aliento.

Las criaturas seguían al otro lado, a apenas unos pasos de distancia. Solo una puerta de lámina maltrecha las mantenía apartadas del horror.

Un horror que podía liberarse en cualquier instante.

El aula entera se hundió en un silencio sepulcral, tan pesado que ni la respiración se atrevía a romperlo. Todas fijaban la vista en la puerta, temiendo que un solo movimiento bastara para despertar lo que aguardaba detrás.

Y, aun así, Aitné no pudo callar lo que llevaba en la cabeza. Tal vez era la fiebre. O tal vez, incluso al borde del abismo, seguía siendo ella misma.

—Si salimos corriendo... hay muchas probabilidades de que me atrapen —dijo, sin rodeos—. Soy lenta. Me duele todo. Ni siquiera puedo sostenerme —su voz no cargaba dramatismo, solo la

serenidad de quien ya aceptó su destino, aunque las demás aún lo nieguen.

Larisa negó con la cabeza, rápido, como si el gesto bastara para deshacer la idea.

—Deja de hablar así.

—Pero es cierto.

—No —interrumpió Larisa, con fuerza—. Si alguna cae, todas la ayudamos. No vamos a dejarte aquí. Ni se te ocurra. ¿¡Me oyes!?

Aitné la miró con dulzura. Sus pómulos estaban encendidos por la fiebre. Los ojos le brillaban, no por emoción, sino por agotamiento.

—Hermanita... no podemos seguir creyendo que esto se va a arreglar con esperanza. Ni tú ni yo somos tan ingenuas. Si alguna va a caer... prefiero ser yo. No tú, no Eris, no nadie más.

Oribita se acercó con paso torpe y manos temblorosas. Su voz buscó una firmeza que ya no tenía.

—No te vamos a dejar. Te cargaremos si hace falta.

Aitné esbozó una sonrisa. No burlona, no amarga. Solo cansada.

—¿En serio te ves cargándome? Apenas pueden con ustedes mismas.

No lo dijo para ofender. Lo dijo porque era verdad.

—No quiero dar lástima, solo estoy diciendo las cosas como son. Ya no es como ayer, no tenemos la misma fuerza... y esos dos —señaló a la puerta con la barbilla— están esperando. Si alguien se queda atrás, si una sola se tropieza... se acaba.

Larisa cayó de rodillas frente a ella. Tenía los ojos rojos por un llanto contenido. Por un sentimiento de impotencia que la sobrepasaba.

—Tú no decides eso —susurró—. No decides quién vive o quién muere. Nadie lo hace. Así que cállate y aguanta. ¿Me oyes? ¡Aguanta!

Aitné no respondió. Se limitó a mirarla un instante y asintió. No era un acuerdo, era un gesto para no añadir más peso al dolor de su hermana.

El tiempo transcurrió en un silencio tenso, sin alivio alguno, como si todas aguardaran el golpe que sabían inevitable. Entonces, un pitido metálico desgarró el aire del aula, quebrando la quietud de forma abrupta.

—Atención, estudiantes. Se ha iniciado la fase de evacuación. El portón principal solo estará abierto durante los próximos diez minutos. No se detengan, no miren atrás. Corran.

La voz masculina y cortante no transmitía aviso, sino mandato. Cuando cesó, el silencio regresó más denso que antes, clavándose sobre ellas como un peso imposible de sacudir.

Eris giró lentamente hacia el grupo, con los ojos notablemente más abiertos de lo normal.

—Diez minutos... —susurró—. No nos va a dar tiempo si no salimos ya.

—¡Mierda! ¡Mierda! —balbuceó Eupa, asomándose de nuevo a la ventana.

Los dos errantes seguían allí. Se habían movido apenas un poco, alertados por el ruido de las bocinas.

Oribita tragó saliva, pero la garganta le ardía. Un zumbido en los oídos le nublaba el pensamiento, como si la fiebre le quitara el control de su propio cuerpo.

—Nos van a ver... —dijo Nibiru apenas audible, encogida junto al marco de la puerta.

—Nos van a escuchar si no dejamos de hablar —murmuró Larisa. Su voz intentaba sonar firme, pero sus ojos traicionaban la verdad.

No había tiempo para pensar, ni para consolarse. Cada segundo arrastraba consigo la imagen de la reja cerrándose frente a ellas.

Aitné, encorvada sobre el pupitre, apretó los dientes. Sus manos temblorosas se aferraron al borde del reposabrazos, buscando un ancla. Primero logró alzarse un poco, luego, con un impulso áspero, consiguió ponerse de pie. El esfuerzo fue lento e insoportable.

Un gemido se le escapó, ahogado, pero suficiente para quebrar el silencio impuesto del aula. El gesto, mínimo y doloroso, pesó más que cualquier palabra.

La mayoría voltearon de inmediato.

Larisa se llevó una mano a la boca, como si al hacerlo pudiera contener el temblor que le atravesaba el pecho. Eupa bajó la mirada, con los puños cerrados y los nudillos en blanco, resistiéndose a intervenir. Oribita apenas se movió. Solo respiró hondo, con el rostro endurecido, obligándose a aceptar lo que estaba viendo.

Eris, en cambio, no lo notó.

—Nos tenemos que arriesgar —dijo Eris, sin levantar la voz. Le temblaban los labios—. O salimos ahora... o nos quedamos a morir aquí —añadió, aún sin percatarse de que Aitné se había levantado.

Aitné enmudeció un momento. Sus ojos vidriosos se clavaron en el suelo, y cuando al fin habló, no hubo dramatismo en su voz. Solo cansancio y aceptación.

—Déjenme aquí.

El murmullo fue suave, pero suficiente para hacer que Eris girara la cabeza y se percatara de lo que estaba sucediendo.

—Ya no puedo ni caminar... y ustedes lo saben. Estoy más muerta que viva.

La frase flotó unos segundos, pesada, como una verdad que nadie se atrevía a recoger. El silencio no fue acuerdo ni negación, sino un vacío incómodo, donde cada una cargaba el peso de esas palabras sin atreverse a responder.

—Además... estoy infectada —agregó, sin mirarlas—. Todas nos hemos sentido mal, ¿no? Sé lo que piensan. Incluso yo lo pienso.

Mencionó, sin intención de provocar una reacción.

—Si ustedes llegan con el personal médico, seguro pueden superarlo. Yo... ya no. No me estoy rindiendo... Larisa, hermanita... Me estoy despidiendo.

—¡No digas eso! —saltó Larisa al instante, con la voz quebrada, cargada de rabia—. ¡No puedes hablar así! ¡Tú también puedes venir! ¡Tú vendrás con nosotras!

Aitné esbozó una sonrisa apenas visible, con una dulzura melancólica que solo aparece cuando ya se hizo las paces con el final.

—No, Lari... esta vez no. No soy tonta. Soy una carga. Y tú... tú siempre has sido fuerte. Pero esta vez, te toca dejarme. Te toca ser valiente.

Larisa negó con la cabeza una y otra vez, con un movimiento desesperado, como si sacudir el cuerpo pudiera borrar las palabras antes de que se clavaran en ella.

Aitné no apartó la mirada. Estaba decidida.

—¡Pues mándenla a ella! —estalló Larisa de pronto, fuera de sí. Su grito rebotó contra las paredes; afuera, los errantes se agitaron al oírlo, aunque el grupo no se percató—. ¡Que vaya Nibiru primero! Desde que la encontramos parece un cascarón vacío... ¡Ya casi ni habla!

Las demás se tensaron ante la declaración, pero nadie contestó. Nadie se movió. Bastó con el silencio.

Eupa y Eris desviaron la mirada, Oribita sintió una punzada en el estómago, y Nibiru bajó la cabeza. No lloró ni hizo gesto alguno, pero verla de esa forma dolía más que cualquier palabra.

—¡Larisa! —la voz de Aitné estalló como un latigazo, con una fuerza imposible de imaginar en su estado—. No vuelvas a hablar así de ella, ¿¡entendiste!?

Larisa se quedó inmóvil. Aquellas palabras habían parecido más que un regaño.

—No somos así —continuó Aitné, más suave, pero sin perder la firmeza—. No vamos a salvarnos pisando a las demás. No ahora. No después de todo lo que hemos pasado...

Afuera, los errantes comenzaban a moverse, lentos, silenciosos, agitados por el ruido al interior del aula. Y en la mente de cada una flotaba la misma sentencia de la bocina; «Diez minutos...».

—Ya no tenemos tiempo... —murmuró Aitné, con un dejo de melancolía.

Larisa apretó los labios. Se arrodilló frente a su hermana, conteniendo sollozos que parecían atragantarla.

Aitné se inclinó con torpeza. Su pie roto rozó el suelo, arrancándole un dolor que ahogó de inmediato. Una vez al nivel de su hermana, la abrazó con fuerza. Y allí se quedaron, fundidas en un mismo gesto que no era solo despedida; era un ‘te quiero’ nunca dicho, un ‘gracias’, un ‘perdón’, un ‘no me olvides’. Todo a la vez.

Ninguna de las demás intervino. Algunas miraban al suelo, otras al techo, como si fingir fuerza sirviera de algo. Todas entendían que lo que presenciaban estaba más allá de cualquier palabra.

Todo estaba decidido.

En silencio, cada una respiró hondo desde su rincón del aula, como si ese aliento fuera el último antes del salto. El pasillo se extendía hacia ellas en un aparente mutismo absoluto. Los errantes

seguían ahí, acechando, pero la situación en el interior les nublaba el juicio sobre lo que ocurría fuera.

No hubo más despedidas. Ninguna se atrevió. Despedirse era un lujo que podía quebrarlas por completo, arrebatarles la poca fuerza que les quedaba, y no podían permitirse eso.

Eris fue quien más lo resintió. Sus ojos se hincharon, enrojecidos, y las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas sin que ella lo notara. Evitaba mirar de frente, evitaba el abrazo de sus amigas. Intentaba resistir, pero su nariz ya escurría y su cuerpo entero temblaba. No podía darse el lujo de romperse.

Oribita y Eupa lo vieron. No la abrazaron, porque sabían que no era el momento. Eupa solo posó su mano en la espalda de Eris en un gesto mínimo, cálido, pero suficiente. Oribita, en cambio tomó su mano. Eris la apretó con fuerza, como si aferrarse a ella fuera la única manera de mantenerse en pie. Nibiru se acercó poco después; no tocó a nadie, pero se quedó a su lado, ofreciendo silencio y compañía.

Ninguna se atrevió a acercarse a Larisa y Aitné. Nadie quiso interrumpir su último abrazo.

El tiempo, sin embargo, seguía corriendo. Y cuando por fin reunieron fuerzas, las demás comenzaron a arrastrarse hacia la puerta, pegadas al suelo, con una mezcla de miedo y determinación cuando ya no existe alternativa.

El frío del piso se les pegaba a la piel como una bofetada en un recordatorio de que aquello era real, y que no había vuelta atrás.

Larisa temblaba, y no por fiebre. Algo dentro de ella se estaba partiendo. El llanto le apretaba la garganta con violencia, arañándole desde dentro, pero lo contenía con uñas y dientes. Romperse en ese momento sería más peligroso que nunca.

Aitné, en cambio, permanecía serena por puro acto de voluntad. El cuerpo le pesaba tanto como la mirada, pero estaba decidida.

Se alzó con sus últimas fuerzas y se encaminó hacia la puerta. Nadie la ayudó, ni siquiera con la mirada. Su cuerpo pareció encontrar fuerzas donde no quedaban, en un último acto de valentía.

Antes de lanzarse hacia el abismo, se giró hacia su hermana y la miró una última vez. No hubo palabras ni gestos dramáticos, solo un silencio cargado de todo lo no vivido. Y entonces, abrió la puerta.

Nadie supo quién gritó "¡Ahora!", pero todas lo oyeron.

Aitné salió primero. Sus piernas torpes casi la traicionaron, pero no se detuvo. Se lanzó hacia los errantes como si aún le quedara algo por ofrecer, como si su propia presencia pudiera bastar para distraerlos, confundirlos, arrancar unos segundos de vida para las demás.

El rugido de las criaturas se sintió al instante. Violento e inhumano.

Oribita reaccionó sin pensar y tomó a Nibiru del brazo, jalándola tras de sí. Nibiru no se resistió y simplemente corrió, guiada por la fuerza ajena.

Eupa y Eris cargaron con Larisa, que forcejeaba entre gritos y lágrimas rabiosas. El dolor de dejar atrás a su hermana la rompía en mil fragmentos, pero no había tiempo para dejarla caer. La arrastraron sin compasión, porque lo único peor que perder a Aitné, era que murieran las dos.

Detrás de ellas, el caos era absoluto.

Aitné, sostenida más por el fuego del corazón que por la fuerza de los músculos, se había lanzado contra los errantes con lo último que tenía. El dolor fue inmediato e insoportable.

Cuando las garras se hundieron y los dientes comenzaron a desgarrar su carne, gritó, pero no de miedo ni de rabia.

Gritó por amor.

—¡Larisa, te amo! —alcanzó a aullar, con la voz rota.

Los cuerpos la cubrieron, la aplastaron, la despedazaron. Y, aun así, entre aquel torbellino de dientes y alaridos, su voz siguió saliendo en un eco frágil que se negaba a apagarse.

—¡Gracias! Por todo...

Las palabras se deshicieron con ella, pero quedaron suspendidas en el aire, como brasas encendidas. Su sacrificio no fue en vano. Había comprado los segundos que las demás necesitaban para sobrevivir.

Las chicas corrieron sin voltear, sin permitirse pensar en lo que acababan de dejar atrás, aunque el eco de los gritos de Aitné aún vibraba en sus oídos, como si siguiera empujándolas a avanzar.

Cuando por fin atravesaron varios pasillos y la distancia les dio un respiro momentáneo, Eupa, casi sin pensarlo, alzó la voz en un murmullo tembloroso.

—Dale, señor, el descanso eterno... y brille para ella la luz perpetua.

Todas la escucharon, pero nadie añadió más. El rezo quedó flotando, simple, frágil, pero suficiente para envolver a Aitné en un último acto de amor.

Después, siguieron corriendo, cargando el peso del sacrificio y del dolor como una carga imposible de soltar.

Y entonces lo vieron.

Ton.

De pie entre los pasillos exteriores del colegio, con las manos hundidas en los bolsillos y la ropa salpicada de sangre que no era suya. Al reconocerlas, dejó escapar una mueca torcida, hueca, que apenas ocultaba la crueldad que siempre lo habitaba.

No dijo nada. No lo necesitaba.

Todas lo vieron. Todas lo ignoraron.

Todas, excepto Nibiru.

En cuanto sus ojos lo reconocieron, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Su respiración se volvió errática, las piernas comenzaron a fallarle, y de pronto, se detuvo en seco. Oribita, que aún la llevaba de la mano, sintió cómo su cuerpo se endurecía de golpe, como si se hubiera convertido en piedra.

Eupa, Eris y Larisa frenaron al darse cuenta de que se habían quedado atrás.

—¡Nibiru! ¡Vamos! —suplicó Oribita, con urgencia desmedida.

Pero Nibiru se negaba a avanzar.

No era simple miedo. Era terror puro, trauma hecho carne, petrificándola.

Ton lo sabía. Y por eso rio.

Rio de verdad, con una carcajada baja, áspera, saboreando la miseria ajena. Apenas movió el cuerpo hacia adelante y bastó para que Nibiru emitiera un gemido mudo nacido del pánico.

Entonces, sus piernas cedieron y se derrumbó, forcejeando, no para escapar, sino para arrancarse de la mano de Oribita, como si el contacto humano la quemara.

Eris dio un paso al frente. No dijo nada, pero su mirada ardía de odio. Larisa, todavía con los ojos hinchados por el llanto, frunció el ceño. Algo nuevo, crudo y rabioso comenzaba a hervirle en las entrañas. Eupa, en cambio, no levantó la vista, no lo necesitaba. Se centró en Nibiru, empujándola desde atrás, intentando hacerla reaccionar.

Todo se redujo a tres cuerpos enredados; Oribita sujetándola, Eupa forcejeando torpemente y Nibiru hundida en sí misma.

La resistencia de Nibiru era absoluta, obstinada, como si quedarse en el suelo fuese su única manera de sobrevivir.

Lloraba sin lágrimas, sin voz. Era tan solo un sollozo sin sonido.

Oribita ya no tenía fuerza. Sus brazos temblaban de fiebre, de dolor, de agotamiento. Y entonces escuchó a Larisa.

—¡Esta es la oportunidad que Aitné nos dio! —gritó, con la voz quebrada de tanto esfuerzo—. ¡No la desperdicien! ¡No pisoteen su muerte por una sola persona!

No era crueldad, era su impotencia tomando forma. Era el dolor buscando salida en un estallido amargo. Un corazón roto empujando a seguir, aunque el hacerlo se rompiera aún más.

Entonces, Eris habló.

—Me elijo a mí. A nosotras.

Las palabras dolieron más que un golpe. No eran frías, eran una verdad brutal, desnuda, imposible de suavizar.

Y así, ambas se dieron vuelta y siguieron corriendo, dejando atrás a Eupa, Oribita y Nibiru frente a una elección que jamás debió existir.

—¡Nibiru, por favor! —suplicó Oribita, con la voz hecha trizas.

Eupa no decía nada. Seguía intentando levantarla, con las manos encajadas bajo sus axilas, luchando contra un cuerpo que no quería obedecer. Nibiru, en cambio, se aferraba al suelo con una fuerza que no venía de los músculos, sino del trauma.

Ton las observaba desde la distancia, inmóvil, apenas una silueta entre la penumbra. Su presencia bastaba para encender la fisura que empezaba a dividirlas.

A lo lejos, los rugidos de los errantes comenzaban a mezclarse con el eco difuso de gritos y carreras. Al principio, eran tan solo murmullos, pero a cada segundo ganaban nitidez.

Eupa apretó los dientes, jadeando de frustración. Sus manos aún estaban firmes bajo los brazos de Nibiru, con los ojos húmedos por una furia que ya no sabía contra quién dirigir.

—Vamos... niña tonta... —susurró, pero su voz se quebró. Y al fin, lágrimas de impotencia le cruzaron el rostro.

Entonces giró hacia Oribita. No le dijo nada, solo la miró, esperando una señal, una respuesta a una pregunta jamás pronunciada.

Los ojos de Oribita se llenaron de lágrimas. Los cerró con fuerza, como si así pudiera escapar de aquel instante. Pero cuando volvió a abrirlos, sus piernas ya se estaban moviendo. No porque quisiera, sino porque ya no podía más.

Dejó atrás a Nibiru.

No lo gritó, no lo razonó, simplemente lo hizo. Porque el cuerpo decidió antes que el corazón.

Se despidió con una última mirada cargada de culpa. Un dolor seco, que no pedía redención. Y sus labios, apenas moviéndose, dejaron escapar una palabra que nadie escuchó.

—Perdóname...

Eupa tardó en reaccionar. Sus manos, que hacía un momento sujetaban con fuerza a Nibiru, quedaron vacías, colgando a los lados. La respiración le temblaba, y la rabia se le fue escurriendo por los dedos como arena.

Miró a Oribita, ya de espaldas, aleándose a toda prisa. No la juzgó, no la detuvo. Solo asintió una vez. No en señal de aprobación, sino de rendición. Porque la entendía.

Fue entonces cuando Ton habló con una voz cargada de indiferencia que dolía más que cualquier amenaza.

—Siempre es lo mismo contigo... y por eso nunca llegarás lejos

No añadió nada más. Giró sobre sus talones y comenzó a correr tras las demás.

Eupa quedó sola.

Frente a ella, Nibiru seguía en el suelo; quieta, rota, como si se hubiera convertido en parte del piso. No lloraba, solo temblaba, apretando el cuerpo contra sí misma, aferrada al último rincón de su mundo.

Entonces, los rugidos sonaron más cerca. Eupa giró el rostro y pudo ver a los errantes doblando en el pasillo, torpes, erráticos, pero inevitables.

Cerró los ojos por un segundo. Apretó la mandíbula y su cuerpo eligió por ella.

Se puso de pie y corrió sin mirar atrás. No porque no quisiera, sino porque sabía que, si lo hacía, no podría seguir corriendo.

Oribita lloraba mientras avanzaba a toda prisa. Cada paso era una punzada en el pecho, un peso que no venía de los músculos, sino de adentro. La voz de Nibiru no la perseguía con gritos, sino con silencio. Ese vacío la asfixiaba más que cualquier alarido.

—Perdóname... —se repetía—. Por favor, perdónenme todas...

Sus ojos, nublados, apenas distinguían hacia dónde iba. Solo corría, empujada por la necesidad ciega de huir. Hasta que, de pronto, el mundo se abrió frente a ella.

El portón estaba allí, al fondo, enmarcado por las puertas abiertas del edificio.

Y entre ella y la salida, una muralla de estudiantes. No era una fila ordenada ni una estampida desenfrenada, era algo intermedio; un muro vivo de cuerpos tensos, sudorosos, contenidos por el miedo. Nadie corría del todo, pero nadie estaba quieto. Se empujaban, se apretaban. Avanzaban poco a poco con cada oleada.

Oribita no pensó, no podía permitírselo.

Se lanzó directo hacia la multitud, empujando, abriéndose paso entre codazos, hombros y espaldas resbaladizas de sudor.

—¡Muévete, idiota!

—¿¡Quién te crees para colarte, imbécil!?

Los insultos le rebotaban en los oídos como piedras. De pronto, sintió un golpe seco en la espalda, y otro más arriba. No supo si eran intencionales o simples reflejos del caos que estaba provocando. Sus piernas tambalearon, pero no cayeron.

Avanzaba a tirones, apretada entre los demás, empujando con los brazos entumecidos y la garganta reseca. Sentía los moretones formarse, las marcas arder, pero no le importaba. El portón estaba cada vez más cerca.

Entonces comenzaron los gritos.

Aquellos ecos al fondo del pasillo pronto mutaron en alaridos reales, desgarradores, imposibles de confundir.

El pánico se desató de golpe. Lo que antes era desorden contenido pronto se convirtió en avalancha. Los gritos y empujones se multiplicaron. Algunos cuerpos fueron derribados y pisoteados sin que nadie mirara atrás. Ya no se trataba de avanzar, se trataba de huir.

Los errantes habían alcanzado a los últimos en la fila. Nadie más delante los había visto entrar, pero todos sintieron el cambio brusco en el aire, como si una ola de violencia hubiera barrido el pasillo.

Algunos eran arrastrados por la presión de la masa, otros no volvían a levantarse. Se escuchaban crujidos de huesos, pertenencias, y ambas cosas a la vez.

De pronto, una mano desesperada se aferró a la muñeca de Oribita, otra le golpeó el costado. Perdió el equilibrio, se tambaleó un segundo, pero siguió corriendo contra corriente.

Las lágrimas comenzaron a mezclársele con el sudor. Su respiración se volvía cada vez más rápida, entrecortada, como si cada bocanada de aire le costara más que la anterior.

Y entonces, en medio del estruendo, una voz rompió el caos.

—¡Oribita!

Escuchar su nombre fue como un disparo entre los rugidos. Giró sin pensar, todavía corriendo, y distinguió a Sedna a lo lejos.

Estaba en el suelo, medio cubierta por la marea de cuerpos que avanzaban sin mirar. Una de sus manos se alzaba débilmente, temblorosa, buscando la ayuda de Oribita. Su rostro estaba sucio, su cabello enredado, pero sus ojos solo la veían a ella, como si nada más existiera.

El impulso natural de Oribita fue correr hacia ella, gritar su nombre, hacer algo. Pero el flujo humano no lo permitió. La corriente la arrastraba, la envolvía, la empujaba hacia adelante. Volver atrás era intentar nadar contra un río desbordado.

Sedna seguía llamándola con su voz rota por el miedo. Su cuerpo apenas se distinguía entre el tumulto, pero al fondo del pasillo, las siluetas de los errantes ya perfilaban entre la multitud.

Oribita sintió como algo se le desgarraba por dentro. Las lágrimas volvieron a nublar su vista.

—Perdóname... —susurró, sin saber si su voz podría atravesar el mar de cuerpos.

Intentó detenerse. No pudo, pero algo en ella sí quedó atrás, clavado en la mirada de Sedna y su mano alzada que pedía auxilio.

Entonces ocurrió. Un estudiante, sin mirar, tropezó con Sedna. Su bota le aplastó la cabeza contra el suelo. El impacto resonó con un crujido seco. Un segundo después, la sangre brotó de su boca como un manantial carmesí.

Sedna no gritó. No alcanzó a quejarse. Solo tembló, y la vida se le escapó del cuerpo.

Los ojos de Oribita se cerraron con violencia, como si pudiera borrar lo que acababa de presenciar. Pero era tarde. La imagen ya estaba tatuada en su memoria.

El mundo alrededor se volvió borroso, parecía estar escuchado bajo el agua. Los gritos, los pasos, los golpes, los ruidos. Todo sonaba distante, irreconocible. Solo quedaban su llanto, su respiración quebrada y el hueco negro que crecía en su pecho.

Siguió avanzando, no porque quisiera, sino porque la multitud la empujaba. Cada paso le dolió más que el anterior, pero detenerse habría significado morir. En ese instante comprendió que para seguir viva tenía que abandonar lo que aún la hacía humana.

De pronto, el viento le azotó el rostro con violencia. Bajo sus pies, la tierra se volvió una mancha de polvo y vértigo. La adrenalina le quemaba las venas. Y el único sonido que podía distinguir era el de sus propios pasos, como un tambor sordo marcando el ritmo de su huida.

El cuerpo le ardía, pero ya no distinguía si era dolor, miedo o cansancio. Todo se reducía al impulso de seguir avanzando.

Frente a ella, el portón principal ya no era un símbolo, sino un destino inevitable. Y ante él, aguardaba una hilera de figuras blancas, selladas en trajes herméticos, ocultas tras máscaras sin rostro, con armas como extensión de sus manos. No parecían hombres. Parecían muros.

Y, aun así, siguió corriendo.

Las sirenas a lo lejos desgarraban el aire. La bruma del caos quedaba atrás, pero dentro de Oribita solo crecía un vacío que pesaba más que el cansancio.

El campo que separaba al portón del edifico no era grande, pero parecía un desierto interminable. Cada metro arrancaba un pedazo de ella. Cada bocanada era un alarido que no alcanzaba a salir.

Cuando por fin cruzó la línea artificial que marcaban los hombres con trajes químicos, se detuvo. Las piernas le temblaban, el pecho subía y bajaba como si fuera romperse desde adentro. No sabía si aquello era salvación o solo otra cara del desastre.

De pronto, uno de los hombres avanzó hacia ella. La máscara reflejaba el sol, ocultando cualquier rastro de humanidad. Entonces, se inclinó apenas para mirarla a los ojos.

—¿Estás herida? —preguntó con voz apagada, metálica, filtrada por el respirador.

Oribita negó con la cabeza. No dijo nada, no podía. Tenía los labios apretados y la garganta cerrada, porque lo que sangraba en ella no era visible.

El hombre asintió con un gesto breve y levantó el brazo, señalando un vehículo cercano donde agrupaban a los sobrevivientes. Un respiro de alivio se abrió paso entre la angustia, pero no fue suficiente para llenarla.

Dos personas más la tomaron suavemente por los brazos. No con violencia, pero sí con firmeza. No fue arrastrada, pero tampoco avanzó por voluntad propia. El protocolo era claro; nadie se movía por cuenta propia.

Mientras la alejaban, sintió el sol filtrarse entre las nubes. Un rayo tibio tocó su piel como un recordatorio cruel de que, afuera, el

mundo seguía existiendo. Pero ese calor nunca alcanzaba el centro de su pecho.

Cuando estuvo cerca del camión, los hombres la soltaron. Su cuerpo, liberado de ese sostén, se vino abajo al instante. Se desplomó contra la tierra, como si de pronto la gravedad se hubiera multiplicado y todo el peso del mundo cayera sobre ella.

No era solo agotamiento físico. Era el peso de lo vivido. El de las decisiones tomadas. Y el de las que no.

La tierra estaba fría, pero el vacío dentro de ella lo era más. Sus piernas no respondían, sus pulmones ardían y su pecho se cerraba como si cada respiración estuviera hecha de vidrio.

Alzó la mirada, y, a lo lejos, entre lo ajetreado del movimiento y las luces de los vehículos, distinguió a Eris y Larisa. Las llevaban en camillas. Tenían el rostro pálido y los cuerpos cubiertos por vendas y tubos. Eran ellas, pero no del todo. La imagen la sacudió. Pensó en correr hacia ellas, abrazarlas, gritar sus nombres. Pero ni uno solo de sus músculos le obedeció.

El llanto no salía. El grito se le atoraba en la garganta. Solo el aire, áspero, entraba y salía como podía.

Y entonces, Ton apareció.

Pasó a su lado, caminando, como si lo ocurrido no fuera más que otra lluvia de la que sabía resguardarse. No corría ni temblaba. Sus pasos eran rectos, ajenos, impermeables. Oribita no lo miró, no quiso. Sabía que hacerlo era darle más de lo que merecía. Pero su silueta le trajo el recuerdo de Eupa de golpe.

Se giró con esfuerzo, como si el simple acto de mover la cabeza pesara tanto como todo lo vivido. Primero buscó sin esperanza, luego con ansiedad. Y finalmente la encontró al fondo del patio, corriendo con lo último que le quedaba.

Oribita sintió un breve destello de alivio, pero se apagó en un segundo. Detrás de Eupa, los errantes y la multitud emergían como una ola oscura. El caos seguía desbordado, con gritos que estallaban en el aire y cuerpos que se agitaban como si el suelo estuviera partiéndose.

Eupa corría con todas sus fuerzas, pero no bastaba. Cada movimiento parecía exigirle más de lo que su cuerpo podía dar.

Oribita intentó incorporarse, pero sus músculos se negaron. Quiso gritar, pero su voz estaba enterrada bajo el cansancio. Trató de moverse siquiera, pero el cuerpo no le respondió. Solo pudo mirar. Y mirar fue suficiente para que algo dentro de ella se quebrara en mil pedazos.

Una sola orden bastó para que todo se desbordara.

—¡Fuego!

El estruendo fue inmediato. Una tormenta arremetió contra los estudiantes que aún no cruzaban y errantes por igual.

Eupa fue alcanzada. Tres veces.

Su cuerpo se sacudió, perdió el ritmo, tropezó en seco. El impulso quiso arrastrarla unos pasos más, pero ya no había fuerza que sostuviera el intento. Cayó de espaldas, como un saco vacío, con los ojos abiertos y la cabeza ladeada. La barra de chocolate que llevaba en su bolsillo quedó a su lado, como única compañía.

Entonces, Oribita finalmente pudo vociferar un alarido seco y desgarrador.

—¡NO!

Pero nadie escuchó. Nadie se detuvo.

La vida de Eupa se extinguió allí, entre las balas, los rugidos y la desesperación de una salvación que nunca llegó.

De pronto, dos figuras de blanco, idénticas, se acercaron a Oribita. No los oyó llegar, tan solo sintió cómo la alzaban del suelo con manos firmes e impersonales.

Intentó forcejear, pero sus movimientos eran débiles, desordenados. No quería huir, solo arrastrarse hasta donde Eupa había caído. Estar cerca. Verla una vez más.

El frío metálico de una mascarilla se estampó contra su rostro. El aire entró en sus pulmones como un gas extraño, pesado, artificial. Después, sintió una punzada seca de una aguja en el brazo, apenas perceptible entre el agotamiento.

El adormecimiento la venció con la velocidad de un derrumbe. Los párpados le pesaron toneladas, y el mundo se apagó por fragmentos; primero las voces, luego las luces, después el dolor.

Las lágrimas aún corrían, pero ya no sentía el rostro. Solo el vacío.

En su último suspiro de consciencia, un par de preguntas la atravesaron; «¿De verdad sobreviví? ¿O esto también es morir?»

No hubo respuesta. Solo silencio.

El tiempo, después de eso, dejó de tener forma.

No supo si habían pasado horas, días o semanas. Solo que, en algún punto, la oscuridad había comenzado a ceder.

Todo era confuso. Su cuerpo pesaba más de lo que podía soportar, como si cada músculo se hubiera disuelto y vuelto a soldar de forma errónea. El aire que llenaba sus pulmones era artificial, filtrado, con un olor químico que no parecía pertenecer a ningún lugar del mundo.

Un pitido lejano resonaba en sus oídos. No supo si era una máquina, o su mente intentando despertarla.

Intentó abrir los ojos, pero lo único que vio fue un hilo de luz en el techo. Luego otro, más difuso. Todo lo que alcanzaba a percibir era

un velo empañado, como si sus párpados hubieran dormido por un tiempo interminable. Las luces eran blancas, demasiado, y las figuras que se movían a su alrededor se deformaban como sombras bajo el agua.

No distinguía siluetas ni sonidos, solo una sensación de no pertenecer del todo al lugar donde yacía, flotando entre la vigilia y la inconsciencia.

El corazón le golpeaba torpemente el pecho dudando de cada latido. Su ritmo era errático, como si el propio órgano luchara por continuar. Intentó mover un brazo, una pierna, cualquier músculo, pero nada respondió. Estaba atrapada en un cuerpo que ya no se sentía como suyo.

La incomodada mordía, pero el cansancio la aplastaba aún más. La mente le pesaba toneladas y la confusión y el agotamiento se enredaban en pensamientos rotos que chocaban entre sí sin sentido.

Escuchaba voces, murmullos lejanos que reverberaban como ecos en una sala vacía, pero no entendía nada. Creyó escuchar su nombre, pero no estaba segura. Cada palabra se desvanecía antes de alcanzar significado.

Intentó hablar, preguntar dónde estaba. Gritar, llamar a alguien. Pero nada salió de su boca. Tan solo su respiración, mecánica, arrastrada como si viniera de otra persona.

Algo se acercaba a intervalos; un destello, un brillo fugaz frente a sus ojos. Luz artificial. «¿Una linterna?» se cuestionó. Todo parecía irreal.

Se preguntó dónde estaba, qué le habían hecho, cuánto tiempo había pasado desde que cerró los ojos. «¿Minutos? ¿Días? ¿Semanas?».

Una parte de ella quería rendirse, dejarse hundir en la nada. Otra, tan diminuta que apenas se notaba, se aferraba con uñas gastadas a

algo parecido a voluntad; a seguir, a entender, a no desaparecer del todo.

Entre la bruma de su conciencia, dos hombres con trajes químicos se acercaron a la camilla. Se colocaron a un lado y conversaron en voces tenues, profesionales, con una familiaridad que solo tienen quienes tratan con quienes están al borde del final.

Su proximidad permitió que finalmente las palabras llegaran a su mente, claras, aunque filtradas por la niebla del sedante.

—Oribita... —leyó uno en voz baja, hojeando un pequeño trozo de papel pegado al costado de la camilla.

Solo escuchar su nombre hizo que algo dentro de ella se estremeciera. Fue como una chispa, un hilo que la conectaba a la consciencia. Luchó por aferrarse a él, aunque el cuerpo siguiera sin responder.

—Fiebre alta... cuadro respiratorio... algunas heridas superficiales —añadió el mismo hombre, leyendo ahora desde una tableta con expresión neutra, profesional.

Las palabras le llegaban fragmentadas, como a través de un muro grueso. Aun así, cada término golpeaba su mente; fiebre, heridas... todo sonaba lejano, ajeno, pero era su historia. Su cuerpo.

El otro hombre, más joven, soltó un suspiro breve al notar los ojos entreabiertos de Oribita.

—Leí tu expediente. Tenías un gran futuro por delante... —murmuró, con una empatía sincera, aunque resignada.

Al escucharlo, una punzada se formó en su pecho. La frase no la consolaba, dolía, porque parecía que ese futuro ya no existía. Porque ella ya no era la misma.

—No hay rastro de virus en ella —dijo entonces el primero, aún sin apartar la vista de la tableta.

—Pero eso ya lo sabíamos. Los colisionadores no son portadores de virus —respondió el joven—. Su condición no es viral. Nunca lo ha sido.

—Aun así, conviene hacer pruebas. Algún día podríamos descubrir algo, aunque sea por accidente.

—¿Qué pruebas, hombre? Si no hay nada. No hay patógenos, ni mutación, ni explicación —rio entre dientes, sin burla.

—Tal vez hay algo que aún no comprendemos. Una huella genética, una ruptura celular... algo.

El hombre joven apoyó una mano en la camilla metálica de Oribita, ladeando el cuerpo hacia su compañero.

—Si hubiera algo clínico detrás de esto, ¿no lo sabríamos ya? ¿Crees que se arriesgarían a una propagación si existiera el más mínimo riesgo biológico?

El primer hombre, notablemente mayor, esbozó una sonrisa ladeada, más amarga que divertida.

—Ah, Hernán... se nota que no llevas mucho tiempo aquí. Los de la División del Norte no comparten nada. Y mucho menos ese hombre, Forgal.

Hernán frunció el ceño.

—Pensé que al menos habría comunicación entre departamentos... entre instituciones.

—Iluso —dijo el hombre mayor, dejando la tableta a un lado. Luego, tomó un pequeño frasco de vidrio oscuro y preparó una jeringa cristalina con movimientos lentos y medidos, extrayendo del frasco un líquido espeso y lechoso que se deslizó dentro de la aguja.

Entonces, se inclinó a la camilla, como si cada gesto pesara toneladas. Hernán lo observaba en silencio, con la mandíbula apretada.

—¿En serio es necesario? —preguntó.

El hombre mayor tardó en responder. Sus ojos permanecieron fijos en el brazo de Oribita mientras insertaba la aguja con una precisión adquirida a lo largo de los años.

Los párpados de Oribita se abrieron por completo al sentir el piquete.

—No. No lo es... —respondió al fin, con la voz vacía, sin fuerza—. No hay forma correcta de matar a quien no quiere morir. Pero las órdenes no se discuten.

—Y el experimento... ¿Al menos fue exitoso? —insistió Hernán, sin saber si buscaba una justificación o una forma de redimirse.

—Sí... —respondió el hombre mayor, presionando el émbolo con lentitud—. Más de lo que imaginaban.

Cuando la jeringa quedó vacía, retiró la aguja y la dejó sobre una bandeja metálica con un gesto mecánico.

Tomó una manta blanca, y, casi sin pensar, cubrió el cuerpo de Oribita. No la miró; sus ojos evitaban la culpa que pesaba en el aire.

Entonces, ambos hombres se alejaron por el pasillo. Sus pasos resonaron huecos, distantes, como el eco de un crimen sin castigo.

Oribita permaneció allí, tendida, con apenas una chispa de conciencia resistiéndose a apagarse.

Una bruma espesa invadió su mente, trayendo el recuerdo de un atardecer cálido, lejano, donde el sol caía lento tras los árboles y su madre sonreía, inconsciente de que aquel instante se convertiría en un tesoro.

—Mamá... —susurró. Su voz había sido apenas un hilo quebrado, cargado de amor y despedida ante su último vestigio de humanidad.

Intentó aferrarse a la vida. Quiso, pero ya no le quedaban fuerzas. Las extremidades que antes no sentía, ahora se llenaban de un frío que parecía nacer desde los huesos. Su corazón latía cada vez más lento, espaciado, como si el tiempo mismo se detuviera dentro de ella.

No quería irse. No quería dejar de existir. Pero mientras más se acercaba al final, más leve se volvía el dolor.

El vacío, por primera vez, ofrecía descanso.

Y entonces lo permitió. Su última chispa se extinguió. La luz de Oribita se apagó.

Su historia no tendría continuación. Su "gran futuro por delante" se redujo a un simple recuerdo en un expediente que nadie abriría jamás.

En aquella camilla metálica, rodeada de silencio e indiferencia, Oribita murió. No como heroína. No como superviviente. No como experimento. Sino como una niña que solo deseaba seguir viviendo.
